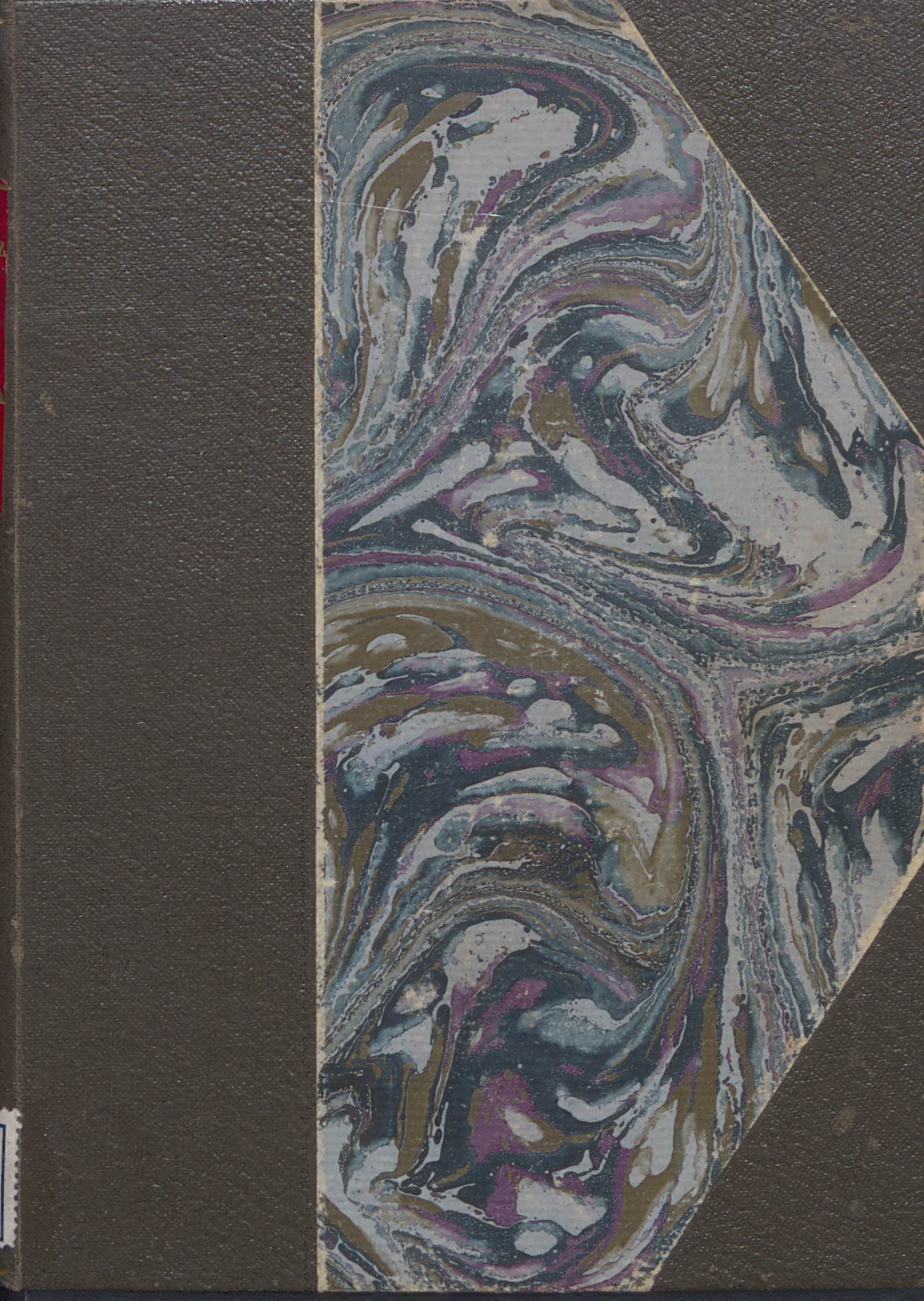






AURORA,

(LEYENDA GITANA.)

AURORA.

(LEYENDA GITANA.)

COSTUMBRES DE ESTA RAZA SINGULAR

desde que empezó à hacerse referencia de ella en las crónicas de 1400.

ESCRITA

POR LOS SEÑORES

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ

Y D. JOAQUIN GUICHOT.



Sevilla.—1866.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LAS NOVEDADES, CALLE TETUAN 27.



PROLOGO.

La presente novela fue comenzada á escribir por los Sres. VELAZQUEZ Y SANCHEZ Y D. JOAQUIN GUICHOT, *convenidos en trazar en un cuadro animado y vivo los tipos y costumbres de la familia gitana, ya residente en algunas provincias de España, ya transeunte por otras donde se repugna admitirla á vecindad como sucede en Galicia y el territorio Vasco.*

El argumento, dividido en partes y capítulos, seguia su rumbo conducido por ambas aventajadas plumas á su desenlace y prometia desenvolverse en una série de escenas interesantes y llenas de efecto y novedad.

Una enfermedad gravísima interrumpió las tareas del Sr. VELAZQUEZ Y SANCHEZ *al concluir el capítulo quinto de la primera parte, y en esta cruel situacion quedó suspendida la publicacion próxima de la novela mientras adelantaba el Sr.* GUICHOT *la parte que en la misma se le habia confiado.*

En la convalecencia del Sr. VELAZQUEZ, *dilatada y penosa, su colaborador emprendió el trabajo de unir á la parte concluida la trazada por su compañero bajo los planes y apuntes formados al propósito.*

Así, pues, esta novela pertenece á dos escritores, ligados por el laudable pensamiento de revelar en todas sus fáces la existencia original y pródiga en curiosos rasgos de una progénie que apesar de los esfuerzos de la ley y del curso de los tiempos guarda indéleble su sello de orígen y continúa las tradiciones de sus antepasados, sin dejar perder los vestigios de su manera de ser y condiciones que en vano pretenden rastrear los etnógrafos mas distinguidos de Europa.

Indudablemente llama la atencion pública una obra que reune á la atraccion peculiar de la novela, la incitacion de un concienzudo estudios de costumbres, el atractivo de frecuentes y animadas descripciones de pueblos y escenas de nuestro vário pais y el panorama de lugares y personajes tan diversos como bien enlazados en una accion que jamás decae.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
El Grajito.	27
Riña en la panilla.	34
Cosme Tajo.	156
El conde de Torre-Milano.	170
Rapto de Aurora.	179
Aurora.	185
El Grajito amenazando con su escopeta á fray Paco. .	316
El Grajito y Cosme Tajo conducidos al patíbulo. . .	363

AURORA,
LEYENDA GITANA.

CAPÍTULO I.

Los gitanos.

Se encuentra en algunas crónicas de mil cuatrocientos la primera mencion de una raza singular. Ya rapaz y salteadora en caminos y despoblados. Ya siniestra y recelosa en las poblaciones. Bien astuta y falsamente alhagüeña. Recorria el continente europeo sin fijar domicilio: sin mezclarse con las familias de los territorios, invadidos en salvages bandadas; revelando en sus harapos vestimentas estrañas y caprichosas; hablando una gerigonza vária en cada tríbu de la propia especie. Unas veces aterrorizando las provincias en horda vandálica; entregándose al incendio, al saqueo y los feroces asesinatos. Otras como comparsa de hampones; recurriendo á la conmiseracion pública para su subsistencia, y encubriendo habilísimas raterías con la máscara de un peregrinage pordiosero. No pocas dividiendo las mismas familias de cada tríbu en fracciones, y las fracciones en individualidades, que tomaban el carácter de quirománticos; sortilejistas; buscadores de tesoros; curanderos; mercaderes de bestias; espías; cualquier género de vida, en fin, que conviniese á sus instintos errantes, y se pudiera conciliar con las industrias de sus malévolos ánimos.

Luis Onceno entretuvo sus ócios mandando ahorcar, y presenciando el suplicio de algunos centenares de esta incógnita canalla. Su digno coetáneo Enrique Cuarto de Castilla hizo cabalgar bravamente á maeses ejecutores sobre los hombros de un millar de estos perdidos. Europa les conocia por los diferentes nombres de Zíngaros, Bohemios, Egipcios, Gitanos, Flamencos, Judíos de rabo corto; y otros que fuera prolijo mencionar.

Contrayéndonos á España:

Los Reyes Católicos en Medina del Campo, año 1499, publicaron una pragmática en que daban sesenta dias de término á los egipcianos para tomar vecindad estable y oficio conocido, ó salir de sus reinos; só pena de cien azotes por la primera vez y estrañamiento perpétuo. Por la segunda, amputacion de las orejas, sesenta dias de cadena, y el predicho estrañamiento. Reduccion á la cautividad del primer aprehensor todo el tiempo de su vida por la tercera. Y tanto recelaban los gloriosos espulsores de la morisma de aquella gente incógnita y temida, de aquellas hordas aventureras, que previnieron todo movimiento piadoso de sus reales ánimos, y aun llegaron hasta creerlos capaces de recabar con sus industriosas mañas cartas de seguro, y bastante astutos para proveerse de falsas cédulas, y régias provisiones en escepcion de la pragmática. Por tanto preceptuaron á los Alcaldes de Corte y Chancillerías, Corregidores, Asistentes, Justicias, y Alguaciles de sus reinos y señoríos, que llevasen á puro y debido efecto la dura ley; sin tomar en consideracion ningun documento contrario á su tenor irrevocable; documento que aunque constituyera pragmática revocatoria mandaban fuese *acatado y no cumplido.*

Don Cárlos Primero, Quinto de Alemania, y Doña Juana, por sobrenombre la loca, por ley fechada en Toledo, en 1539, confirmaron la pragmática de Doña Isabel y D. Fernando: advirtiendo en esplicacion de su testo, que encontrando á un gitano sin oficio, *ó sin vivir con Señor*, desde veinte á cincuenta años de edad, fuese condenado al remo en las galeras por setenta y dos meses mandando al capitan de ellas, con espreso encargo á su conciencia, que luego le soltase, dejándole ir libremente á sus tierras. Los menores de veinte años y mayores de cincuenta quedaban sujetos á lo dispuesto en 1499: del propio modo que las

hembras de aquella progénie bárbara; escrecencia de nuestra sociedad, que trataban los poderes públicos de estinguir con los mas despiadados cauterios.

La última parte de esta notable ley nos revela que no todos los vagamundos, conocidos por el vulgo con los nombres de flamencos, bohemios y zíngaros, pertenecian á la familia gitana, y hasta demarca el sexo de quienes con mas frecuencia se asociaban á estas turbas errantes por los dominios iberos. Don Cárlos y su madre penan como á las egipcias á las que sin serlo adopten su género de vida y usen sus trages. No es aventurado congeturar que las mugercillas de la última degradada especie se unieran por los efímeros vínculos del capricho á los hijos de esta raza ignorada; ni repugna admitir que en la perversion de instintos de mugeres de otra clase aceptaran el envilecimiento de aquellas gentes proscritas.

De ningun modo negamos que existieran hombres en tal grado prostituidos, que encontrasen aceptable la existencia de bandido, ratero, embaucador, chalan y salvage, segun la diversidad contínua de circunstancias; pero la razon persuade su escaso número por la índole cruel de los gitanos y el ódio á sus perseguidores; como por la estabilidad de los destinos en nuestro secso, que obsta á plegarse á cualquiera situacion nueva, cual acontece á la hembra; sér de porvenir indeciso, nacida para las eventualidades de una suerte, que no depende de su arbitrio fijar. De cualquier manera la ley consigna el caso, motivo de nuestra observacion, en la generalidad espresa de ser mugeres las que elegian el vivir errante, y los fantásticos trages, característicos de esas tríbus, objeto de los cruentos rigores de la autoridad.

Fácilmente es dable calcular cual sería la situacion de estos desventurados miembros de una innúmera prosápia, de secreta procedencia, y de orígen ignorado. Ellos mismos no sabian dar razon de su pátria, de el suceso en cuya virtud se encontraban esparcidos por nuestro continente: no alcanzaban á esplicar las derivaciones de su lengua primitiva en dialectos y gerigonzas; y sin tradiciones de lo pasado heredaban la odiosidad de su raza, se hallaban en pugna con la hostilidad implacable de gobiernos y vasallos; sin Dios que adorar; sin condiciones sociales á

que atenerse; reducidos á una existencia en fraude perenne de la ley; desde la escursion cautelosa por vericuetos estraviados, pordioseando ó manteniéndose del hurto, hasta el robo, el asesinato, y la sañuda espoliacion.

Nacían en cuevas á guisa de bestias feroces. Los amamantaban en arranchamientos, recónditos en lo mas espeso de las selvas, como aquellos formidables germanos, que reservaron una espiacion dolorosa á la tiranía romana. Paseaban en los brazos de sus padres por todos los caminos traveseros de los paises de Europa; testigos desde los primeros albores de su razon de un encono implacable contra su raza; siendo blanco de las mas atroces imputaciones del vulgo. Acampaban en lo enmarañado de los bosques á la inclemencia; sin osar encender fuego por miedo de indicar su retiro á los corredores en su perpétua persecucion. Contaban las diarias bajas de las cuadrillas, ya por la prision de unos, ya por la destruccion cruel de las partidas destinadas á darles ruda caza; ora dejando en tal ó cual villa tres ó cuatro individuos, apedreados hasta morir por los pobladores; ora quedándose en poblado una familia; prefiriendo las humillaciones anexas á la vecindad á los tremendos azares de una vida vagamunda. Hallaban colgados en las encrucijadas de los caminos los sangrientos cuartos de los hombres de su raza; habiendo apenas límites de feudo ni concejo donde la horca no abarcase entre sus pértigas media docena de aquellos míseros y bien á falta de espacio en el suplicio, ó sacrificados á la saña de una turba sin misericordia para las desconocidas tríbus, encontraban pendientes de robles y encinas los repugnantes esqueletos de sus hermanos, meciéndose de una cuerda al impulso del aire; pasto de los grajos y buitres; vilipendioso monumento ante el cual ningun caminante dejaba de proferir su imprecacion:=*Satanás sea con tu ánima, maldito brujo*;=ó bien=*Así pereciera tu prosapia, condenado ladron.*=Si alguna vez penetraban en los lugares habitados, ó imitaban la conducta de los piratas, quienes no abordan las costas sino para sorpresas audaces y repentinos saqueos, ó se valian de mil tretas, arrostrando mil riesgos; poniendo en tortura su fecunda imaginacion en busca de recursos para eludir los lances funestos, tan comunes é inminentes por su mala ventura. Pocas familias se agregaban de los errantes

bandos para adoptar vecindad estable y oficio conocido, cual preceptuaba la Pragmática de los Reyes Católicos, y esas haciéndoselas intolerable el menosprecio, las vejaciones, y el desamparo, consiguientes á su ingreso en una sociedad, que les era irreconciliable enemiga por superticioso terrorismo, por diferencia de costumbres, y orgullosa antipatía de casta, huían la estancia fija: se incorporaban á los tropeles vagantes, y aumentaban el horror al estado social con la referencia de sus desengaños.

De vez en cuando llegaban á reunirse á los bandos egipcianos indivíduos restantes de una tropa, sorprendida y pasada á cuchillo por los corredores; desde el anciano hasta el niño de pecho. Ya se asociaban á las caravanas bohemias los resíduos de otra, víctima de un somaten de los moradores de tierras ibéricas. Los recien venidos contaban como *Brujuñí* con toda su familia fueron esterminados por los vecinos de Caldas; como los hombres ds armas del duque de Medina-Sidonia ahorcaron de las almenas del castillo ducal á los hijos de un Patriarca Zíngaro, mientras quemaban vivas en la esplanada á las mujeres; madres, hijas y esposas; como llegados á las fronteras de Portugal, dentro del plazo de los sesenta dias, fijado por la Pragmática de Medina del Campo, hallaron que los gitanos errantes por el territorio lusitánico tenian igual plazo para evacuarle y se vieron precisados á retroceder; cayendo unos en poder de la justicia que azotó á los que suponia reos de aprehension primera, y mutiló á los que aparecieron reincidentes; quedando otros en cautividad de sus aprehensores. En algunos asociados á las tribus se notaban los auténticos testimonios de aquellas encarnizadas luchas con el poder social. Aquellos hombres, reputados como mártires de la independencia por las salvajes hordas, enseñaban con orgullo sus espaldas en que habian dejado imborrables huellas la penca del verdugo, y el acero quirúrgico: echaban atrás los largos mechones de su encrespada cabellera para lucir la falta de orejas, y el corte del machete del ejecutor: ostentaban las cicatrices, prueba de la ferocidad sin traba de los cómitres, y las grietas ulcerosas de las pesadas cadenas y grilletes con que se los sujetara á la banqueta de los galeotes: alardeaban la marca de hierro candente con que les habia distingui-

do su señor; el mismo hierro que distinguia sus yeguas y vacas. La nueva generacion gitana nutríase en el ódio á los *Busnís*, y aprendía en todo la irreconcialiable aversion á la existencia social; el profundo amor á sus hábitos vagamundos; la aficion al salteamiento, la estafa y la artería. Sus pasiones seguian el propio curso que las de sus ascendientes, y tocando la imposibilidad de reducirse á la condicion de moradores pacíficos, acosados sin tregua como reses por pueblos sublevados en su contra y arrastrando una existencia maldecida, sin seguridad en el dia, sin tranquilidad de reposo en la noche, no puede admirarnos que el Zíngaro fuese de índole perversa; nos admira que no haya dejado mas señales de su desesperado furor.

Atroces, como antes digimos, eran las imputaciones del vulgo á estos malaventurados. El Presbítero Juan de Herrera en sus *Curiosos Papeles*, letra G, se constituye fiel eco de aquellos terribles cargos, y téngase en cuenta que el buen presbítero escribia en 1658.—«Estos perdidos (dice) son en horror á cuantos moran en tierras de España; cá dicen, y es cosa averiguada, que á mas de ser una gentezuela sin Dios ni ley; que ni se bautizan ni confirman; ajúntanse á semilitud de animales, y tienen unas ceremonias y costumbres bárbaras y desusadas, no ejercen en cosa buena; sí por el contrario en toda suerte y manera de maléficios, embrujamientos y heregías. Ellos hurtan pequeñuelos por matallos y que sirvan su corazon é intestinos para filtros y maldecidas pócimas; venden sangre de vírgenes ú doncellas á los hechiceros y filósofos, que labran oro por virtud de pecaminosas artes: sacrifican cuantos cristianos pueden haber en ritos, consagrados al diablo, su patrono: danzan en el aire dando grandes voces y alaridos en las noches, y cuando truena la ira de Dios: hurtan ganados; siendo diestros en lo de sugetar el rabo del asno porque no rebuzne espantado y atraiga gente; apretar el corazon por bajo de las alas á las aves domésticas para que no avisen con sus gritos del asaltamiento: hacer mal de ojo á las personas, manera de maleficio, que las vá secando hasta morir sin remedio: adevinar lo porvenir en agua, hoja de espada y espejo: desenterrar finados para sus conjuros; maldecir mieses y pécoras que se agosten y consuman; atraer la peste, y de postre cuanto puede desear el diablo en daño de las criaturas de Dios

nuestro Señor; que es tanto que ni yo puedo, ni quisiera, sentar en este breve apuntamiento.»

El buen Presbítero, á pesar del desvio, que manifiesta por la enumeracion de hazañas de las tríbus zíngaras, torna á dar cuenta de las fechorías acumuladas por la supersticion y el ódio á los egipcianos y concluye su curioso relato con un periodo altamente significativo; porque demuestra la recelosidad de las sospechas, y la perpétua desconfianza que pesaba sobre los gitanos avecindados segun la ley.

«Algunos de esta gentualla (concluye el mencionado escritor) se avienen á estar con nuestros vecinos; mas importa no fiarse de todos ellos, ni de sus apariencias de humildad y buen trato; cá acaesce de comun que sean capa de ladrones, y vendan las alimañas que hurtan otros de su ralea en férias y mercados; acechen la ocasion de hurtar ellos mesmos á mansalva, para vender lo hurtado otros vagamundos, y siendo de su propia naturaleza cobardes y de poco brío, agraviados son traidores, y se ceban en los que les aborrecen ó les ofenden, cuando hallan coyuntura; fugándose despues, y tornando al vivir volandero de su gente. Se entienden así mesmo entre sí con hablar rebozado y compuesto, y por medio de recatadas inteligencias; aviniendo tal vez que gitanos residentes en tierras de Murcia vendan en aquellos mercados caballerías, que otros de su especie robaron en Córdoba, y los de Jaen las hurtadas en el Señorío del Maestrazgo, y ansí de otras partes.»...

Felipe Segundo en las Cortes de Madrid de 1586 contestando á la peticion cincuenta y una de los Procuradores del reino, despues de recordar lo establecido en anteriores Pragmáticas, encargando su cumplimiento al Capítulo de Correjidores, mandó que ningun ejipciano pudiera vender cosa alguna, ni en feria, ni en mercado ordinario, sin presentar un testimonio signado por escribano público, en que constasen su vecindad, pueblo de su asiento y morada, número, calidad, señas y procedencia de bestias, ganados, ropas y alhajas, que saliesen á vender. Si no llevaban semejante testimonio la ley tenía por reos de hurto á los egipcios sin mas averiguacion, y los castigaba *como si real y verdaderamente constase haber hurtado.*

El consejo consultado por S. M. en 15 de Octubre de 1611 res-

pondió que el *oficio conocido* que con la *vecindad estable* se exijía á los Zíngaros se entendiesen la labranza y cultura de la tierra; con espresa prohibicion de la mercadería de ganados, tráfico en bestias de carga, y demás ocupaciones, que pudieran cohonestar la trasmision contínua de unos puntos á otros.

Felipe Tercero por cédula de 28 de Junio de 1619, en Belen de Portugal, refiriéndose á peticion de los Procuradores en Córtes de Madrid de 1618 deja ver la acritud propia de los poderes públicos en vista de la ineficacia de sus anteriores decretos. Menciona las quejas del pais *por los grandes daños* (son frases testuales) *que resultan á los reinos por las muertes, robos y hurtos, que hacen los jitanos que andan vagando por ellos,* y les manda salir en el término de seis meses de sus territorios, so pena de muerte si regresaren. Los que prefieran avecindarse lo han de verificar en ciudades, villas y lugares que escedan de mil vecinos; abandonando trage, nombres y lengua de gitanos ó egipcios, y *pues que no lo son de nacion* (dice la ley) *quede perpétuamente este nombre y uso confundido y olvidado,* y se les prohibe tratar en compras y ventas de ganados mayores ni menores; amenazando á las Justicias con la mas estricta responsabilidad toda vez que consten omisiones en la egecucion del decreto.

Felipe Cuarto por Pragmática de ocho de Mayo de 1633 se manifiesta escitado por Prelados de la iglesia española, dignatarios, y Justicias del reino á la represion de males, que así en lo espiritual como en lo temporal del gobierno tienen por orígen la vida vagamunda de la raza Bohemia. Reconoce y confiesa el ningun efecto de las disposiciones sobre estos abusos desde 1490 hasta la fecha de su Pragmática, y es de notar la irritacion contra los ejipcios, que dá motivo á su ley, en estas terminantes palabras;—«estos que se dicen gitanos, ni lo son por orígen, ni por naturaleza, sino porque han tomado esta forma de vivir para tan perjudiciales efectos como se esperimentan, y sin ningun beneficio de la república.»—En seguida manda que renuncien á trage, dialecto y ocupacion característicos de su especie; se empleen en los mismos oficios y ministerios que sus demás vasallos, y se confundan en la sociedad, con espresa veda de todas las formas de singularizacion; pena de doscientos azotes y seis

años de galeras los contraventores, y destierro á las mugeres. Bajo las propias penas preceptúa á los jitanos, en el plazo de dos meses, salgan de los barrios en que moran juntos; se dividan y mezclen con la masa general de poblacion; sin que celebren juntas ni cabildos públicos ni secretos; encargando á las autoridades celen para averiguar si *se comunican, ó casan entre sí mismos*, y como cumplen con los deberes religiosos del Catolicismo por informe reservado de los Párrocos. Pone coto al menosprecio del vulgo, penando como injuria grave el nombre de *Gitano*, y prohibe que en danzas ni espectáculos se permita representacion con trajes y nombres de tal, pena de dos años de destierro y cincuenta mil maravedís partibles entre la cámara, Juez y denunciador, y doble por segunda vez. Señala término de seis meses para fijar vecindad á los Zíngaros, y dá por cautivo del aprensor al errante; condenándole á ocho años de galeras si llevase armas de fuego, otorgando al denunciador el premio de treinta mil maravedís de los fondos conocidos por penas de cámara.

La ley nos denuncia la audacia de algunas bandas zíngaras, que despues de las disposiciones, de que llevamos hecho mencion, se reunian en cuadrillas salteadoras; no solo robando á los caminantes, y ejerciendo tremendas y consternadoras repre presalias, sino invadiendo los lugares pequeños con sobresalto y daño de los moradores. Felipe IV, encarga á las justicias, así realengas como de Abadengo y Señorio, que persigan sin descanso á estos tropeles de facinerosos, y con la prevencion necesaria de armas y gente les corran sús hasta reducirlos á prision; aplicándoles con toda sumariedad las penas del robo en despoblado, y que los que no se hallen merecedores de la muerte se destinen á la cautividad; quedando cuanto se les aprehenda para gastos de correrías en su búsqueda. Una batida en toda regla contra estas fieras humanas, acosadas por el hambre, y reducidas á la desesperacion por hostilidades sin tregua. La ley concluye por apremiar á las Justicias á su mas escrupuloso cumplimiento; denotando en la viveza de sus instancias, y en el rigor de su contesto, la inminencia de los perjuicios públicos representados, como espuesto queda, por las personas de mayor valer, y autoridad en la monarquía.

Cárlos II, por Pragmática de Madrid de 20 de Noviembre de 1692 recuerda con revision del Consejo la ley de su padre acerca de los ejipcios; añadiendo que las justicias visiten de ordinario sus hogares para indagar si tienen armas de fuego, y hallándolas en su poder, ó encontrados con ellas en caminos, por este solo hecho se envien á galeras por ocho años; dando sesenta dias de término para la egecucion del decreto, y agregando medios coercitivos á los del Cuarto Felipe para precisar á las autoridades á la observancia rigorosa de lo prevenido.

No bastaban estas contínuas determinaciones del poder público para el remedio de tan antíguos y ostensibles males; porque el orígen del daño no estaba tanto en el aferramiento de la raza bohemia en la vagancia, los trajes y costumbres de sus ascendientes, é índole proterva, como en la antipatía vilipendiosa que los pueblos les manifestaban; el hosco desvio que les rechazaba de una sociedad en que se les imponía por la ley la necesidad de confundirse, y la eterna suspicacia que se obstinaba en interpretaciones odiosas de todos sus actos.

Cárlos II, en otra Pragmática de 12 de Junio de 1695 mandó reducir á censo todos los gitanos avecindados en sus dominios, y el registro en los libros de Ayuntamiento de sus armas y bestias; asignando cuarenta y un pueblos para su esclusiva residencia; sin arbitrio para concederles otra vecindad que en los marcados.

Los contraventores debian sufrir pena de ocho años de galeras; doscientos azotes y estrañamiento perpétuo siendo mugeres. Se les veda especialmente el oficio de herreros, reduciendoles á la agricultura por única lícita ocupacion. Del propio modo se les prohibe la trata en bestias mayores ni menores, y aun servirse de yeguas y caballos; perdiendo estos á beneficio de gastos de Justicia y condenándoseles en dos meses de prision. El dueño de caballería prestada á un gitano la pierde por este mero hecho, y solo se permite á estos despreciados párias mula ó caballería menor, que acrediten hallarse destinada á usos de labranza. No pueden tener ni llevar armas de fuego cortas ni largas, y ya dentro ó fuera de poblado la aprehension de un bohemio con ellas merece doscientos azotes y ocho años de galeras; *aunque dichas armas sean largas* (dice el legislador) *porque pa-*

ra esta gente se han de tener todas por igualmente prohibidas. Para vender las armas, bestias y ganados, que poseyeran al tiempo de su rejistro en las cabezas de partido, se les otorgaba el improrrogable plazo de treinta dias. Las justicias estaban obligadas á la frecuente visita de sus casas, y repetidos informes de su conducta. Su asistencia á ferias y mercados aunque no fuese para tráficos y transacciones se penaba con seis años de galeras, como su vecindad en comunion con los de su raza, uso de sus estrañas correrías, vestimentas, y locucion en su gerigonza. La escursion de un pueblo á otro estaba tan restrinjida que por no sujetarse á tanta prévia informacion, trámites de licencia, y cautelas con que se debia otorgar el pase, unos preferirian morir de inanicion, faltos en las tierras de su domicilio del único trabajo que les era permitido, y otros se verían en la imprescindible necesidad de abandonar sus vecindades; incurriendo en las sañudas iras de la ley, y tornando en la desesperacion de su destino á las formas primitivas de aquella vida de salteamientos, fraudes y vagancia, incompatible con el reposo social, Presos los gitanos en el número de tres, con armas, á pié ó á caballo, aunque no se les probara otro delito, habia de imponérseles la pena de muerte. El gitano salteador se libraba de la pena de su crímen entregando á otro de igual clase á la Justicia, y ni asilo, menor edad, embriaguez, ni alegacion de violencia valian para este género especial de procedimientos.

Lo que prueba la exasperacion del poder lejislativo contra esa familia, resistente á su amalgama con nuestra sociedad, es el empeño con que procura apagar el sentimiento de benevolencia, que se iba despertando en *personas de diferentes estados*, segun espresion de la Pragmática, hácia los objetos de un ódio pertinaz, precipitados en la senda del crímen mas que por instintos perversos por enconos feroces y rigores exasperatorios.

La pluma del inmortal Cervantes nos suministra un testimonio precioso de esta verdad en su linda novela *La Gitanilla*. Allí encuentra el lector el desuso de las leyes. En vano la opinion vulgar es apoyada por los reales decretos en abominacion de la raza zíngara. El tipo gitano, que se limita al peregrinaje alegre de los saltimbánquis y trobadores populares, se capta las simpatías de la muchedumbre poco á poco, y llega á cauti-

var la atencion de las gentes de primera calidad. El manco glorioso de Lepanto ofrece en la protagonista de su fábula la personificacion de aquellas voluptuosas danzarinas y cantoras al aire libre, que recorrian la España; fiando la subsistencia por iguales partes á sus talentos y á la generosidad del público: llamando curiosos en torno de sí con el alegre repique de sus castañuelas, y el punteado en la guitarra del consabido acompañante; haciendo escenario de su habilidad cada plaza pública: desplegando una desenvoltura alarmante en la danza; una picante intencion en motetes y estrivillos; una agudeza picaresca en las parolas; pero castas enmedio de sus desplantes inmodestos; púdicas de alma á pesar de sus atrevidos trobos; vírgenes inaccesibles á las asechanzas multiplicadas de los antojadizos, no obstante sus respuestas descaradas á los propósitos libertinos, que las eran dirijidos. Seducian al concurso con sus bailes provocativos, sus canciones sentidas, y su charla llena de inimitable gracejo, y tendiendo el platillo á los concurrentes recaudaban el precio de sus tareas, segun cada cual las estimaba; yendo á repetir la misma escena cien pasos mas allá; sin agotarse el repertorio de sus bailes; reponiendo cada dia el caudal de sus coplas dolientes, amantes, impregnadas de melancólico sentimiento, ó espresivas de una malicia ingeniosa; hallando siempre en la vivacidad de su fantasía chistes con que responder á una pregunta libre; oportunidades con que suscitar la hilaridad de su auditorio.

Y no eran solo las gentes vulgares las que manifestaban benevolencia á estas comparsas alegres de flamencos *corriendo la tuna*; no eran solo ociosos y transeuntes el público de estas turbas joviales. Grandes Señores y altas damas hacian subir á sus estrados y retretes á la gitanilla, caprichosamente ataviada, morena como la alondra, ojos de fuego y gachona sonrisa; y allí sobre las alfombras y ricos tapices se repetía la danza, que antes tuvo por teatro las piedras ó el terrizo de las travesías. Despues entraba el canto especial de los Zíngaros; ese canto melancólico en las cañas y playeras; vário y dulce en jaleos y jarabes; truhanesco en polos y seguidillas. Venian luego por su órden la *buena ventura*; las oraciones talismánicas contra el mal de corazon ó el histérico; las palabras misteriosas

contra el mal de ojo y hechizos; los *cobeos* ó frasecillas alhagüeñas con que hacerse gratos al concurso; la singularidad de su gerigonza, que esplicada en el idioma castellano dejaba conocer la fuer za de imaginacion en sus conceptos de una gracia estraordinaria. Por fin la egipcia salia contenta de los alcázares de un procerazgo siempre liberal; lleno de oro el platillo de cuestacion; con alguna alhajuela, dada en pago de sus lisonjas; y no pocas veces con tal ó cual juguetillo precioso, que cediendo á sus instintos rapaces tomaba de su lugar con una destreza imponderable.

Los gitanos parecian nacidos para el ejercicio de la chalanería. Ninguno como ellos para encubrir ó descubrir las faltas de una bestia; nadie alcanzaba rivalidad con ellos en preparar los tratos; arreglar las compras y trueques; esplotar las incidencias del convenio; y conducir á próspero fin la especulacion. Donde ellos se presentaban los ordinarios corredores nada tenian que hacer, y en los mercados y ferias tanto el que venia á vender como el que deseaba comprar lo primero que hacian era procurarse relaciones con uno de los bohemios, táctico en aquella materia. De aquí resultó que los dueños de ganado se ligaran por su interés á los intrusos corredores, y los que solian comprar en las ferias recurriesen á su mediacion para el objeto. Valiéndose los cautelosos flamencos de sus trazas é industrias figuraban servir con predileccion los intereses de unos y otros tratantes; dejándolos persuadidos de sus simpatías, y estendiendo gradualmente y de esta manera el círculo de sus conocimientos, hasta llegar al punto que confiesa la ley; hasta merecer *favor, proteccion y ayuda á personas de distintos estados.*

Por temor de caer en difusiones, que pudieran cansar, no analizaremos otros tipos gitanos, que en la época á que nos referimos merecian ya la tolerancia de nuestro pueblo á despecho de nuestras severas leyes. Mencionaremos la especie de la familia Zíngara, dedicada á la herrería; la cual empleándose en hacer clavos, arcayatas, tenazas, hornillas y demás labores poco complicadas del oficio, daba sus productos con una baratura inconcebible para quien ignorase que la materia primaria salia de una reja hurtada en un derribo; de los clavos de un porton; de los barrotes limados acá y allá por diversos barrios, y de las cadenas que era moda suspender entre columnas ante pórticos de

templos y casas de alta suposicion. Es una tradicion comun en Sevilla que las gruesas cadenas de que estaba circuida su magnífica Catedral desaparecian para trasformarse por los gitanos de Triana en parrillas y trévedes.

La ley persistiendo en reducir á los gitanos á la condicion de agricultores y braceros, con absoluta esclusion de cualquier otro destino, trató de privarlos de la proteccion y amparo de los habitantes de España, y suplir el encono público que ya se iba estinguiendo con el terror á las penas establecidas en la Pragmática.

El que fuese convicto de haber favorecido á los gitanos en cualquier forma incurre en seis mil ducados de multa siendo noble, y diez años de galeras si fuere plebeyo; relevándose á los testigos, que depongan sobre tal patrocinio de las condiciones del derecho; valiendo la declaracion de actos singulares y diversos entre sí. La ley concluye por trazar las vías legales de persecucion contra la proscripta estirpe, y establecer apremios y responsabilidades estrictas, que estimulen el celo judicial; con lo que denuncia dos cosas; que la práctica no se habia tomado el trabajo de secundar disposiciones legislativas, incompatibles con el espíritu público y la sucesion de los hechos; que las Justicias estaban rehácias en el cumplimiento de órdenes que reconocian impotentes para llevar á término el plan, que parecia proponerse el poder público; plan que estaban desacreditando las palpitantes lecciones de la esperiencia.

El Consejo en cédulas de 18 de Agosto de 1705, y 10 de Setiembre de 1708, vuelve á encargar la observancia de la Pragmática antecedente; relevando á las Justicias de consultas á Consejos, Chancillerías ni Audiencias. Felipe Quinto en Madrid en primero de Octubre de 1726, y en San Lorenzo á 30 de Octubre de 1745, en virtud de consulta de 17 de Setiembre, manda salir de la córte y territorios de Chancillerías y Audiencias á cuantas gitanas se ocupaban en solicitar sus instancias; escluyendo de toda inmunidad al gitano vagamundo.

Esfuerzos inútiles de un poder obcecado qus pugnaba por destruir los efectos sin remover las causas.

Llegó la memoranda época de Cárlos Tercero, y el sábio monarca, á quien España es deudora de tantos y tan señalados

beneficios, y en quien la Providencia reunió tantas singulares dotes de mando, no imitó á sus régios antecesores en acumular confirmatorias á leyes desacreditadas, y sin resultados en práctica.

En vista de la tenaz subsistencia de los efectos estudió las causas eficientes, y ayudado de su ilustracion, de su laudable costumbre de provocar prudentes consejos, y de su infatigable perseverancia en la observacion detenida de los acaecimientos, comprendió perfectamente que los medios adoptados por el poder para destruir la singularidad de la raza eran los mas propios por el contrario para perpetuar su diferencia del resto de la sociedad; que las restricciones multiplicadas de la reduccion al estado civil de los zíngaros producian la vagancia y los escesos de una existencia aventurera, mas que los hábitos de familia y la índole rebelde al método y al órden; que en vez de fomentar odiosidades y castigar patrocinios convenia estinguir los enconos instintivos, que restaran en el vulgo, para quitar pretestos á la antipatía de los bohemios á fijar domicilio, y remover obstáculos á fin de que sus medios de subsistencia fuesen lo mas lato posibles, y no repugnase la casta egipciana el avecindamiento por resistir su ánimo las tareas agricultoras á que la asignaban como *única ocupacion* las antiguas leyes del reino.

Or Krallí nicoba la lirí dor calés (el Rey destruye la ley de los gitanos) cuentan que esclamó un viejo patriarca al escuchar la Pragmática-sancion de Cárlos Tercero, y ciertamente que *la lirí dor calés* (la ley de los gitanos) esto és, el método especial de vida de la prosapia flamenca, siempre en fraude de los principios que presiden á las bien ordenadas repúblicas, desde el peregrinaje vagamundo hasta la rapiña y el salteamiento, no recibió el golpe de muerte sino del escelso hijo de Felipe Quinto.

La Pragmática-sancion de 19 de Setiembre de 1783 establece; 1.° Una declaracion de que cuantos se llaman y dicen gitanos ni lo son por orígen ni por naturaleza, ni provienen de raiz infecta alguna. 2.° Prohibicion de lengua, trage y vida vagamunda; 3.° Veda de motejarlos con los nombres de gitanos ó castellanos nuevos, bajo la pena de injurias graves. 4.° Órden de tildar y borrar á peticion de parte interesada los documentos en que

estuviesen consignadas *estas falsas é injuriosas voces*. 5.° Admision á cualesquiera oficios ó destinos, grémios y comunidades de los avecindados, ó que dejaran la vida errante; sin que bajo el pretesto de casta se les pueda poner obstáculo ni contradiccion en juicio ó fuera dél. 6.° Señalamiento de penas contra los que resistieran la admision en sus grémios y oficios de los gitanos, *clase de gentes enmendadas* (¡sublime frase de la ley!); diez ducados por la vez primera, doble por la segunda y tercera, y por la obcecada contumacia privacion prudencial de oficio. 7.° Plazo de noventa dias para fijar vecindad á gusto de los bohemios; «*escepto por ahora* (dice la pragmática) *la Córte y sitios reales*. 8.° Determinacion relativa á que no baste *por oficio conocido* la sola ocupacion de los Zíngaros en la esquila de bestias, tráficos de ferias y mercados, y hospedage en ventas ó posadas en despoblado. 9.° Disposicion referente á comprender en la ley general de vagos á los que habiendo tomado vecindad no se ocupasen en arte ú oficio. 10.° Comprendiendo á los gitanos en las leyes ordinarias del reino así civiles como criminales; sin diferencia de los demás vasallos de S. M. Católica. 11.° Prision de los gitanos que resistiendo la vida civil, y los beneficios con que á ella se les brinda, se obstinasen en la vagancia, uso de gerigonza, trages, y continuacion de errar en bandos, y sello en las espaldas de los contraventores con un hierro candente, donde estén grabadas las armas de Castilla, con apercibimiento de la última pena en caso de reincidencia, y su aplicacion llegado este caso. 12.° Escepcion de estos castigos á los jóvenes de ambos sexos, que no escedan de diez y seis años, y disposiciones para su ingreso en Hospicios y casas de enseñanza, donde fuera del mal ejemplo de sus familias, aprendan oficio.

Los demás artículos se dirijen á el método de proceder, é instrucciones á las Justicias, y coronan dignamente esta obra merecedora de eternas alabanzas en todos los ramos que comprende.

El decreto de 29 de Octubre de 1784, dado por el Consejo, y otra cédula del mismo á primero de Marzo de 1787, como el capítulo 34 de la instruccion de Corregidores de 15 de Mayo de 1788, coinciden con las disposiciones de la pragmática, respectivas al cumplimiento de los espresados puntos.

Se refiere una anécdota graciosísima de los gitanos de Sevilla á la fecha de la promulgacion de esta ley. La tradicion vulgar nos la ha transmitido, y si no es una verdad, y dimana de la inventiva de un chusco, confesamos que tiene el mérito de la verisimilitud para quien conozca la índole de los gitanos. Allá vá tal como se cuenta; sin mas autoridad que la de *relata réfero*: pero aplicando la frase italiana «*si non é vero é ben trovato.*»

Concurrieron los gitanos al Ayuntamiento porque el Asistente quiso notificarles con toda publicidad la Pragmática-sancion, y enterarles cumplidamente de los beneficios paternales, de que eran deudores á la régia bondad, como de las penas fulminadas contra la persistencia en los hábitos vagantes.

El Asistente asistido de Veinticuatros, Rejidores, y demás autoridades concejiles, hallábase sentado bajo dosel de damasco carmesí, en cuyo centro se veía el retrato de S. M. Catolica D. Cárlos Tercero, con su fisonomía risueña y bondadosa; ojos serenos; boca de discreto por lo replegado de los lábios, y la prolongada nariz de la estirpe borbónica.

Los *cañís* fuéronse acomodando en la estrechura de una multitud curiosa, y acallando sus murmullos á la voz de «¡Silencio!» de los Ujieres, prepaáronse á prestar su atencion á la lectura de la Pragmática, confiada á un escribano del cabildo.

La lectura comenzó.

Cuando declara la ley que los gitanos no provienen de raiz infecta alguna, los de Sevilla interrumpieron el testo con sus esclamaciones de alborozo.

—*Ostebé le diñe á Su Majarí toa su salusita*! esclamaba una vieja con los grotescos ademanes de un estremado júbilo.

—*Gachó barbá!* apoyaba un moceton mal encarado.

—*Sí habela el geró de Paire Presentao,* decia una airosa mozuela señalando al retrato del escelso Monarca.

Siguió el escribano leyendo las determinaciones en que se resguardaba á la estirpe egipciana de los menosprecios del encono vulgar.

—*Vaya un Kralli de mistorró!* clamaban unos.

—*Mos camela el chorré como el bato á los churumbeles,* concluía un zíngaro, entusiasmado con las pruebas de bondad del magnánimo Soberano.

Llegó el actuario público á la concesion de toda clase de artes y oficios, é ingreso en todo género de grémios y comunidades. Los gitanos esforzaron las muestras de su profunda gratitud. La barrera principal que los separaba de los demás pobladores del reino caía reducida á polvo por la mano poderosa del ilustrado Príncipe, y la igualdad en destino los aliaba á sus demás vasallos.

—*El chabó es un Cásto Mano!* gritó frenético un Patriarca bohemio.

—*¡Bendilas sean jasla las bimbas de su bata!* díjo sollozando una senecta. encorvada al peso de la edad.

—Dios le haga dueño del mundo, repuso con emocion uno de esos *calorrós*, confundidos de todo punto con los naturales de España por figura, modales y genial.

Así de gozo en gozo y de artículo en artículo llegó la lectura al 13, donde se manda sellar con un hierro candente de las armas de Castilla la espalda de los gitanos vagamundos.

Los Zíngaros dieron un grito de horror, á que siguió un medroso silencio. Un viejo gitano haraposo y de trazas nada capacés de augurar domicilio fijo ni oficio honesto, estendió su rugosa y súcia mano, señalando el retrato de Cárlos Tercero, y con acento sarcástico dijo á los consternados egipcios:

—*Guatos, guillaben ahora que salió la falañi. ¡Qué pué jasé de güeno ese patoso con esas pávias de vigolon! Ya metió la pata sumé.*

Desde Cárlos Tercero hasta nuestros dias se cuenta la difícil obra de amalgamar con nosotros la prosapia Zíngara, y aunque todavía existen diferencias van acortándose las distancias progresivamente, hasta el punto de apercibirse el término de su estincion; así como una enfermedad comienza bajo las consternadoras formas epidémicas; se hace comun, y confundiéndose con las dolencias vulgares, concluye por desaparecer cual ese *fuego de S. Anton, la peste negra* y la *lepra ejipcia,* de que nos hablan los antiguos historiadores, y que ó yá no se conocen ó apenas restan sensibles vestigios.



GRAGITO.

CAPÍTULO II.

El Gragito.

Nos referimos al 15 de Noviembre del memorando año de 1823.

La niña Gaditana (como entonces se llamaba á la Constitucion de 1820) ha sucumbido ante las bayonetas de los franceses al mando del duque de Angulema. Fernando VII acaba de declarar por manifiesto de 1.° de Octubre que desde el 7 de Marzo de 1820 á la fecha nada se ha hecho de valor en el gobierno; puesto que S. M. y familia gemían en el cautiverio de *la mas criminal traicion y la mas vergonzosa cobardía:* cón otros piropos á los constitucionales, no menos dignos de la pluma que los consignaba.

D. Victor Saez, Canónigo Lectoral de la Iglesia primada de Toledo, reuniendo los cargos de primer Secretario de Estado y Confesor del Rey, labra la ventura de los *vasallos fieles*, permitiéndoles los famosos desahogos de su *lealtad* contra los *pícaros negros* de tercera tanda; mientras cuelgan de la horca y fusilan á los de primera, y arrastran la cadena de los siervos de la ley los de segunda. El futuro Obispo de Tortosa tranquiliza la conciencia real sobre la validez del juramento prestado á la Constitucion; demostrándole la exactitud del edificante principio: «*In periculo simulatio usque ad horam.*» (Disimulo en los riesgos hasta mejor coyuntura).

Se ha licenciado en masa el *corrompido ejército constitucional;* temiendo la inoculacion de su mortífero *virus* en los nuevos hijos que afilíe Marte en su familia. La Magestad prohibió

encontrarse á cinco leguas de su tránsito de los Puertos á la Córte á cuantos hubieran sido ruedas y siquiera dientes en la *monstruosa máquina Constitucional;* con perpétua veda de ingreso en el radio de quince leguas de la Córte y sitios reales. Se mandó celebrar solemne funcion de desagravios al Santísimo Sacramento en toda la Monarquía; ni mas ni menos que si los venerandos altares de nuestras iglesias hubieran servido de trono á la *Diosa razon*, como el de Nuestra Señora de París. Los vecinos del Villar de Ciervos por recompensa de una sorpresa hecha á D. Alonso Martin, hermano del Empecinado, ostentan medalla circular de plata con alusivas inscripciones.

Se manda erigir un monumento que perpetúe las glorias del Duque de Angulema y de su ejército para que la posteridad tenga en Madrid un auténtico testimonio de aquel César; que si no era el César de Farsalia le faltaba poco; siendo un verdadero César de farsa.

Se puede aplicar á la Península la celebre frase proferida en ocasion de las revueltas de Polonia, y cuando el despotismo la hacia teatro de sus sanguinanarias venganzas.—«*La paz reina en Varsovia.*»—Esa paz reina en España.

Dejando el todo por la parte, traslademos nuestra atencion de la monarquía de Cárlos á la humilde pátria del caballero de Azara, primer Marqués de Nibbiano; y pasemos de las consideraciones sobre la España de 1823 á pasear nuestra mirada curiosa sobre la pequeña villa de Barbuñales de Aragon en la provincia de Huesca; partido judicial y administrativo de Barbastro; dependiente del Tribunal superior y Capitanía general de Zaragoza, y de la diocesanía de Lérida.

Barbuñales es un pueblo de apenas sesenta casas, y hasta un centenar de chozas, cuya situacion al estremo de una llanura que separa dos terrenos montuosos y de una áspera fragosidad, abre paso al combate de los vientos. Estiéndese el llano hasta el cauce del Alcanadre, que corre tan cenagoso y profundo que sus aguas no se pueden aprovechar. A corta distancia de poblado están una fuente y abrevadero en el mas lastimoso descuido, y mas allá se levanta la humilde hermita dedicada á Santa Bárbara. La iglesia parroquial bajo la advocacion del má rtir S. Lorenzo eleva su campanario sobre los tejados y

techumbres de paja ennegrecida por la intemperie; como sobresale el penacho deun gefe sobre los cascos de sus soldados.

La plaza de la Villa mide escasamente treinta pasos en cuadro, y en uno de los chiribitiles, contiguos á una de sus esquinas, tenía por aquel tiempo su *tasca* ó panilla Ramon Urdiales, castellano nuevo conocido por *Grajito*, á causa de lo moreno de su cútis. El buen Urdiales habia caido en aquella poblacion como llovido del cielo. Tomó el casuco que habita; puso un mostrador, pipería, botijas y vasos; cuatro mesas desvencijadas y otros tantos banquillos, cuyos clavos descabezados hacian presa á guisa de garfios en cuantos calzones tenian la audacia de aprocsimárseles, y con el competente permiso de la autoridad local abrió *Des pacho de Bino y licore*, como rezaba un tortuoso renglon en el fróntis de su establecimiento.

Los moradores de Barbuñales se deshacian en conjeturas acerca del gitano, su nuevo convecino, y por algunos dia el buen Ramon fué asunto de las conversaciones; ni más ni menos que si fuera cuestion de Oriente, ó punto invadido por el cólera morbo.

En aquellos dias se le honró con el apodo de *Grajito* por la única observacion que pudo hacerse fundada: el color de indio bravío de su tez.

Al medio año de su vecindad un anciano trajinero de Huesca llegó á Barbuñales, y como predilecto punto de parada en las horas de solaz ó desocupacion, entró en la panilla del *Grajito* á echar un trago. Quedósele mirando fijamente y le preguntó si le conocía, y si en 1812 recordaba haberle visto; á todo lo cual contestó Urdiales negativamente.

—Piénselo bien, (replicó el trajinero con intencion) Yo tengo buena memoria.... ¡oh! escelente; y juraría que le he visto en Marzo de 1812 camino de Huesca.

—Pues juraría usted en falso. Esta es la vez única que piso el suelo de Aragon. Soy natural de Sevilla, criado en Triana, y vine á este pueblo de vuelta de Barbastro, adonde tengo una hermana casada con Anton Subiela, dueño del meson nuevo de S. José.

—El caso no es para olvidarlo, (repuso el trajinero estremeciéndose) y puede ser que me equivoque; pero su cara de usted... Vamos no vide cosa mas parecida.

—¿A quien me parezco? preguntó con desdeñosa sonrisa Ramon.

—A nadie (esclamó de repente y como inspirado de una súbita idea el trajinero). Hay muchos burros de un pelo mismo ¡qué diantres!

El viejo siguió bebiendo el tósigo que Urdiales espendía por aguardiente, y pagado el gasto salió de la panilla para la miserable posada del rey, cuya huéspeda era una cotorrona parlanchina y entremetida; con sus ribetes de condescendiente y hasta provocativa. El trajinero estaba no poco trastornado: comenzó por indagar el tiempo de residencia del Zíngaro en la villa y dejó traslúcir sérios motivos de interés.

No era preciso tanto para picar la curiosidad de la Maritornes. Esploró, rodeó conversaciones; insistió en sus preguntas, y por premio de tanta fatiga el anciano la confió los motivos de su ansiosa inquisicion bajo palabra de guardar secreto; palabra que ella, en honor de la verdad, hizo que la diesen las trescientas personas á quienes trasmitió el relato de su huésped.

Los rumores mas siniestros circularon entonces á propósito del *Grajito*.

—Es un salteador de caminos, (decia por lo bajo un honrado bracero á su consorte). Sí; un facineroso, que anduvo en la cuadrilla del Rochito por los años de 10 y 11, hasta que pescaron al Capitan en la misma cama de Marujilla la Beata en Benicarló.... ¿no te acuerdas, muger?

—¡Del Grajito! Si yo no vie esa cuadrilla!

—¡Qué disparate! De cuando ahorcaron al Rochito en Huesca el año doce, que yo estaba allá con el Seor Cura á los desámenes del sobrino, D. Pulicarpio.

—Ah! bah! entonces yo estaba paría de Ramoncejo.

—Pues chiquia, diz que el *Grajito* andaba con cinco ú seis de la partía robando como unas mialmas, y asesinando al sursumcordia, camino de Huesca.

—¿Y quien lo ice?

—Mía que cosa! La gente del lugar. Yo arrecojí la noticia en un corrinche de la plaaz, á la salía de misa, y es verdad porque cuando es que el rio suena...

—Si Señor, (esclamaba un mayor contribuyente en la tertu-

ila del médico) Ese trajinero de Huesca, Tio Pablo Ferrari, asegura que le reconoce por el teniente de la partida del Rochito que le robó dos veces: una en el retorno de Barbastro, matándole dos mulos, y sacudiendole una senda paliza, tras de arrasar con todo cuanto el pobre llevaba, y otra casi á las afueras de Huesca, y fué cuando asesinaron al Cura de Benifasá, y á la muger del Corregidor de Castilla....

—La Concha Cárdenas; (interrumpió la cónyuge del boticario) que decían si era ó no era querida de aquel ministro...

—Señora, Señora (dijo el Cura con ademan de disgusto). Los vivos pase; pero los muertos!

—Al tio Pablo le dejaron por cadáver de una enorme puñalada en la espalda... Ya vé usted, si esto se olvida.

—Yo lo hubiera dicho sin saber nada (repuso el médico.) La ciencia de Lavater es infalible. Asesino marcado; aquel ángulo facial; aquella frente chata del tigre; pupila de una luminosidad fosforecentes; ceja espesa... Asesino.

—Pues ayer no decia usted eso, (replicó la esposa del farmaéutico): todo lo contrario; defendía á capa y espada al Grajito.

—Señora, usted padece una equivocacion, contestó el fisonomista amostazado.

—Vaya! (insistió la desmentida) Apenas me acuerdo de toda la retahila. Fisonomía africana; poco inteligente pero de una bondad suma; lábio grueso, indicio de ingénio natural; ángulo...

—Señora, la ciencia de Lavater....

—La ciencia de Lavater dirá lo que guste; pero lo cierto es que tenemos en el pueblo un desalmado facineroso, y que el Seor Alcalde no vela por lo que debe, concluyó el mayor contribuyente resentido por un recargo de su cuota.

—Chiquío, (dijo un labrador de los que llaman pegujaleros á otro mozo de su calaña) hoy que es fiesta por tó el día vamos en cá del Grajillo á icirle que ha sío roba.

—¡Huiá! no eres capáz tu, respondió el otro con sonrisa de menosprecio.

—¡Fé de Cosme Tajo, y por vía de la Pilar! Espérame allá á caías de la noche, y lo dejarás avriguao, pijorro.

—Pues lo veremos ¡cuerpo de tal!

Y en efecto poco despues del toque de oracion entró Cosme Tajo

en la taberna de Ramon Urdiales, instalándose con dos amigos ante el mostrador.

—Allí hay sitio, camará, dijo el tasquero señalando á una mesa desocupada.

—No quio ir ¡mia que asunto!

—Lo mismo dá, salero, replicó Urdiales acostumbrado á la aspereza de la gente comun en el reino de Aragon.

—Tráite tres porroncetes de Cariñena, (repuso el pegujalero) y no te vengas con mosto bautizao; se quiere de lo puro. ¿Entiendes, cara de reniego?

El Grajito sin la mas mínima alteracion hizo una seña al muchachuelo, que le servía de ayuda para que tuviese cuenta con los marchantes, en tanto que bajaba á la bodega.

—Cosme, no te vayas del siguro, esclamó el mas prudente de los amigos del provocativo pegujalero.

—Bah! ya vereis como se las traga toas.

—Es gitano y basta.

—Y sobra pá gallina.

Urdiales volvió con tres porrones de búcaro, capaces de contener cuartillo y medio de Cariñena cada uno, y los colocó en hilera paralela á los bebedores.

—¿Es vino de concencia ú meringote de los que haces tú? preguntó Tajo al tasquero con el gesto mas insultante.

—Es Cariñena, contestó sosegadamente el Zíngaro.

—¿Traío por el tio Pablo Ferrari? interrogó Cosme con sorna.

Al oir el nombre del trajinero de Huesca Urdiales frunció las cejas, y miró al pijorro con esploradora intencion.

—Si; (prosiguió el pegujalero) el que diz que te conoce del camino, malos pasos.

El gitano se encojió de hombros con desden y volvió la espalda al provocador.

—Chiquio, déjale, murmuró por lo bajo el mas prudente de sus camaradas.

—Atiza, Cosme, (dijo el otro). Mía que juraste por la Pilar.

—Siga la jota, repuso el procaz Tajo, levantando en alto su porron, y recibiendo en la boca el chorro de Cariñena, con título á rey de Francia por lo *Cristianísimo*.

Sus amigos secundaron el movimiento.



RIÑA EN LA PANILLA.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

en compañía del fiel de fechos y sus dos alguaciles, levantada la negra vara en alto, y con esa seguridad característica del poder.

—La ronda! murmuró el concurso abriendo paso á la autoridad con respetuosa premura.

El Alcalde fijó su mirada indagadora en el grupo principal de la escena: Cosme Tajo con el rostro estropeado por la fiereza del golpe contundente: Ramon Urdiales á corta distancia, sombrío y pálido á estilo de los mulatos; es decir, de un blanco amarillento. El puñal habia desaparecido como por hechizo, merced á la destreza con que arrojado sobre el mostrador por el tasquero, fué sepultado en el cajon por su dependiente.

—Veamos. ¿Qué sucede aquí? preguntó el Alcalde con imperiosa entonacion.

—Ya lo vé vuesa merced (respondió Cosme mostrando su cara que parecia una sangrienta máscara.) Así asesina ese perro pagano á los hijos de la villa.

El Alcalde clavó en Urdiales la vista con espresion amenazadora.

El Grajido callaba poseido de esa rábia sorda del tigre á quien el domador retira la presa que ya tuvo entre las garras.

—Te ha herido este hombre? preguntó la autoridad al pegujalero señalando al gitano.

—Sí señor.

—Cómo?

—Tirándome á la cara ese porron, que ahí está hecho tiestos.

—Vosotros lo habeis presenciado?

—Sí señor, replicaron los testigos en coro.

—Porqué ha sido la cuestion? siguió el Alcalde preguntando al Grajito.

—Porque este hombre ha venido insultándome á provocarme, y yo......

—Mientes, interrumpió el pegujalero.

—Silencio! (dijo la autoridad con firmeza). A él le toca hablar y callar á tí.

—Me puso mil motes y callé; callé cuando me llamó cara de Cain y sangre de perro pero al al fin me ha dicho ladron en caminos, y está vivo porque entró vuesa mercé.

—¿Has llamado ladron en caminos á este hombre!

—No señor.

—¿Vosotros lo habeis oido?

Nadie respondió.

El Alcalde se volvió hácia Urdiales como para pedirle pruebas de su dicho.

—Jura por Dios, Nuestro señor, que no me has llamado bandido, dijo el ejipcio al mal parado pegujalero.

Cosme iba á proferir el exigido voto.

El Zíngaro le detuvo.

—No es eso; júralo por la Vírgen del Pilar de Zaragoza, y por la gloria de tu madre.

Tajo se estremeció; quedando mudo de religioso terror y filial respeto.

—¡Ola! ola! murmuró el Alcalde.

—Dias hace (continuó el gitano con amargura) que me persigue una sospecha injuriosa; sin que yo pueda averiguar quien me pone la puntería. Alrededor de mí se murmura de mi conducta, sin que yo haya dado lugar á recelos de ninguna especie. Cuando paso por cualquier corrillo noto una cierta cosa que me dá á entender se ocupan de mi crédito: antes de pasar me indican con disimulo; cuando pasan cuchichean; cuando me alejo dejan escapar algunas palabras que no tienen buen sentido.

—Veamos ¿Y qué produce ese chiscarral?

—No lo sé, Señor Alcalde; por el Santo de mi nombre. Alguno que me quiere mal se está despachando á su gusto, estendiendo malas noticias de mí, y procurándome la enemistad de todo el pueblo. Algunos que se dicen mis amigos me han dicho que en la villa corre la voz de que yo robaba camino de Huesca años pasados...

—¡Qué diablura! esclamó el Alcalde.

—Vuesamercé sabe demasiado que mis papeles están limpios (prosiguió el tasquero alhagando el amor propio de la autoridad) y si no lo supiera buen cuidado habría tenido de nc admitir en su vecindario á un desconocido ú hombre de mal vivir.

—Es claro, apoyó el Alcalde.

—Ya me soltaron sus indirectas no pocos de esta vecindad, y bien que las entendí; pero como hombre pacífico tenía resuelto

no dar la cara hasta las últimas, y cuando ya no pudiera ser por menos.

—¿Y este mozo ha sido el mas osado? preguntó el Alcalde señalando á Cosme.

—Me ha llamado ladron sin más ni más, (contestó el gitano sintiendo encenderse de nuevo su sangre) y lo mejor fuera, señor Alcalde, que vuesamerced prohibiese á ese hombre la entrada en mi casa; porque por Cristo, Nuestro Señor, que el mejor dia del año tendrán que poner una cruz en la puerta ó por él ó por mí.

—Seor Tajo, (dijo el Alcalde con severidad) ya sé que tiene usted un génio endiablado, y que hace dias debe usted á la justicias sus cuentas; con que si no quiere entenderse conmigo confórmese con la leccion recibida y guárdese de aportar por esta casa ¿estamos?

El pegujalero salió de la taberna con el corazon mas lacerado que la cara; jurando vengarse á la primera ocasion por la Vírgen del Pilar de Zaragoza, y la gloria de su madre. La circunstancia de ser gitano su enemigo fué el estímulo de su insolencia, y la protecion justa del Alcalde á Ramon le parecía un vejámen de su amor propio. En efecto para él, como para una gran parte del vulgo, el gitano era un sér de distinta especie, á quien no alcanzaban los beneficios de la sociedad civil, y cuyo menosprecio nunca podía constituir una falta. En vano Cárlos III le escudaba con su protectora ley; las antiguas preocupaciones robustecidas por las antiguas leyes aun cuentan imperio en la mayoría no ilustrada de nuestro pueblo, y cada vez que Cosme Tajo reflexionaba que se le habiá reprendido por la autoridad á causa de sus insultos á un Zíngaro, se sentía tan herido en su dignidad como un colono indiano á quien el gobernador hubiese impedido azotar á su siervo.

—Cuidado con los arranques (dijo su merced al tabernero.) Aquí estoy yo para hacer justicia en nombre del Rey, nuestro Señor, y no permitiré que nadie se la tome por su mano.

—Pero si alguno se atreve á insultarme...

—Ya se guardará.

—Si un imprudente me provoca llamándome ladron...

—Quéjate de la calumnia, y yo te fio que arrastrará la cade-

na de los presidios, tan cierto como existe Dios.

—Así lo haré, Señor Alcalde.

—Amigos, lo dicho, (concluyó la autoridad.) Seguid bebiendo con tasa, y el Señor dé á cada uno lo que mas le conviniere. Urdiales, no hay mas que hablar y para otra vez mira lo que haces; pues te dejo avisado. Buenas noches.

La ronda evacuó el local, despedida con las propias muestras de respeto que mereció á su entrada á todos los concurrentes.

El Grajito consiguió poner un doble dique á las osadías; la fama de sus buenos puños, y la seguridad de sus antecedentes, atestiguada por la autoridad de Barbuñales. No volvió á hacerse conversacion de sus pretendidas latrocinios en tertulias y corrillos y las murmuraciones cautelosas fuéronse apagando sucesivamente como las marejadas, que siguen á un deshecho temporal, y ván determinando con su apaciguamiento la calma próxima de la naturaleza.

Ya se había casi olvidado en Barbuñales la especie cuando apareció en la villa un hombron derrotado y de siniestra catadura; barba espesa y entreverados de grís su negros y revueltos mechones; el ojo derecho saltado; una enorme cicatríz en el c rrillo izquierdo; el aspecto de una fiereza orgullosa.

Se presentó al Señor Alcalde con su pasaporte de presidiario cumplido, por causa de robo en caminos; ruta forzosa y bajo la vijilancia de las autoridades hasta el pueblo de su vecindad.

Llamábase el sombrío personaje Antonio Castañon, álias el Gigante.

Salido que hubo de la casa concejil con el correspondiente refrendo de su pasaporte el Gijante se dirijió á la panilla de Ramon Urdiales con el objeto de echar un trago antes de emprender la marcha.

Serían escasamente las cuatro de la tarde.

El Grajito servía de beber á dos trajineros de Calatayud, que le habian traido cuatro pellejos de Arganda, cuando Castañon penetró en la taberna con paso lento hasta instalarse cerca del mostrador, frente al gitano.

Ramon le juzgó uno de tantos repugnantes mendigos, que pasean su indolente miseria de poblacion en poblacion, y cuya cínica importunidad y costumbres degradatorias llegan á esci-

atr antes enojo que lástima. Miró al Gijante con desden y siguiel diálogo con los trajineros, quienes se despidieron de allí á poco.

Castañon continuaba inmóvil ante el Grajito; contemplándole atentamente; y sonriendo con una espresion diabólica: su único ojo relampagueaba de feroz alegria; el chirlo formaba un estraño pliegue en aquel rostro de condenado, y por cierto que un pintor no podia hallar mejor tipo para representacion de Lucifer, acechando un alma en las vías de la perdicion.

Urdiales se sintió incomodado por aquella observacion audaz.

—Perdone por amor de Dios y siga su camino, esclamó con aspereza.

La sonrisa del Gigante redobló su espresion amargamente burlona: su ojo único centelleó: la cicatriz marcó una arruga mas profunda en la contraccion muscular de aquella satánica fisonomía.

—¿No lo oye, hermano? repitió el Zíngaro en tono duro.

—No pido limosna, contestó el Goliath con sarcástico acento.

—Pues ¿qué quiere?

—Verte y no mas, buena alhaja.

Ramon sorprendido examinó con ávida curiosidad al singular personaje.

—No conozco, concluyó con despego.

—No es estraño, replicó Castañon: traigo un ojo menos, y esta carretera en el carrillo, y luego toda la barba que ya me blanquea, y despues que allá abajo se pasan muchas fatigas, muchas, hermanito.

—¡Allá abajo! repuso Urdiales con estrañeza.

—Pues: en Melilla; es una plaza de mil demonios.

—Acabemos.

—¡Si no hago mas que principiar! Sosiégate hombre: siempre fuiste lo propio: un génio de polvorilla, que no te deja ni aun enterarte de las cosas.

—Pero en conclusion, (dijo el panillero impaciente) dígame quien és, y que quiere de mí.

—Ya lo sabrás, y de sobra: pero antes dame un vasillo de *peñascaró* (*aguardiente*); eso me enjuagará las fauces.

El Grajito despachó al forastero con una prontitud que denunciaba su ansiedad.

—Ajá! (esclamó el incógnito saboreando el trago.) No es muy

malote este raja-gaznates; cargadillo de agua fuerte; pero pica como Dios manda, y calienta como un sol de agosto.

—Acabaremos! replicó el Gitano con exasperacion.

—Tenga paciencia ¡repámpano! contestó el Hércules con acento imperioso.

Urdiales retrocedió como si una sierpe se hubiera presentado ante su paso de improviso.

—Ola! (siguió el gigante con risa caústica.) Parece que se entiende la seña.

—Dios mio! ¡Será posible! murmuró involuntariamente el tasquero, considerando á Castañon con una angustiosa avidéz.

—¿Creias que me hubieran despachado al otro barrio, cuando me apresaron en el Tarajal?

—Tal creí, mi Teniente, respondió el Gitano procurando disimular su sorpresa y disgusto, con el ademán y el tono de una respetuosa sumision.

—Pues no ha sucedido como pensabas, segun puedes ver.

—Alabado sea Dios, esclamó Urdiales fingiendo congratularse por la salvacion de aquella vida de crímenes y horrores.

—¿De veras? preguntó Castañon, á quien no engañaron aquellas gratulatorias frases.

—Puede usted dudarlo, mi teniente.

—Y tanto como lo dudo. Cuando andábamos por esos caminos de Huesca, ya conocía *mangue (yo)* que no era santo de tus devociones.

—¡Qué disparate!

—Murmurabas de mis fechorías, llamándome lobo rabioso. Siempre dije yo que tú no servias para aquellos pasos: lo mismo que nuestro Capitan el Rocho ¡repámpano! Si me hubiesen ustedes creido á buen seguro que nos hubieran cazado como codornices: pero esa manía de ahorrar sangre, ahorrar sangre.... ¡Voto á tal! Yo estoy por lo que decia aquel otro gitano de la partida=*chusquél mulabao ne grasna: (perro muerto no ladra.)* ¡Buen chico era aquel! ¿Te acuerdas?

—Si.... si: me acuerdo.

—¿Estás pensativo?... Se me figura que mi presencia te hace bien poca gracia.

—¿Porqué¿ Todo lo contrario.

—Comprendo, *chabó (muchacho)*. No te disgustara que me hubiesen apretado el pescuezo, como al Nenillo, Barbote el de Calatayud, y el maldecido de Tenaza. Pués aquí me tienes sano y salvo gracias al escribano de la causa, que le dió por protegerme, y al empeño de aquella ventera, la ronca, que se moría *in illo témpore* por mis pedazos, y que yo no sé como era toda una persona de brazos para con el Corregidor. Me echaron á Melilla por diez años y un dia...

—¿Y viene usted desertado? interrogó Urdiales con sumo interés.

—No tal, me dieron en Melilla la vara de cabo furriel, y cobrando el tanto de baraja lo hé pasado como un príncipe entre aquella buena gente: gente del bronce: hombres de chapa, golpe y zumbío, como no los paren madres.. ¡Qué Melilla, chico! Aquello es una bendicion de Dios. Plaza cerrada á estilo de piña: los riffeños siempre dale que le dás: hombre que asoma la cabeza por el menor resquicio de la muralla ¡zás! patas arriba sin remision: allí la flor y la nata de los *gachós barbales (mozos buenos)* desocupados; una cuadrilla remendando el pueblo y el resto de la plebe sin tener cosa mejor que hacer que jugar hasta la racion y desabrocharse de cuando en cuando el forro de la camisa con unas ganas que es lo que tiene que ver, Pepillo.

Ramon estaba en brasas durante este relato. El Gigante se apercibió de ello, y continuó sin embargo su perorata, con el enfático acento del héroe que cuenta sus proezas.

—Para mantenerse allí en primera línea es preciso contar con un corazon duro como la peña, y un brazo fuerte como palanca de hierro; porque cobrar el barato es cosa que produce; y la breva tiene mas de un goloso entre tanto y tanto hijo de su madre como llevan por allá; lo peor de cada casa, hambrientos como lobos, y teniendo que aventurar lo propio que les cubre la carne. Asi es que para no perder la canongia, Pepe de mis ojos, hé tenido tres peleas, que mal año para todos los gallos ingleses del mundo: en la primera me vaciaron el ojo de una cornada, y por mi salud, que fué de padron; en la segunda me rebanearon la *filosa (cara)* del modo que vés, y en la tercera acerté tan de recio que á la primera metida le hurgué en el sitio de la muerte, y á rodar de seguida.

—Pero ¿cómo salió usted en libertad, mi teniente?

—Muy sencillo ¡repámpano! Figúrate que como este mundo es un fandango muy endiablado; y hoy le toca el boliche á uno y mañana á otro, sucedió que cierto marqués de la córte, mozo de muchas campanillas, tuvo yo no sé qué trapatiestas, y de sus resultas me lo metieron en chirona, y á buen componer me lo llevaron á la costa de África con los pobretes de la vida airada; ni mas ni menos que si hubiese robado cálices ó trinchado á un viviente. Me conoció por allá y le gusté, y echaba conmigo sus párrafos; contándome los brazos que tenia en el gobierno, y divirtiéndose en oirme referir los percancillos de las cosas que tu sabes... Por cierto que se rió mucho de aquel *oslabo (hurto)* que hiciste en Huesca de los rosarios de plata... ¿No te acuerdas, Pepe?

—Me acuerdo: pero volvamos al asunto.

—Pués el asunto es que el tal marqués concluyó por asegurarme que tan pronto como le restituyera á su gracia el Rey, lo que siempre creia próximo por las cartas que bajaban de los Madriles, me habia de sacar de Melilla. Yo decia para mis adentros:—«este pájaro es gordo, y en las altas y bajas de estos cortesanos, ni hay que fiar de las unas, ni *desconfiar* de las otras; porque son cajilones de noria: vacios; llenos: vacios; llenos: y así rueda la pelota.

—Y al fin, interrumpió el tasquero con impaciencia.

—Al fin, el dia menos pensado vino la órden para que mi marqués volviera á la córte como si tal cosa. Le recordé la promesa, y él me dió su palabra para lo futuro, y una *careta (onza)* por lo pronto; quedando yo entre dudoso y confiado de que ó se acordara de solicitar mi indulto, ó pudiera alcanzarlo; porque si pedian informes á la Audiencia... ya vés... mi causilla no estaba muy limpia que digamos: haberme dejado con vida era ya mucho ¡qué diantre! De trece que andábamos camino de Huesca sabia yo que once habian perecido: de muerte violenta el capitan y Bastianico, y en la *filimicha (horca)* el resto: á tí te contaba entre los *mulandós (muertos)* ó á manos de los migueletes que nos coparon, ó perneando en la ene...

Urdiales tembló de piés á cabeza, y un sudor frio bañó su frente.

—Acabemos con el indulto, dijo esforzándose en ocultar su turbacion con las apariencias de una viva curiosidad.

—Pues amigo, cuando menos me lo pensaba, cata aquí que llega el decreto, sin informes, consultas, ni requilorios de ninguna...

Un zapatero, vecino del Grajito, cortó el diálogo entrando en la panilla apresuradamente, llevando un jarro de loza de Valencia.

El maestro tenía sus ínfulas de puro hablista y hombre de buen caletre: era persona de cierta influencia en Barbuñales: redactaba todas las solicitudes dirijidas al municipio ó á la provincia, y habia tomado la entonacion oficial de tal modo, que los chuscos de la villa afirmaban haberle oido decir pidiendo un jarro de agua á su esposa.

—Muger, sin dilacion ni escusa, tráeme agua para los ulteriores efectos de bebermela.

Este hombre orijinal, denominado el *divino Maestro* en la villa, se dirijió al tasquero con enfática espresion.

—Ola seor Urdiales, álias el Grajito, vecino y con tienda abierta en este pueblo, proceda usted con la brevedad correspondiente á llenarme esta vasija del licor producido por las viñas de Zamarra-mala, en el reino de Castilla, á una legua de Segovia.

El Grajito asió el jarro, y se dirijía á la bodega, cuando el divino maestro le detuvo; diciéndole con su acento de solemne formalidad:

—Para mejor proveer, seor Ramon Urdiales ¿tiene todavia Cariñena del indubitado; legítimo Cariñena, sin quitar ni enmendar cosa alguna?

—Tengo buen Cariñena, contestó brevemente el Zíngaro

—Pues de él, con la urgénte perentoriedad del caso, lléneme el cacharro que obra en su poder á los efectos oportunos.

El gitano desapareció por la puertecilla que conducia al sótano, donde tenía las pipas del mejor vino, volviendo á poco con el jarro lleno hasta los bordes de un mosto taa aguado como el mes de enero.

—Vecino y amigo mio, seor Ramon Urdiales; (esclamó el menestral con gravedad ceremoniosa) mi muger y conjunta per-

sona, Casilda Perez, reintegrará á usted el valor de este líquido en la forma ordinaria.

—Está bien, respondió el tasquero sécamente.

—Salud y paz, concluyó el zapatero al despedirse con ademan altamente dramático.

—Ola, señor Pepe Gomez, (dijo el Gigante al tabernero, una vez solos) ¡conque se llama usted Ramon Urdiales! cómo es eso!

—Muy fácil, (replicó el interrogado) cuando me escapé de la chamusquina, me deparó la buena suerte un matrimonio *calé (gitano)* que tenia un meson en Huesca, y que se condolieron de mis desgracias. Acababa de morir un hermano de la posadera, que se llamaba Ramon Urdiales, y habia venido del barrio de Triana en Sevilla, y me dieron sus papeles. Como yo tenia mis ahorrillos y conozco esta tierra y á mí nadie me conoce..

—¿Sabes que estoy pensando? preguntó de improviso Castañon.

Estremecióse el tasquero, porque los pensamientos del Gigante no cedian un punto á los del propio Satanás, y Ramon lo sabia muy bien.

—Pienso en que hay Providencia; (continuó el Hércules con pausado y significativo tono) en que el destino liga á ciertas gentes, y que quieran que no quieran se han de encontrar en la vida.

El panillero estaba escuchando á su antiguo teniente con una avidez congojosa.

—Sí (prosiguió el bandido cada vez mas siniestro en sus reflecsiones.) Quizá valiera mas que no te hubiese encontrado. Mientras me creia el único vivo de la partida del Rocho, soporté la miseria; porque ¿sabes lo que me ha sucedido?... Aquello de al maestro cuchillada: me han robado camino de Córdoba los cuartejos que *apandé (recojí)* en Melilla. Pensaba trabajar en el campo y no acordarme de que se gana el dinero pidiéndolo con el trabuco por esos vericuetos del demonio. Pero te hallo y ¡repámpano! varío de rumbo. Pepete ¡qué diablos! Vuelvo á las andadas y cuento contigo.

—¡Conmigo! repitió el tasquero cn el colmo dəl espanto.

—Contigo, si señor; pero no te moverás de tu tenducho; lo uno porque seria demasiada empresa arrancarte de esta vida de Martin flojo, y lo otro porque no sirves gran cosa para el oficio.

Eres de los que tratan de ahorrar sangre, como si la sangre de los demás le hiciera falta á tus venas...

—¡Tigre! murmuró el gitano.

—¿Qué rezas? dijo el Goliath frunciendo el entrecejo.

—Mi teniente, (cotenstó Urdiales con resolucion súbita) lo que usted piensa es una perdicion para entrambos. No tentemos á Dios la paciencia, y ya que hemos librado el pellejo de una, no nos metamos en otra.

—Repámpano! (prosiguió Castañon con dureza.) Lo que te digo se cumplirá, como dos y tres son cinco.

—Pero, mi teniente...

—Nada; yo soy así: me decido en un santiamen y una vez decidido, luz de mis ojos, no me sacan la idea sino con la cabeza. Es una jugada muy sencilla: tú pones el capital, yo la industria...

—¡El capital! (esclamó Urdiales sobresaltado.) Yo no tengo un maravedí: los caldos y todos los enseres de este chibiritil pertenecen á ese gitano de Huesca, que me...

—Chaval, (interrumpió el bandolero con una aterradora espresion de ira) á mí no se me engaña: no soy hombre que se me paga con cuentos de camino, y ya sabes que cazo largo, con que...

—Soy capaz de jurarlo poe,..

—Juramentos! (continuó el Goliath con gesto desdeñoso.) A buena parte vienes con esa música! Tú tienes muy buenos cuartos.

—¡Yo! qué disparate!

—Tu parte en la presa dormia á buen recaudo enterrada al pié de una encina: bien sabes que yo te hé visto colar en el agujero algunos puñaditos de doblillas. El Cuco y Bastianico te daban á guardar sus *parnés* en aquel hueco. Tu sabías que Lúcas confiaba su dinero á Marcelino el guarda del Cerezal, y cuando tronó la cosa tendrias buen cuidado de avistarte con él y decirle:=«amiguito, á repartir esos monises en paz como hermanos: tú la mitad y yo la otra mitad y al avío.»—

—Nada de eso, mi teniente. Lo que...

—Ea! concluyamos de una vez, que se me acaba la paciencia. Te repito que cuento contigo para el capital y yo pondré la parte de industria... ¡Qué diántre! No exijo tanto de entrada.

cien pesos para enganchar cinco ó seis buenos mozos que correteen las carreteras, conmigo al frente; y tendrás tu parte en la presa con la mejor buena fé: ya conoces mi estilo: en esto del reparto soy incapáz de sustraer un ochavo.

—Pero el caso es que...

—¡Ah tunantuelo! (dijo Castañon afectando una cordial jovialidad.) No te contentas con una parte? Pues vaya por tres: una como prestamista, réditos de esas cien medallas que me anticipes; otra como de la partida, y la tercera por *bucanó (espía)*; porque es natural que no nos persigan; pero si tal sucediere, tú tendrás organizada la confidencia, y nos darás el *bujío (soplo)* de lo que trame la fuerza y urdan los *barandeles (autoridades.)* Veamos si estás conforms. En un par de meses copamos todo lo que pase por aquí: es cosa de consideracion; porque el tráfico adelanta por estas tierras que es una bendicion de Dios; no tanto como Andalucía, chiquio; pero vaya. Aquella Andalucía es mucho cuento. ¡Qué trajinar! ¡Qué de cambios de especies de Sevilla á Córdoba, de Granada á Málaga, de Jaen á Ubeda, de Écija á Carmona! Te digo que es la tierra del mundo para hacer un magnífico agosto en cuatro caravanas. Pero fijándonos en la cuestion ¿qué respondes?

—A lo dicho me remito.

—¡Cómo se entiénde eso!

—No tengo un *calé (cuarto)* ni por donde me venga, mi teniente: esta es la *chachi (verdad)* pura, y créalo usted ó no lo crea.

—Repámpano! (gritó el Hércules poniéndose de pié con la mirada fulminante, los lábios de una lividéz cadavérica y pálido de furor.) ¿Piensas que no tengo brazo ó que me falta puñal?

Urdiales llevó apresuradamente la mano á su ceñidor, y algo mas del puño de un magnífico cuchillo de Albacete relució entre sus dedos. Castañon por su parte tenía fuera de un bolsillo interior de su mugrienta zamarra un afilado estilete. Aquellos dos antiguos compañeros se comprendieron perfectamente en la mirada de relámpago que se cruzaron, y en seguida Castañon retiró la mano de su bolsillo, conociendo que habia errado el golpe, y el *Grajito* abandonó la empuñadura de su *baraustaor (puñal)* convencido de que nada tenia que temer por entonces.

Castañon tomó asiento con la mayor tranquilidad.

Urdiales se recostó en el mostrador con descuidada indolencia.

—Vaya! (dijo el Gigante con acento burlon.) Bien mirado soy un imbécil en haberme enfadado por esa fruslería: un *lipende (idiota)*, como dicen los hombres de tu raza. Contigo me gano trescientos ducados, Pepete.

—A ver, cómo es eso!

—¿No te acuerdas de aquel bando del Corregidor de Huesca en que nos prometia el indulto si nos presentábamos á él en el término de veinte dias, y en caso de no hacerlo se ofrecian trescientos ducados al que cazara un pájaro de nuestra bandada, presentándole vivo ó el pellejo como los lobos?

—Y usted piensa?

—Pienso ganarme trescientos ducados con tu personita, Pepe de mi alma. Ya hé tenido la franqueza de participártelo.

—¡Es posible!

—No: que es cierto,

—Vaya! (contestó el zíngaro procurando echar á broma aquel tremendo amago). Tiene usté unas bromas originales... ¿Y qué diablo de pruebas presentará para hacer que la justicia vea al bandido José Gomez en el pobre tasquero Ramon Urdiales?... ¿Cómo se compondrá para echar abajo los papeles de José Gomez que yo poseo, y las declaraciones de Anton Subiela, dueño del meson nuevo de San José, en Barbastro, y su muger *la Mosqueta*, Pastora Gomez, que me reconocen por cuñado y hermano? Veamos, mi teniente... no se ria usté: no es caso de risa por cierto... contésteme si puede.

Castañon reia con una risa espantosa; con una risa de amarga burla y feroz sarcasmo; como ríen los ángeles malos ante los réprobos, que les entrega la justicia divina.

—Veamos (repitió el tasquero disimulando mal su impaciencia). ¿Qué me responde usté á lo dicho?

—Respondo que tú no sabes lo mejor: la segunda parte que es lo mas doloroso del cuento.

—Y esa segunda parte...

—Esa segunda parte vendrá á su tiempo, chaval (dijo el Hércules con un aire de terrible amenaza). Yo pienso dos veces lo que digo, y cuando te aseguro que tus papeles y las declaracio-

nes de ese Samuela, ó Sudiela, ó diantre y de su muger, te han de servir como el papel de estraza á dolor de estómago; créeme, que te leo el evangelio de la misa.

—Usté no es franco, mi teniente; yo he puesto mi juego sobre la mesa, y lealtad con lealtad se paga, como decia el Rocho; Dios le haya perdonado.

—¡Famoso testo! (replicó el Goliat con desdeñosa ironía). Lo que te aconsejo es que evites un escándalo, y ayudes de buena fé á los amigos; que nos adelantes el pan; supuesto que no es una limosna, ni un regalo lo que te se pide; síno un anticipo. Yo quiero algun dinerillo ¡repámpano! El bastante para principiar la jarana, y ya sabes que no los perderás, maulero. Estoy convencido de que tú *apandas (guardas)* muy buenos *parnés (díneros)* y me llevan cuatrocientas legiones de Satanases al pensar que me niegas lo poco que necesito para dar comienzo á la tarea; ganarme la vida, y pagarte con usura el adelanto...

—Pero si uo *abillo (tengo)* un Cristo, mi teniente. ¡Por la Vírgen Santísima!

—Pues bien (repuso Castañon con sorna). Como la cuestion es que me hace falta el cum-quibus, una vez que no puedo sacar cien pesos de tu bolsillo, sacaré trescientos ducados de tu cabeza, y váyase lo uno por lo otro... No te muerdas los lábios moreno de mis entrañas... vaya... cobra tu color, y no me mires así, que parece me vas á tragar... Perfectamente: veo que te serenas y hasta sonríes... Continuemos: tú diras sin duda, ¿de qué modo la urdirá este para dar al traste con mis máquinas, y sacarme á relucir lo que sido, destruyendo lo que parezco ser? ¿No es esto lo que te preguntas á tí mismo?

—Cabalmente, respondió con ánsia el Grajito.

—Pues nada mas fácil, muchacho. Principiaré por decir á todo el mundo lo que es cierto, y estoy seguro de que...

—No lo creerán.

—Lo creerán, porque llueve sobre mojado: ahora poco, mientras yo refrendaba el pasaporte en el oficio, hablaban de tí el alguacil y un pijorro, y por no tener otra cosa que hacer, pues atencion á lo que decian del Grajito, el dueño de la panílla nueva. Así me consta que se sospecha de usté, mi amor, y cuando á esos runrunes se añada el que yo cante de plano, ya verás qué

cuerpo toman las hablillas y como andas por esas lenguas que será un gusto.

—Bueno: hablarán cuanto quieran; pero no tendrán pruebas, como usté.

—Es que si no ha muerto Marcelino, el guarda del Cerezal, como tiene un amo que tanto puede, no tendrá miedo, y como es tan avaro, lo dirá todo en cuanto yo le proponga ciento cincuenta ducados de los trescientos que puede valernos tu denuncia.

—Marcelino ha muerto, interrumpió el Grajito con aire de triunfo.

—Pero quizá exista el tio Lopera, el pastor del conde.

—Ha desaparecido.

—¡Repámpano! (contestó el Goliat con una calma siniestra). Yo sé de uno que ni ha muerto ni ha desaparecido, que no está muy léjos de aquí; que cuando se presente será un testigo de tu vida pasada muy útil á mis fines.

—Y quién es?

—El rubillo, el *gato*, como le decíamos: aquel muchachuelo que nos servía de *bucanó*; á quien os entreteníais en mortificar, y que de chiquitin prometia ser un guapo mozo, por lo bien que se defendia de los que le daban aquellos atroces maculillos, (1) y por los propósitos que hacia el nene para cuando llegara á edad de hombre.

—¡Ah! Ya me acuerdo. ¿Y ese?

—Ese acabo de verle; está hecho un moceton como un trinquete; fornido; capaz de emprender con una torre, y con furiosa impaciencia de principiar la vida airada. Le conocí; le hablé, y me ha encargado que no le olvide si alguna vez salgo al negocio; porque las faenas de bracero no se han hecho para los hombres que se sienten con agallas, y que no reparan en pelillos para tomar lo que necesitan; sin bañar la tierra con ese sudor, que cae como un rio de plata sobre la mies del rico. Ya veremos lo que grazna el cuervo, señor mio; tanto peor para usted si me obliga al escándalo; yo he propuesto la paz; cien medallitas; cada uno á su avio y *sonsi (silencio).*

---

(1) Juego bestial, que consiste en asir á una persona por brazos y piernas, y hacerla dar contra el suelo con el ráquis.

Durante la relacion del bandido Urdiales pensaba, cuidándose con sumo interés de que no hiciera traicion su fisomía á su pensamiento. Si Castañon hubiese adivinado el giro de aquel pensamiento tal vez no habria permanecido tan pacífico cerca de su ex-cólega; pero nó; aunque alguna contraccion sombría, algun relámpago de furia concentrada, hubieran revelado la interna tempestad, el facineroso no hubiese tomado las competentes precauciones. Aquella criatura tenia el orgullo de su fiereza, y fiaba su seguridad al terror de un nombre, célebre en la funesta crónica de los desalmados malhechores. Llevaba la cabeza alta como los hombres de reputacion; hablaba de sus crímenes cual un héroe de sus proezas, y se creia al abrigo de las asechanzas bajo la garantía de su perversidad; ni mas ni menos que un génio á la sombra de su fama.

Cuentan del dictador romano Mário, que al ver llegar al soldado de Gália comprometido á darle muerte en su prision, le salió al encuentro con su imponente magestad guerrera, diciéndole con acento terrible—*Gallo, ¿asesinas á tu gefe?*—y el soldado se puso en precipitada fuga.

Castañon, dictador entre los salteadores de Huesca y terne entre los presidiarios de África, se juzgaba un Mário para las gentes de su estofa, y estaba convencido de que al nombrarse la mano de un enemigo quedaría helada, y el puñal que levantára sobre su corazon caería al suelo.

El silencio reinó algunos minutos. Urdiales fué el primero que se atrevió á romperle, repuesto de un todo de sus recatadas emociones.

—Conque; cien pesos, ¿nó es así? preguntó sonriendo con zalamería.

—Doscientos medios duros; por otro nombre cuatrocientas pesetas columnarias, álias dos mil reales de vellon, (dijo el Goliath con una socarrona lentitud) ó lo que es lo mismo, ocho mil....

—Basta; (repuso el gitano sin suprimir su sonrisa de forzada afabilidad) pero, mi teniente, ¿no puede componerse el asunto en la mitad?

—Imposible, chiquio; con dos mil *brujes (reales)* apenas hay para los primeros preparativos, y con cincuenta duros...

—Pues lo que yo puedo dar es eso, y el belen consiste en que tendré que andar huroneando para completar la suma con lo que me presten cuatro amigos.

—Nada, cien medallitas lo menos: insistió Castañon con ademan positivo.

—Cincuenta duros ó nada, y ruede la bola, que al freir será el reir (replicó el Grajito con resolucion decisiva). Despues de lo dicho obre usted como quiera, y ello dirá.

—Vaya por los mil reales (replicó el bandido con gesto de pronta conformidad.) Nos compondremos con esa bicoca; pero cuando tendrás listos los *monises*?

—Esta misma noche.

—¿Sin falta?

—Sin falta: palabra dicha no tiene vuelta.

—Corriente ¡repámpano! Estruja ese monton de huesos, y pelillos á la mar, chiquio.

Castañon alargó su callosa manaza á Urdiales, como Napoleon la habria tendido á un granadero de su vieja guardia en un rapto de franqueza militar. Urdiales apretó convulsivamente aquella diestra asesina; tanto que el Hércules la retiró con enojo al sentir estrujadas sus coyunturas.

—Cuerno! (esclamó amostazado.) No te entusiasmes, mostrenco; parece que restan fuerzas á pesar de la falta de ejercicio.

—Pts! unas poquillas.

—¡Repámpano! tengo un apetito de doscientos diablos.

—Mi teniente, yo estoy solo en el despacho; despedí al chicuelo hace dos dias, porque el *gachó terelaba unas baes pá el ostabo, de mistorró. (El jóven tenía unas manos para el robo, de privilejio.)*

—¡Angelito!

—Arriba hay provisiones en abundancia; porque yo me cuido de mi flor: vaya por los malos ratos de otras veces. Tome usté la llave de la alhacena, y despáchese á su gusto. Subiré unas botellas de tinto, y un porron de aguardiente. Allí hay una buena *piltra (cama)* y si viene el sueño se *sorna (duerme)* como un patriarca. Está usté en casa de un amigo.

—No lo perderás, *balbi*, (*buen mozo*) no lo perderás: ya sa-

bes tu aquello de quien no es agradecido no es bien nacido.

—Suba usted, (dijo el gitano abriendo la puerta que ocultaba la estrecha y tortuosa escalera, que conducia al piso alto.) Repose usted hasta la noche: cuando se cierre el despacho subiré para aflojarle el cum-quibus, y allá á media noche toma usté el pendique sin que ningun chabosito lo *pinchare* (*lo vea*).

—Quedamos en eso; (repuso el malhechor desde el primer tramo de la angosta y súcia escalera) no hay mas que *aquerar* (*hablar.*)

—Chipé. Vamos al asunto.

—Sabes que esta escalera parece la de la *ene*? (*horca*) dijo Castañon subiendo trabajosamente encorvado.

El Grajito cerró la puerta, y levantando los puños en actitud de tremenda amenaza, esclamó con sorda rábia:—Júdas, come; bebe; duerme hoy: mañana dormirás con mejor sueño, ¡sangre de Satanás!»—

El despacho de bebidas continuó su curso regular, y nadie advirtió la alteracion mas mínima en el semblante agasajador y alegre del panillero.

Dos ó tres veces subió Urdiales á ver á su huésped: habia sido estremadamen te parco: unas rajas de queso de Castilla, una media telera, y alguna media docena de orejone de Campe en vino generoso fueron su comida: una botella de tinto, y un búche de aguardiente todo lo que tomó de las provisiones potables, que con prodigalidad le subió el gitano. Castañon era un prosélito ardiente de Baco: para se que hubiese abstenido de beber á presencia de tantas incitadoras botellas era forzoso que le preocupase un sentimiento de desconfianza muy activo. En la última visita, Urdiales halló al Goliath durmiendo: los ojos no bien cerrados; una mano sobre el corazon; la otra sobre la empuñadura de su estilete; se estremecia con frecuencia, y su respiracion era anhelosa: aquello no era sueño, sino una lucha entre el cansancio y las sujestiones de precaucion de un espíritu receloso.

—Ya dormirás tranquilo, murmuró el Grajito con sangrienta ironía, retirándose de puntillas para tornar á las faenas de su tráfico.

A las diez se desocupó la tasca, y conforme á las preven-

ciones gubernativas, se cerró para no volverse á abrir en toda la noche llamáse quien llamara al ventanillo.

A eso de las doce todo estaba tranquilo en Barbuñales. El alcalde habia ahuyentado tres ó cuatro comparsas de mozos, reunidos en amorosa rondalla, y visitado todo el lugar á fin de cerciorarse de que nada parecia dispuesto para turbar el reposo de aquellos honrados vecinos.

Cosme Tajo, el pegujalero maltratado por el Grajito, platicaba con la Pilar, que hostigada por sus parientes á causa de sus amores con el díscolo labrador, escogía la ventana para comunicarse con él á deshoras, durante el sueño de sus tiranos.

El pegujalero vió pasar envueltos en las nieblas nocturnas, silenciosos como fantasmas, dos hombres, que lentamente atravesaron la calle. Uno de ellos fumaba, y al encandilar el cigarro, su lumbre permitió á Cosme reconocer al Grajito en él que acompañaba al fumador, personaje de estatura elevada, y que se cimbraba al andar como una vara de hierro.

Cosme hubiera seguido de buena gana á los misteriosos escursionarios; pero el amor prevalecía sobre la curiosidad. En mas de una ocasion pensó en pretestar cualquier cosa con objeto de satisfacer su deseo de esplorar las causas de aquella caminata cautelosa; más los hermosos ojos negros, y las dulces palabras de la Pilar, le retenian cautivo.

A los dos dias el Alcanadre rehusó la complicidad en un crímen, cuyo secreto se habia confiado á sus cenagosas aguas. El rio aragonés arrojó á la playa un cadáver con dos puñaladas diformes: una en el pecho; otra en la garganta. Un cordel oprimia el cuello de la víctima por medio de un nudo corredizo, flotando en dos ramales, cuyas puntas aparecian deshilachadas; denotando que despues del asesinato se arrojó el cadáver al rio con una piedra en el pescuezo para que descendiera al fondo; pero la piedra se escurrió sin duda del atadero, y el Alcanadre hizo flotar el cuerpo, para cuyo sepulcro habian escogido su légamo, denunciando el delito á la justicia de Barbuñales.

El alcalde reconoció al presidiario cumplido, cuyo pasaporte refrendara su secretario.

Se abrió sumaria informacion, aunque infructuosamente, y ni un indicio resultó en ella que guiara hasta el asesino de Cas-

tañon; el ex-teniente de la partida del famoso Rochito. Verdad es que como la autoridad no lleva lista de la ropa blanca de cada vecino, no podia saber que Ramon Urdiales, el tabernero conocido por Grajito, contaba en su arca una camisa menos; cabalmente la misma que manchó con un borboton impetuoso de sangre la víctima; desgarrándola con sus manos trémulas en la lucha predecesora de su desesperada agonía. Despues, como desde los buenos tiempos del Paraiso, los hijos de Adan y Eva han ido perfeccionando y estendiendo la hoja de higuera desde lo receptable y vegetal, hasta cubrir todo el cuerpo y consistir en espesos tegidos de hilo, lana y seda, no era posible saber que las uñas de Castañon habian atenaceado el pecho del Gragito en los trances de un obstinado forcejeo.

Urdiales apareció en su panilla obsequioso, jovial y chancero. Nadie notó en su faz un vestigio del horror pasado, y preguntó prolijamente por las circunstancias conocidas del asesinato; sin que sus preguntas denunciaran ansiedad fatigosa, ni tampoco interés vivo; como interroga un curioso; indiferente á las personas y atento á los hechos.

Al cabo de algunos dias tres ó cuatro braceros indignados dieron cuenta al Gragito de que el pegujalero Cosme Tajo estendia la especie de que el difunto y el gitano salieron juntos de la villa á hora como las doce de la noche.

—Yo compondré á ese bribon, contestó el zingaro irritado.

Y en efecto, presentó un pedimento al alcalde, querellándose de la calumnia; ofreciendo justificacion de las palabras calumniosas, y demandando para Cosme Tajo las penas de los que acusan con falsedad.

El escrito era obra del *divino maestro*, el zapatero ilustrado que conocen nuestros lectores, y ya se comprenderá que no faltarían en él frases pomposas, y vocablos altisonantes. El alcalde acogió la pretension con empeño decidido y la justificacion ofrecida dió su fruto; constando la imputacion de Cosme por tres ó cuatro testigos, que la aseveraron como recogida de sus lábios. El asunto iba sério para Tajo: se lo advirtieron y anocheció y no amaneció; dejando confiada su escasa hacienda á un primo, que se mostró comprador de aquellos cortos bienes para evitar los rigores de un decretado embargo. Sucedió lo que

es muy comun: el asesino permaneció tranquilo, y el acusador apeló á la fuga: el pueblo, cuya voz no sé qué blasfemo ha llamado voz del cielo, publicó que Tajo era un pillo trapalon, y Urdiales un inocente calumniado. El Grajito por su parte no se mostró ingrato á estos favores. Envió un pipote de aguardiente anisado á la autoridad principal del munipicio Barbuñalense: se impuso el censo de media botella á favor del zapatero ilustrado: obsequió á los braceros que le sirvieran de testigos, y redobló sos sonrisas afectuosas con los marchantes á quienes espendia periódicamente mosto bautizado, y agua fuerte con sabor de azúcar. Castañon fué cubierto por la tierra bendita sin venganza, y Tajo sentó plaza de voluntario en la espedicion militar con destino á la guerra de Mejico.

Tal era la historia del panillero Urdiales, con quien nos ha sido menester entrar en relaciones para los fines de esta curiosa leyenda.

Nos referimos al 15 de Noviembre del memorando año de 1823, dijimos al comenzar este capítulo, habeis de saber que á esta fecha Cosme Tajo ha vuelto del servicio, en virtud del licenciamiento del ejército constitucional, y algunos amigo han organizado una rondalla, que despues de recorrer las calles tocando los músicos sus bandurrias y caramillos, debia pararse ante las moradas de cada moza obsequiada por uno de los rondadores, y concluir frente la casa de la Pilar, que tipo raro de consecuencia habia desechado cuatro novios de escelente posicion, sacrificándolos al ausente.

Son las nueve poco mas ó menos: la noche es oscura: amaga tempestad: relámpagos siniestros fulguran de vez en cuando entre negros nubarrones: el viento sopla con estremada violencia, y tras una ráfaga impetuosa se deja sentir esa calma precusora de la convulsion de los elementos: el trueno zumba á lo lejos entre los breñales fragosos contiguos á la villa.

La rondalla congregada en la plaza se dirigió reclutando curiosos y transeuntes frente á la panilla de Ramon Urdiales, donde vivia Pepa la Molinera; la mozaleja de diez y ocho abriles mas garrida del pueblo; novia de un dulzainero de los que iban de ronda; primera beldad que debia sonreir de orgullo con el tributo amoroso de su Roque.

Cuatro músicos iban en la rondalla: dos bandurristas, y dos que tocaban el *fiaixolet*, instrumento comun en Valencia, Aragon y Murcia: ocho cantores, y doce mozos con sendas trancas, capitaneados por el pegujalero Tajo: porque conviene saber que este género de diversiones dan orígen á mas de un lance, y principian mas de un proceso criminal; por lo que nunca falta una escolta á los trovadores, que contenga el furor de padres, hermanos ó esposos de las obsequiadas, opuestos al obsequio, y los encuentros entre las mismas rondas disputándose unas veces el puesto, y otras el paso.

La rondalla se paró y empezaron las coplas.

La flor de mi niña
la guarda el amor;
¡dichoso quien pueda
coger esa flor!
Ay, ay, ay ¡viva la jota!
Ay, ay, ay ¡viva Aragon!
Ay, ay, ay ¡vivan las chiquias!
Ay, ay, ay, ¡viva el amor!

Otras dos coplas, análogas al propio asunto, siguieron testimoniando á la Pepa el tributo amante de su Roque.

—Basta chiquios, (esclamó un novio impaciente). Si seguimos asina, no se remata en lo que falta de noche.

—Ahora me toca la china, segun lo tratao, agregó un robusto labrador.

—Primero á la Tomasa, objetó un tercero.

—Vamos á la puerta de la Tomasa, dijo Cosme, director de la fiesta.

La rondalla se alejó guiada por el pegujalero.

CAPÍTULO III.

Alí-uchurrí.

Los concurrentes ordinarios á la taberna de Ramon Urdiales evacuaron el local, atraidos por la música en pos de la rondalla. Solo quedaron en la tasca el tio Zamarreta, que nunca podia resolverse al abandono de un porron, que contuviese aun dos gotas de Arganda, y los cuatro perennes jugadores de malilla, que tenian en esclusivo uso la húmeda y oscura sala, á la izquierda del fangoso portal. El *Grajito* aprovechó la tregua en el despacho para enjuagar vasos, fregar jarros y porrones, y poner en correspondiente formacion las botellas, que coronaban en círculo las gradillas de un aparador giratorio, destinado á los licores finos.

Un gitanillo deforme y harapiento apareció á la puerta de la panilla, asomando su cabeza de jabato con inquisicion escrudiñadora, y retirándola receloso tan luego como Urdiales reparó en él.

Ramon tornó á sus faenas, cantando á media voz un jaleo andaluz, cuya letra era traduccion *calorró*, ó gitana de una copla del risueño pais bético:

«A butes pinchara menda
sos se diñan per crallis,
y en cataneo con gachós
jusnan las orchograñis.»
A muchas conozco yó
que se venden por doncellas,
y en junta con los gachés
han contado las estrellas.

Cuando el *Grajito* volvió la cara hácia la puerta, terminado el arreglo, otra vez se ofreció á su vista la fisonomía salvage y grotesca del gitanuelo, cuyos ojillos relucientes estaban fijos en él en observacion sagaz; mientras que con su mano costrosa revolvia los mechones de crespos cabellos, que se remolinaban en desórden caprichoso sobre su enorme cabeza, y mientras que su pie derecho descalzo, y duro como piel curtida, se adelantaba tímidamente como esperando licencia de entrar.

—¿Qué quieres? preguntóle Ramon con interés.

El gitanillo sonrió con esa espresion humilde de quien no se atreve á proferir los deseos, que deja entrever con sus gesticulaciones.

—Veamos ¿Qué te se ofrece?

—Es osté el Grajito? interrogó cortado.

—Yo soy el Grajito (respondió Urdiales.) ¿Qué traes conmigo?

—Yo ná.

—Pues entonces...

—Mi tio, el Churrí.

—¿Y quien es tu tio, el Churrí?

—Miste! mi tio, contestó el pequeño zíngaro, como si todo el mundo tuviera obligacion de conocer á sus deudos.

—¿Y para qué me busca tu tio? indagó Urdiales lleno de curiosidad.

—Pá platicá con sumé

—Pués qué venga.

—Está en la esquina.

—Avísale.

—Hemos preguntao por sumé en otras dos casas de bebía, y...

—Vamos; llama á tu tío.

—Voy, pero sumé ¿es el Grajito?

—*Malos mengues te lagelen* (*malos diablos te coman*) (esclamó el tasquero con enojo). ¿No te dige antes que soy yo el que buscas?

El gitanillo se estremeció al escuchar la maldicion vulgar entre las gentes de su raza.

—¿Cómo te llamas, muchacho? le dijo Ramon para aquietar con una prueba de benevolencia el pasmo de aquel lobezno de alguna camada próxima.

—*Roa el Chiné* (*Tuno, el Alguacil.*)

—¡Famosos nombres! (repuso el Grajito sonriendo) ¿Y de donde eres?

El chico se encogió de hombros.

¡Qué entendia él de semejante pregunta! Individuo de una tríbu errante; ya en los brazos de su madre; ya mayorcito, montado en la redonda cadera de las mugeres de su familia; bien caballero sobre tal cual asno ó mula, hurtados frecuentemente, algunas veces cambiados, y comprados en raras ocasiones; y en mayoría de casos, á pié y por vericuetos y vias trasversales, ostigado á seguir el camino, cuando el cansancio le rendía, *Roa* habia recorrido la Península; sin que en ninguna parte se detuviera su tríbu mas tiempo que el necesario para hacer su negocio. En Andalucía, Estremadura y Castilla vendian cestas de mimbres y cestillos de paja y junco las mugeres; mientras otras freian buñuelos á la puerta de las rústicas chozas de una féria, y otras se segregaban algunos dias de la banda para ir á vender las prendas diferentes, hurtadas por donde quiera; bailar sus voluptuosos zapateados y lascivos *meneos* por las calles de las villas inmediatas, y cantar polos y cañas por ventas y lugares. En Aragon y Cataluña pasaban una parte del invierno en cuevas recónditas entre malezas y ásperas fragosidades, haciendo carbon y cisco, que iban á buscar los trajineros del pais, y elaborando canastas, que al mejorar el tiempo salian á vender unos y otros. En Valencia y Murcia solian ocuparse en la trata, corretaje y labores de tijera de caballerías mayores y menores; penetrando, aunque poco, en las provincias Vascongadas, donde se dedicaban á las mil industrias líci-

tas é ilícitas, que valian á la vagamunda tropa su mezquino sustento.

Roa en su corta edad habia visto las fértiles llanuras de Castilla; las campiñas estensas de la Mancha; los deliciosos jardines de Andalucía; los feraces campos de Murcia; el imponderable territorio valenciano; la desigualdad caprichosa del suelo aragonés; las escabrosas montañas de Cataluña y Asturias; la diversidad de terrenos con que la naturaleza parece alardear sus antojos en Vizcaya y Navarra.

Roa habia tiritado sintiendo penetrar hasta la médula de sus huesos el intenso frio de Soria, la Laponia de España: habia respirado con fatiga, abrasado por el sol de estío, en Écija, la caldera de Andalucía; habia refrescado sus pulmones con ese ambiente balsámico de la primavera en los cármenes y huertas de Córdoba, la perla del turbante Abasida. *Roa* habíase engolfado en el bullicioso tumulto de las férias andaluzas; habia caminado por Estremadura entre las alegres caravanas, que acudian á los mercados de Zafra, Almendralejo y Fregenal; habia atravesado los descampados inmensos de la Mancha, donde parecen perdidos los pasos al caminante; habia trepado por las lomas rudas que erizan las vias por tierras astures y cataláunicas; habia morado en cavernas como bestia salvaje, á lo largo de las montuosas riberas del Alcanadre, y en el corazon de los peñascos, que constituyen la montaña del Principado.

Roa, como sus compañeros de peregrinaje, no tenía recuerdos á fuerza de tener tantos. Su madre jamás le habia dicho al pasar junto á una gruta—«*aquí te di á luz entre dolores.*» —Nunca se le ocurrió señalarle hácia una piedra del arrecife, y traer á la memoria que allí se detuviera para darle el pecho, cuando hambriento lloraba. Ni una vez, por casualidad, le indicó el sitio donde reposaran los restos de su padre, que habia muerto herido en el corazon por un *busní* (blanco.)

¡Santas reminiscencias de familia! ¡Hogar, donde pasaron nuestros años primeros! ¡Lugares sagrados, testigos de nuestras épocas de alegrías y dolores! ¡Tumbas veneradas de nuestros padres: lecho del amor conyugal; cuna de nuestros hijos! ¡Benditos seais con vuestro tesoro de supremas emociones! *Roa* no conocia vuestro precio, y por esto se encojió de

hombros al preguntarle el Grajito—¿Y de dónde eres?»

—De todas partes y de ninguna, hubiera debido responder el gitanuelo; pero en su accion se podia traducir esta réplica.

—Toma, (dijo Urdiales echando mano al cajon) toma esos cuatro *calés*, y anda á llamar á ese *Churrí*, que dices ser tu tío.

El zingarillo se abalanzó á las monedas, como un perro famélico á la carne que cae del garabato, y salió corriendo en busca de su tío.

Volvió al poco tiempo en compañía de un egipcio; tipo gitano tan poco vulgar, que el mismo Grajito le examinó curioso, y despues de responder á su fraternal saludo, y hacerle penetrar dentro del mostrador, instalándole en una silla sin respaldo, quedósele mirando largo espacio con estremado interés.

Roa, tendido á su sabor en el poyete de la puerta, manoseaba las monedas, regalo del generoso tasquero.

Alí-uchurrí (la golondrina), el tío de *Roa*, era en efecto un gitano de especie poco conocida en España, donde por lo comun la raza zíngara es de procedencia africana, segun lo denuncian su constitucion y tipo; conforme á curiosas congeturas de los estudiosos, basadas en ciertos rasgos de identidad en costumbres y tendencias de nuestros *flamencos* con las familias africanas; atendidos los cálculos de algunos laboriosos historiógrafos y cronistas de las prosapias moras, y apreciados los cotejos de varios eruditos entre voces árabes y palabras del *romaní*, idioma que se tiene por el originario y mas puro de la estirpe zíngara, y del que viene á ser un dialecto corrompido el germano, ó *caló*, que hablan los gitanos españoles; rebajándose aun el orígen del *romaní* en el *calorré*, ó gerigonza compuesta de vocablos *semí-calos* y términos castellanos, alterados en su pronunciacion por el vulgo, como *naide* por nadie y *Catredal* por Catedral, y truncados en sus terminaciones como *pescao* por pescado y *puñalá* por puñalada.

Alí-uchurrí no era un gitano de grandes lábios amoratados; nariz chata; frente pequeña y deprimida; ojos negros, de pupilas relucientes y de un blanco amarillento; color de bronce; cabello corto y retorcido por el estilo de los negros, como el zíngaro vagamundo y de inclinaciones salvages. Tampoco denunciaba en su fisonomía la alteracion de la *pura sangre* por hábi-

tos menos independientes, y la consecuente mezcla de razas degeneradas, cual esos castellanos nuevos, que moran entre nosotros, y conservando el carácter general de estirpe van perdiendo poco á poco los rasgos típicos, yá en la estructura regular de la frente; ora en el corte de la nariz, que hace tomar á sus rostros un perfil arreglado á las proporciones fisionómicas de la raza circasiana ó europea; bien aclarándose su tez desde el aceitunado al tinte ambarino de nuestros andaluces. *Alí-uchurrí* estaba todavía léjos de esa completa asimilacion á los tipos nacionales, que hace confundirse el orígen gitano de algunas famílias, y permite á sus indivíduos pasar desapercibidos en el carácter comun de nuestras provincias, particularmente del Mediodia.

Alí-uchurrí era un jóven como de veinte y dos años: estatura mediana: de complexion endeble, sin raquitismo: formas que mas bien indicaban la agilidad que la fuerza; proporciones desiguales; pies y manos femeninos; pecho algun tanto hundido y espalda prominente; andar rápido: movimiento de ese gracejo y donosa soltura, que tanto realzan á la elegancia, que proviene del fausto: cabeza digna de estudio.

Alí-uchurrí hubiera servido de modelo á un escultor para la fisonomía dulcemente melancólica de aquel Sporo, esclavo de Neron, que víctima de los caprichos de un loco déspota, y forzado compañero de sus desórdenes, paseó por la mitad del imperio, vestido ya de hombre, ya de muger; personage equívoco, cuyo rostro de una ambigua belleza, no desmentia la túnica talar de las hembras, ni el túnico de los adolescentes.

Alí-uchurrí era bello como esas voluptuosas mulatas de América, que con su indolente languidéz saben provocar los mas arrebatados deseos: bello como pintan nuestras viejas crónicas á esos esclavos árabes, púberos y adolescentes, que eran el lujo de la servidumbre de nuestras primeras damas; que constituian un objeto de codicia entre las presas militares de nuestros guerreros, quienes los ofrecian en tributo á las señoras de sus pensamientos y dueñas de su corazon; que alcanzaban en aquella época la boga actual de los falderillos microscópicos americanos; y cuyos atractivos dieron márgen á mas de una leyenda de amor; á mas de un drama terrible. Sin aso-

mo de bozo en lábio y mejillas; de ese color dorado del melocoton su cútis fino y suave; ojos de un brillo estraordinario y de esa espresion dulcemente melancólica, peculiar á las personas de índole sencilla, que han sufrido mucho; lábios delgados y de un rojo vivo; cabellos del negro azulado de las alas del cuervo, comparacion muy repetida sin duda, pero esacta; frente calzada y barba con un gracioso hoyuelo, *Alí-uchurrí* era finalmente, aparte de las imperfecciones del resto de su individuo, un ser ambíguo, cuya faz podia recordar lo mismo el tipo de las mugeres del Tínima, que el de los adolescentes de las islas Jónicas.

El traje de *Alí-uchurrí* era el de un zíngaro de condicion salvaje: camisa desgarrada y sucia con chorrera; calzoncillo de lienzo basto; faja negra ceñida en profusas vueltas; sombrero derrotado, hechura que recordaba la forma de una alcuza; manta de lana burda, fondo oscuro rayado de blanco y alpargarte de esparto, sujeto á la garganta del pié por una tomisa cruzada.

Despues de saludar al Grajito con el título de hermano, *Alíuchurri* instalado dentro del mugriento mostrador de la tasca, comenzó el diálogo en *romani*, ó gitano puro.

—Amigo mio, (le dijo Urdiales sonriendo) no puedo contestarte porque ignoro *la pená baró;* (*el buen lenguage*) aunque tuve un tio, la honra de la Cava vieja en Triana, que *chímuyaba or romaní de buten* (*que hablaba el romaní perfectamente*).

Alí-uchurrí continuó el diálogo en *caló*.

—Hablemos en *calorré*, hermano, (contestó el tasquero) es la lengua de mis padres, y la gerigonza con que nos entendemos los *calós* de esta tierra.

—Como gustes, (respondió el tio de *Roa* con acento dulce y afectuoso gesto) hace dos años que vivo con una familia vagabunda, y he tenido tiempo de aprender la jerga que hablais los zíngaros en España.

—¿De donde eres, hermano? preguntó el Grajito con muestra de curioso interés.

Alí-uchurri suspiró dolorosamente.

—De África, hermano, Mi padre era de allá. Mi madre de Asia. Gitanos ambos. ¿De qué familia provenimos, nosotros, esparramados por el mundo, salidos de no sé donde?....

—Del Egipto, dicen los calós de estas tierras, interrumpió Ramon.

—Los de Africa se creen de una raza mora muy antigua, espulsada de su pátria por feroces enemigos, y esparcida por Europa; pero en Asia los hay de antes de eso que se cuenta, hermano: mi madre lo decía así y ella venia de esa raza anterior.

—¿Y tú que opinas acerca del asunto?

—Los moros acostumbran decir—«*Alá es grande*—cuando se admiran ante lo misterioso.—Los cristianos esclaman—«*Dios sobre todo*»—al ocuparse de lo desconocido. Los judíos concluyen con—«¡ *Bendito el Dios de nuestros padres*!»—al tratar de lo inmenso. Mi padre era patriarca de los zíngaros en Tángér, y solia concluir sus cálculos sobre nuestra ignorada historia con esta frase, que se hizo proverbial entre nosotros—«*El tiempo encierra mucho: Dios sabe mas.*»

—Me gusta oirte, hermano (esclamó el Grajito con afabilidad.) Habla, y si necesitas algo cuenta conmigo.

—A eso vengo, hermano, (replicó *Ali-uchurri* tomando la diestra de Ramon, y estrechándola con efusion cariñosa). Hay hombres de nuestra raza que ya se avergüenzan del orígen que calla el tiempo, y procuran borrar sus huellas de nuestros caminos. En Andalucía, por tierras de Jaen, he dormido al raso, cerca de una venta, cuyo dueño era zíngaro: pero tenia un capital, y ya rehusaba reconocer á los hijos de sus padres, que contaban con la herencia de las aves del cielo: la libertad y la industria. Le pedí albergue; le manifesté mi absoluta falta de recursos. Hizo lo que un *busní*: menos quizá... él alquilaba su casa á los pasageros; les daba cena y cama: sobrábanle aquella noche provisiones y lechos... yo me habria contentado con un rincon del pajar... pero me echó renegando de mí y de mi raza, que era la suya: habia sido el dia de horrible calor; la madrugada iba á ser fria... me hallaba enfermo... pues bien; dormí al raso.

—¿Cómo te llamas, hermano? interrogó Urdiales conmovido.

—*Ali-uchurri*, que en la jerga de África significa la golondrina. Me pusieron este nombre porque mi madre me acababa de dar al mundo, cuando entraron piando las golondrinas que el año anterior habian fabricado su nido en la techumbre de nuestra casa, en Tánger. El nido estaba allí intacto. La hembra, cojida por mi padre, habia llevado una cédula bajo el ala iz

quierda con la fecha y lugar de su estancia en Tánger. Volvia con un cascabel sujeto al cuello, y otra cédula que mi padre hizo traducir á un judío, vecino nuestro: estaba escrita en español, con la fecha y lugar de su estancia en Córdoba:—*«diez y nueve de mayo: casa del Conde de Cabra.»*

—Pues *Ali-Uchurrí*, (repuso el tabernero con entonacion solemne) que el puñal traspase mi pecho, y lobos devoren mi cadáver, si no parto mi pan algun dia con el hombre de mi raza que venga á decirme—*«tengo hambre, hermano.»*—

—Quedan muchos buenos hijos de nuestros padres, los que salieron de tierras desconocidas; muchos, y yo lo sé; porque aun no busqué familia de mi familia, cuando la tuve: llegué huérfano y fugitivo y encontré padres, hermanos y valedores: llegué enfermo, triste y sombrío, y hubo quien me cuidase, quien me consolára y muger que me amó: he recorrido este pais, y me han puesto el pan en la mano: he necesitado socorro, he llamado á la puerta de los de mi estirpe, y por cada una que se mantuvo cerrada, se abrieron tres. Quedan nuestras leyes; quedan. Un gitano tiene pan; otro gitano cuenta con la mitad de él. Lo mismo sucede en Africa. En Asia pasa lo mismo, al decir de mi madre.

—*Alí-Uchurrí* ¿qué necesitas?

—Dinero, hermano... ¿no te dicen el...?

—El *Grajilo*, contestó Ramon sonriendo.

—Pues *Grajilo*, mi muger *Olinda*, *(María)* y su madre no habian comido desde ayer, y *Olinda* está en cinta. La gente de nuestra banda ha echado una correría por los pueblos de esta vecindad; dejándome con tres mugeres y ese chiquillo. Es cierto que quedaron en el monte once cargas de cisco; pero ha llovido mucho; los caminos son un lago ahora y los trajineros no parecen: el tiempo se calma: podrán venir mañana, el otro, un dia despues; pero yo no quiero en tanto verlos esperar el sustento en la agonía de la incertidumbre.

—¿Está sin comer tu família, hermano? pregunto el Grajito con ánsia compasiva.

—No: porque esta tarde salí; á mendigar primero; á robar despues.

—Cuéntame eso, *Alí-Uchurrí*.

—Comencé por pedir una limosna; yo, que he vivido entre los magníficos despojos de la riqueza; que he jugueteado entre muebles, que valieron millares de zequíes, y me he divertido en revistar las cosas mas raras y preciosas, que amontonaba mi padre en sus almacenes...... porque has de saber, hermano, que *or Batorró* (así se llamaba el que me dió la vida) principió vendiendo ropas viejas como su madre *Cañí-misté*, y se hizo el primero entre los mercaderes de Tánger, y quizá de toda aquella costa. Cuando sucedió la cruel desgracia, *or Batorró* tenia una tienda oscura y húmeda, por la que no hubieras dado un zequí de seguro; pero en aquel cubil, hermano, iban á parar las cosas ricas por la quinta parte de su precio; ya por el capricho de los opulentos; yá por la miseria; yá por los *Lindarajas*...

—¿Y qué significa eso?

—*Lindaraja* en *caló* africano es ladron de la noche, y en Tánger hay muchos. *Or Batorró* alquilaba muebles; compraba toda clase de efectos; adquiría cuantas prendas le llevaban sin pedir certificado de lejítima pertenencia, y pagaba á los *Lindarajes* el precio de su trabajo. El gobernador *Mahomed Assan*, era su amigo, y al fin del *ramadah* (*cuaresma musulmana*) *or Batorró* remitia todos los años al gobernador un grueso y claro diamante; porque mi padre tenia muchas y hermosas piedras... Pero ¿dónde íbamos?... Ah! Sí. Pedí limosna: nadie quiso dármela. Unos pasaban sin mirarme á la cara, ni responder á mi voz. Otros me insultaron:—«*Gánalo: que bueno y mozo eres*»—ó bien—«¡*Qué lastima de leva*!»—y aun «*reniego de tí y de tu casta.*»—Me cansé de tender la mano sin fruto, y saqué mi *churí (puñai*) dispuesto á robar al primer caminante aun cuando cabalgara en la sagrada *Al-borak*; la yegua del Profeta, por cuyo nombre juran los musulmanes.

—Y cumpliste tu propósito?

—Lo cumplí. Era un viejo, y venía sobre una mula. Salí de repente de entre los matorrales; y antes de que pudiese llevar la mano al retaco, le puse al pecho mi *churí*.—«*Dáme el dinero que llevas*»—le dije furioso por la desesperacion.—«¡Gitano! (me replicó palideciendo), Soy un pobre y llevo intereses agenos: no me pierdas.»—Yo le contesté—«Dáme para una tele-

ra.» (1)—«¡Una limosna!»—esclamó admirado.—«Sí, una limosna»—le respondí retirando el arma de su pecho con sentimiento de vergüenza. El anciano sacó de su bolsillo un medio duro.—¿Es bastante? me preguntó.—Es bastante, le dije y le volví la espalda. Ya lo vés, hermano; los *busnís* nos ódian. Ellos que toleran la holgazanería y las trampas de tanto hampon y falso lisiado, como viven de su liberalidad, obligan á un pobre *calorré* hambriento á que pida limosna poniendo un *churí* al pecho del que pasa. Y luego pretenden que somos de mala condicion; que nuestra maldad nos hace aborrecer su método de vida; que nuestras inclinaciones salvajes nos separan de la sociedad que ellos forman: no, hermano. Yo viviría con los *busnís* de buena gana...

—Ya te arrepentirías pronto, *Alí-uchurrí*, interrumpió Urdiales, recordando los contínuos agravios y perennes humillaciones de que habia sido objeto.

—Aborrezco el robo, hermano: no lo puedo remediar. Los trabajos con que viven los *calorrés* de esta tierra, me conozco muy torpe para ellos. Yo toco el bandolin; canto jácaras y echo suertes: mi muger *Olinda* baila á la perfeccion, y en primavera, reunidos, hemos ganado muy buenos cuartos; pero yo no he nacido para zíngaro viandante, Grajito; me he criado en otra cosa, y esta vida me pesa como la memoria de un crímen. Viviría con gusto entre los *busnís*; pero ellos ódian á los hijos de nuestros padres, y por mas que uno de nosotros, avecindado entre ellos, sea honrado, siempre la sospecha rodea su conducta; siempre se le mira de alto á bajo; siempre hay un momento en que se le echa en cara que proviene de los hombres de tierras desconocidas, desparramados por el mundo, sin razon de su orígen... En Málaga, una muger, á la puerta de la cárcel, maldecía á los *barandeles*, porque habian sentenciado á presidio á su marido.

—«*¿Y porqué?* (esclamaba con indignacion). *¡Por matar á un gitano!*»—

—Lo mismo que matar un perro sarnoso para ella, repuso el tasquero con amarga ironía.

---

(1) Pan de una libra por lo menos; de mala calidad y en forma de tableta; largo y de escasa anchura.

—Despues he oido quejarse á un gitano rico de Sevilla de que no le permitian entrar en el número de corredores de cuatropeas; escusándose con que el colegio se habia formado para los segundos de casas ilustres, y ellos no podian ser compañeros de un zíngaro; y el zíngaro trabajaba mas que ellos; y ello tenian una reputacion infernal, y no podian impedir las ganancias ni rivalizar en buen nombre con el zíngaro; pero á todo se resignaban, con tal de no espedir el título al gitano; al hombre de Egipto; al ser distinto de la raza *busní*...

—Concluyamos sobre ese punto, hermano, interrumpió Ramon con eco sombrío.

—Perdona si mis palabras te han causado molestia; yo nunca...

—Toma, (replicó Urdiales presentando al vagamundo un jarro de aguardiente). Toma y enjuágate la boca. Ese *peñascaró* no es del que vendo á los *busnís*. Es del que yó reservo para mí y para los que siento á mi mesa, en el sitio de los hermanos...

Alí-uchurrí llevó apenas á los lábios la espirituosa bebida, buscando despues agua con viva solicitud: prueba de la falta de costumbre de gustar licores.

El Grajito se echó á pecho la cuarta parte del jarro, sin hacer un gesto, aunque el aguardiense era uno de los mas graduados en su clase.

—Decías (comenzó Urdiales) que vinistes á buscarme para...

—Te diré como supe de tí.

—Enhorabuena. Me complazco en oirte porque hablas el *calorré* como nunca escuché, hermano, y tu conversacion entretiene como un cuento de encantadores.

—En el horno donde compré el pan para mi familia, hablaban del Grajito.

—¿Y qué decian? preguntó alarmado Ramon.

Alí-uchurrí pareció vacilar en responder.

—Veamos, (continuó Urdiales, conteniendo su impaciencia) te prometo la reserva, hermano.

—Decian, (prosiguió el tio de *Roa* con timidéz) que te acusaba la voz pública de haber sido salteador, y que era un escándalo que el alcalde te protegiese con tanto empeño.

El Grajito sintió una llamarada de fuego interno que chispeó terrible en sus ojos.

—Decian, (agregó el zíngaro de África bajando la voz) que hace dos años asesinaste á un hombre arrojándole luego al Alcanadre, y que el rio devolvió su sangriento depósito.

El Grajito se puso pálido, y un frio glacial heló por un momento sus venas.

—Supe que eras gitano y dije para mí:—«Si no es de los renegados de nuestra raza, me ayudará con cuanto necesite. *Olinda* debe parir pronto; si los trajineros tardan aun en venir por nuestro cisco, me veré imposibilitado de separarme de ella; porque *Olinda*, hermano, me ha dicho que cuando me haga padre, he de estar diez dias sin apartarme de su lado, porque los *calorrés* de su familia afirman que despues del parto la muger debe pasar con su marido diez dias para la *buena suerte* del reciennacido, y que si no, éste muere de muerte mala. Si tardo en tomar dinero, que pueda mandar al *Roa* por lo necesario, hasta que aclare el sol.»—

—¿Cuánto dinero necesitas, hermano *Alí-uchurri*?

Ahora ninguno, Grajito. Tengo cinco reales para mañana, y quizá en el mismo dia lleguen Bruno, el tuerto de Benicarló ó el tío Pablo Ferrari, y se lleven las once cargas de cisco; pero si así no fuese ¿puedo enviarte á mi sobrinillo *Roa*, ese que juega ahí en tu puerta como un gatillo de tres meses?

—Envíalo, y llevará provisiones y una botella de buen vino para *Olinda*.

—Hermano, *Oslebé* (*Dios*) te bendiga; te dé vida feliz y larga, y despues lo que tenga reservado para sus mejores criaturas. Cuento con pagarte lo que me adelantes; pero la deuda de gratitud tendrá por paga la fé de mi corazon.

—Yo nó quiero que me pagues, *Alí-uchurri*. (contestó Urdiales con entereza) porque entre los *calós* no debe ser el auxiliarse una gracia, sino un deber.

—Pero cuando ya no necesite el socorro (replicó *Alí-uchurri*) retenerlo es impedirte que socorras á un nuevo necesitado. Además yo quiero pagarte; porque no soy zíngaro mendigo, y tengo menos vergüenza para pedir cuando recuerdo que satisfago lo que tomo; agradeciendo la accion sin abusar del beneficio.

—No puedo permitirlo, *Alí-uchurri*.

—Pues entonces me guardaré de aprovechar tu amparo, Grajito.

—Sea como tú quieras, hermano; toca esos huesos.

El gitano de Africa alargó la mano al gitano de España, que se la habia tendido con ademan de cordialidad afectuosa. Grajito al estrechar la diestra de *Ali-uchurri* se estremeció, y dirigió á ella la vista: estaba mutilada; faltándola el dedo meñique y la primera falange del índice.

—Qué es esto, hermano? interrogó conmovido Ramon.

—Señales de la esclavitud: (dijo *Ali uchurri* con melancólica dejadéz) marcas de mi amo *Ab-Moragab*, práctico del puerto de Tánger.

—¡Conque has sido esclavo!

—Hermano, un año y dos lunas mas. Mi padre *or Balorró* era muy feliz; mi madre *Brujiñí* (la luna) ayudaba mucho á sus ganancias; porque ella como gitana asiática leia lo pasado en los vasos de agua; evocaba los muertos con el ciprés en flor, los polvos de culebra macho, y la sal prieta; hacía aparecer en un espejo la imágen de las personas, y leia el porvenir en las rayas de la mano, y en la hoja de un alfange conjurado. Asi entraba en casa de los principales *busnís* de Tánger; se la miraba con un respeto casi religioso, y se la daban sumas crecidas por sus vaticinios y hechizos. Me acuerdo que Moraima, la favorita del gobernador, descubrió merced á mi madre que su esclava Fátima habia regalado á un marinero su talisman engarzado en oro: un hueso del dervich Hassan; un santo hombre, que en los veinticinco años últimos de su vida no dijo mas frase que—«*Alá es Alá y Mahoma su profeta.*»—

—Tu relacion me cautiva. Hermano, continúala.

—Mi madre componia filtros y bebidas de amor, Grajito. Cuando un musulman comenzaba á cansarse de una de sus mugeres ó de una de sus esclavas, Brujiñí sabia encantar al infiel por medio de una bebida mágica, ó pastillas de hechízo. Cuando un moro había gastado su naturaleza en el abuso de los placeres, Brujiñí tenia el secreto de inflamar su sangre, y hacer revivir sus fuerzas agotadas. Cuando un hombre ó muger aborrecian, la gitana, que presidia á los fines del amor, suministraba tambien los recursos del ódio, y vendia sus talentos á la venganza.

—Brujiñí era una buena hija de nuestros padres; hermano.

—Si (continuó el zíngaro de África con acento misterioso) Brujiñí hacia que las personas odiadas contrajesen enfermedades, que lentamente las iban consumiendo y secando hasta morir despues de padecimientos sin cálculo. Cuando la venganza se limitaba á la mortificacion de la persona, la belleza desaparecía á su maleficio; la alegría se trocaba en tristeza y mal estar, y el *mal de ojo* hacia aparecer cádaveres á los que antes gozaron de una perfecta salud. Cuando el encono era tanto no se resignaba á esperar los efectos del bebedizo, de la mágia y demás medios indirectos, (continuó *Ali-uchurri* en voz mas apagada aun) dicen... yo no lo sé, ni lo he visto... dicen que Brugiñí vendia á un precio muy subido yerbas, pastas, y aguas de esas que dan la muerte; desde las que matan de un golpe como el rayo, hasta las que hacen caer primero de morir las uñas los dientes y el cabello.

Urdiales se estremeció de espanto.

—Sí; (prosiguió el tio de *Roa*) así me lo decian, execrando la memoria de Brujiñí, muchos miserables: me lo decian cuando era esclavo del práctico *Ab-moragab* los que me sonrieron con afable gesto mientras *or Batarró* era el negociante mas rico de la costa, y Brujiñí la quiromántica predilecta en Tánger. Me lo decia el bárbaro *Ab-moragab*, cuando por la noche se embriagaba con el aguardiente de dátiles, y ya le daba por bromear conmigo, ya por darme de palos hasta rendirme en tierra sin aliento.

—¡Cuanto has debido padecer, hermano *Ali-uchurri*!

—No puedes figurartelo, Gragito. *Or Krallí dor corajais* (*el rey de los moros*) quitó de gobernador á el amigo de mi padre, y en su lugar vino á Tánger *Muley-Abenzuf*; execrado sea su nombre en cien generaciones, y mala culebra le roa las entrañas, como maldicen los judios. *Muley-Abenzuf* era un viejo sanguinario, que gozaba en los suplicios, y cuando mandaba empalar hacia que aguardase el reo á qué él concluyera de comer para presenciar su martirio, y cuando ordenaba dar ciento ó mas palos en el vientre ó palmas de los piés á sus víctimas, nunca faltaba á la ejecucion, dando bromas atroces á los ejecutados, y animando á los verdugos... pero ¿qué es eso?... llueve y relampaguea... ¿no oyes el trueno, hermano?

—En efecto, (contestó Urdiales) la tempestad pasa por esta villa; pero calmará pronto, porque es violenta. Sigamos con Abenzuf.

Roa se refugió bajo de un banco, medroso al oir el zumbido horrísono del trueno.

—Sigamos con *Abenzuf* (repitió *Ali-uchurri*, suspirando fatigosamente á la reminiscencia de sus desgracias). El nuevo gobernador buscaba pretestos para satisfacer con el velo de la justicia sus apetitos de chacal, y haciendo perseguir á los lindarajas y gentes de mal vivir de Tánger, les atormentaba de una manera feroz; inventando torturas y apurando su ingenio en estas invenciones horrorosas.... Los oyentes aplaudían la justicia del Bey y autorizaban con su asistencia aquellos espectáculos tremendos; por lo comun dispuestos para después de la comida de mañana ó tarde del gobernador, que los presenciaba *para hacer la dijestion*, segun decía con su sonrisa de condenado y el centelleo de ojos de un gato montés.

—¡Qué hombre! esclamó el *Grajito* consternado.

—*Abenzuf* era caprichoso en sus amores, y se contaba de él que solía preferir una lanchera súcia, llenos los pies de lodo, grieteadas las manos por el roce de los remos, y curtida la cara por el aire del mar y el sol de África, á la mejor esclava griega que gozase los favores del sultan de Constantinopla. El cordel solía poner fin á la historia de sus gustos, y cuando una hembra no tenía yá medios de encender sus apetitos lascivos, bastaba para darle el último buen rato entre las pértigas de la horca, ó sobre el tajo de las degollaciones. Aborrecía la belleza distinguida, como aborrece el miserable los manjares delicados de los ricos, y buscaba sus favoritas de dias entre la canalla última de Tánger, ó entre las esclavas de los pobres mercados.

—Era una alhaja el tal gobernador, interrumpió el tasquero.

—Paseando un dia por las murallas vió á un judío, que tenía espuestas en un chozo de paja cuatro esclavas haraposas, y de ínfimo valor: una vieja carbalí casi ciega; una jovencilla corcobada y vizca; una mulata, bella en otro tiempo, desfigurada por costras del hervidero impuro de su sangre, y una mugerona casi desnuda, de formas abultadas, mirada impudente, y traza de grosera y brutal lascivia; con la mano izquierda cortada, por

la muñeca; las espaldas selladas con una media luna y señales amoratadas del látigo desde el cuello á los lomos... Mi padre me ha referido todo esto; porque aquel funesto dia era el primero de la luna llena, en que los chalanes de Tánger se situan en féria junto á las fortificaciones opuestas al muelle, y su tienda estaba inmediata á la del judío *Nathaniel*..... La vieja parecía un cadáver; la mozuela lloraba; cantaba la mulata y la mugerona reemplazaba al hebreo en la charla de los vendedores.—«Los que pasais, (decía *Nathaniel* con su voz nasal y su empalagosa dulzura) reparad mi mercancía, y llegaos que la daré barata: *Raoliza* es ciega, pero sabe mil secretos para guisar, y oraciones para el mal de ojo; pues que ha servido trece años á un santo dervich. *Zaida* es mal hecha; pero carga seis cántaros á la vez, y asusta á los niños que lloran. *Zoraida* canta romances de amor, y trobos que hacen reir á los mismos moribundos. *Fátima* es una muger que sabe emplear el dia en las faenas de casa, y la noche en hacer la hurí con el buen musulman que la adquiera para sí por seis zequíes.»

—¡Sabes que eso es muy curioso! dijo Urdiales interesado por aquella escena de costumbres moriscas.

—*Nathaniel* tomaba aliento, y *Fátima* seguía el hilo de su pregon.—«Los que pasais (decía con gesto provocativo) comprad á la manca, que para nada necesita la mano que la cortó el ejecutor: robó un talisman para su amante, que servia en la marina del bey; robar por amor no es malo; robar para el hombre que nos ama prueba que todo se arrostra por él, y por él *Fátima* lleva un zoquete en vez de una mano.»—El judío la interrumpia esclamando:—«A lo interesante esclava: déjate de historias.»—Los que pasais (continuaba la mala muger, maldita por la eternidad) compradme al hebreo *Nathaniel* por seis zequíes: soy fuerte como el camello, y dura para la fatiga como bestia de carga; sé cuidar rebaños; remo; lavo; vendo en los mercados, sin que me engañe el mas ladino: sufro el látigo sin quejarme ni pestañear; y luego no se ha de arrepentir el amo que me dijere—*«esclava, ven á buscarme á la noche»*.—Aquella mujer vendida por desecho de la misma esclavitud, y cuyo pregon descarado hacia sonreir á un corro de marineros y curiosos del vulgo, no pensaba que la fortuna la sonreía desde lo

alto; que debia salir de aquella choza para el retrete de las favoritas del gobernador de Tánger, y que por la desvergüenza de sus palabras y acciones que par..ía mal á los propios tunos del muelle, y perdidos de la ciudad, la eligiera para predilecta en sus amores el muy alto y poderoso Bey *Muley-Abenzuf*.

—¡La compró el Gobernador!

—Apenas la vió, hermano *Grajito*; porque aquella mugerona desnuda, ostentando el destrozo de la cimitarra de las justicias, y las marcas del látigo en sus lomos, era muy apropósito para causar ilusion al hombre, que dejaba las esclavas de precio, regalo del Emperador Marroquí á sus beyes, por corretear en pós de una haraposa lanchera, ú obtener las caricias repugnantes de una pestilenta y brutal pescadora de cangrejos.

—Hay hombres para todo, hermano *Ali-uchurrí*, repuso Urdiales con gesto desdeñoso.

—Dices bien, (replicó el zingaro africano) y los moros en particular tienen caprichos tan estravagantes que... pero la tempestad arrecia, hermano ¿no oyes como muje el espíritu de las negras nubes?... *Olinda* está en dias de parir, y es tan medrosa!... luego me quiere con el amor de la tórtola, y estará consternada por mi ausencia.... Estoy desecho, Grajito: quisiera irme....

—¡Con un tiempo como este! Sería preciso estar loco. Vamos: continua tu historia me interesa mas de cuanto pueda decirte; porque tus aventuras parecen un cuento de esos en que pasan cosas, que nunca han visto los que oyen.

—Sigo pues, hermano, si te interesa la historia de mi vida, segun me dices. *Fátima* supo cautivar al inconstante *Abenzuf*; lo que ninguna habia conseguido hasta ella; porque aquella mujer nació para aquel hombre, y cuando *Oslebé* (Dios) cria dos seres para que se comprendan...

—*Oslebé los pervara y junos se catanean*, (Dios los cria y ellos se juntan) repuso maliciosamente el Grajito.

—Dices bien, hermano, (contestó *Ali-uchurrí* melancólicamente). Fátima se vió dueña del corazon de aquel hombre, y aprovechó su dominio para su amor y su venganza. Su amor era siempre del marinero por quien la habian amputado la diestra, y por cuyas relaciones sufrió los latigazos de

sus celosos dueños. El marinero á título de primo de la favorita entró en la servidumbre del Bey, como gefe de los jardines públicos. La venganza era contra *Brujiñi* mi madre.

—Pobre *Brujiñi*!

—*Fátima* habia sido esclava de *Moraima*, muger del gobernador amigo de mi padre, y me parece haberte contado que *Brujiñi* descubrió el robo del talisman, por cuyo delito la cortaron la mano derecha....

—En efecto, y por eso....

—Por eso *Fátima* habia descendido hasta la condicion mas miserable, hermano; porque la mutilacion entre los moros es un sello maldito, y el mutilado, esclavo ó libre, no puede tratar sino con la peor canalla de una poblacion, que á fuerza de degradaciones y miserias ha llegado á familiarizarse con la degradacion, y á concebir toda miseria. *Fátima* habia vivido entre flores y alfombras en las casas de lo mas opulento y noble de Tánger; peinando la crencha negra y undosa de las favoritas; aderezando las ropas de sus ricas amas; preparando las pipas de ambar-grís y porcelana llena de odorífero *latakié*; haciendo *selames* ó ramilletes de amor; contando consejas de encantadores para distraer el fastidio ó la impaciencia de sus señoras; bailando lúbricamente con objeto de escitar los apetitos de sus ociosas dueñas; *Fátima* mutilada fué á parar á casa de un escribano, que la hacía servir de todo, y azotar por un negro cada vez que descuidaba una faena ó era sorprendida en conversacion con su amante, el hombre de la mar. El escribano la vendió á un abastecedor de pescado, que después de encargarla de su tienda la abrumaba con los quehaceres de su casa, y la rendía con sus brutales amores. En pago de una deuda pasó del abastecedor de pescado á un pescador, que siquiera la igualaba á sí y haciéndola trabajar poco menos que un camello. Por fin de amo en amo, vino á á caer en manos de *Nathaniel*, el mal judío, Dios le confunda; desnuda casi; rajados los lomos á latigazos; tal como un mueble viejo á la barraca de un vendedor de desperdicios humanos. *Brujiñi* con su adivinanza habia dado márgen á su mala historia, y en cuanto *Fátima* obtuvo un átomo de poder en la voluntad de *Muley-*

Abenzuf su primera idea fué la venganza contra la hechicera; la infernal envenenadora, cual me solía decir mi amo, *Ab-moragab*, el práctico del puerto.

—¿Y como llevó á cabo su venganza? preguntó Urdiales con viva curiosidad.

—Un dia (continuó *Ali-uchurri* con entonacion sombría y lúgubre) entró en nuestra casa cierta muger, misteriosamente encubierta; se encerró con mi madre, y estuvieron encerradas largo rato. Yo que espiaba pude oir que rogaba y que *Brujiñí* resistía á sus ruegos: por último mi madre pareció convencerse y escuché el ruido limpio del oro que caia en monton sobre la mesa. A poco la tapada salió llevando un paquetillo, que envolvió antes de salir en un pañuelo, y *Brujiñí* llenó su alcancía que estaba medio llena de zequíes de oro. Mi madre, á pesar de los consejos prudentes de *Or Batorró*, habia sido vencida por el interés, y la desconocida llevaba veneno.

—Comprendo la trama, interrumpió el Grajito.

—Los efectos no se hicieron esperar, hermano, (prosiguió el zíngaro de África cada vez mas sombrío). Los soldados del bey vinieron á nuestra casa, y se nos condujo á las cárceles....

—¡Pobre familia!

—Nunca olvidaré este momento, (añadió *Ali-uchurri* con voz entrecortada por la fatiga; pasándose la mano por la frente, bañada de un sudor glacial). Fuimos sorprendidos en la mesa.—«¿Qué ocurre?»—preguntó mi madre con terror á vista de los ministros.—«Dáos presos, mala canalla»—contestó el gefe con imperioso ademan.—«¿Y porqué?»—repuso mi padre poniéndose lívido de miedo.—«Ya os lo dirá el *caddi*»—replicó el sallon burlándose de nuestra agonía.—«Señor, mi buen señor...»—esclamó *Brujiñí*, juntando las manos en actitud de dolorida súplica y tratando de ablandar aquellos corazones de roca.—«Perra egipcia, dijo el mayor entre los soldados del bey, prepárate á contar tus brugerías y atosigamientos al muy alto y poderoso gobernador de Tánger, *Muley-Abenzuf*.—Entonces *Or Batorró* dirigió una mirada de reconvencion amarga á mi madre, que parecia una estátua de piedra... yo los devoraba con la vista......

—«Vamos (gritó el gefe de los esbirros) no hay tiempo que perder: seguidme hato de serpientes.»—*Brujiñí* intentó conmoverle.—Dios le bendiga; (dijo) por la memoria de su madre...»—«Ni por la barba del profeta, contestó el brutal ministro, y haciendo una seña á sus subordinados nos obligó á levantar á empellones; disponiéndose á maniatarnos...—«Compasion! (esclamó la pobre gitana debatiéndose entre las garras de aquellos halcones) soy una infeliz muger...»—El capitan de los bandidos soltó una feroz carcajada.—«Una infeliz muger que vende polvos para trastornar el juicio, y yerbas para helar el corazon: (respondió con ironía) una infeliz muger que ha proporcionado un veneno para dar muerte á el ilustre *Abenzuf* que Alá guarde...»—Mi padre estaba sujeto por repetidos nudos en los cordeles, que impedian todos sus movimientos... Dos ministros me tenian asido, uno por el cuello otro reteniendo mis manos entre las suyas, mientras el tercero se disponia á ligarme... *Or Batorró* clavó la vista en mi madre con amarga espresion...—«Muger imprudente! (esclamó en *romaní)* tu desprecio de mis consejos nos ha perdido.»—«Qué se entiende! (interrumpió el gefe de los soldados con recelo) hablan en cifra los maldecidos zíngaros: separadlos.»—Mi padre fué sacado de allí casi arrastrándole por sus ligaduras. Yo sentia un dolor tan agudo, que mis oidos zumbaban; una nube negra pasaba y repasaba ante mis ojos; mi corazon parecia apretado entre dos planchas frias de plomo... Un grito hirió mi oido...—*Alí-uchurrí,* hijo mio (esclamó mi madre con desesperacion) ¿dejas que maten á tu madre?...» —Me sacudí con furia... el ministro que me tenia asido por el cuello cayó con la cara bañada en sangre... el que retenia entre las suyas mis manos habia ido á estrellarse antes contra la pared, como una pelota... Dí un paso... sentí una cosa que pasó silvando sobre mi cabeza y vine al suelo como el que hiere un rayo.

—Te sacudieron por detrás, dijo el tasquero.

—Mira la señal, hermano, (contestó el tio de *Roa*, bajando la cabeza hasta mostrar la enorme cicatriz del golpe contundente). El tercer ministro colocado á mi espalda llevaba á la cintura una correa en cuya punta iba asida una bala de

plomo... y fué tan cruel que no tiró á matarme... pero la tempestad cede y urge mi partida, Grajito....

—Te suplico que concluyas tu historia, aunque sea por encima, replicó Urdiales vivamente interesado por aquella relacion.

—A los seis dias el vendedor de esclavos del gobernador me condujo con otros siervos de la ley al mercado de carne humana para beneficiar con el precio de mi cuerpo y de mi alma el erario de *Abenzuf*... Pasando por la plaza mayor, cerca de los pilarones erijidos para suspender las cabezas de los egecutados, mi conductor se acercó á mí... yo marchaba al lado de la muger de un *lindaraja*, muerto en el palo el dia antes... iba con la vista en el suelo y la muerte en el corazon...—«Gitano, (me dijo, dándome un golpe en el hombro) mira aquellos objetos á ver si los conoces»—Obedecí y los objetos eran...

—Las cabezas de tu padre y de tu madre, concluyó Ramon conmovido.

—Sus cabezas amoratadas, pendientes de un garfio de hierro, con carteles debajo..: carteles que mi conductor tuvo la barbarie de leerme y decian—«*Brujiñi maga y envenenadora.—Baforró su cómplice*...»—Bajé la cabeza y seguí mi camino sin verter una lágrima; pero *Oslebé*, hermano, que lee en lo escondido, recogió la maldicion del esclavo á quien hubiera vendido el secreto de su madre á la justicia del gobernador... Oh! y la cumplió de un modo terrible.

—¿Y cómo te figuraste que *Fátima* fué la que que trazó el ardid para perder á tu madre? preguntó Ramon con indagacion ansiosa.

—Por la conversacion del vendedor de esclavos de la ley con *Siddi-Amal* gefe de los ministros del bey, que dándole cuenta del poder insolente de la favorita, le refirió entre otros rasgos de su dominio la venganza contra *Brujiñi*, y el empleo de una esclava provista de oro para comprar el tósigo á la imprudente gitana.

—Continua, hermano *Ali-uchurri*.

—Dos dias estuve siendo objeto de la especulacion; temblando de venir á poder de amos que prostituyen vergonzosamen-

te á sus brutales caprichos los jóvenes de un sexo y otro; estremeciéndome al ver fijas en mí las miradas de algunos cargadores de la aduana, que hacen reventar á sus esclavos al peso que abrumaría á las bestias; medroso de parar en los hortelanos, que ahorran con un siervo una vaca que mueva su anoria, un asno que lleve sus legumbres al mercado público, y un jornalero que encargar de las faenas mas duras: dando gracias á mi destino cuando conseguía escitar la atencion de ciertos moros de buena índole y posicion, á cuyo servicio es soportable la esclavitud... pero ¡ay! en vano les sonreia con humildad; inútilmente procuraba agradarles... El vendedor me hacía andar, saltar, correr; probaba mis coyunturas para dar testimonio de mi ligereza; plegaba y replegaba mis piernas y brazos, para dar fé de mis disposiciones ájiles; descubría todo mi cuerpo á fin de convencerlos de mi sana conformacion.... Lograba que me aprobasen, y cuando comenzaba á nacer mi esperanza una esclamacion constante la agotaba en un punto.—«*¡Lástima que sea zíngaro!*»—decian volviéndome la espalda.

—Por todas partes el mismo desprecio: la propia desconfianza, (repuso el tabernero con reconcentrada amargura). ¡Cual será el crímen de nuestros padres, que así lo pagan sus pobres hijos, hermano.

—Dios lo sabrá, pues que lo sabe todo. Siguiendo mi historia...

—Síguela pues.

—Al segundo dia habia yo bajado de precio infinitamente, y cuando llegó *Ab-moragab*, práctico mayor del puerto, el vendedor no se hizo repetir dos veces la promesa de veinte y cinco zequies; el precio comun de un borrico moruno.

—Y ese amo era...

—Figúrate hermano, un hombre mal encarado; sombrío; cejijunto; de voz áspera; gesto cruel; modales bruscos; estevado y vizco... un verdadero génio malo... Cuando aquel hombre se embriagaba con aguardiente de dátiles estaba horrible: su alegria era un frenesí; su risa la de uno que se ríe entre convulsiones; rodaban ideas atroces por su cabeza, y un loco furioso no es mas temible que lo era *Ab-moragab*.

—¡Qué habrás padecido bajo el dominio de ese hombre!

—Parece increible que la criatura humana pueda sufrir tanto, Grajito. Empezó por hacerme *hijo de la mar* segun él decía. ¿Y sabes tú como enseñan los prácticos de Tánger á sus discípulos? Lo primero es nadar... Yo tenia miedo, y *Ab-moragab* me llevaba fuera de puerto; zambulléndome en las olas, dejándome luchar agoniosamente, tirándome un cabo cuando conocía que estaba sin aliento alguno... Despues de nadar viene el nadar mucho, y al efecto me hacía entrar en el agua y seguir su cárabo á nado hasta el punto de no poder más, y estar algunas veces para sucumbir... *Ab-moragab* en tres ó cuatro ocasiones se tiró á la mar para sacarme, cuando ya desaparecia entre las corrientes; pero apenas volvía á la vida su látigo castigaba la debilidad de mis fuerzas como un crímen.—«¡Ah perro zíngaro! (gritaba con los ojos ensangrentados, y los lábios blancos de furor) ¿prefieres morir á servirme?»—Y era preferible, hermano.

—¡Pobre *Ali-uchurri*!

—Luego vino el bucear... Yo tenía corto resuello, y me fatigaba de muerte, pero mejor queria reventar allá bajo de las aguas... sintiendo el latido de mis sienes, que parecian querer dar un estallido... oyendo el rujir de las olas, que se estrellaban sobre mi cabeza... y bajar como una piedra hasta el fondo, en la desesperacion del que quiere y no puede, que salir á la superficie, cuando estaba cansado, para que *Ab-moragab* descargase sobre mi cuello y espaldas su larga vareta de ballena, que dejaba allí la sangrienta marca de su cólera... Después vino el manejo de los remos, la vela y el timon... Esto era fácil; pero las cosas mas fáciles se yerran cuando pesa sobre uno la mirada perturbadora de un caprichoso déspota, que agita impaciente su látigo, espiando un descuido que dé causa á su crueldad, y que le azota cuando mejor practica sus lecciones... En seguida llegó la maniobra marina en mayor escala, y por último el conocer los puntos peligrosos y de buena entrada y salida del puerto... *Ab-moragab*, cuando yo no estaba delante, se jactaba de tener el esclavo mas listo que se presentaba en el muelle; pero nunca dejaba de tratarme con la dureza acostumbrada.

—«Perro zíngaro... hijo de la bruja maldita... vivorezno infame...»—he aquí los nombres por que me conocia delante de todo el mundo... y luego...

Ali-uchurrí enjugó el sudor congojoso, que corria por su frente durante esta parte de su relato. El Grajito curioso estimuló su locuacidad, repitiendo su última palabra:

—Y luego...

—Luego lo peor era la noche: la noche cuando el aguardiente de dátiles ahogaba sus penas, ó por el contrario trocaba sus alegrías en locura; porque *Ab-moragab*, hermano, era un furioso embriagado: un furioso que bailaba hasta caer medio ahogado en tierra; que cantaba desentonadamente, y con ahullidos de chacal, que estrellaba cuantos objetos hallaba á mano en sus convulsiones de risa estrepitosa; que despues de azotarme sin piedad durante todo el dia se empeñaba en que yó danzara, cantase, y riera; haciéndole pareja en los raptos de su alborozo frenético....

—¡Hombre maldito! esclamó Urdiales indignado.

—Yo te juro que prefería su furor á su júbilo. Cuando el aguardiente de dátiles le inspiraba ideas negras, despues de mil gestos, blasfemias y destrozos, se divertía en martirizarme del modo que has visto; pero esto no me espantaba la mitad que su alegría; porque *Ab-moragab* saltando, ahullando, haciendo añicos cuanta cosa veía á su alcance, y dándome empellones para que le acompañase en su danza, canto y desavíos, estaba tan horrible, tan feroz, tan repugnante, que ahora acordándome de ello... mira Grajito... toca mi mano fría... repara mis cabellos erizados de espanto.

—¿Y porqué no matabas á ese hombre? preguntó el tasquero con gesticulacion sañuda.

—Porque soy cobarde, hermano, (contestó *Ali-uchurrí* con candorosa ingenuidad) porque sé sufrir mucho; pero no tengo valor para herir; ni voluntad para dominar mi repugnancia á devolver el mal que me hacen... Hoy desesperado, hambriento, puse mi puñal sobre el corazon del hombre que te he dicho. Pues bien: si aquel hombre me hubiera dado un empellon, diciéndome—«*rabia de hambre, gitano*»—le habría dejado ir sin socorrerme... Y yá vés, me ha socorrido;

pero tengo remordimientos, y una voz de aquí adentro (continuó llevándose una mano á la cabeza) me repite que eso me traerá alguna cosa mala de aquí en adelante.

—*Churrí*, vámonos; ya no llueve, interrumpió el gitanillo *Roa*, que paso á paso habíase venido acercando al mostrador.

—Toma y vuélvete á tu sitio, chaval, contestó Urdiales, alargando cuatro cuartos al haraposo y deforme muchachuelo, quien al recogerlos brincó de alegría, y marchó á acurrucarse bajo el banco, su guarida mientras la tempestad nó cesó.

—Sigue, hermano *Alí-uchurrí*; tus aventuras parecen un cuento de encantadores.

—Yo habia sacado del agua á un patron andaluz; Juan Fernandez, que mandaba el bergantin *Santo Cristo de la buena muerte*, de la matrícula de Málaga. Un hombre de alma, Grajito; que principiando en la playa por tirar de la jábega, izar el copo, servir en los botes que traen pasageros al muelle, se hizo luego contrabandista de costas; mas tarde contrabandista de travesía; llegó á segundo de un bergantin negrero; pirateó segun murmuraban los patrones, sus enemigos, con los desalmados que ahorcaron en Cádiz, y con el fruto de sus faenas compró el bergantin en que hacía sus viajes... ¡y qué viages, hermano!

—¿Ganaba mucho?

—Arriesgando el todo por el todo; pués hasta llevaba pólvora á la costa del Riff... Los riffeños son unas gentes bárbaras, que piratean, atacan á Melilla sin cesar, y hasta niegan el tributo al emperador de Marruecos... Cruceros ingleses franceses y españoles vigilan aquellas costas, y las autoridades moras tienen interés en que no se lleven armas ni municiones á estos revoltosos salvages... Si los cruceros atacan al buque contrabandista hay que resistirse hasta lo último; porque ya saben la suerte que le destinan: el capitan, segundo y piloto son colgados de la arboladura; el barco echado á pique, y destinados á presidio los tripulantes... Si las autoridades moras se apoderan del contrabandista la justicia es terrible: se colocan atados sobre barriles de pólvora á los gefes, y se les hace volar: los marine-

ros se venden por esclavos, raspados cabellos y cejas; marcados en medio de la frente con la media-luna...

—Corazon tenia tu hombre.

—Los de Riff no comerciaban más que con él... Los locos son sagrados entre los hijos de Mahoma, y él pasaba entre ellos por loco... Izaba un banderin verde, y venian los cárabos en torno del buque á comprar pólvora, balas y hasta cañones de hierro, que escupian la muerte sobre las almenas de Melilla... Pués bien, hermano; este hombre me debia la vida... Se bañaba una tarde y engolfado en nadar adelantó tanto que le faltaban las fuerzas; redobló sus esfuerzos; pero un calambre envaró sus miembros, y arrastrado por la corriente, luchando sin vencerla iba alejándose y sumerjiéndose, hasta desaparecer en el abismo... Pasaba yo en mi bote, y ví su penoso combate; le grité haciendo bocina de mi mano puesta en hueco que se sostuviera un poco mas: animado por el cercano auxilio luchó con desesperacion; le puse la proa; yá próximo le arrojé una cuerda, y...

—Y le salvaste, concluyó el tabernero.

—Y le salvé (repitió *Ali-uchurri* con orgullosa satisfaccion). Desde entonces el patron Juan Fernandez me amaba y cuando me veia en el muelle veníase para mí; tratándome como á un amigo querido. Yo rehusaba sus dineros, porque *Ab-moragab* no me dejaba poseer un medio zequí, y ¡malaventurado yo al descubrir el práctico que no le habia entregado la mas mínima parte de mis ganancias! Quizá me hubiese arrancado un ojo ó cortado entrambas orejas. Cuando el patron Fernandez estaba en bahía parecíame que *Ab-moragab*, mi amo, me trataba algo mejor, y después he sabido que en efecto el español le habia recomendado que me cuidase, y hasta solía darle algunas pequeñas sumas por tenerle dispuesto favorablemente hácia mí. Cuando el práctito (mala víbora le muerda en medio del corazon) me mutiló como vés, resolví acabar con una vida tan cruel como la mia, y en la desesperacion de mi alma salí en ánimo de arrojarme á la mar. Aquella mañana era dia de luna llena, y de marcado por consiguiente: el muelle debia estar casi solo, atraido el concurso á la parte opuesta, junto á las for-

tificaciones; pero no sucedía así. Un gentío inmenso se agolpaba en ancho círculo en torno de una partida de soldados del Bey, cuyos turbantes rojos y largas escopetas contenian á la ansiosa muchedumbre. Sobre el tablado de las egecuciones se alcanzaba á ver al negro ejecutor y á sus ayudantes ocupados en la bárbara faena: una mano y un pié aparecian suspensos de dos garfios: otras dos uñas de hierro proximas indicaban que la mutilacion debia ser de los cuatro remos. El tajo dominaba en medio del tablado á la multitud curiosa, representando la dura ley de *Abenzuf*, y un rayo de sol hacia relumbrar el alfanje de las justicias como rayo de la cólera del feroz gobernador, y ¿sabes tú quien era la víctima, hermano Grajito?... ¿no te lo puedes figurar?....

—*Fátima*, la favorita de *Muley*, esclamó Urdiales presuroso.

—Ella misma, con su amante, el marinero ascendido á intendente de los jardines del bey. Sus amores habian sido descubiertos por la traicion de una vieja esclava, y la venganza del gobernador escogió la mutilacion de pies y manos, seguida del degüello para la culpable, y el empalamiento para su cómplice. Ella debia morir en un sitio, y su amante en otro; por evitar una mirada de amor, que pudiera ser un consuelo; pues que *«el amor embellece hasta la muerte,»* segun dice un cantar morisco... Allí estaba ella; la que entregó á *Brujiñí* á la saña de Muley; la que envolvió á *Or Batorró* en su plan funesto y maldecido; la que me habia hecho pasar del mercado de los siervos á la odiosa cautividad del práctico... Gritaba al sentir el golpe que la mutilaba y pedia misericordia, y sus gritos eran respondidos por el escarnio del populacho. Se debatía furiosa, loca de dolor, entre las garras de los sayones, y pedia rujiendo que terminaran con su vida de una vez... inútil ruego!... Ella era manca; parecia imposible que la sentencia se cumpliese en todo su testo; mas á falta de una mano que amputar, el verdugo cortó medio brazo, y degolló después á una masa insensible; colgando su cabeza de la picota, donde un cartel publicaba su delito. Un judío leyó el cartel: no le olvido si

por la eternidad viviera—«FÁTIMA. POR DESACATO Y TRAICION.»

—¡Cuanto gozarías con aquel espectáculo! esclamó Urdiales, vengativo hasta la crueldad, como una gran parte de los hombres de su raza.

—No lo creas, hermano Grajito, (respondió *Ali-uchurri* moviendo la cabeza con interesante gesto de profunda melancolía). Aquel mal no aliviaba mi mal. *Or Batorró* y *Brujiñí* no salian de entre las garras de la muerte, porque Fátima rugiera de rabioso dolor, y espirara en el suplicio. Al contrario. Tuve lástima de ella, porque...

—Has dicho bien, (interrumpió el terbernero con cierta inflexion de ironía): eres cobarde.

—Ni sé devolver el mal, ni aun desearlo: (repuso el zíngaro africano con su acento de resignada tristeza). Un *Divé (Dios)* me formó el corazon así. Y mira... en Ubeda, por la cuaresma, oí á un monge de larga barba; un capuchino, de túnico pardo y cordon nudoso... Predicaba en la plaza; al aire libre; desde un púlpito de madera. Le escuchaban un sin número de personas con devoto recogimiento: porque era un santo anciano; un viejo de palabra dulce y afable rostro. Hablaba del perdon de las injurias, y ponía por ejemplo á el profeta de los judíos, nacido de María, que murió rogando á Dios por los que le crucificaron... Grajito, yo soy como él: me herirán de muerte y no podré resistirme á perdonar al que me prive de la vida... ¿Es esto ser cobarde? Hermano mio, no puedo ser valiente, no puedo.

—Sigue tus aventuras, pobre hermano, replicó Urdiales dando una buena arremetida al jarro de aguardiente, que tenía cerca de sí, y que alargó después al tio de *Roa*, quien rehusó el convite.

—Al llegar al muelle me dieron una vigorosa palmada en el hombro. Me volví, encontrándome con mi amigo el patron, que me tendió su mano. Involuntariamente alargué la mia, y al estrecharla se estremeció, como tú hace poco, notando las señales del estrago de un amo feroz.—«¿Que es esto, muchacho?»—me preguntó lleno de interés.—«Nada»—le respondí confuso.—«Vaya! cuenta ese lance... alguna hazaña de ese bárbaro borracho: (murmuró irritado) apuesto á que

ese maldecido de Dios se ha divertido en martirizarte.»—Yo no respondí.—«Vamos, (insistió Juan Fernandez con dureza) ¡qué diablos! Tómame por confesor y suelta la sin hueso; que yo estoy aquí para remedio de tus cuitas.»—Entonces le conté mis contínuos sufrimientos bajo el dominio de *Ab-moragab*; mal buitre le clave las garfias en el corazon.

—Tú no deseas el mal á nadie, (dijo Ramon con acento chancero) pero maldices que es un gusto.

—Mala costumbre tomada del trato de los judíos, y gente del muelle de Tánger; ¿quién anda junto al lodo sin que le ensucie? Pero no hay voluntad, sino palabras... créelo.

—Ha sido una broma, hermano. Sigue con lo que interesa.

—Todo lo conté al buen patron; todo; contándole la resolucion con que habia salido de casa.—«Muchacho (me dijo conmovido) ¿con que ibas á precipitarte en el mar?»—«No tengo fuerzas para padecer tanto.»—El patron se quedó un punto reflexivo.—«Mira, (esclamó al fin con resolucion) si yo propongo al perro del práctico tu compra secreta, porque pública está prohibido, además de no consentir desconfiará de los dos, y no será posible mi plan de librarte de su poder.» —«Exactamente.»—«Haz otra cosa: vete á la herradura...

—¿Y qué es eso?

—Un punto de la playa al resguardo de curiosos, donde suelen bañarse los esclavos y gente miserable; playazo de arena en forma de herradura.—«A eso de puestas de sol, (continuó Fernandez) te escurres hácia allá; allí estaré yo en mi bote con dos hombres seguros de mi tripulacion: dejas tu ropa en el playazo sobre una peña, y ganas el bote á nado. Tu amo creerá que has perecido, y mañana largamos el trapo. Si te acomoda la vida á mi bordo, ancha Castilla: si te disgusta el olor de la brea, y te fastidia el sabor del bizcocho de mar, en España hay familias gitanas, que corren la tuna alegremente: te atraco á la costa; tomas tierra y mientras yo sigo de bolina, tú te vas por esos mundos de Dios.»—

—Tu hombre era todo un *balbi*, compadre, ¿y se hizo el negocio como él lo propuso?

—En todas sus partes, hermano. Me recojí á su bordo, y mi amo *Ab-moragab*, mala centella le... Mi amo creyó que

el mar habia cerrado sobre mí sus undosas corrientes. Rabiaria mucho; porque á fuerza de brutalidades y por miedo de sus crueles tratos, yo habia aprendido perfectamente el ejercicio de práctico, le era de suma utilidad mi reputacion y además, ¿donde podia proveerse de mejor sistema para sus frenesíes de gozo y sus sanguinarios furores?

—¿Sentaste plaza de marinero?

—La tripulacion murmumó de mí, *Grajito* (añadió *Ali-uchurrí* pesaroso). Aquellos horribles medio-piratas; contrabandistas desalmados, unos desertores de presidio; otros deshecho de la marineria de guerra, ó espulsados de la mercante por sus caractéres díscolos ó viciosos; todos convencidos de que no cabian en el rol de un bordo de franca bandera y legal negociacion, se creyeron rebajados de tener por camarada á un gitano, esclavo por añadidura, y mutilado de una mano; signo del peor agüero en tierra de moros.

—¿Y tuvistes algun atraque con ellos?

—Fuí su tente en pié y consiguieron en fin, aburrirme y hacerme desear lo que ellos deseaban. Hubo tambien una desgracia, que aumentó su desprecio. Yo era listo en las maniobras, y en este punto no les daba motivos para burlarse de mí; pero ya te he dicho que no puedo ser valiente, y despues de mi raza, mi anterior estado, y mis dedos menos, no saber jugar la vida puñal en mano, ni aventurarla en acometidas corsarias, ni en desesperada defensa de su cargamento ilegal, era el último estremo de la inutilidad, y la degradacion. En Gibraltar, hermano, cargamos algodones y tabacos; género que prohiben traer á España. Salimos apenas del estrecho cuando nos avistó una goleta del resguardo, y se puso en disposicion de darnos caza.... Juan Fernandez resolvió aprovechar el viento, confiando en la marcha de su buque andador cual no he visto; aparejo de primera y tripulado por gente tan buena en lista á maniobra como mala en corazon... en vano la goleta trabajó por tomarnos el sotavento, haciendo fuerza de velas, y tragando la corredera dos nudos mas de su andar ordinario... Cerró la noche y tempestuosa, por fortuna, y á su favor continuamos el derrotero, distinguiendo apenas los fuegos de á bordo de la goleta

del resguardo como á farolillo trasero de un gusano de luz entre las sombras de un bosque enmarañador... Aquella luz desapareció luego entre la niebla y navegamos seguros... Pero yo habia dado todas las señales de un terror vergonzoso desde que avisté la bandera roja y amarilla con el escudo de leones y castillos abarcado por la corona real, y la hora que duró la caza la pasé en la inmovilidad de una estátua: sin fuerzas para la maniobra; sin poder echar un pié adelante; sin sentir el golpear del rebenque del contramaestre, que me mandaba sin fruto trepar por las escalas á desrrizar las gavias... Salimos del mal paso, y el maton de la marineria, Antonio Peralta, me dijo cerrando los puños y con ademan violento:—Muchacho si aprecias el pellejo, carga la máquina en cuanto lleguemos á Málaga, y en Algeciras si puedes, ó en Cádiz; tanto mejor para todos. Tú no sirves para maldita de Dios la cosa á bordo. Lo que aquí no sirve estorba, y ademas nos cargas hasta las arrastraderas; marinero que no fuma virginia, que no bebe aguardiente, que no blasfema, que no sabe dar y tomar cornadas de hierro, que te quedas delante del resguardo como borrico frente al lobo. No te fies de que te proteja el patron, gitanuelo. Una noche zambulles para no salir mas á flor de agua, y te echamos á pique sin remedio. Oye la bocina y ponte en plática, muchacho. Una vereda pronta ó te pasamos por ojo. Ya te se han leido las leyes penales, ponte al ojeo, y en cuanto echemos ancla en un puerto, toma el bote y voga con viento en popa y San Telmo te ayude.—Ya ves hermano, ¿que había de hacer en este lance?

—Tomar veleta. ¿Y donde fué la *guilla*?

—En Algeciras, el patron me dió cien reales y entré en España á la ventura, como nuestros padres en lo antíguo. Cabalmente *Olínda*, su madre *Picaza* y su tio *Abejorro* recorrian la ciudad, mi muger bailaba la zarabanda y el meneo, que lo hace á las mil maravillas; *Picaza* tocando la pandereta y cantando con voz ronca, pero con estilo puro gitano; *Abejorro* rasgeando y punteando la guitarra de mi flor. Allí les conocí; entré en relaciones con ellos y llegué á enterarme de que.....

La voz un tanto ronca de *Roa*, que llamaba á su tio *Uchurrí*;

y sus ojos de negro que se fijaban por intérvalos en el rostro de los dos interlocutores y en la puerta de la panilla, hacía la cual señalaba con el brazo y mano estendida, pusieron término á la conversacion del zíngaro africano. (1)

—Que quieres, chaval, esclamó el Grajito acariciando con la mirada al muchachuelo.

Roa se sonrrió, hizo dos ó tres muecas hasta ponerse visco, y llegándose junto al mostrador, contestó á media voz.

—La tia *Olajay* la *rumí* del tio *Jojoy*.

—El Grajito y Ali-uchurri se pusieron en pié, y miraron con ahinco hácia la puerta, donde no aparecia nadie, y donde, sin embargo, continuaba señalando *Roa*. Mas cuando cansados de escudriñar sin fruto apartaron los ojos é iban ambos á dirijir nuevas preguntas al muchacho, apareció de pronto en el umbral una figura de muger tan estravagante que á no revelar por su traza y actitudes su oríjen jitano, otros que no fueran los dos zíngaros hubiesen en aquella hora hecho la señal de la cruz.

—¿Que ocurre, tia *Olajay*? (preguntó Ali-uchurri.

La gitana al verse reconocida, penetró en la panilla á paso lento; mas habiéndole bastado una rápida ojeada para reconocer el campo y cerciorarse de que se encontraba entre amigos, dejó á un lado su aire tímido y receloso. y revistiéndose de la autoridad que entre los de su raza la daban sus muchos años, y su condicíon de decidora de buena ventura y *echaora* de cartas, esclamó poniéndose en jarras delante de Ali-uchurrí y sacudiendo las desordenadas greñas de su escaso, sucio y canoso pelo:

—*Panipen gresité terele tucue drupo*, (*mal fin tenga tu cuerpo*).

—Tia *Olajay!* (respondió sonriendo *Uchurrí* acostumbrado á los exabruptos de la vieja) que sucede para meter tanto ruido?

—*Sos? camble Ostebé sos te diqueles ulandao de la filimicha (que?, permita Dios que te veas colgado de la horca)*.

(1) Hasta aquí D. José Velazquez y Sanchez.

—*Rabelao quejesa Ostebé*! *quiribí Olajay* (*alabado sea Dios! comadre Maldicíon)* (esclamó el Grajito corriendo al mismo tiempo que presentaba un vasito de aguardiente á la energúmena á quien continuó diciendo en tono agri-dulce) basta ya de maldiciones, y échese al cuerpo este vaso de *pañicari* que le ha de ser de mas provecho que el llamar al *bengui* (*diablo*).

La gitana miró al Gragito sorprendida, y luego al aguardiente como á un antiguo amigo á quien deseaba saludar cordialmente. El panillero adivinó por la espresion de su semblante lo que pasaba en su imajinacion, y le alargó el vaso diciendo: Beba *la paparuñi* (*la abuela*), pronto y bien, que tras de este vendrá otro.

La gitana tomó el vaso con mano trémula, y apuró su contenido sin hacer un jesto ni un guiño, que demostrara que la fuerza del aguardiente habia lastimado la sensibilidad de su garganta; luego se limpió los labios con el dorzo de una mano que enjugó restregándola sobre los harapos de que estaba vestida, y como si esto solo hubiese sido un insignificante paréntesis al motivo que la condujera al lado de Ali-uchurri, continuó, mirando á este; pero esta vez con los ojos algo mas brillantes que la anterior.

—*Te diqueles sato yesqui sovanta, sar yes bascurrio on á pó (te veas como una gañarra, con un barreno en la barriga.*

—Pero *paparuñi Olajay*, esclamó Ali-uchirri, procurando calmar á la gitana con el jesto y la palabra: ¿no nos querrá V. decir que demonio trae metido en el cuerpo, que tan sin tino la pone entre gente estraña..,....? Ea, pues, basta de maldiciones, beba otro vasito, y diga que me quiere.

Pero la gitana no era mujer que una vez puesta en camino de llamar maldiciones sobre la cabeza de una criatura, se dejase desarmar á tres tirones; así que, prosigió en sus imprecaciones, estirando y encogiendo los brazos, crispando los dedos de las manos, y haciendo quiebros y contoneos que movian en todas direcciones los harapos que cubrian su demacrado cuerpo.

—*Fila de boqui...!* decía con acento gutural, *Casñi bi pus-*

cali...! Poria de chuquel juco...! Sos Ostebé te dichabe y esqui zarapia tamboruna y te chirde as baes or buchil...! (Malos chugules tornasibosos te tajelen (cara de hambre...! Gallina sin pluma...! Entraña de perro flaco...! Que Dios te mande una sarna perruna y te corte las manos el verdugo...! Malos perros rabiosos te coman.

Un segundo vaso de aguardiente que el Grajito aproximó á los lábios de la gitana, la obligó á guardar silencio en tanto trasegaba el líquido á su estómago; mas, en cuanto hubo apurado y paladeado la última gota, continuó dirigiéndose al panillero.

—Ay! sumé es un bendito... bien lo dise esa cara tan morena y resalá, que es la propia *filá* de un *calorró lachó* que no dejará nunca que falte cosa alguna á la mujer que le dé la propia sangresita de sus venas.

Estas palabras produjeron un efecto mágico en el ánimo de *Ali-uchurri*; su rostro de ordinario descolorido, pero que en esta ocasion por efecto de la larga conferencia que habia tenido con el Grajito, se habia teñido de un lijero color sonrosado, al oir las últimas razones de la jitana, se cubrió de una palidéz mate; sus ojos se abrieron desmesuradamente y todo en su fisonomía revelaba la angustia y la inquietud.

La vieja sin cuidarse del temor que se veia retratado en el semblante del zíngaro de Africa, continuó distribuyendo entre los dos gitanos sus deprecaciones é imprecaciones, en tono insinuante ó irritado segun el individuo á quien se dirijia; hasta que habiéndose trocado en seguridad las sospechas que las primeras palabras de la tia Olajay habian despertado en el corazon de Ali-uchurrí, este esclamó, agarrándola con fuerza de una muñeca, y obligándola mal su grado á prestarle atencion y contestarle categóricamente.

—Olajay! malas tenazas te aprieten la *chipi* (*lengua)* tu que saliendo ayer con cinco hombres y dos mujeres á buscar por estas tierras *jandoripen* y cosa que *gallipear* (*dinero y cosa que comer)* dime, ¿como te encuentras de vuelta sola, y anunciando desgracias con tus interminables maldiciones.

—Ay! sueltame! (gritaba la vieja, pugnando en vano por

desacirse de las manos de Uchurrí) mala *espándella (centella*) te queme la chipé... Mal *galiche (cordel)* te apriete el *canrró (pescuezo)... Chori desmirlao (ladron desorejado).*

—No vive Dios! (decia *Ali-uchurrí*, quien, como todas las naturalezas apocadas y encogidas, cuando llegaba una vez á sobrescitarse por uno de aquellos motivos que hacian vibrar la única cuerda verdaderamente enérgica de su corazon, era violento hasta la ecsajeracion en sus manifestaciones;) no, no te soltaré hasta que te vea muerta entre mis manos, ó me digas como te encuentras aquí, y que desgracia ha sucedido á mi mujer Olinda.

—Arrastrao te veas á la cola de un caballo, y con tanta prisa te lleve el *bengorré* (*demonio)* mayor al *Prevarequé* (*Infierno*) como tu tienes por saber lo que no debias ignorar... Di, mal *calorró* ¿porque dejaste á tu *callí (gitana)* sola en dias de *chindar? (parir)* ¿No sabes, *andorí (golondrina*) africana, á quien han de encorbatar los *jalares del buchil (los calzones del verdugo)* ¿No sabes, mala *berbiricha (salamanquesa*) que cuando en ese trance la jembra carece de los brazos de su *rom (marido)* pa que le ayude, sale el parto desgraciado?

—Por mi padre *or-Batorró* y mi madre *Brujiñí*, esclamó *Ali-uchurri* soltando las manos de *Olajay* y llevándose ambas las suyas á la frente, como para contener los fuertes latidos de sus sienes, Di, Olajay, ¿que le ha sucedido á Olinda?

—Bien te está, *malagarnó (borracho)* perdio llenarte como un *portí el pó de molipor (como un pellejo el vientre de vino)* en tanto que tu *rumi* Olinda esta con los dolores del *chindo (parto)...* Olajay! Olajay! *ester chumies ester* (*maldicion, maldicion, siete veces siete*) sobre el marido que no está al lado de su mujer en tal ocasion!

Ali-uchurri no oyó la última imprecacion de la gitana, tal fué la precipitacion con que se arrojó fuera de la panilla, y la velocidad con que corrió hacia el lugar donde le esperaba Olinda.

—Olajay, (esclamó con voz lijeramente trémula el Grajito así que el zingaro africano, seguido del gitanuelo *Roa*, hubo desaparecido de su vista sin darle la despedida, y sin re-

cordarle, en el momento en que mas lo necesitaba, su promesa;) Olajay; Olinda debe necesitar algo mas que la vista de su merido para ser madre con toda felicidad..... Yo soy pobre, es verdad; pero parto mi pan con mis hermanos; dime, pues, que le hace falta á la mujer de *Ali-uchurri*, y condúceme allá que quiero llevarla cuanto pueda.

—*Or Bato Oslebé* (*el Padre Dios*) te bendiga, generoso; que hay en ese pechito mas volunta de da, que poer (respondió la gitana manifestando su agradecimiento con dos ó tres remedos de graciosos mohines, que en realidad solo eran contorsiones; y luego continuó contoneándose á la par) mira, saleroso, con unos *jarapitos de jilo* pá la cama y liar á la criaturita, algo que *jamar y privar* (*comer y beber* pa la paria y los parientes, han de decir que el *pairino es garboso, y na faltará pa que la fiesta sea é mistó*....

El Gragito no dió lugar á la locuaz gitana para continuar en sus manifestaciones de agradecimiento; y subió la escalera que ponia en comunicacion la tienda con el piso alto. Pocos minutos despues, bajó trayendo en la mano un lio de ropa y un pequeño cesto de mimbres, en el cual acomodó algunas provisiones de vino y aguardiente; guardó cuidadosamente el cuchillo de Albacete entre los pliegues de su faja; dió el cesto de los viveres á la vieja gitana y la hizo seña para que se pusiese en camino. Antes de cerrar su establecimiento, tuvo que sostener un pequeño altercado con las jentes á quienes las voces de *Olajay* habian atraido á la panilla, y que no querian abandonar el puesto, apesar de lo avanzado de la hora: mas al fin hubieron de ceder viendo que cesaria la causa que movia su curiosidad con la ida de la gitana. Algo mas tuvo que luchar el panillero con aquellos de sus parroquianos á quienes iba perfectamente con la proroga que se le habia concedido en aquella noche; estos eran el tio *Zamarreta*, es decir, un hombre que á manera de hoyo abierto en las arenas de una playa, no cesaba nunca de tragar líquido; y los cuatro jugadores de malilla, especie de moluscos conhíferos adheridos á los bancos de madera de la panilla donde estaban sentados, como las ostras á las peñas de una costa brava donde tienen su vivero. Empero bebedores y jugadores tuvieron que abandonar el campo, y el Grajito guiado por la andrajosa

Olajay salió de su casa y muy luego de Barbuñales, y tomó por la senda que conducia al monte donde habian fijado su rancho accidentalmente los gitanos compañeros de *Ali-uchurri*.

Durante el camino, el Gragito tuvo frecuentes ocasiones de conocer que le seguia un hombre; y como fijara la atencion en descubrirlo, vió apesar de la oscuridad de la noche, y no sin secreto temor, que el hombre que le seguia era Cosme Tajo. El Grajito sacó su cuchillo, y se lo escondió abierto en la manga.

CAPÍTULO IV.

El rancho de gitanos.

Dijimos en el capitulo II, que Barbuñales está situado al estremo de una llanura, que separa dos terrenos montuosos y de una áspera fragosidad: pues bien; vamos á conducir á nuestros lectores entre las breñas y jarales de uno de estos montes; del que está situado al O. caminando hacia Huesca.

Fué una hermosa amanecida la del dia 16 de Noviembre de 1823: La tempestad pasagera que la noche anterior habia descargado en agua y viento sobre Barbuñales, corriendo en direccion del N. N. E., habiendo limpiado la atmósfera, dejó el cielo, á la salida del sol, con ese diáfano color azul que tantos encantos presta á la naturaleza. Ni una nube en el firmamento que empañe la límpida aparicion del astro del dia, cuyo inmenso disco aparece en el horizonte despidiendo trazos luminosos que se pueden contar, á la manera de los rayos de luz que de tres en tres forman una especie de corona en las imagenes del niño Jesus; ni la mas ligera y trasparente niebla en las llanuras, ni en las vertientes de las montañas que envuelva los objetos, y los

oculte ó oscurezca á la vista: y en fin, hasta el cenagoso Alcanadre, parece no tiene vapores que exalar en este dia. Así que, una luz brillante y pura se derrama por do quier, y es tanta la fuerza de su reberberacion, que ilumina con claridad los objetos situados en lontananza á pesar de ser la hora en que ordinariamente y en esta estacion, los ojos no pueden detallar los que se encuentran en segundo término.

Este fenómeno es debido á que el viento que durante la tormenta de la noche anterior, soplara con tenacidad del S. O. habia saltado de pronto al cuadrante opuesto, y dado este resultado; por razon del cual, el vulgo, con ese peculiar acierto que tiene para poner nombres simbólicos á aquellas cosas que hieren con repetida fuerza su imaginacion, llama al viento N. E. *la escoba del Cielo.*

En fin; solo falta á la amanecida del dia 16 de Noviembre, para ser tan admirable como hermosa, y para que pudieran los hombres gozar con delicia de ella, que el termómetro Reamur en vez de marcar 4 grados bajo O. hubiese marcado 16 sobre; diferencia de altura que hubiese hecho, que, en vez de un viento seco, duro, tan helado que entumecia los miembros, y tan sutil que penetraba hasta la médula de los huesos, hubiese soplado esa tibia y perfumada brisa del mes de Abril que dilata los pulmones y vivifica la sangre en las venas. Empero, como creo á mis lectores perfectamente á cubierto del frio que reinaba en aquel entonces en Barbuñales, voy á conducirlos al monte de que hice mencion al empezar este capítulo.

Penetremos, pues, sin temor de pincharnos con las zarzas y los espinos, ni de lastimarnos los piès con las piedras, ni de cansarnos con las irregularidades y asperezas del enriscado monte á traves de sus breñas y de sus malezas. ¿Que importa que nos cierren el paso arbustos, de tallo leñoso y ramificados desde su base; las grandes raíces y los duros troncos de los *brezos*; el impenetrable tejido de las ramas de multitud de encinas achaparradas; las matas y arbustos del boj; los tallos rastreros del *espino de los tintoreros*; las agudas puntas del *espino cervino* las del *majuelo* y del *espino negro*; los tallos flexibles y espinosos de las zarzas; la multitud de *jaras estepas* cuyas flores son medicinales, y de *jaras cervales* cuyas hojas tienen la fi-

gura de corazon y cuyos tallos carecen de jugo resinoso, y, en fin, tanta variedad de arbustos, matas y plantas...? ¿Que importa que se levanten á modo de barrera delante de nosotros gruesos peñascos que parecen vinieron rodando desde la altura mas distante, ó que brotaron de la tierra, por efecto de un sacudimiento parcial ó de un cataclismo universal, á la manera que brotan los peñascos de las costas á medida que el reflujo va retirando las aguas y les deja asomar sus puntas cortadas en prismas ó en ahujas cubiertas del limo verde y glutinoso de las aguas del mar; ¿Que, tantas piedras menudas, cascajo, guijarros y cantos rodados como llenan el suelo por unos sitios, en tanto que en otros un músgo humedo y que tapiza la tierra de un verde sedoso, hace resbalar la planta del pié; ¿que, por último, la multitud de pequeños charcos formados por las filtraciones de agua que salen entre las grietas de las peñas, y los innumerables arroyuelos que serpentean en todas direcciones, unos y otros helados ahora y que son, por consiguiente, motivo de frecuentes resbalones, que darian con nosotros en tierra, á no tener por todos lados las ramas de los arbustos que nos rodean para asirnos á ellas...? Nada, absolutamente nada para nosotros, que desde nuestro cómodo y abrigado gabinete, marchamos impávidos; y, á pesar del viento helado, del intenso frio, de las zarzas y malezas, de las peñas, guijarros, musgo, escarcha y hielo que tapizan la tierra, subimos, subimos por el monte, y le rodeamos á la mitad de su ladera, para llegar, despues de atravesar densas espesuras de jarales; á una meseta situada en la vertiente que mira al Sur, donde nace un manantial de agua que dá origen á un arroyo, que se precipita en el valle despues de haber formado balsa en un llano, que mide pocas varas de periferia, en el cual han establecido su rancho los gitanos compañeros de *Alí-uchurrí.*

Llegados aqui, lo primero que llamará nuestra atencion, (puesto que vamos á asistir á una reunion de gitanos,) es el silencio, no diré imponente, pero poco natural que reina en nuestro derredor; luego, unos cuantos montones de cisco, de forma cónica, cuyo eje puede tener entre tres y cuatro piés de altura; despues, una cantidad considerable de haces de ramas, hacinados en forma de pila, fruto de la tala practicada en los ja-

13.

rales, y dispuestos evidentemente para ser reducidos á carbon menudo; y por último, unos cuantos serones y seras tiznados de negro, y seis ú ocho borricos huesudos, viejos, mohinos y súcios, echados pacientemente junto á los haces de ramas para preservarse del frio. Y entre tantas cosas allí reunidas y que guardan perfecta consonancia entre sí, no se vé un hombre, ni muger, ni chiquillo que vele sobre la hacienda allí desparramada. ¿Será por que su propio valor la guarda, ó por que sus dueños, de entónces, no le tienen el cariño de lejítimos propietarios? sea de ello lo que quiera; nosotros seguiremos adelante en direccion de una pequeña humarada que acabamos de divisar á pocos pasos de nosotros, saliendo por encima de unos jarales.

Llegados al sitio de donde sale el humo, nos detenemos delante de la irregular y ancha boca de una cueva, abierta en un accidente del terreno, que por esta parte está cortado á pico; tiene una altura como de quince pies, y está coronado por una porcion de peñascos de diferentes dimensiones, amontonados allí por un movimiento accidental del terreno; enlazados entre sí, unos clavados en la tierra, y otros, que parecen suspendidos en el aire, formando un voladizo natural sobre la entrada de la gruta, que parece mas lóbrega por efecto de la sombra que arrojan sobre ella las piedras que la sirven de umbral. Delante de ella vemos una hoguera cuyas cenizas, carbones y ramas á medio quemar atestiguan el tamaño que tuvo en un principio y las muchas horas que lleva de arder. Como es consiguiente, las capas de atmósfera que se estienden en un rádio de algunos piés del foco del calor, están templadas y nos convidan á gozar de su benéfica temperatura, á fin de desquitarnos del escesivo frio que hemos pasado; pero la curiosidad, este maldito pecado que perdió á nuestros primeros padres, nos comprometió á todo y no se ha borrado todavia del largo catálogo de nuestros vicios y defectos, nos aguijonea, y nos obliga, apesar nuestro, á penetrar dentro de la cueva donde llegamos sin ser sentidos de nadie, y de donde saldremos muy luego arrepentidos de nuestra curiosidad.

Ahora que han transcurido algunos segundos durante los cuales nuestra vista ha tenido suficiente lugar para familiarizarse con la semi-oscuridad que nos rodea, y que, por consiguiente,

divisamos ya los objetos con bastante precision, examinémoslos pues, y comencemos á darnos cuenta de ellos.

El interior de esta cueva subterránea abierta naturalmente en un terreno pedregoso, es de planta casi elíptica, con el eje mayor perpendicular á la entrada; espaciosa por su elevacion y capáz por su extension para cobijar con holgura de veinte á veinticinco personas, no tiene sin embargo más luz que la que recibe por la entrada. Su techo formado á manera de bóveda por irregulares curbaturas, presenta aquí y allí, entre grietas que serpentean, y profundas cavidades, asperezas á modo de estalactitas oscuras y groseras debidas á pedruscos de diferentes figuras y tamaños, que están incrustados en él, afectando los unos la forma de las cristalizaciones en ahujas; otros prolongaciones de apariencia cónica á manera de concreciones debidas á infiltraciones de un líquido, y los mas los vértices, aristas y lados de multitud de poliedros irregulares mas ó menos salientes de la bóveda. Sus paredes participan de la misma estructura y materia; pero ademas, vense en ellas unas como manchas amarillentas formadas por fajas sinuosas de arcilla caliza mezclada con cantos rodados; y su suelo ariscado y desigual está lleno de tierra toscamente apisonada para hacer mas cómodo el andar por tan triste estancia.

En el fondo de la cueva, y en un hueco que existe á manera de alcoba, formado por el saliente de un trozo de pared y un remetimiento inmediato de la misma en hechura de semicírculo, se mira, tendida sobre una cama de hojarásca cubierta con vestidos y mantas rayadas, una mujer jóven y bien parecida, cuya cabeza descansa sobre el brazo derecho de un mozo que está sentado junto á ella. A los pies de esta cama, pero algo desviadas, vense cuatro mugeres desgreñadas y cubiertas de harapos y guiñapos de colorines, sentadas en rueda en el suelo; una llorando y tirándose de los mechones de pelo que le caen por el pecho y espalda, y las otras hablando en voz un tanto baja, á pesar de que algunas veces recorren todos los tonos de la escala, pero jesticulando como poseidas, con cara, manos, brazos, piernas y todo su cuerpo. Mas distantes y frente á la entrada están tres hombres sentados en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la

pared; cubren sus cabezas sombreros destrozados, de forma de alcuza, por bajo de cuyas álas asoman enmarañados bucles de cabello negro; rebózanse con cuidado entre los pliegues de sus mantas, y hablando, fumando y bebiendo vasitos de aguardiente, dejan que corra el tiempo, indiferentes á los lamentos de las mujeres al frio y al sol que se levanta.

En otro rincon, y el que parece estar mas resguardado del aire helado que penetra por la abertura de la caverna, están cinco ó seis niños de ambos sexos, durmiendo apretados unos contra otros para preservarse del frio; del cual no pueden protejerlos, jirones de mantas y harapos de vestidos que les han arrojado encima como en un canasto de ropa sucia, y el rescoldo de una fogata que debió encenderse hacia algunas horas en medio de la cueva, finalmente, inmediato á la puerta de entrada está sentado sobre un pedrusco nuestro conocido el *Grajito*, que sienta encima de sus rodillas una niña de pocos años, cuyos brazos y piernas demacrados y ennegrecidos, de un color violado por efecto del frio que tiene entumecida á la desgraciada criatura asoman entre los harapos de que está medio vestida; de su fisonomia nada podemos decir pues tiene la cara cubierta con los enmarañados rizos de un cabello tan negro que azulea, y esta y la cabeza la ha metido debajo de la chaqueta del *Grajito* apoyándola contra su pecho, de donde la infeliz sacaba un poco de calor para mantener su sangre en circulacion. A los pies de Urdiales, y acurrucado en el suelo hasta hacerse un ovillo, yace inmóvil pero llorando, tiritando moqueando y sorbiendo por intérvalos el gitanuelo *Roa*, cuyos ojos no se separan del rostro del Grajito sino para dirijirse á sus bolsillos de donde espera por momentos ver manar nuevas monedas de á dos cuartos.

Es de suponer que en este centro se respira un aire tan saturado de exhalaciones mefíticas; la atmósfera está tan viciada y es tan espesa, que sin temor de parecer exajerados, podemos afirmar que se masca en lugar de aspirarse; por lo cual veo á mis lectores salir apresuradamente de él, y esperar al aire libre que yó vaya á contarles las escenas que acontecieron allí durante las primeras horas de la mañana del dia 16 de Noviembre del año 1823.

Helas aquí:

Empezaré por repetir la conversacion que tenian entre sí las mujeres, con lo que me evitaré el trabajo de narrar los sucesos que tuvieron lugar en la gruta desde la llegada á ella del Grajito, hasta el momento en que empieza la accion de este capítulo. Las cuatro mujeres que forman corro son, tres viejas: la *Picaza,* la *Olajay*, y la *Jurí*, cuyo peinado, vestido, rostro y jesticulaciones, y sobre todo, las maldiciones y execraciones que sin cesar salen de su boca, les dán un parecido fotográfico con la euménides; y una jóven, á quien llaman *Salud*, que, fuera de las arrugas de la piel, de las canas, y de los ojos ribeteados es un fiel trasunto de las tres fúrias que la acompañan. La *Picaza*, llora y se tira de las greñas; *Salud* la imita, pero solo en la primera parte de su mímica, y *Olajay* y la *Jurí* hablan y jesticulan para consolarlas.

—Por la salud de mi maire! (decia Olajay revolviendo los ojos, y encojiendo y estirando los hombros) Picaza... parecen tus ojos la fuente de los once caños de Madrid... Jesus, mujer déjalo ir con Dios... Angelitos al Cielo...!

—Comadre (esclamaba la Jurí imitando los movimientos de Olajay) lo que Dios hace está bien hecho... Anda mujer, que con eso se quita de pasar fatigas en el mundo.

Pero la Picaza sorda á este y otros consuelos de igual jaez que le prodigaban sus comadres, lloraba de lo lindo y se aporreaba sin cesar.

—Mujer (continuó Olajay) con esos zosquines que te das, suena tu cabeza como la matraca de la Giralda de Sevilla en Semana Santa... Como ella te veas, revoloteando tres dias y guardada todo el año.

—El padre Dios se lo ha llevado, comadre cómo ha de ser (dijo la Jurí procurando dar á su voz un acento insinuante). Anda comadre, Aurora y su pariente son jovenes... y no te faltarán *churumbeles* para rabiá.

—Y aluego (esclamó Olajay casi metiendo los dedos de su mano derecha por los ojos de la Picaza) como el churumbé era tan salao... que parecia una morcilla de lustre... Te veas como ella en la sarten arrimada al fuego.

—Anda entrañas de Cain (esclamó la Picaza) tu lo ajogaste...!

Así te veas montá sobre un burro paseando las calles y dando las espalda al *buchil*.

—Rejendina! ¿quien ha dicho eso? (gritó Olajay echando el cuerpo atrás, con un movimíento de simulado espanto, y estirando los brazos hacia adelante con las muñecas levantadas y los dedos mas derechos que baquetas de tambor.

—Tus malas obras, que te han de llevar a la *filimicha* (horca) condená...! (dijo la Picaza llorando siempre y tirándose del cabello) ¿No decias, malos lobos te *iajeten* (coman) que partearías á esa hija de mis entrañas mejor que una comadre...? Y lo que has hecho ha sido dejar morír ahogada la criatura.

—Esa es una *buleria* (embuste) así los cuervos te piquen los ojos ojos en vida...! yo hice lo que pude... pero la *pindorra* (muchacha) es primerisa y á mas está enferma... faltáronle las fuerzas y ahogó al churumbelito.

—Ay! tia Olajay (esclamó Salud que hasta entonces habia permanecido callada, sintiendo en su corazon de veinte años las angustias de aquella madre que yacia casi espirando en el lecho donde acababa üe dar á un tiempo la vida y la muerte á un hijo, por efecto de sü miseria y de la carencia de las cosas mas necesarias á una mujer en tan supremo momento) tia Olajay...! si V. hubiera ido por un médicó al pueblo, pué que Dios quisiera que no hubiera sucedido tal desgracia.

—Y ¿pude hacer mas, (esclamo irritada Olajay) que así que llegamos ayer á primera noche, cansáos y mujaos, de correr toa esta tierra para hacer el negocio, que ir al pueblo en busca de *Alí-uchurrí* que en tanto que su probesita mugé estaba con la fatigas él... Se vea de *digueleta* (veleta) en los *nogueles* (cuernos) de un toro y cambiando cien veces el viento cada minuto... se estaba emborrachando con ese *gachó de mislorró* que está allí sentado en la puerta con la chavala de la *Cugiñí* la *lea* (*muger publica*) en los brazos...? Y ademas ¿con qué dineros habíamos de pagar á sumé el señor médico?

—Con éste (dijo Salud sacando del seno un papel que desdobló para enseñar á las tres viejas atónitas unas aretas de oro con puntas de diamantes.

—*Ostebe* me valga! chavala ¿esas son las aretas del ama del

cura con quien hicimos el cambalache ayer mañana? (esclamó Olajay).

—Es la *chachi* (respondió Salud, con un movimiento de cabeza).

—Chavala (dijo Olajay en tono sentencioso) tú *habtllas pesqui y buenas baes para chorar.*

—*Ostebé te diñe toa su salusita*, (esclamó la *Jurí* manifestándose admirada y enternecida por el precioso talento de Salud.

Terminado este incidente las cuatro gitanas volvieron al tema obligado de su conversacion, dirigiéndose unas á otras frecuentes recriminaciones, improperios y maldiciones por la muerte del hijo que pocas horas antes habia dado á luz la desgraciada Olinda, el cual no vivió mas tienpo que el que permaneció en el seno maternal, las unas acusando la torpeza de la vieja Olajay que habia auxiliado á la madre en el crítico momento, y ésta defendiéndose á su manera entre votos amenazas é imprecaciones.

Solo Dios sabe hasta cuando hubiera durado el altercado, si de improviso uno de los chicuelos que estaban durmiendo en un rincon de la cueva, no se hubiera despertado y puesto el grito en el cielo pidiendo pan. Esta peticion, á manera de toque de guerrilla mandando romper el fuego, dió lugar á que los demás muchachos, despertándose uno tras otro, uniesen sus voces á la del primero; con lo cual sé armó tal bataola de gritos llantos y peticiones, que la gruta pareció durante algunos segundos un infierno en miniatura. Los hombres miraron á las mugeres para escitarlas á que hicieran callar las criaturas, las mugeres se levantaron de consuno y fueron hácia los niños.

—*Jiñao* te veas y el agua léjos...! arrastrao! Mal rayo vos entre por el *cocote* y vos salga por el *carcañal*...! (gritó la tia Olajay dando un traspies que la puso en peligro de caer, habiéndose pisado un harapo del vestido, lo que irritó mas y mas su carácter.

—Enmelaos y al sol os veais á las doce del dia, chavales del *bengorré*....... (esclamó la *Jurí)* y si tanto *boqui (hambre)* teneis comed el *sancarron* de Mahoma.... Mal aire os tuerza la boca como al tio *Sarbañá*, que la lleva cojía con una presilla á la oreja.

—*Soniche*, que á mi hija Olinda se le ha muerto el *Churumbé*, y el *bengui* os llevará á cabrito al infierno si no la dejais dormir; (dijo la *Picaza* haciendo visajes para contener el llanto y limpiándose los ojos con un harapo de pañuelo que llevaba al cuello.

Y en tanto que las tres viejas gritaban á la par de los chicuelos y los llenaban de maldiciones y amenazas hasta casi meterles los dedos por ojos, boca y narices, empero sin tocarlos; *Salud* habia tomado dos de aquellos niños que eran hijos suyos, y llevádolos al sitio donde tenia su hato, del cual sacó unos pedazos de pan duro que les dió diciéndole:—Ea, *soniche*, *chavales* y comerse eso hasta que venga padre, que fué á Huesca á vender un borrico pá traer de comé.

Por fin se apaciguó el tumulto, gracias á unos cuantos mendrugos de pan que fué á buscar la *Picaza* y repartió entre los chicuelos, que se arrojaron sobre ellos como los cachorros sobre una sopa de cabeza de carnero.

Restablecido el órden las mugeres volvieron á su puesto anterior, los chavales se pusieron á jugar alegremente sobre los guiñapos que les servian de cama, y los hombres volvieron á renaudar la conversacion que los ocupaba, y que se habian visto precisado á interrumpir.

—Y ¿porque no tomaste la *greñó (burra)*? pseguntó uno de los gitanos, hombre como de cuarenta años, tostado del sol, ceji-junto y pelo tan largo sobre las sienes, que le caia hasta los hombros donde se juntaba con unas descomunales y lácias patillas súcias y enmarañadas, á uno de sus compañeros gitano viejo, flaco, de pelo y patillas casi blancas, rostro arrugado y párpados inflamados y sanguinolentos, que parecia le habian rasgádo los ojos con un instrumento cortante.

—¿Poiqué? (contestó el interpelado con voz un tanto gangosa y estremadamente ronca por el esceso de las bebidas alcohólicas) porque cuando iba á desarmarrarla del pesebre, un *chuquel*, que mala *tornaciba* (*rabia)* le dé en la iglesia del pueblo, cuando estén diciendo misa, *encomenzó* á ladrá.

—Y, por qué no le diste *mulé*?

—Poique vi asomá la filosa á un gaché y tuve que guillármelas.

—Tio *Jardaní (Juan)* dijo el tercer gitano con tono pausado y llevándose la mano derecha abierta hácia la boca) ya es usté mú viejo pá *almiforero (ladron de caballerias)* deje ese oficio, y métase á jacer cisco, que pá eso y nada más sirve.

—En cueros te veas, y cosio á un árbol como S. Sebastian! (esclamó el tio Jardaní, mirando con irritacion á su interlocutor,) y tú, pá qué sirves...? dí gachó plasnó?

—Pá hacer lo que hacen los *calorró barbáles*; pá traerme un *grél (burro)* platero de cuatro años; toda la *jardí plañí (ropa blanca)* que estaba puesta en un corral á secarse; y una hogaza de *manró (pan)* que me dieron con la vuelta de una *moa* de cuatro *brujes* falso que le diñé al *gaché*.

—*Bulero...!* (*embustero*) dijo con sorna el tio Jardaní.

—*Bulero...?* (esclamó el gitano desembozándose é irgiendo el cuerpo en actitud amenazadora).

—Sí, *bulero*; porque el tio *Abejorro el Chinao*, (*cara cortada*), *Jindama* (*miedo*) y el *Chorrigaño* (*Malagueño*) que se fueron con Catana y Geltrudis á Huesca... ¿estás tú chorré...? á vender los borricos, no llevaron mas que tres y dos mulos, y los tres eran rucios... ¿Me has comprendío?

—Compadre Jardaní (dijo el gitano de las largas patillas), tú estás ido del *pesqui* y no *diquelas* tus propias *nacrés* (narices).

—El chavó (continuó el gitano, despues de una corta pausa, acompañando sus palabras con un movimiento tan fuerte de cabeza, que se dió con la barba contra la clavícula izquierda y estirando el brazo en la misma direccion) el gachó dice bien... y tú (al pronunciar el pronombre personal, el zíngaro levantó la cabeza) estás equivocao... (aquí la volvió á dejar caer; pero esta vez sobre la clavícula derecha).

—Ah, (hizo el tio Jardaní cerrando los ojos y encojiéndose de hombros) si tú lo dices, verdá será... No se jable mas del caso.

—Soniche... jablemos de otra cosa.

El gitano permaneció silencioso y pensativo durante algunos segundos durante los que le estuvieron contemplando sus dos interlocutores; luego, con mucha pausa tomó el porron del aguardiente, se lo echó á pecho, bebió un buen trago, y despues de espeler con fuerza el aliento, como para alijerar sus pulmones del fuego que los abrasaba y renovar el aire, sacó dos cigarros puros de uno

de los bolsillos de su chaleco de coco rameado; una descomunal navaja de la faltriquera; un pedazo de papel blanco que llevaba metido entre el fieltro y el terciopelo de su sombrero de alcuza; tomó los dos cigarros entre el pulgar y el índice de la mano izquierda; el papel por una punta con la estremidad de los lábios; la navaja con toda la mano derecha apoyando el dedo pulgar estendido sobre la hoja vuelto el filo hácia el cuerpo; y despues, con una majestad cómica y una prosopopeya de escenario, picó los puros, hizo un cigarrillo de papel, echó una yesca y lo encendió. La primera bocanada de humo fué á parar al rostro del tio Jardaní quien la recibió con la boca abierta, y la devolvió despues de haberla tenido guardada algunos instantes en sus pulmones; la segunda fué para el otro *cañí*, que hizo con ella la misma operacion, todo esto, por supuesto sin que saliera una sola palabra de aquellas tres bocas, hasta que el zíngaro del cigarro esclamó, despues de haber hecho una porcion de visajes para llamar la atencion hácia su persona.

—Compae Jardaní... y osté, tio Chola, sepan cuantos me oyen que tengo *jíndama*.

—*Jíndama*...! y de que? (esclamaron asombrados y á un tiempo los dos gitanos).

—Espacio, que no soy saco pá vaciarme de golpe...!

—Compare, chamulla presto, que tóo estoy espeluzao... (dijo el tio Jardaní).

—Lo diré: Ayer cuando llegamos todos aquí con las bestias, me dijo el *Chinao*: Camará *Bobis*, desde que salimos del lugá, un *gaché* mos ha venio siguiendo, y *habillelo cangelo* que sea un *bucanó* (soplon) que dé parte al *brostirdian* (alcalde). Y yo entonces les dije á toos: *chavós*, *guillarse* pá Huesca ahora mesmo... Vendé esas *graes* (bestias) por lo que os den, y venirse pronto pá levantá el campo, que ya esto me huele á *estarivé* (cárcel).

—En verdá que hay sobrada razon pá pensarlo despacio (dijo el tio Chola).

—No hay mas que pensar (respondió *Bobis*) sino que cuando vuelvan los que fueron á Huesca levantemos el campo y vayamos á otra parte á buscar *curripen* (trabajo).

—Compadre (dijo el tio Jardaní) ¿y que haremos con esas on-

ce cargas de cisco que tenemos ya listas pá cuando vengan Bruno, el tuerto de Benicarló y el tio Pablo Ferrari?

—Que? (esclamó con tal entonacion Bobis, que sus dos compañeros se hicieron todo orejas para oir la sentencia que esperaban saliera desus lábios); y luego (concluyó con un aplomo inimitable) dejarlas ahí...

El tio Jardaní meneó la cabeza en señal de poca conformidad; pues no le parecía resolucion juiciosa el abandonar á la ventura el fruto del trabajo de toda la banda; así que despues de un rato de silencio, esclamócon exaltacion como herido por una súbita idea:

—Compadre, todo se andará... levantaremos el campo y no perderemos el cisco.

—Como? (preguntó Bobis).

—Dejándolo encargado á ese *gachó barbá* que está ahí (dijo Jardaní señalando hacia el Grajito, que continuaba al parecer tranquilo sentado en la entrada de la cueva y con la vista fija en lo que pudiera venir de fuera.

—En verdad, compadre (respondió Bobis sonriendo) que ha *diñao* gorpe en bola... El *gachó* es un *cañí é misló*; yo *chímullaré* con él pa que quede to arreglao... Ande el porron por su *saluíla*, ya que él mos lo ha *diñao*.

El porron anduvo de mano en mano hasta que se vió vacío; despues, los cigarros y todo quedó en silencio. En silencio digo mal; pues ni los juegos y risotadas de los muchachos cesaron un momento, ni las lágrimas de la Picaza y las maldiciones de Olajay sufrieron interrupcion.

De allí á poco, el Grajito se levantó de su asiento y teniendo siempre entre sus brazos á la niña de quien anteriormente hicimos mencion, se dirigió á paso lento hacia el grupo de las gitanas, en ocasion que Olajay estaba diciendo á Salud.

—Te saquen de la cama como á los caracoles de la cáscara, á alfilerazos... ¿quien te ha dicho *araquerañí* (habladora) que yo no quiero ir en busca de un señó médico... Mas valiera si tanta era la urgencia, que tú lo hubieras ido á buscar, en lugar de estarte mas de dos horas *chimullando* con el Grajito... ¿Qué *mengues* tenias tú que contarle...? Anda... mala *rumí* que si te *dicara* tu pariente, te *chinaria la fila* (cortaría la cara); pero tú

dijistes; no hay *clises* que *diquen* de Huesca aquí.

Tia Olajay! (esclamó irritada Salud) si no fuera por aquella próbe que está en la cama, le arrancaría esa lengua de vívora..! Pero no faltará ocasion Dios, mediante. Y entre tanto, pá que no vuelva á ofender á ninguna mujer honrada, sepa que lo que hablamos les dos, fué sobre esa infeliz chavala, que ustedes todos malas entrañas que son tratan lo mismito que á un perro... Como si la probecita tuviera la culpa de no conocer padre...

En aquel momento el Grajito que pasaba junto á las gitanas, oyó las últimas palabras de Salud, y conociendo á quien aludian se detuvo, y la dijo, depositando al mismo tiempo sobre su regazo la niña que llevaba en brazos.

—Salud tienes buen *calochin* (corazon) Dios te lo premiará... Dale tu calorsita á esta chavala, en tanto que yo voi á consolar á esos pobres.

Dicho esto, se llegó á la cama donde estaba acostada Olinda.

La claridad del dia que alumbra ya el interior de la cueva, puso de manifiesto á los ojos de Urdiales, hasta los mas tristes detalles de uno de esos cuadros profundamente desconsoladores que suele presentar una familia desgraciada é indigente. Sobre un miserable lecho formado con hojas secas y retamas, y envuelta entre harapos y jirones de mantas, mirábase una muger jóven y hermosa todavia, á pesar del cerco amoratado que rodeaba sus ojos entre abiertos y velados por largas y rizadas pestañas de un negro aterciopelado, del. desórden de su cabello negro tambien, de la lividéz cadavérica de su frente, mejillas y torneado cuello, y de la fria y casi repugnante miseria que la rodeaba. En el seno de esta infeliz no se advierte la menor ondulacion; de sus entre abiertos y amarillentos lábios no se escapa el menor suspiro, ni de sus ojos brota una mirada, que revele la vida ni el sentimiento físico... parece la estátua yacente del dolor labrada con marfil que ha perdido la pureza de su color. Sosteniendo con su brazo derecho esta cabeza á quien el sufrimiento y la miseria no han podido despojar completamente de los rasgos característicos de su belleza, se mira un hombre joven, cuya fisonomia, que adorna los suaves contornos de la mujer, y la enérgica espresion de la raza varonil africana, refleja tambien las acerbas punzadas del sufrimiento; em-

pero del sufrimiento que se dá cuenta de su propia existencia: mientras la de la muger, espresa la del dolor que vá pronto á cesar con el descanso eterno. Y entre estos dos desventurados seres, está el cadáver de un niño recien nacido...

Los ojos de la madre, pues solo una madre pudiera tener en su lecho y á su lado estos tristes despojos de la muerte, no se fijan en él; porque indudablemente, han perdido la facultad de ver, pero los del padre que conservan este funesto privilegio, no se apartan de su semblante.

—Valor, Ali-uchurrí (esclamó el Grajito dejando correr por sus mejillas dos gruesas lágrimas que aliviaron su corazon) menester es que lo tengas para cuidar de tu muger, á quien solo tú puedes dar consuelo.

Ali-uchurrí, dejó escapar un hondo suspiro, y movió la cabeza con desesperada resignacion. Fijó su mirada húmeda y febril en el rostro del generoso zíngaro; luego en su hijo y en su muger, y volvió á mirar á su hermano con una espresion que podia traducirse en este concepto: Mira y siente como yó, y despues tendrás derechos para aconsejarme.

El Grajito hubo de comprenderlo así, pues esclamó con acento conmovido:

—Llora, pobre hermano, llora; que tambien las lágrimas son un consuelo... Yo voy á ver si llega el muchacho Vargas con el cirujano de *Barbuñales* que ya tarda mas de lo regular.

Urdiales echó á andar con paso lento para salir de la gruta: al pasar junto al corro de las gitanas, dirijió una mirada agradecida á Salud, y otra cariñosa á la niña que aquella tenia en los brazos.

Poco mas de un cuarto de hora habria trascurrido desde que el panillero de Barbuñales había dejado el triste albergue de la cuadrilla gitana, cuando se le vió regresar á todo correr, y penetrar en la caverna con el cabello en desórden, el rostro descompuesto, y los ojos inflamados por el miedo y el terror, que alternativamente se disputaban en aquel instante el imperio de su corazon. Llegado que hubo en medio de la estancia, esclamó con voz ahogada por la fatiga producida por la veloz carrera que trajera:

—Aquí los hombres de corazon...! Que vienen los *busnís* pa-

ra matarnos, armados con palos, hachas y cuchillos.

Un grito general de espanto, y luego una horrible confusion de voces en que prorrumpieron á la par hombres, mugeres y chiquillos, fué la contestacion que obtuvo; despues todos aquellos séres de quienes se habia apoderado el vértigo del miedo dieron en correr como dementes por el reducido espacio donde estaban aprisionados; los niños y las mugeres dando alaridos y gritos desentonados, y los gitanos en direccion de la entrada para encomendar su salvacion á las breñas y jarales del monte. Pero al llegar á la que debia ser para ellos el puerto de salvacion, el tio Jardaní, Chola y Robis retrocedieron algunos pasos, y luego cayeron en tierra exalando gritos lastimeros, bajo un nublado de golpes que les dieron unos cuantos hombres del pais que penetraron en la caverna blandiendo palos y hachas.

Mis lectores habrán comprendido por la narracion que llevamos hecha, que el robo de las caballerias y otros objetos, verificado por los gitanos en su escursion en los caserios y lugares de la vecindad, debió llenar de saña no solo á las víctimas de tales deprecaciones, sino que tambien á sus vecinos que se decian amagados de iguales pérdidas. Si á esto se agrega, que por una casualidad fatal, con el robo coincidió la tormenta, que descargó un fuerte pedrisco en algunos parages: la muerte inesperada de dos niños enfermos, en una aldea en ocasion que la tia Olajay andaba por las calles vomitando maldiciones sobre todos los chicos, por que una caterva de pilluelos la seguian entre gritos y silvidos, y finalmente, el incendio de un pajar donde los zíngaros se habian hospedado, con permiso del propietario, se comprenderá fácilmente el resorte que empujaba á los aldeanos y campesínos que penetraron en el albergue de los egipcios. Empero si además á este sentimiento se agrega el odio y menosprecio que generalmente se profesa en los pueblos pequeños á los gitanos vagabundos, raza de ladrones sin vergüenza y depredadores incorrejibles; la idea que en ellos se tiene de su cobardía y humildad de hiena; las preocupaciones, el fanatismo y la aversion con que son mirados, y desgraciadamente, la conducta que algunos de estos, especies de parias de nuestra sociedad, observan con la cual justifican hasta cierto punto, las

preocupaciones de un vulgo ignorante, no deberá sorprender que el espíritu que animaba á la turba que entró en la cueva fuera el de tomarse la justicia por su mano.

Dijimos anteriormente, que los tres gitanos á quienes se habia confiado, por la cuadrilla que marchara á Huesca á vender el fruto de su merodero, la custodia del rancho de la banda, cayeron al querer huir, bajo un nublado de golpes. Arrollado este primer obstáculo, los acometedores entraron gritando y votando como furiosos; y en tanto que los unos agarraban con brutalidad á los niños y á mujeres, á quienes el espanto habian hecho enmudecer, los otros levantaban á golpes los mal parados gitanos, y unos y otros, con gritos descompasados y armando una bataola infernal que no dejaba lugar á las preguntas ni respuestas, exijian:

Unos sus burros; otros sus mulas; estos las ropas de sus mugeres; aquellos la vida de sus hijos; estotros las alhajas y objetos de que se habian visto despojados; en fin cada cual pedia todo cuanto habia echado de menos en su casa y fuera de ella, desde, digo mal, aun antes del dia en que apareció la cuadrilla de gitanos en la comarca, hasta la fecha.

Los gitanos negaban, jurando por sus difuntos y por todos los santos de la corte celestial; las gitanas algo mas repuestas unian á ellos sus lamentos y protestas fingidas; los chiquillos lloraban en un tono parecido al chirrido de las carretas gallegas, y los aldeanos menudeaban los golpes votos y ternos; todo esto sin tregua ni descanso, sin que apareciera el menor rayo de sol en medio de aquel denso nublado de lamentos é imprecaciones cuando una voz que gritó: Alto á la justicia! y una larga vara negra y enarbolada puso término á la bataola. Un hombre vestido con una larga capa parda y un sombrero chambergo se adelantó hasta en medio y con voz y gesto de autoridad, esclamó:

—Chiquios; basta, pues...! Amarrarlos ahí y vamos pá el lugar... No haiga lastima de ellos; que á mí me han robao los espejuelos, y á mi parienta la tabaquera de plata que le dió el padre que predicó la cuaresma de ogaño en el pueblo...!

Las gitanas se arrojaron á los pies del alcalde gritando con tanto ímpetu, que en nada estuvo que la autoridad no vinie-

se al suelo; empero, gracias á lo robusto de sus piernas, y á un vigoroso puntapié que arrimó á la tia Olajay, movimiento que le hizo recobrar la perpendícula que le hicieran perder, pudo tenerse en equilibrio despues de algunas oscilaciones, y esclamar con voz irritada.

—Silencio, y obedezcan...! Vamos andando pá el lugá, y déjense de arrumacos y marruyerias ó las mando enmelar y emplumar á todas...!

Poco caso hicieron las mugeres de tan terrible amenaza, atentas solo á pedir la libertad de sus parientes, y ya comenzaban á poner de nuevo en aprieto la alcaldesca autoridad, cuando, afortunadamente, llegaron los aldeanos en su auxilio despues de dejar bien amarrados á los gitanos. Con media docena de empujones y otros tantos ternos obligaron á las gitanas á ponerse en pié; y con ellas y los muchachos hicieron un monton que empujaron brutalmente hácia la puerta.

—Vamos andando, pues (dijo el alcalde levantando la vara en alto).

Dicho esto, la autoridad se volvió para cerciorarse que ninguno quedaba libre de su mano, y vió, con sorpresa, en la alcoba de la gruta, á un hombre, en pié, que tenía los brazos cruzados y la cabeza caida sobre el pecho.

¿Qué hace hay ese pillastre, pues...? (esclamó dando con el canto de la vara en el suelo).

—Es el Grajito, el panillero de Barbuñales, (respondieron algunos aldeanos).

—Pero ¿qué hace hay (insistió el alcalde).

—Está teniendo cuenta con una recien paria y su chiquitin recien nacido que se le ha muerto (respondío uno de los aldeanos).

—Recien paria...? (dijo el alcalde deponiendo su ceño adusto) Mira, chiquio, Ánton (continuó dirijiéndose á uno de los mozos, que al oirse nombrar se aproximó á la autoridad) vete delante pá el lugá, y dile á mi parienta, que le eche á la olla una gallina; y cuando esté cocida, se la traerás de mi parte á esa pobre... que lo cortés no está reñido con lo valiente, pues... Luego, volviendose hácia el panillero, le dijo: A tí, Grajito, el estar

haciendo una obra de caridad te libra de ir amarrado con esos ladrones... Chiquio, has bien y no sepas á quien.

Esto diciendo, el alcalde echó á andar; y puesto á la cabeza de los aldeanos, que se formaron en dos hileras cojiendo en medio á los presos, emprendieron todos el camino entre los lamentos de las gitanas y el silencio cobarde de los egipcios.

Dos palabras bastarán para explicar la estraña conducta de aquellos aldeanos justamente irritados, y lo que es mas, en el caso de satisfacer impunemente los sentimientos de odio y de venganza que abrigaban contra los gitanos. En medio del desórden de la acometida, dos bombres se habian dirigido á la alcoba donde yacia Olinda; el Grajito quiso poner mano á su cuchillo para cerrarles el paso; mas halló que lo habia perdido, sin duda al venir huyendo pocos momentos antes para refugiarse en la gruta. Casualmente los dos aldeanos le conocian por haber frecuentado á menudo su taberna, y él á ellos como es consiguiente; asi que los tres depusieron el ademan hostil, y en pocas palabras que cambiaron se tranquilizaron recíprocamente; y ellos prometieron no hacer daño alguno á los desgraciados que estaban bajo la custodia de Urdiales. El pueblo es feroz, sanguinario en sus venganzas, su contínuo estado de sumision le hace implacable cuando llega alguna vez ser el mas fuerte; pero tambien es humano, y practica la caridad con espansion y con alegría por lo mismo que conoce, por esperiencia propia, la intensidad de los dolores y las privaciones que acarrea la miseria. Por esto, en cuando circuló entre todos los hombres allí reunidos para cometer un acto de cruel justicia, la triste situacion de aquel infeliz matrimonio que quedaba bajo la custodia del Grajito, persona conocida por muchos de entre ellos, hicieron todos firme propósito de no turbar la agonía de aquellos padres sin ventura. Sin embargo, los desgraciados que milagrosamente habian salvado de los golpes y de las manos del alcalde, tenian todavía que apurar el cáliz de la amargura.

Pocos momentos despues de haber abandonado los presos y la escolta aquel triste lugar, y cuando el Gragito se disponia á dirijir nuevas y estériles palabras de consuelo á su hermano Aliuchurrí, presentóse de improviso en la entrada de la gruta Cosme Tajo con una navaja abierta en la mano.

El Grajito, echó mano al cinto, y al verse sin el cuchillo lanzó un grito intraducible de rabia y desesperacion; sin embargo, escitado por la inquietud que se habia apoderado de su alma, dió un salto hácia adelante y con voz estridente y mirada inflamada esclamó:

—Cosme Tajo aquí...! Que quieres...?

—Lo que hace mucho tiempo estoy buscando... muchio... estás... (respondió Tajo pronunciando lentamente las palabras, haciendo oscilar su cuerpo y alargando el brazo derecho armado con el cuchillo).

—Sal fuera (le gritó el Grajito, cuyas mandíbulas se entre chocaban á impulsos de la sobrescitacion nerviosa que agitaba todo su cuerpo.

—No me dá gana...! (replicó el pegujalero dando un paso corto hácia adelante, y quedándose inmóvil y enhiesto como una columna de basalto en medio de la cueva). Pensabas tú, ladron de caminos, asesino por atrás, que se quearia eso asina... lo del porron que me tiraste, á la cara y lo de haber hecho que fuera á servir al rey....? Mira que te las juré por la Cámara Angelical de nuestra Señora del Pilar (y esto diciendo levantaba un dedo al cielo como para tomarle por testigo de su juramento) y lo he de cumplir mas que fuera al pié de la horca...!

—Sal fuera asesino cobarde... (repitió el Grajito moviendo su cuerpo de un lado á otro como el oso blanco del norte cuando está enjaulado.

—Que no me dá la real gana.....! ¿Piensas tú que esta hora que hace tanto tiempo estoy acechando, la voy á perder, ladron licenciao? Y que he venio tras de ti anoche cuando salistes de Barbuñales, y que te estoy aguardando toa la mañana pá dejarte ir ahora que te tengo en las manos? Pues piensas mal, revoto á brios....! y ahora lo verás perro.....!

Tajo cerró los ojos y se precipitó con el brazo levantado blandiendo su cuchillo sobre Urdiales; quien mas ligero é impulsado por el instinto de conversacion dió un descomunal salto atrás que le puso fuera de los alcances del puñal de su furioso enemigo; empero no bien sentára los pies en el suelo, cuando vió delante de si, y bajo el cuchillo del pegujalero, á *Ati-uchurri*, que con las manos juntas y las rodillas dobladas pedia en tono

suplicante por su vida. Verle, arrojarse para salvarle, olvidado de su propio peligro, fué obra de un segundo para el Grajito. Empero el decreto de su suerte estaba ya firmado y tenía que cumplirse. Antes que los brazos de Urdiales hubiesen separado al mísero *Uchurrí*, el puñal de Tajo se habia sepultado en su pecho.

El desventurado zíngaro lanzó un grito de agonía y murmuró entre borbotones de sangre.

—Me ha muerto.... Ay!..... Y llevándose ambas manos sobre el corazon, retrocedió vecilando y fué á caer sobre el lecho de Olinda.

Al sentir empapado su mano y brazo por el chorro de sangre caliente que brotó de la herida de la víctima, el pegujalero abrió desmesuradamente los ojos; y viendo delante de sí, y como una acusacion de su propia conciencia, derecho, y con todas las señales de la existencia, á Ramon Urdiales, cuyas miradas y actitud le arrojaban á la faz su cobarde atentado, retrocedió espantado, lívido y con los cabellos levantados sobre la frente.

—¡Miserable asesino! (le gritó el Grajito separándose á un lado para mostrarle el interior de la alcoba) mira lo que has hecho....! La sangre de ese inocente caerá sobre tu cabeza....! (y esto diciendo señalaba con el dedo tres cadáveres amontonados sobre su lecho de hojarasca.

El sonido de esta voz y la vista del espectáculo que se presentó ante sus ojos, disiparon el espanto que se habia apoderado de Cosme Tajo, cuyo sobresalto habia tomado orígen. no en el remordimiento del crímen en que acababa de cometer, sino en la idea superticiosa que se apoderó de su espíritu creyendo que Urdiales habia muerto bajo su puñal y resucitado inmediatamente para acusarle ante Dios y los hombres. Recobrado, pues, de su terror, pero no aplacado con la sangre ya vertida; y mas bien, como el borracho que siente aumentar su sed á medida que se aproxima de la saciedad, ansiando por derramar mas, esclamó con voz enronquecida:

—Perdido por uno perdido por ciento...! Ahora á tí, perro ladron....!

Y se precipitó con tal violencia sobre el Grajito, que este, sin

haber tenido tiempo para retroceder, sintió la robusta mano del pegujalero que el asia como una tenaza de hierro por el cuello. Urdiales quiso gritar; pero los dedos de su enemigo enroscados en su garganta como los anillos de una culebra ahogaron su voz en el pecho. Entonces, sintió un escalofrio circular por todo su cuerpo, y tuvo miedo de morir; por que vió la muerte tan cerca como enevitable... Cerró los ojos, y se abandonó sin hacer resistencia á su suerte.

Sin embargo, en lugar de sentir, como esperaba, la hoja del puñal de Tajo penetrar en sus entrañas, oyó á este lanzar un grito y notó que por grados se debilitaba la presion de los dedos en su garganta; abrió los ojos confiado en un mllagro que le salvara la vida, y vió á su enemigo con la cara vuelta á la espalda y luchando por desasir su mano derecha de entre otras manos que se la tenian sujeta.

Urdiales movido por el instinto de conservacion, al mismo tiempo que por la esperanza que acababa de concebir, bizo un violento esfuerzo que obligó al pegujalero á soltarle, y se arrojó sobre el brazo de este; le estrechó la muñeca entre sus nerviosos dedos y alentado por la espresion de dos ojos negros y relucientes que veia brillar sobre el dorso de la mano de Tajo, consiguió arrebatarle el cuchillo.

Todo esto pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Dueño el gitano de la situacion, su espíritu se serenó instantáneamente, y pudo darse cuenta de la casualidad providencial á que debió la vida.

La gitanilla á quien la noche anterior habia él cuidado con la solicitud de un padre, logró esconderse en la alcoba de Olinda desde el principio de la acometida de los aldeanos en la cueva. Allí permaneció todo el tiempo que duró el drama que acabamos de bosquejar, hasta el momento en que Cosme Tajo, despues de haber dado muerte á *Alí-uchurrí*, se disponia á matar al Grajito; entonces, la niña olvidando sus temores y la debilidad de sus pocos años, movida por la gratitud, salió de su escondite y se deslizó á espaldas del pegujalero, sobre cuya mano se arrojó como un gato, en el momento en que armada del cuchillo iba á dar el golpe fatal al Grajito; y no solo la detuvo, sino que habiendo clavado en ella sus dientes con una fuerza sobrenatural, obli-

gó al asesino á soltar el arma al primer esfuerzo que hizo el zíngaro para ayudarla en su propósito.

Cosme Tajo, viéndose á la merced del hombre á quien intentára matar villanamente, no dió, sin embargo, muestra de terror; y á pesar de que su imaginacion le decia que no podia esperar merced de su irritado enemigo, levantó la cabeza que en un primer momento de imprescindible miedo habia inclinado sobre el pecho, para mirar cara á cara á Urdiales. La mirada del pegujalero era orgullosa, y á falta de verdadero valor para sostenerla, tenia el fanatismo de la preocupacion; Cosme Tajo profesaba demasiado desprecio al gitano por lo que era y por lo que habia sido, para humillarse ante él ni aun en el supremo momento de ir á perder la vida.

El Grajito no lo comprendió así; ni aunque lo hubiera comprendido, este nuevo ultraje no le hubiera hecho variar el propósito que instantáneamente habia formado; y con arreglo al cual, esclamó:

—Cosme Tajo, tu vida es mia, pudiera quitártela puesto que no haria mas que defenderme..... pero, vete, miserable...! vete con el remordimiento de haber matado á un inocente, que el castigo lo llevas contigo.... Su sangre caerá sobre tu cabeza...! Cosme Tajo, el que á cuchillo mata, á cuchillo muere....! Yo te he de verte colgado de la horca!

—Allí te aguardo... (murmuró el pegujalero estremeciéndose).

—Vete, fiera...! (gritó Urdiales dando un paso hácia adelante).

Cosme Tajo salió de la cueva, tambaleándose como un beodo.

Cuando Urdiales quedó solo, se dirijió hácia la alcoba con paso leve, cual si temiera despertar el sueño eterno en que yacian los que la ocupaban. Levantó entre sus brazos el frio cadáver de *Alí-uchurrí*, y vió con indecible angustia, que Olinda habia espirado tambien víctima de las funestas consecuencias de un parto desgraciado, y del terrible golpe que recibiera cuando el cuerpo de su marido se desplomó muerto sobre ella. Puso los dos cadáveres juntos y el del recien nacido en medio de ellos, y salió de aquel sepulcro, con los ojos arrasados en lágrimas y llevando de la mano á la gitanilla.

Cuando estuvo fuera, se detuvo un momento y preguntó á la

niña que lloraba tambien y se apretaba con terror contra él:

—Como te llamas?

—*Aurora la Cugiñí* (respondió ella con voz dulce y timbrada).

—Te debo la vida, (continuó Urdiales con creciente emocion) quiero, pues, y debo servirte de padre mientras Dios me dé vida.

APITULO V.

Aurora,

Estamos á fines de Agosto de 1827. Tres años y nueve meses y medio han trascurrido desde que tuvieron lugar los tristes acontecimientos de que llevamos hecha memoria en el capítulo precedente, y de los cuales apenas queda recuerdo en el pueblo de Barbuñales, donde se instruyeron las primeras diligencias judiciales por el Fiel de fechos, en averiguacion de la muerte de *Alí-uchurrí*; pues al alcalde de dicha localidad fué á quien el Grajito refirió lo acaecido, á fin de que se diera sepultura cristiana á los tres cadáveres que dejaba en la cueva del monte. El alcalde mandó abrir un sumario, por que siendo evidente la violenta dada al gefe de tan desventurada familia, no podia la muerte justicia humana dejar impune al autor, ó autores, del crímen.

En un principio, las sospechas del pueblo recayeron sobre Ramon Urdiales; mas esto solo fué una tempestad de verano, que pasó muy luego sin dejar rastro en pos de sí; pues cuando se supo que la informacion sumaria ne arrojaba nada en contra de

él, y sobre todo, se tuvieron detalles circunstanciados de la acometida de los aldeanos de un pueblo vecino á los gitanos á quienes maltrataron cruelmente, se creyó que, favorecido por el desórden y confusion alguno pudo cometer el atendado sin ser visto.

Una cosa, sin embargo, dejó en suspenso el juicio definitivo de la opinion pública, y produjo un cierto runrun en el pueblo, que no se habia apagado del todo, á pesar del tiempo trascurrido. Y esta cosa fué, que á pocos pasos de la entrada de la cueva se habia encontrado por el alcalde cuando fué á practicar las primeras diligencias, el cuchillo del Grajito; y dentro de ella otro, que uno de los alguaciles del Ayuntamiento reconoció por ser de Cosme Tajo, manchado de sangre; el cual cuchillo cotejado con la herida abierta en el pecho del gitano, mostraba el ancho de su hoja igual á la dilatacion de la puñalada; mientras que el de Urdiales era bastante mas estrecho y estaba perfectamente limpio. A esta y otras pruebas que el Fiel de fechos (especie de secretario y auxiliar de la justicia, como escribano del Ayuntamiento de Barbuñales) recojió con diligente actividad, se debió la declaracion de inocencia del Grajito y las sospechas que recayeron sobre el pegujalero. Empero como este indicio no constituia por sí solo presuncion violenta, habiendo probado el Tajo con testigos comprados, que dos o tres dias antes del suceso, habia perdido la mencionada navaja, la cual pudo muy bien ser hallada por algun vecino de los pueblos inmediatos; otro sí, como el pegujalero era hijo del pueblo y los gitanos, *gitanos*; otro sí, como nadie pidió ni tomó la demanda por los muertos, y finalmente como no habia sospechas fundadas en indicios y conjeturas legales, Cosme Tajo fué tambíen declarado inocente por la justicia de Barbuñales, aunque no por la conciencia pública que dudaba en absolverle ó condenarle definitivamente, tanto por la circusntancia del hallazgo de su navaja en la cueva, cuanto por el cambio moral y físico que el acusado habia esperimentado desde el dia en que se cometió el asesinato.

Empero, lo repetimos, á la fecha conque encabezamos este capítulo, apenas quedan en el lugar recuerdos de aquellos tristes acontecimientos.

La panilla de Ramon Urdiales ha esperimentado una meta-

mórfosis estraordinaria; no porque su local se haya mejorado ni su pobre moviliario sufrido un aumento ni mejoría notable, sino porque reina en ella un aspecto de juventud y aseo tal, y que contrasta de tal manera con su descuido y suciedad pasada, que comparando épocas, la presente aparece completamente variada y nueva. Las paredes están enlucidas con yeso; las puertas y ventanas soberbiamente pintadas con almazaron cuyo rojo deja con tantos ojos abiertos á los pijorros cuando las contemplan; el mostrador, mesas y bancos fregados con jabon, estropajo y arena estaban escandalizados de su propia blancura; la pipería, botijas y vasos, limpios y puestos en un órden de batalla como nunca habian conocido, y por último, en la pared y encima de un sillon de brazos y baqueta con grandes clavos de laton (desecho probablemente de algun convento), una estampa, gravada en madera, al parecer con un formon, que representaba la Vírgeu del Pilar de Zaragoza, á cuyo pie han fijado una palomilla, pintada tambien de almazaron, que sostiene dos vasos llenos de flores cuya fragancia se derramó en la panilla..... Para que la transformacion sea mas estraordinaria, sentado sobre el sillon que acabamos de mencionar, vése al Grajito; pero nó al Grajito de 1812 ó 1823, sino á un Grajito bastante mas grueso; mas blanco, sin duda por efecto de lo que ha atirantado su piel; de cara bondadosa y mirada tranquila; manos y abdómen ligeramente abultado; ceñido á la cabeza un pañuelo de seda encarnado, y vestido con el aseo y á la manera de los labradores acomodados del pais. Los parroquianos que entran le saludan con cierta deferencia, y tan pagados se encuentran cuando él les dirije en tono amistoso la palabra preguntándoles por su salud ó sus negocios, que nadie diria que era gitano quien se espresaba con tales aires de superioridad.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué hada bienhechora con su varita májica ha trocado la súcia y repugnante tasca del zíngaro llamado el Grajito, en la aseada casa de bebidas del tio Ramon Urdiales?

Las doce van á dar, esperemos un poco que entonces se nos revelará el enigma.

Ya hemos dicho que estamos á fines de Agosto de 1827. Cataluña está en completa insurreccion; las chispas del incendio sal-

16

tan hasta Aragon y Alava, y acaba de instalarse en Manresa una especie de gobierno compuesto de algunos frailes bajo la presidencia de Caragol, que se titula *Junta suprema de Cataluña*. Estos rebeldes, para quienes Fernando VII, no era bastante reaccionario, pretendian á nombre del trono y de la religion y llamándose á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y celosos católicos, arrebatar el cetro de manos del monarca, ya que no podian obligarle á encender de nuevo las hogueras de la Inquisicion, y á sembrar de cadalsos el suelo todo de la Monarquía. Como es consiguiente, este partido que se prnsentó numeroso y en actitud amenazadora, se componia de lo mas cruel, intolerante y fanático del partido realista puro, y en cada ciudad, pueblo ó aldea tenia representantes que á nombre de la religion conspiraban contra un rey legítimo y de derecho divino. Entre estos representantes, los habia hombres de buena fé, como el alcalde de Barbuñales, que creyendo al rey rodeado de francmasones disfrazados veian en un contínuo peligro á la religion, y celoso católico se esforzaba por su parte en conjurar la tormenta con todos los medios de que podia disponer; así que pareciéndole poco el tener la iglesia del pueblo casi siempre llena de fieles á quienes por medios mas ó menos directos obligaba á concurrir; los rosarios diarios por las calles, y las frecuentes y solemnes funciones de iglesia, habia fijado un bando mandando, bajo multa y aun prision, que al toque de plegaria y al de oraciones, todos los fieles no solo se descubriesen y parasen en la calle para hacer oracion, sino que saliesen de las tabernas los que en ellas se encontrasen, para rezar segun manda nuestra santa madre la Iglesia.

Entretenidos con esta pequeña digresion, hemos dejado pasar sin sentir el tiempo; y hete yá que la campana del pueblo anuncia la plegaria. Al primer badajazo, los pocos asistentes á la panilla de Urdiales salen en direccion de la plaza llevando los sombreros en las manos. El local, pues, ha quedado desocupado, y Ramon Urdiales hace señas al muchacho que le ayuda en el despacho pora que limpie las mesas y ponga en órden todo lo que la irritabilidad de los bebedores deja en completa confusion.

Urdiales permanecia en su asiento dando sus órdenes al mozo,

con esos humos de autoridad de que nunca pueden desprenderse los que viven en servidumbre si hallan ocasion de mandar, cuando un breve ruido que se sintió en la estrecha escalera que conducia al piso alto, le hizo volver la cabeza en aquella direccion, y quedarse con la boca abierta y por pronunciar la última sílaba de la palabra que en aquel momento dirigia al muchacho. A medida que el ruido se aproximaba haciendo crujir los peldaños de la escalera hácia la puerta, la fisonomía de Urdiales parecia dilatarse á impulsos de una secreta alegría, y si nos hubiese sido posible ponerle la mano sobre el corazon, de seguro lo hubiésemos sentido latir con mayor fuerza que la ordinaria.

Por fin, la puerta se abrió, y apareció bajo su dintel la hada que alegraba aquella antes triste mansion.

Figúrense mis lectores un niña, mas bien diré una jóven de mediana estatura, esbelta pero bien proporcionada; vestida á la usanza del pais, con zapato de moño; medias azules; zagalejo corto del mismo color; pañuelo de talle, de percal rameado; collar de coral con un crucifijo de plata, y todo puesto con una gracia y un desgaire tal, que no siendo natural en las mozas del pueblo, revelaba un orígen distinto. Para que la diferencia fuese mas notable, en lugar del pelo recojido hácia atras y del moño ó castaña, tocado obligado de las aldeanas aragonesas, la jóven lleva grandes rizos sobre las sienes, una peineta alta de concha, y profusion de flores hábilmente repartidas en su peinado. Este conjunto, y cada una de sus partes, no pasaba de ser una cosa mas ó menos frecuente en Barbuñales y en todo el Aragon alto y bajo; pero lo que era una cosa especial, única, *sui generis* era la gracia y belleza del rostro de aquella criatura. A riesgo de parecer exagerados; pero qué digo, exagerado....! mas bien quedarme corto! y con peligro de pasar por poeta soporíferamente erótico voy á tratar de hacer su retrato con cuatro pinceladas, que ciertamente carecerán de verdad y entonacion, como carecen en general todas las copias de las obras acabadas de la naturaleza.

Cara oval; frente sobre la que el nacimiento del cabello, de un hermoso negro que azulea, describe un feston con sus puntas entrantes y salientes; ojos rasgados negros tambien, pero de

un negro aterciopelado; entreabiertos, húmedos, velados por largas pestañas y coronados por cejas finas y perfectamente arqueadas; nariz griega; boca pequeña, y lábios rojos un poco gruesos; dos hoyos muy pronunciados en las mejillas cuando se rie, y uno de manifiesto constantemente en la barba. Este pelo, cejas, ojos, nariz y boca, se destaca sobre un moreno claro que produce en la frente de la jóven un reflejo dorado, y en sus mejillas el amarillo sonrosado y aterciopelado del melocoton. Y, sobre este conjunto de rasgos típicos, perfectamente armonizados entre sí, el soplo de la divinidad; es decir la espresion, el movimiento, la vida; en fin, *el no sé qué*, que pudiendo haber hecho de su rostro, una belleza de mármol, insulsa y buena solo para proponerla como modelo, hizo, una belleza picante, seductora y de irresistible atractivo.

Si á mis lectores les parece el retrato poco concluido y perfecto , pueden agregarle, sin temor, todas cuantas perfecciones imaginen; seguros de que no desdecirá del original que hemos dejado en la puerta de la escalera de la panilla, mirando con hechicera sonrisa á Ramon Urdiales, que á su vez le contempla con un intraducible gesto de cariñosa alegría.

Despues de un momento de mútua y muda contemplacion, la jóven esclamó, con voz argentina y acento meridional, que contrastaba con la nerviosa y ruda espresion del lenguaje que se hablaba en el pais:

—Tiíto Ramon; ¿no subes un ratito con tu *chiquíya*, ahora que te han dejado solo? .

Urdiales no se hizo repetir el ruego hecho en tono de pregunta, y se dirigió hácia la escalera, cuyo segundo peldaño no habia aun pisado, cuando la jóven, ágil como una corza estaba ya en el último.

—Tiíto Ramon, (prosiguió estando ambos sentados inmediatos á la ventana que daba sobre la plaza) ¿sabes lo que he visto hoy pasar por la plaza?

—¿Qué has visto *chiquia?* (interrogó Urdiales con acento cariñoso y tomando entre los suyos una mano de la jóven).

—He visto.... verás: unos hombres vestidos de otra manera que los mozos del lugar..... Llevaban unas gorras muy chicas de paño en la cabeza, luego les colgaban de los hombros jaran-

deles amarillos, y llebaban un saco á la espalda y una escopeta muy larga y muy reluciente á cuestas..: se parecian á aquellos que estuvieron una mañana hace mucho, mucho tiempo en la tienda, y que tú me dijistes que se llamaban..... ¿cómo se llamaban?

—Soldados (replicó Urdiales sonriendo).

—Eso, eso, soldados! (esclamó la jóven con infantil alegría). Pues, verás: iba delante uno que no llevaba escopeta, y á quien todos obedecian cuando les dijo una cosa, que yo no oí, allí frente del ayuntamiento donde se pararon. Si vieras tiíto Ramon qué hermoso era con su vigote negro y su vestido tan bonito y que él llevaba tan bien.....! Mira, desde que le ví no me parece ya tan guapo el hijo del tio Magallon, que toda la mañana estuvo debajo de los porches del Consistorio.

—Y porqué es eso, loquilla?

—Porque..... porque..... Dios mio yo no lo sé; pero es lo cierto que desde esta mañana de buena gana dejaria de casarme con él dentro de dos años.

—*Chiquía*! estás en tu cabal juicio...? Un casamiento como tú ni yo podíamos soñar.....! El hijo de uno de los mas ricos hacendados del pueblo.....

—Sí; pero que gasta medias azules; faja azul que le coje desde medio muslo hasta la barba; chaleco azul que se le queda debajo de los brazos, y pañuelo azul que no le cubre mas que la coronilla..... Si siquiera se vistiera como el que mandaba los.... los.... soldados.

—Tambien se ha vestido, *seña* marquesa (dijo Urdiales con cariñosa ironia).

—Ay tiíto... ¿y cuando, y porqué no se viste ahora?

—Hace tres años que fué militar y tuvo mal de su grado que dejar la casaca....

—Pues quiero que se la ponga para casarse conmigo.

—Eso es; y el alcalde le vé y le manda amarrado codo con codo á Zaragoza para que lo arcabuceen.

—Ay Jesus! eso nó tiíto...!

—Entonces. ¿te casarás con Tomás?

—Sí; pero con una condicion.

—¿Y cual es?

—Que me has de decir porque eres tu mi tio, porque cuando yo era chica todo el mundo me maltrataba y tambien á mi pobrecita madre (y al pronunciar estas palabras los ojos se le llenaron de lágrimas).

—Mira *chiquia*, siempre me estas preguntando eso mismo y yo diciéndote que no te puedo contestar... Deja parado el macho que parado descansa; su tiempo llegará....

—Pues si no me lo dices, no me caso con Tomás.

—Con otro te casarás.

La niña mimada hizo un gracioso mohin, desprendio su mano derecha de las de su tio, y apoyando la mejilla en ella y el codo sobre la rodilla permaneció silenciosa y haciéndose la enojada. Urdiales puso en juego todos los recursos de su oratoria y todos los resortes de su cariño para devolver la sonrisa á aquel hechicero semblante; mas no lo pudo lograr; por el contrario, la nube de tristeza que se habia manifestado sobre aquella frente virginal, fué oscureciéndose en términos, que de improviso rompió en un copioso llanto que llenó de inquietud el corazon de Urdiales, quien á fuerza de súplicas y cariñosas instancias pudo recabar de la jóven la causa de su afliccion.

—Mira tiíto (respondió la niña haciendo vanos esfuerzos por contener de una vez sus lágrimas), hay dos cosas que no se apartan de mi memoria, y que no puedo recordar sin que los ojos se me llenen de agua..... Una es, un dia..... hace mucho, mucho tiempo; mi pobrecita madre que tanto me queria, estaba malita; ¡Oh! sí muy malita, se puso muy negra y muy hinchada y se murió en medio de un monte, donde nos habian dejado unos hombres que luego vinieron con Salud, una que tu conocistes en aquel monte que se vé á la salida del lugar, á recojerme y me llevaron con ellos..... La otra es el dia que te conocí cuando aquel hombre mató á *Alí-uchurrí* y te quiso matar á tí..... Mira, cuando me acuerdo que te iba á dar con aquel cuchillo tan grande, se me despega la camisa del cuerpo y me da una cosa, así..... así que me quita la vista..... Yo nunca te he dicho esto porque..... no queria darte pena; y hoy te lo digo sin querer, no sé porqué; pero se me ha venido á la boca sin poderlo remediar.

Urdiales volvió á tomar la mano de la jóven y la estrechó entre las suyas, esclamando:

—Ea, *chiquía*; que se acabe eso, y tengamos un poco de juicio, que ya no eres tan niña para que no te se entre la razon..... Ya sabes lo que te tengo dicho, y lo que tú me has prometido, que has de echar á la mar la memoria de todo lo que pasó antes de conocernos; que ya no hay mas madre en el mundo ni quien te quiera mas ni mire por tí, que tu tio Ramon; que ya se acabaron los gitanos, las gitanas y los chavales que te maltrataban, porque eres mi *chiquía*, y á mi *chiquía* no la ofende nadie, ¿estás?

La jóven dejó caer la cabeza en el hombro de Urdiales con la cara vuelta hácia la ventana y los ojos clavados en el cielo. En esta actitud bajólos por casualidad hácia la plaza, y dejó escapar un ligero grito de sorpresa é inquietud, que llamó la atencion de su tio, obligándole á preguntarle la causa de él.

La jóven permaneció un momento pensativa; y como si de este silencio hubiese sacado fuerzas ó resolucion para revelar lo que pasaba en su pecho esclamó, con acento aparentemente tranquilo y enderezándose sobre su asiento:

—Mira tiito; te lo voy á decir; pero es preciso que me des licencia para hablar otra vez, y sea la última si tú quieres, de las cosas que han pasado; porque sinó nada te podré decir.

—Si ello es preciso, habla; pero que sea la última vez.

—Escúchame, pues..... Hay en el lugar un hombre, así... mal encarado; alto, flaco y descolorido que me dá mucho miedo el verle; porque siempre que me lo he encontrado en la calle, me ha mirado con unos ojos..... que parece me queria comer.

—Urdiales se estremeció, y tuvo que volver la cabeza á otro lado para ocultar su emocion; la niña continuó:

—Muchas veces se pasea por la plaza, y llega cerca de la puerta de la tienda, pero nunca entra en ella como los demas hombres del lugar; lo que hace cuando cree que nadie le mira, es menear la cabeza con coraje, decir algunas palabras, que me parecen malas, luego se mira la mano derecha y levanta los ojos hácia mi ventana, y si por casualidad me vé, lo que suce-

de pocas veces, pues yo procuro esconderme, me dice apretando mucho los dientes, y enseñándome el puño: Anda mala gitana, juro á Dios que me la has de pagar.

Las cejas de Urdiales se plegaron hasta dejar un trazo profundo en medio de su frente, y se llevó maquinalmente la mano á la faja: la jóven continuó.

—Pues, bien, tiito; este hombre que tan mal me quiere, sin que yo le deba nada, se me figura que lo he visto en otra parte, que no debió de ser buena, pues me dá miedo y me echo á temblar cuando lo recuerdo; y entonces se me viene á la memoria aquel otro hombre que mató á *Ali-uchurri* y que te quiso matar á tí; y es tanto el parecido que algunas veces les encuentro, que me dá gana de decírselo á la muger del Alcalde cuando me lleva á su casa.

—No hagas tal cosa¡ (gritó Urdiales sin haber sido dueño de contener la espresion del temor que estas últimas palabras habian despertado en su ánimo, mas repuesto muy luego, continuó con acento mas tranquilo y sonriendo á fin de desvanecer cualquier sospecha que su imprudencia pudiera haber despertado en la imajinacion de la jóven). Porque si tal hiciera, *chiquita*, darias lugar á que le parase perjuicio á un inocente, que no hace mal á nadie, y que yo conozco hace mucho tiempo.

—Que no hace mal á nadie? (preguntó con airecito enojado la niña). Pues ¿y las amenazas que de contínuo me hace? y lo que me dijo esta mañana, que por eso te llamé, pues me daba miedo de quedarme sola aquí?

—Qué te dijo medrosita?

—Verás, mira; toda la mañana se estuvo paseando por la plaza y llegándose muy cerca de casa; una de las veces me cojió desprevenida en la ventana y me habló, yo me escondí, pero á pesar de eso oí que decia: Anda pordiosera sin vergüenza, no se han de pasar muchos dias sin que vea á tu tio postizo ahorcado por ladron en cuadrilla en Zaragoza, y á tí azotada en público por barragana. Tiito ¿porqué me dice eso? Debe ser cosa mala ¿verdad? Y á tí ¿porqué te llama ladron, siendo tú tan bueno y tan buen cristiano que todo el mundo te quiere en el lugar?

Pero Urdiales no estaba para contestar á la jóven; presa de

una sobrescitacion nerviosa, sentia despedazadas sus entrañas y corazon por la ira, al ver que no habia arrancado en el acto con su mano, la torpe lengua que tal ultraje habia lanzado á la faz de aquella pura é inocente criatura.

—Estás enojado conmigo por lo que te he dicho? (preguntó la niña con acento cariñoso).

—No, *chiquía*, (respondió Urdiales esforzándose en ocultar su emocion) sino que estaba pensando que todavía no me has dicho la razon porque distes un grito poco há.

—¡Ah! es verdad; pero es porque tú no me has dado lugar.

—Como no?

—Como que el fin de mi cuento era decirte, que ese hombre malo acababa de entrar en la plaza en compañía de otro, y que los dos se pusieron á mirar con mucha atencion hácia aquí. Míralos.... Míralos...! que se acercan á la tienda (esclamó la jóven toda trémula y apretándose contra el brazo de Urdiales.

Este se incorporó un poco sobre su asiento y vió por encima del alfeizar de la ventana á Cosme Tajo que venia hablando en voz baja y señalando hácia la panilla, con un moceton fornido y robusto, empero mal vestido y con las señales todas en su rostro y equipo de la vagancia ó de la miseria. A medida que Tajo y su compañero se aproximaban á la tienda, Urdiales se iba incorporando, hasta que ellos estuvieron debajo de la ventana y próximos á entrar, y él puesto en pié, de manera que pudo observar sin ser descubierto y oir decir al Tajo:

—Mucho ojo y mucho cudiao; si es el hombre cállate chiquío, porque tiene malas mañas, y te vienes á....

Urdiales no oyó mas; empero inquieto en demasía con lo que habia oido, se asomó á la ventana con objeto de recojer alguna otra palabra; vana fué su diligencia pues ya el pegujalero se retiraba en tanto que el moceton penetraba en la panilla. Al mismo tiempo y por la parte opuesta, venia y entró tambien el *Divino Maestro*, con las mangas de la camisa remangadas hasta mas arriba de los codos, y un delantalito de badana pendiente del cuello con una tira estrecha de becerrillo; trage que á modo de cartel, anunciaba á los vecinos de Barbuñales que el maestro trabajaba aquel dia en su oficio.

Urdiales se quitó de la ventana diciendo:

—Vamos *chiquia*, que ya comienza la gente á volver á la tienda y es preciso que yo baje, además ahí viene tu maestro á darte la leccion.... Adios.

—Adios tiíto, y has por subir un ratito antes de la noche pues me dejas con mucho miedo.. Mira, así que se haya ido el maestro deja un poco entre abierta la puerta de la escalera, para que yo te pueda ver algunas veces desde aquí....

—Eso no, *chiquia*; porque podrias escuchar palabras que no debes oir.

—Si; pero hoy tengo tanto miedo...

—Mas tengo yo de que aprendas lo que no debes.

Esto diciendo, Urdiales bajaba la escalera.

Al empujar la puerta se dió de cara, primero con el *Divino Maestro* quien haciéndole una profunda reverencia le dijo:

—Seor Ramon Urdiales; usted y conjunta sobrina ¿me autorizan para ejercer hoy como los demás dias mi ministerio? para, en caso contrario dar traslado de mi persona á mi casa habitacion, sita junto al templo, frente á la fuente comunal que elmunicipio labró en 1821.

—Suba usted (replicó Urdiales con sequedad).

Luego con el mozo que habia visto en compañía de Cosme Tajo, que le miraba con una inmovilidad tal, y una espresion de inquisitorial curiosidad tan profunda, que se estremeció presintiendo un mal encuentro:

Mis lectores han debido comprender, sin mas esplicaciones, que la jóven que llama tio al panillero Ramon Urdiales, no es otra sino la niña que salvó al Grajito de una muerte que parecia inevitable; empero, como en realidad las necesita el cambio radical que en lo moral y en lo fisico han esperimentado estos dos sujetos tan importantes de nuestra verídica historia, vamos á darlas, pues así cumple á nuestro propósito.

Razones que mas adelante esplanaremos, hicieron que el Grajito tomase bajo su proteccion á la niña, de cuya lamentable historia, Salud, la gitana de tan buen corazon como listas manos, le habia enterado minuciosamente. Esta proteccion compasiva, en un principio no tardó en trocarse en afecto y aun diremos en cariño profundo en el cual ya no entraban para nada los sentimientos de humanidad, sino la fuerza de la sangre, y

la necesidad de amar y ser amado bien, real y desinteresadamente por un ser, él que desde tantos años no habia oido murmurar en su oido una sola palabra de entrañable cariño, de verdadero afecto. El Grajito, pues, cobró desde luego á esta niña un cariño paternal, y no tardó en verse pagado por ella, por la misma razon que él tenia para amarla. No hay ninguna pasion sino el amor que pueda cambiar radicalmente nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestro modo de vivir, nuestras costumbres y frecuentemente hasta nuestra naturaleza; el Grajito, no por ser gitano debia eximirse de esta ley general; así que, no solo fué despojándose con perseverante tenacidad de todo cuanto en su vestido, en sus maneras y en su conducta podia revelar su orígen gitano, sino que llevó tan allá la transformacion, que modificó su acento y lenguaje, y renunció por entonces á los dichos del dialecto propio de su raza. Y todo ¿porque? porque tenia una hija, y no queria esponerla á que la estigmatizaran con el nombre de *la hija del gitano*. Hay mas, desde ese dia el Grajito se hizo un modelo ejemplar de caridad cristiana, de devocion y de realismo puro; habiendo comprendido, á pesar de su salvage ignorancia las tendencias de la época que atravesaba, quiso y logró sacar partido de ellas en beneficio de su hija; por lo cual practicaba con una puntualidad religiosa todos los deberes que impone la iglesia, hablaba á menudo del rey, pero con el sombrero en la mano, y apostrofaba con enerjía, siempre que hallaba ocasion para ello, á los pícaros negros *flamasones y republicanos*. Tan hábiles evoluciones le conquistaron muy luego el aprecio de sus convecinos, y llegó tan allá el respeto y entusiasmo por su persona, que el alcalde, fiel de fechos, cura, médico, boticario y maestro herrador no se desdeñaban de pararse con él en medio de la calle, y de darle el nombre de amigo, á título de buen cristiano y hombre de bien. De esta manera se iban olvidando poco á poco las fechorías que en un principio le atribuyeron, y algunos llegaron á afirmar, que su condicion de gitano era un pretesto de que se habia valido para dar mas crédito á su establecimiento.

Este cambio de carácter y posicion debió influir necesariamente en el físico de Ramon Urdiales, que habiéndose hecho mas sosegado y hasta ceremonioso con los parroquianos comen-

zó á engruesar visiblemente, trocando así una apariencia de tasquero que pasa el dia recibiendo y devolviendo los ultrajes y los brutales juegos de los beodos, en la de un rico ventero de la carretera de Madrid á Zaragoza. Otra de las causas de donde tomaba motivo el aprecio que el vecindario le dispensaba, era su sobrina Aurora, niña de menos de quince años, cuyo hermoso semblante, bañado siempre de una lijera tinta de melancolía que la hacia mas seductora é interesante; cuyos graciosos decires y dulce voz escitaban el aplauso de las mozas y el entusiasmo de los mozos del lugar, y cuyo garboso talle, pequeño pié, y torneada pierna se proponian por modelo todas las mujeres y por ídolo todos los hombres de Barbuñales, hacian de la jóven la joya mas hermosa y codiciada del pueblo, que no solo admiraba en ella las ricas prendas de que con mano pródiga la habia dotado la naturaleza, sino las virtudes morales que parecian injénitas en su corazon; su inocencia, su modestia, su humildad y su agradecimiento. Así qué, la *señas* alcaldesa, *meica*, *buticaria* y la del fiel de Fechos, especie de aristocracia orgullosa é insolente del lugar, no se desdeñaban de llevarla á su casa, de sentarla alguna vez á su mesa, y de oir de sus lábios de coral graciosos chistes, picantes epígramas que ella referia con la inocencia de una niña de diez años.

Sin embargo, no se crea que la obra de su transformacion de gitanuela haraposa, desgreñada y sucia en niña bonita de Barbuñales habia sido cosa de fácil y pronta ejecucion para el Grajito; á quien solo el amor y el deber de padre adoptivo, y el convencimiento que tenia de lo mucho que se encerraba bajo aquella ruda corteza, pudo dar fuerza para acometer tan árdua empresa. El año, que podremos llamar de su noviciado, y en particular los seis primeros meses, los pasó Aurora oculta en el piso alto de la tasca; huraña para todo el mundo menos para su tio, á quien por instinto ó por gratitud amaba; grosera y desaseada en medio de las cortas comodidades de que este la rodeaba y suspirando siempre por la vida salvaje y vagabunda de su antiguo estado á pesar de los malos tratos y privaciones que habia sufrido. Era el gusano inmundo sacado por fuerza del lodazal, y que pugna por volver á él. Al finalizar el primer año, la esquiva criatura comenzó á hacerse mas sociable; bien es verdad,

que tanto ó mas que las amonestaciones del tio contribuyó á despojarla de su grosera corteza un espejo de regulares dimensiones que Urdiales poseia por casualidad; es decir la coquetería, el instinto femenil de agradar. Dado ya este primer y mas importante paso, lo demas fué fácil; el arte empleado en una naturaleza feraz y agradecida; los consejos de Urdiales que caian sobre su corazon sano y propenso al bien, pues afortunadamente, el estado abyecto y despreciable en que habia vivido entre los gitanos que castigaban en ella las faltas de su madre, la habian tenido alejada de la vista de ciertos malos ejemplos, y por último, ya lo hemos dicho, el deseo de hacer ostentacion de un lindo rostro, flexible talle, y pequeño pié, domesticaron á la gentil leona, y el gusano pasó á ser crisálida: despues, como su cútis apareció cada vez mas blanco, sus cabellos, cejas y y ojos cada vez mas negros; sus lábio mas rojos su corazon mas sensible é impresionable, Aurora quiso mas pruebas de las que le daba su espejo y mas testimonios que el de su tio, de la notable belleza de su persona; y condescendió con salir á misa primero, luego con asistir á algunos bailes con las muchachas del lugar, acompañada de su tio, donde su presencia producia siempre una especie de alboroto entre los mozos, que allá á su manera la galanteaban y obsequiaban como á la reina de la funcion. Orgulloso Ramon Urdiales de tener una hija adoptiva tan bella, ensalzada y codiciada, se olvidó ó quiso dar al olvido su orígen, é intentó hacer de ella una *señorita*; es decir, que no la permitió dedicarse á ninguna labor de casa, ni á trabajo alguno que fatigase su linda cabeza ó ensuciase sus pequeñas manos; creyendo así, que pondria en el caso á su graciosa *chiquiya* de ser solicitada por algun rico hacendado, con el cual una vez casada, aseguraba su felicidad, que era yá el único pensamiento que le preocupaba. Mas como no es cosa que una niña por bonita que sea pase todo el dia solamente ocupada en mirarse al espejo; y que ademas para ser *señorita* en un pueblo es necesario tener y saber algo mas que las muchachas del lugar, el buen Ramon Urdiales entró en ganas de enseñar á su hija á leer y escribir, porque la *meíca* y la *buticaria* sabian hacerlo, lo cual causaba un asombro indecible en Barbuñales, y les granjeaba el respeto y consideracion pública. Tan-

to por igualar á Aurora con ellas, como por darla una ocupacion se ajustó con el *Divino Maestro* por una cantidad fija al mes, pagadera mitad en dinero, mitad en especie de vino y aguardiente para que enseñase á su sobrina á escribir y leer con la facilidad y limpieza que él se jactaba de hacerlo. No hay necesidad de ponderar con cuanta satisfaccion el zapatero metido á pedagogo cumplió su cometido, ni la puntualidad con que acudia diariamente á percibir en detalle el precio de su enseñanza sobre el mostrador de la panilla: ni la oficiosidad con que procuraba iniciar á su linda discípula en los secretos de la ciencia que él profesaba. Aurora, dotada de una imaginacion viva y de una memoria estraordinaria, á pesar de no tenerla ejercitada, aprendió muy en breve á escribir una letra, que su maestro llamaba gallarda, y que en realidad era un conjunto de carácteres altos, bajos. redondos ó éticos colocados en la mas punible anarquía y completa dislocacion; y á leer algo mas brevemente, pues siendo los libros en que ejercitó su inteligencia la Historia de los doce pares de Francia y otros romances de igual mérito, y algunas comedias impresas en Zaragoza, producciones de ingénios del calíbre y alcance de un D. Cleuterio Crispin de Andorra, obras selectas de la biblioteca del *Divino Maestro*, fácil es comprender con cuanto entusiasmo se aplicaria á su lectura una imaginacion mal dirijida, pero jóven, ardiente é impresionable como la de la recien trasformada gitanilla.

Esta enseñanza tan tosca y elemental como fué, á pesar de ser ampliado con la de la doctrina cristiana, y la práctica de los deberes religiosos, ejerció una influencia poderosa en las ideas y sentimientos de la jóven, y ayudó mucho á los esfuerzos que su tio hacia para despojarla completamente de las reminiscencias que pudiera conservar de su permanencia en la compañía de gitanos soeces y vagabundos; la hizo adquirir las nociones de lo bueno y de lo justo de que ella carecia; modificó sus intentos vulgares, y elevó su entendimiento por encima del tosco materialismo en que habia nacido y pasado sus primeros años.

CAPÍTULO VI.

Un amigo de otros tiempos.

Hemos dejado hace poco á Ramon Urdiales frente á frente con el moceton que viniera en compañia de Cosme Tajo, y justo es que volvamos á él.

Cansado el panillero de ser objeto de una curiosidad tan tenaz como impertinente, dejándose arrebatar de sus antiguos humos, que no habia logrado vencer completamente, esclamó con acento lijeramente enojado.

—¿Que se ofrece, camará?

—Ná; mirarlo á V. (contestó el moceton con descaro).

—¡Mirarme á mí!

—Sí; ¿qué? ¿no es V. para mirar.

—Como no tengo ninguna danza de monos en la cara, no sé que pueda interesarle á V. tanto.

—Pues me dá la real gana de mirar á V. por que con la mirada no me lo he de comer.

Un relámpago de furor brilló en los ojos de Urdiales al ver tanta insolencia; mas repuesto instantáneamente, al recordar

las palabras que oyera pronunciar á Cosme Tajo, hizo propósito de usar de prudencia y esclamó con sonrisa forzada.

—Se conoce camará, que viene V. biena leccionado... Nada, pues; míreme V. cuanto quiera.

El moceton continuó algun tiempo con la vista clavada tenazmente en el rostro de Urdiales; quien ya comenzaba á sentirse mal á gusto bajo tal inquisicion y bajaba los ojos ó los dirijia á todos los objetos con el fin de mostrarse indiferente.

—Diga Vd., amigo, ¿no me conoce Vd. á mi?

—No señó (respondió el panillero despues de haber mirado á su interlocutor, con intencion de descubrir en su fisonomía el secreto de su conducta.

—Pues yo á Vd. creo que sí... Pero como no estoy muy seguro, y que Zamora no se ganó en una hora, voy á dar tiempo al tiempo bebiéndome un porroncete de vino que Vd. me dará por mi dinero.

—Con mil amores, prenda, y yo mismo voy á servirlo (esclamó Urdiales aparentando la mayor calma é indiferencia.

El panillero puso sobre el mostrador un porron de vidrio verde como una esmeralda, lleno de cariñena bautizado; el moceton tomó la vasija y se echó el chorro en la boca desde toda la altura de su brazo; cuando hubo trasegado á su estómago la mitad, lo menos, del líquido bajó el brazo, dió un recio castañetazo pegando su lengua al paladar, y despues de haber saboreado la bebida haciendo con la boca un ruido parecido al que producen los que mascan á dos carrillos, esclamó guiñando un ojo y sonriendo con gesto que queria significar inteligencia entre los dos.

—Camará, ya encomienzo á ver un poco mas claro... Déme Vd. esos cinco, que á mí me gustan los hombres.

—Tome Vd., (respondió el panillero dándole la mano) y siéntese junto aquella mesa que aquí en el mostrador estorba.

El moceton asió con las dos manos el brazo de Urdiales por la muñeca, y le atrajo con fuerza hacia sí.

—Voto á brios! (gritó el panillero sorprendido é indignado á la par de verse tratado de tal manera (suéltame, ó, por la muerte y pasion de Cristo, que te ha de pesa....! (y esto diciendo, pug-

naba inñtilmente por desasirse y por abrir el cajon donde guardaba un cuchillo.

El mozo se mostró sordo á las amenazas, y no le soltó las manos hasta que se las hubo reconocido y descubierto, en el dorso de la derecha, una cicatriz que le corria entre el nudillo del dedo anular y del meñique hasta la primera falange de este dedo, que tenia encojido y enteramente manco; entonces esclamó, rebozando de júbilo su grosera fisonomía:

—Oh! oh! compadre; ya estamos en casa! ¿Cómo te llamas alhaja?

—Ramon Urdiales (contestó maquinalmente el panillero, que rojo de furor y con los ojos inyectados de sangre miraba á su contrario en tanto que su mano metida en el cajon apretaba con fuerza el cuchillo.

—Mientes....! (esclamó el moceton guiñando un ojo y moviendo la cabeza á los lados) te llamas..... Pepe Gomez.....

Urdiales palideció, y abrió desmesuradamente los ojos para mirar á su contrario.

Este, que en la turbacion del panillero vió la confirmacion de su sospecha, continuó, empero bajando la voz para no ser oido de los que entraban á beber:

—Te llamas Pepe Gomez y estuvistes en la partía del Rochito, hace unos quince años.........!

—Te engañas....! yo no soy ese que tu dices (respondió el panillero volviendo la cabeza para ocultar su turbacion y limpiarse con el dorso de la mano izquierda las gotas de frio sudor que comenzaban á brotar de su frente.

—Que nó....! ¿A que sí? (respondió el mozo poniéndose en jarras y contoneándose con una espresion de perfecta seguridad). Mírate esa mano donde tienes el arañazo que te hizo con la navaja, Barbote el de Calatayud, cuando tuvísteis la porfía por la hija del arriero que nos servía de mandadero.

Urdiales miró con espanto á su interlocutor; y la espresion de sus ojos parecia preguntar lo que su lengua no osaba decir:

—Ya ves que estoy bien enterado, (continuó el moceton echándose de pechos con los brazos cruzados sobre el mostrador); y lo estoy, porque..... pa que lo sepas si no lo has adivinao; soy el *Rubillo* el *Gato*, ¿te acuerdas ahora?

La venda se cayó de los ojos del Grajito al oir las últimas palabras de su antiguo conocido, y comprendió instantáneamente lo crítico de su situacion y las circunstancias que le habian traido á ella. Viniéronsele á la memoria las palabras que Cosme Tajo dijera á el Gato, al dejarlo á la puerta de la tasca, y vió en todo lo que estaba pasando la obra del ódio rencoroso y profundo que le profesaba el pegujalero, ayudado por un destino implacable. Anonadado bajo el peso de su desgracia; pensando en su hija, en su crédito y en la posicion que á fuerza de inauditos trabajos se habia conquistado, y que á manera de castillo de naipes iba á caer al primer soplo de un inflexible espíritu de venganza, quedó silencioso y con la cabeza inclinada sobre el pecho, convencido de que en esta ocasion no podia luchar de poder á poder con su irreconciliable enemigo.

Al ver su abatimiento, el *Gato*, como todos los corazones soeces y cobardes, se envalentonó insolentemente, seguro del triunfo que le auguraba su ventajosa posicion, y esclamó con acento irónico:

—Señó Pepe Gomez....! Vd. tiene canguelo, y tiene porqué tenerlo; porque si yo me boqueo con un amigo que me está esperando, quizá... y sin quizás, lo veré echando bendiciones con los piés á los vecinos de Huesca.

—Y bien; (esclamó Urdiales en el colmo de la angustia y sobresalto), si yo fuera el que tú dices, ¿cuanto te dan por entregarme á la justicia?

Herido en su imaginacion el *Gato*, con esta idea, quedó un momento pensativo y visiblemente entregado á una lucha de afectos encontrados, lucha entre la codicia poderosamente auxiliada por la miseria y el probable empeño que habia contraido con Tajo, de entregarle atado de piés y manos su enemigo. Venció, el primer sentimiento, como no podia menos de suceder en un hombre del temple del Gato, y dijo, mirando fijamente al panillero.

—Mia chico; por entregarte, de juro poco mas de ná; pero por no entregarte me pueden dar algo.

Urdiales levantó la cabeza, y respiró con mas libertad:

—Esplícate....! (esclamó con creciente ansiedad).

—Yo te lo contaré de pe á pa..... Ná te diré de lo que me ha

sucedio desque se dispersó la gente, porque seria cosa larga de contar y no estamos pa ello; solo si te diré que desde entonces he vivio como Dios me ha dao á entender, con mucho *mones* unas veces y otras sin una *cuaerna* (*moneda de dos cuartos*). ogaño estuve arando la tierra del tio *Quico*, el valenciano de Huesca, hasta el tiempo de la siega, que por unas palabras que tuve con un mozo, tuve que dir á buscar trabajo á otra parte. Vine hace poco á este lugar y conocí á Cosme Tajo, á quien ayudé á segar las tierresicas que tiene junto al rio. Mos hicimos amigo y le contés algo de mi via pasá..... Entonces él me habló de tí, y..... y..... me dijo muchas cosas, en fin; lo demás lo pues tú comprender.........!

—Y tanto como lo comprendo (murmuró Urdiales con dolorosa resignacion; luego alzando la voz continuó): Y tu, ¿qué es lo que piensas hacer?

—El me dijo que viniera á conocerte, y que si era lo que él se pensaba, que me daría cien reales; y si declaraba á la justicia y te ahorcaban, que me daria cuatro cientos reales manque tuviera que vender una tierresica.

—Pero y tú, ¿qué piensas hacer? (insistió Urdiales inclinándose sobre el mostrador.

—Yó....? ya lo he pensao. Estoy cansao de la via que llevo y quiero hacerme hombre de bien como Dios manda, ó echarme el alma atrás del tó; pero en regla..... Pa hacé lo uno ó lo otro necesito dinero..... Yo, chiquío, soy probe; tu eres rico; yo soy libre y tengo el resto en un *chavo*; tu tienes que perder..... as que..... pues, ¿mos hemos entendío?

—Perfectamente, (respondió Urdiales que se sonreia de júbilo, sintiendo su corazon que se aliviaba de un peso que le sofocaba); veamos ¿qué quieres y cuanto necesitas?

El *Gato* abrió desmesuradamente los ojos é incapaz de moderar su alegria esclamó alargando la mano al panillero:

—Eres to un hombre; venga eso cinco y escúchame..... Pa ser hombre de bien, necesito tener lo menos un majuelo, unas pocas aranzás de tierra pa sembrar trigo y cebá: dos borricos pa arar, y un poco de dinero pa comprar lo que hace falta pa beneficiar la tierra... ¿estás? To esto se puede hacer con tres mil reales pa empezar, porque el que me venda me ha de dar pla-

zos, fiándome tú.......... Pa sé hombre de alma echá á la espalda, ahora que toa Cataluña está en rivolucion y que por aquí tambien va haber sanfrancia, se necesita menos dinero; pues basta un caballo bueno y bien aparejao, un trabuco que haga treinta postas y lo demás que Dios dá..... Pero estoy pensando que tiene mas cuenta que me des los tres mil reales, y cuando los tenga en la mano pensaré lo que he de hacer..... No hay como el dinero pa abrirle á uno el sentio.

—Está bien..... (respondió el Grajito con una estudiada serenidad, que no dejaba traslucir en su fisonomía nada de la tormenta que se agitaba en su pecho. Está bien, te daré ese dinero manque me quede á pedir limosna; pero me has de jurar que á nadie en el mundo dirás mi verdadero nombre y que te marcharás enseguida del pueblo y de la provincia.

—Te lo juro.....!

—Pues cuenta con él.

—Y ¿cuando?

—Esta noche así que cierre el despacho puedes venir.

—Re quia....! (hizo el *Gato* echándose hacia atrás con visibles muestras de temor). ¿Piensas tu que no sé lo que pasó con el teniente de la cuadrilla, Castañon el *Gigante*, á quien despachastes bonitamente una noche, como me lo ha contao Tajo?

—No señor (continuó el moceton con aire amenazador) me lo. has de dar ahora mesmo; tu alií, yo aquí y el mostrador pormedio

Urdiales tornó á estremecerse y á palidecer.

—Imposible, no tengo ese dinero aquí (respondió Urdiales procurando serenarse).

—Pues entonces, na de lo dicho, (dijo el *Gato* haciendo intencion de salir de la tasca).

—Escucha (esclamó Urdiales, haciéndole una seña con la mano para que se detuviese), párate, y oye lo que te voy á decir..... Puesto que tienes tanto miedo como un raton, á pesar de tu nombre de *Gato*, y que yo no tengo en casa ese dinero, pero sí en sitio donde lo puedo tomar cuando me dé gana; ¿te conviene en recibirlo aquí en este mismo sitio, con la claridad del medio dia, mañana cuando las campanas de la iglesia toque la plegaria?

—Eso ya es hablar en castellano, (respondió el Gato; despues

de una corta pausa, continuó): Convenío; no hay mas que decir..... Conque, mañana á la primera campanada de las doce en este mesmo sitio mos veremos.

—Lo dicho, dicho..... Conque *soniche*, ¿eh?

—No hay cuidiao; ha caido en un pozo; hasta mañana.

El *Gato* salió de la panilla con mas vanidad que un cadete el dia primero que trueca los cordones por una charretera á la izquierda.

Urdiales se dejó caer sobre el sillon con la cabeza apoyada entre ambas manos, para buscar una traza que le sacara en bien del mal paso en que se hallaba metido. Así estuvo por espacio de una hora, al cabo de la cual alzó la frente y dejó correr por sus lábios una sonrisa siniestra, fiel espresion del diabólico plan que acababa de concebir su acalorada mente.

Toda aquella tarde estuvo solícito y complaciente como nunca con todos sus parroquianos; sin embargo, durante su curso, buscó tres ó cuatro frívolos pretestos para reñir al muchacho que le ayudaba en las faenas del despacho, acabando por último por ajustarle la cuenta, y despedirlo brutalmenle, á pretesto que era torpe y no sabia desquitar el salario que le daba.

Dos horas mas tarde de aquella en que solia cerrar la puerta de la panilla, y siendo como las doce de la noche, Urdiales, despues de haberse cerciorado que su sobrina dormia, bajó á la tienda trayendo un candil en una mano, y una sierra, una azuela, un martillo y tenazas en la otra; colgó el candil de un clavo, puso toda la herramienta en el suelo, descorrió un cerrojo y con brazo vigoroso, alzó de un fuerte tiron una pesada trampa de madera, que se abria sobre el sótano, detrás del mostrador.

Al mirar abierta á sus piés aquella gran síma; al sentir su frente refrescada por el aire frio, y al percibir el olor á humedad que de ella se exhalaba como de una sepultura, Urdiales retrocedió dos ó tres pasos y sintió que el cabello se le levantaba sobre la frente.

Mas esto fué á manera de un vértigo que pasó con la velocidad del relámpago. Recobrado muy luego del pánico, tomó un cuenco lleno de agua y un paño blanco y bajó con pausa por la escalera de material que conducia al sótano.

Pocos minutos despues, regresó á la tienda sin que en su rostro se notase otra espresion que la de una sombría tristeza. Hechó manos á la herramienta y con la destreza de un carpintero ejercitado, despues de haber amarrado una soga á la argolla de hierro que servía para levantar la trampa, aserró todos los lados de esta, escepto el que estaba sugeto por medio de las visagras; hizo lo mismo con los del marco donde esta encajaba y concluyó con la azuela por dejarla imperceptiblemente mas chica que el hueco que debia cubrir. Terminada esta faena, ensayó el resultado de su trabajo y vió con siniestra satisfaccion, que la trampa, dejada á su propio peso, cedía hasta quedar perpendicular sobre la línea de sus bisagras; tiró de ella ayudado de la soga y despues de repetir el ensayo hasta adquirir la seguridad de que no le faltaría llegado el supremo momento, clavó dos pequeños clavos. que pudieran sostenerla por el lado paralelo á aquel en que estaba asegurada; pero bastante endebles para que cedieran al menor esfuerzo. Luego aseguró con dos clavos un liston de madera delante de la trampa, á fin de evitar que por inadvertencia hiciese resbalar los pies de el sillon hasta la trampa é inutilizase su trabajo. Hecho esto, sacó un trabuco naranjero de debajo del mostrador y subiéndose encima de este, colgó el arma de un clavo, en sitio donde no se pudiese tomar con la mano sin poner primero los pies sobre la trampa.

Terminados estos preparativos Urdiales, aparentemente tranquilo, subió á recostarse sobre su cama para velar; que no duerme el que premedita un crímen; por mas justificado y necesario que le parezca su atentado.

A la mañana siguiente mucho mas temprano que lo de costumbre, el panillero abrió su tienda, despues de haber depositado en el cajon del mostrador un bolso bien repleto de dinero y á su lado un cuchillo de Albacete. Con un ardor y actividad inusitada aseó el local, arregló las mesas y banquillos, fregó los vasos y puso en órden los jarros, porrones y botellas de aguardiente; no parecia sino que Barbuñales debia celebrar en aquel dia la fiesta de su santo patrono. Cuando estuvo un poco mas entrada la mañana y cuando se veian ya bastantes transeuntes circular por la plaza, envió su sobrina en casa de la alcal-

desa para que pasára el dia; y de allí á poco, aprovechando unos breves instantes en que quedó desocupado su despacho, se asomó á la puerta, y comenzó á dar voces á un vecino que se hallaba en la de su casa frente por frente á la panilla.

—Eh! tio Moyuela, tio Moyuela...!

—Que hay chiquío? (contestó el interpelado.)

—Me han dicho que quiere Vd. vender la viña que tiene junto al palomar camino de Zaragoza.

—Pues tan dicho verdad, chiquío.

—Pues yo la compro.

—Tu, pijorro?

—Yo; ¿cnanto por ella?

—Antaño, pasá la vendimia, me punian en la mano cuatro mil reales; en dándolos ogaño, es tuya.

—Tio Moyuela, doy tres mil.

—Quia, re quiá... Chiquio no te verás tu en ella.

Esto dicho el tio Moyuela se metio gruñendo dentro de su casa.

—Tio Moyuela, tio Moyueola (insistió el panillero) no deje Vd. dir la ocasion; tres mil reales, duro sobre duro aquí los tengo en el cajon.

Y levantó tanto el grito para decir estas últimas palabras, que todos los transeuntes volvieron la cabeza para mirarle, incluso el alcalde que á la sazon atravesaba la plaza. Satisfecho Urdiales de haber sido oido y visto por multitud de testigos, incluso la primera autoridad del pueblo, se volvió detrás de mostrador, sonriendo á la astucia con que conducia el éxito de un criminal proyecto.

Durante toda la mañana, Urdiales estuvo solícito y en estremo complacieñte con los que llegaron á su casa á beber; empero á medida que el plazo fatal se iba acercando la máscara de alegria que disfrazaba su semblante se trocaba en un antifaz sombrío, negro como los pensamientos que atenaceaban su pecho.

El Grajito habia ya perdido la costumbre de ver derramar sangre humana, del latrocinio y de la vagancia. Quince años de vida sosegada y laboriosa (salvo el funesto episodio que costó la vida al bandido Castañon, y á él un nuevo crímen que creyó

seria el último) habian estirpado completamente de su corazon los instintos feroces, el carácter nómada y temerariamente deprecador de las gentes de su raza. Su existencia, como la de la Magdalena se dividia en dos épocas; una de que se avergonzaba por lo borrascosa y criminal, y la otra de que se envanecia por lo tranquila y honrada, durante la cual venia disfrutando de paz y comodidad, y recobrando la dignidad de hombre. En la primera, viviendo sin hogar, sin amigos, rodeado de asechanzas, y caminando á la ventura siempre con el miedo por compañero y la vergüenza grabada en la frente, huyendo de la vista de los hombres y tambien de la soledad; de aquellos por que veia en cada uno un brazo alzado para castigarle esterminándolo, y de esta porque se hallaba frente á frente con su conciencia, juez á quien no podia mentir ni hacer callar. En la segunda gozando de la quietud y comodidad: del aprecio de sus convecinos y del respeto de sus semejantes, y por último, de las delicias del hogar y de la familia. Amado y amando á un ser puro inocente que el destino le habia deparado, para sembrarle de flores el camino de la honradez y laboriosidad que debian conducirle á su definitiva reconciliacion con el cielo y asegurarle en este mundo un porvenir dichoso.

Pues bien, en medio de ese lisongero bienestar, de esa esperanza riente y placentera, veíase sorprendido por una mano manchada de crímenes que venia á arrebatarle despiadadamente del paraiso de sus ilusiones. Mano cuyo golpe podria acaso contener, pero no evitar; y que á modo de espada de Damocles, iba á estar siempre pendiente de un cabello sobre su frente, dispuesta á acabar, al menor descuido, y de un solo golpe, con toda su felicidad arrebatándole airada su casa,su hija, y el aprecio de sus semejantes.

Esta idea le produjo un vértigo que solo le duró una hora; empero que fué bastante para hacerle olvidar quince años de honradez, y precipitarle de nuevo en la senda del mal. Para aquella ruda imaginacion, mecida en la cuna por el crímen la eleccion entre un asesinato y la pérdida de un bienestar presente y sus sueños de felicidad futura no podia ser dudosa. Ademas ¿no tenia, para acallar su conciencia, el pretesto de la necesidad y el sofisma de que el crímen le salia al encuentro aun-

que él no buscaba el crímen, el cuadro espantoso del patíbulo para él, y de la infamia y perdicion para criatura á quien tanto queria, y la idea de que Dios acaso lo habia elegido á él, para ejecutor de su justicia en las personas de los bandidos Castañon y el Gato, que habian escarnecido con cínica burla la de los hombres? y, en fin, este asesinato ¿no debia ser la losa que cubriera para siempre el secreto de su vida pasada, y la llave que le abria definitivamente las puertas de un riente porvenir?

El corazon humano es mal juez en propia causa; porque es harto fecundo en razones para legitimar sus actos, que por criminales que sean, hallan siempre una causa de ser, una disculpa á sus propios ojos.

La hora terrible se aproxima y el sobresalto crece á medida que avanza en el corazon de Ramon Urdiales. A pesar de la seguridad que su cabeza trata de infundir en su corazon en vista de las estraordinarias precauciones que ha tomado, y de los minuciosos detalles que ha tenido presentes para asegurar el secreto, ó para no aparecer criminal en el caso de ser descubierto, teme haber dejado algun cabo suelto que ayude á la justicia de los hombres á descubrir la verdad. La posibilidad de que el *Gato* cumpla su palabra de abandonar para siempre la provincia; la de que por el contrario perjuro á su juramento permanezca en ella y le esplote sin tregua hasta ocasionarle la ruina, ó que seducido por Tajo, le haga traicion; la paz y el sosiego de su casa, y la imágen de Aurora, atormentan su imaginacion y le ocasionan una fiebre que despedaza sus sienes... Duda; vacila.... Pero ya no es tiempo de retroceder.

Acaba de sonar la primera campanada del toque de plegaria.

Los asistentes á la panilla desocupan el local. Apenas ha pasado un minuto desde que el último dejara la puerta á sus espaldas, cuando se presenta el *Gato*.

Urdiales le sale al encuentro con la sonrisa en los lábios; entorna un poco la puerta de su establecimiento, y le dice con una voz ligeramente trémula pero sonora y pausada:

—Hola, amigo! hemos sido puntuales á la cita...

—Yo siempre cumplo la palabra, que doy.

—Ea, pues, despachemos.....

—Despachemos, ¿tienes *ay* el dinero?

—Aquí está! (respondió Urdiales pasando detrás del mostrador, abriendo el cajon y vaciando en él un saquito que contenia ciento cincuenta duros de plata).

En menos de un minuto, la fisonomía del *Gato* mudó siete ú ocho veces de espresion, de color y de carácter; de tal manera escitó su codicia la vista del dinero, que temia no llegar nunca á sus manos.

—Dámelo, pues....! (esclamó con voz anhelante).

—Tómalo (respondió Urdiales con calma).

El *Gato* alargó cuanto pudo el brazo y se echó de pecho sobre el mostrador; pero la disposicion de este y del cajon no le permitieron cojer el dinero.

—Espacio, camará (dijo el Grajito con ironía) si por *ay* no se puede, pasa *acá* dentro y lo tomarás.

—No; dámelo tu desde *ay*.

—Sea pues. Voy á meterlo en este saquillo (y esto diciendo, comenzó á meter con calma y casi uno por uno los pesos duros en el bolso donde antes estuvieron. De pronto se detuvo y dijo, pronunciando lentamente las palabras:

—Camará; mucho perjuicio me pasa con soltar esta monea; porque tenia que hacer un pago de unos pellejos de vino.... y ahora, sabe Dios como me las compondré...! (calló por un instante, y luego levantó la cabeza y dijo con presteza, como si se le acabara de ocurrir una idea impensada). Camará, ¿quieres dejar este dinero en mi poder, y haremos una escritura formal como que tó este boliche es de los dos y tenemos la tienda á media?

El semblante del *Gato* manifestó que no le desagradaba la proposicion.

Urdiales, se apresuró á llenar el saquillo, y cuando hubo terminado esclamó con vehemencia.

—Te conviene? dílo pronto.

—Párate, chiquío; que esto no es puñalá de pícaro, y es cosa de pensarlo.

Urdiales salió de detrás del mostrador con el bolso en la mano izquierda, y la derecha metida, con aparente neglijencia, entre los pliegues de la faja.

—Aquí tienes el dinero si lo quieres; (esclamó) pero si tepa-

rece mejor lo que te he propuesto, entra y siéntate en ese sillon y hablaremos como amigos.

Deslumbrado el *Gato* con el pomposo ofrecimiento de su antiguo compañero se dirijió hácia el sitio que este acababa de indicarle.

Una espresion de feroz alegria, y una satánica sonrisa, ó mas bien un estremecimiento convulsivo que plegó y dilató sus lábios brilló como un relámpago en el rostro de Urdiales.

Si el *Gato* no hubiese cedido á la invitacion del Grajito, éste le hubiera cosido á puñaladas allí mismo: desparramado los ciento cincuenta duros por la panilla; héchose una herida en el pecho, y arrojado una navaja en el suelo; y despues, se hubiera asomado á la calle á pedir favor contra un ladron que habia querido robarle y matarle, y á quien se habia visto obligado á dar muerte en natural defensa. Segun su plan, la conversacion que, á grito herido habia tenido por la mañana con el tio Moyuela, debia ayudar mucho para que la opinion del pueblo se manifestase en su favor.

Se vé, pues, que José Gomez era hombre precavido.

El *Gato* se habia sentado en el sillon con los codos apoyados sobre los brazos, las manos cruzadas y el cuerpo echado hácia adelante. Parecíale que ya habia tomado posesion del establecimiento á título de sócio de Urdiales. Este estaba en pié á su lado, y apoyada la cintura contra el canto de la tabla del mostrador. Uno á otro se miraron esperando cual de ellos seria el primero en romper el silencio.

El Grajito levantó los ojos y los fijó en el trabuco que estaba colgado de un clavo sobre la trampa del sótano; el *Gato* le imitó. Contento este último de hallar un pretesto para empezar una conversacion que tanto le interesaba, esclamó:

—Buen trabuco parece, ¿es naranjero?

—Naranjero es, (contestó Urdiales cuyo corazon latia con tanta violencia cual si quisiera saltársele del pecho). Y de tan buena calidad, que con él se barren seis hombres lo mismo que seis quedeja de lana con una escoba.

—Se puede ver?

—Sí, (respondió el panillero con acento sombrío).

El *Gato* se puso en pié y Urdiales palideció hasta quedar su semblante del color de la cera.

El primero se volvió de espaldas; el segundo sacó el puñal. Aquel dió un paso hácia adelante y alargó la mano para tomar el trabuco, y este le empujó con violencia.

Irritado el *Gato* quiso volverse y gritar; pero ya el impulso estaba dado, y con él recibió una descomunal puñalada en el cuello, que le cortó la vena yugular y ahogó en sangre el grito que se formó en su garganta. Al mismo tiempo la trampa cedia bajo el peso de su cuerpo, y por ella cayó rodando y botando sobre los peldaños de la escalera, hasta descansar sobre el húmedo suelo del sótano. El Grajito mas bien saltó que bajó en pos de él.

El silencio de la muerte, reinó por espacio de cuatro á cinco minutos en la panilla.

Al cabo de este tiempo, Urdiales salió del sótano. Estaba pálido; empero escepto esta equívoca señal, nada revelaba en él el alevoso atentado que acababa de cometer. Muy al contrario, habíase quitado el chaleco y la faja, y abrochándose en las muñecas los puños de las mangas de la camisa, que toda la mañana tubiera enrolladas hasta los hombros, de manera que esta aparecia tan blanca como si la acabara de sacar del arca; tambien se habia lavado la cara y manos para borrar cualquiera salpicadura de sangre.

Satisfecho de la soledad y quietud que le rodeaba, tiró hácia sí de la trampa por medio de la soga, corrió el fuerte cerrojo, y puso encima de ella el sillon. Hecho esto, subió al piso alto, púsose otro chaleco y faja, y bajó con un cigarro encendido en la boca, el cual se puso á fumar tranquilamente, abierto de piernas y con las manos cruzadas á la espalda, en la puerta de su establecimiento. Los parroquianos que muy luego comenzaron á entrar en la panilla, no sospecharon ni remotamente el espantoso drama que habia tenido lugar en ella. El tio Ramon Urdiales estuvo como siempre, atento y diligente en servirlos.

Salvo la casualidad de haberse asomado Cosme Tajo, en dos ó tres ocasiones, por la puerta de la panilla, para rejistrar su interior; y la llegada cerca de anochecer, de un oficial que venia de itinerario para preparar alojamientos en Barbuñales, á

una columna que debia amanecer al dia siguiente en el lugar, la tarde de este dia se pasó para Urdiales y sus parroquianos sin que acaeciera otra cosa digna de ser referida.

A la puesta del sol, el cielo comenzó á nublarse rápidamente, y poco despues descargó un fuerte aguacero que fué seguido de otros y acompañado de viento tempestuoso y frecuentes truenos; lo cual obligó á los moradores de Barbuñales á encerrarse dentro de sus casas y á encender velas de cera á Sta. Bárbara, abogada contra la tempestad. De esta manera pasaron las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche; y como la tempestad no descrecia, amagando mas bien continuar en progresion ascendente, la panilla de Ramon Urdiales se vió libre de sus parroquianos á una hora mucho mas temprana de lo que ordinariamente acontecia.

El Grajito celebró esta ocurrencia como un feliz acontecimiento que venia á favorecerle aun mas de lo que podia esperar para borrar hasta el último vestigio de su crímen. Así que, cuando la última campanada de la hora de media noche hubo dejado de vibrar en el espacio, abrió sigilosamente la puerta de su panilla, donde hacia mucho tiempo no se veia brillar una luz; y despues de inquirir con inquieta y perseverante mirada las inmediaciones de la casa, satisfecho de no ver alma viviente por la plaza, ni luz, ni candela que indicase que en algunos de aquellos hogares velaban sus moradores, volvió detras del mostrador, levantó la pesada trampa y bajó los escalones del sótano dando diente con diente y sintiendo á la par, su rostro inundado del sudor que se desprendia de su abrasada frente. Tres veces se detuvo en tan corto trayecto, para tomar aliento, y aplicar el oido á fin de darse cuenta de un rumor que le parecia oir. Empero como el ruido procedia de los violentos latidos de su corazon y del grito de su conciencia, lograba enfrenar su terror cuando averiguaba la causa, y adquirir nueva resolucion para continuar bajando. Por fin, llegó al fondo del sótano; buscó á tientas en medio de la oscuridad el cadáver del *Gato*, y cuando le hubo hallado, y satisfecho de que estaba bien muerto respiró recobrando una parte del valor que ya le iba abandonando. Acto contínuo le amarró una fuerte soga por debajo de los brazos, y comenzó á arrastrar el cuerpo de su víctima

hácia la escalera, cuyos peldaños subió andando hácia atrás tirando de él con inaudito trabajo. Cuando llegó á la puerta de su establecimiento, la tormenta parecia haber alcanzado el máximun de su fragor; el viento silvaba ó bramaba sin interrupcion, y la lluvia azotaba con intérvalos breves y desiguales las casas y las calles del lugar, completamente solitarias y envueltas en la mas densa oscuridad.

El Grajito se sonrió, pero como debe sonreir un condenado cuando imagina haber hallado un minuto de consuelo á sus eternos dolores. Acomodóse, lo mejor que pudo, el cadáver sobre las espaldas, y se puso en marcha, cuidando antes de dejar bien encajada la puerta de su casa.

La carga era harto pesada para sus hombros; en circunstantancias ordinarias de seguro habria renunciado á conducirla; pero en la presente el terror por un lado, y la afrenta del patíbulo por otro acrecentaron prodigiosamente sus fuerzas; y, á la manera que una débil jóven de quince años, presa de una convulsion, en sus movimientos preternaturales vence la resistencia de dos ó mas hombres robustos, así el Grajito, débil con relacion al peso que conducia, marchaba con celeridad, aunque agoviado, en direccion de las afueras del lugar. Sin embargo, en diferentes ocasiones se detuvo, mas bien que para descansar, arrimando el cadáver á la pared y sosteniéndolo con sus espaldas, para darse cuenta de un ruido de pisadas que creia percibir; empero la densa oscuridad y el fragor de los elementos le tranquilizaban, haciéndole creer en la imposibilidad de ser visto ni seguido en tan espantosa noche, síno por Dios y por su conciencia.

Afortunadamente para él, la distancia que tenia que andar, era bastante corta; pues se reducia á una estrecha callejuela que mediria, desde la panilla hasta las afueras del pueblo, unas cincuenta ó sesenta varas de longitud. Llegado al punto que anteriormente habia elejido, el cual era un estercolero rodeado de un muro bajo y apostillado por varias partes, arrojó allí el cadáver, y con él una porcion de la pesada carga que agoviaba su pecho. Empero en el momento en que se incorporaba y cuando comenzaba á regocijarse con la idea de que dejaba burlada para siempre la justicia de los hombres, vió á corta dis-

tancia, no una sombra, síno la negra silueta de un hombre que parecia estarle observando, y que al verse descubierto huyó precipitadamente. Urdiales prorumpió en una maldicion, puso mano al cuchillo, y partió en furiosa carrera hácia el sitio donde apareciera el único testigo de su crímen. Cuando llegó, y apesar de la celeridad de su paso, y de la corta distancia que le separaba del curioso, tan corta que no podia haber tenido lugar de ocultarse, el Grajito, no vió á nadie, ni oyó ruido alguno que le diese indicio de la presencia de algun hombre en aquellas inmediaciones. Juzgó, pues, que habia sido una de tantas alucinaciones de su mente, y recobrada una aparente calma, regresó á su casa, mas no sin volver con frecuencia la cabeza.

CAPÍTULO VII.

Un recuerdo á tiempo.

A la mañana siguiente el sol se levantó sobre el cielo de Barbuñales, radiante de luz y de colores; el firmamento no conservaba el menor vestigio de la tormenta pasada, y los campos todos agradecidos al benéfico rocio que habia apagado durante la noche anterior, su sed de julio y agosto, aparecian risueños; y salpicados de manchas verdes producidas por la yerba de los prados que brotara á impulsos de la lluvia.

Si alegre era el aspecto de los campos no menos era el que presentara el lugar de Barbuñales, que habia salido, como si dijéramos, de sus casillas, teniendo alojada dentro de sus casas una corta brigada compuesta de un batallon de Saboya, tres compañías del 2.° batallon de Africa y treinta caballos del regimiento de Alcántara, al mando del coronel D. Cárlos Alvarez Espinosa conde de Torre-milano. Como es de suponer, este acontecimiento, que debia formar época en la historia de Barbuñales que, nunca habia registrado otro tal en sus anales, tenia tan alborotado el pueblo que hasta las faenas del campo se ha-

bian paralizado en aquel dia, para festejar con toda holgura á los huéspedes. La oficialidad con sus brillantes uniformes; los soldados con su desenfado militar y los caballos con el estrépito que hacian en las pacíficas calles del pueblo, cuando iban á dar agua, tenian absortos á los moradores, que no cesaban de admirar un espectáculo tan sorprendente como nuevo para ellos. En tanto que las mozas se peinaban y azicalaban con todo el primor de la moda de Barbuñales, y que los mozos reunidos en *corrinches* en la plaza y calles adyacentes, charlaban y contemplaban con un sentimiento de temor y envidia los peligros y la vida holgada de los soldados, el consejo áulico de Barbuñales, reunido en casa del médico discutia, ó comentaba la causa de la llegada de la brigada. El boticario que habia tomado la presidencia en ausencia del alcalde y fiel de fechos, quienes estaban por demás ocupados con los nuevos huéspedes, decia con voz campanuda y acento de profunda conviccion en la sinceridad de sus opiniones ultra monárquicas y religiosas:

—Señores, S. M. el Rey, camina á su perdicion, con esa porfia de no querer, ya que no ahorcar, al menos separar de su lado, á ese enjambre de pícaros negros, herejes y francmasones que le rodean y aconsejan, que tienen todos los empleos, y que con su conducta ultrajan nuestra católica y apostólica religion y provocan las justas iras del cielo contra España..... Si, amigos mios, el rey se muestra sordo á la voz de sus vasallos leales; y en lugar de devolver todo su poder y auge á la santa Inquisicion, tribunal, que solo con el eco de su nombre pone en fuga toda esa caterva de comuneros y masones, herejotes descreidos, que matan á los curas, como el de Tamajon, á martillazos en la cabeza, (un grito de horror se escapó de todos los lábios) transije con esos pícaros y castiga á los buenos que quieren sacarle del cautiverio en que le tienen masones disfrazados y herejes con capa de cordero.

Aquí el orador se detuvo para tomar aliento y limpiar las gotas de sudor que el calor de la estacion hacia correr, saliendo por debajo de la peluca, hecha en Huesca, humedeciendo su frente, cara y cuello; y continuó:

—El Rey, nuestro señor, ha salido de Madrid y se dirige á Cataluña para destruir la *Junta suprema de Cataluña*; lo cual

es lo mismo que decir, que quiere destruir al partido apostólico, á los verdaderos defensores del trono y de nuestra santa religion. Y para llevar á buen término su voluntad, manda á sus soldados marchar hácia Manresa donde gobiernan los que quieren salvarlo á pesar suyo, y dar la paz á los buenos españoles. Pero quién sabe lo que sucederá..... Yo he visto muy de cerca al señor coronel que manda la columna que marcha á Huesca y se ha alojado por dos dias en nuestro pueblo, y tiene cara de tan buen caballero y cristiano viejo que dudo mucho quiera emplear sus soldados contra los del Trono y del Altar..... Además, yo no sé lo que sucederá; pero me temo que S. M. el Rey nuestro señor, encuentre mas difícil la entrada en Madrid de lo que fué su salida; porque....... Oigan Vdes. este papel, cuya lectura les dirá mejor que yo cuanto ocurre sobre el particular.

Esto diciendo el orador sacó de la faltriquera una cartera, y de ella un impreso que está envuelto en dos ó tres pliegos de papel blanco. Todos los concurrentes se apiñaron en derredor del boticario; y con los ojos y orejas desmesuradamente abiertos, el cuello estirado á manera de ganso qué vé la mano que suele darle la pitanza, escucharon unos, enterneciéndose hasta derramar lágrimas; otros exaltándose hasta el estremo de apretar los puños y aplastar con fuerza el pié del individuo que mas cercano tenian, la lectura del *Manifiesto que dirige al pueblo español una federacion de realistas puros sobre el estado de la nacion, y sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo señor infante D. Carlos.*

En tanto tenian lugar en casa del médico de Barbuñales, esta y otras escenas vaciadas en el mismo molde, en la del tio Moyuela, antiguo, vasto y destartalado caseron solariego, cuyos cimientos se echaron poco despues del descubrimiento de América, y que levantaba su negra mole enfrente de la panilla del Grajito, paseaba en su sala principal, cuyas ventanas daban á la plaza, un hombre como de treinta años, pequeño de estatura, delgado; pero dotado de una fisonomía varonil llena de vida y espresion; bañada de una tinta de orgullo y dureza, que se manifestaba por la contraccion de sus cejas, la fuerza é inmovilidad de sus negras pupilas y lo fino y apretado de sus lábios que se

descubrian á través de los pelos de su negro bigote. Este hombre vestia una levita militar, en cuyas boca-mangas se veian tres galones de oro; y recorria la sala de su alojamiento con paso mesurado, y fumando un cigarro puro cuyo azulado humo se complacia en ver elevarse hasta el techo, con una calma é indiferencia tal, que manifestaba lo poco preocupado que se hallaba su ánimo en aquel momento.

De improviso preséntase en la puerta un ordenanza, que con la mano puesta en la frente y perfectamente cuadrado, le dijo:

—Mi coronel, ahí está un mozo de este pueblo, que pide licencia para hablar con usía.

—Que entre, (respondió el gefe sin volver la cabeza ni hacer movimiento alguno que denotase que habia parado la atencion en las palabras del soldado. Pocos segundos despues oyó á sus espaldas una voz que decia:

—Pa servir.... Dios guarde á su merced..... usia.... mi.... señor coronel de tóo mi respeto y.......

Sorprendido por tan estraño lenguaje, el gefe se volvió hácia el que así se espresaba, y vió á un mozo alto, seco y estraordinariamente pálido, que cuadrado militarmente esperaba licencia para seguir hablando.

—Quien eres, qué me quieres? (le dijo el coronel con acento de mando).

—Señor, con permiso de V.... usía, soy Cosme Tajo.

—Cosme Tajo... Cosme Tajo... (esclamó el gefe pronunciando lentamente este nombre, como aquel que quiere recordar alguna cosa; y el mozo, adivinando lo que pasaba en la imaginacion del gefe, continuó para ayudar su memoria.

—Si señor, mi cap.... mi coronel, Cosme Tajo, aquel asistente que tuvo V.... usía en Granada el año 22 cuando era V.... usía capitan del batallon de San Marcial...!

—Yá...! (hizo el coronel satisfecho por haber salido de la duda).

—Si señor, señor conde (continuó el Tajo animado por la espresion de bondad con que el coronel habia pronunciado este ¡yá!) Por via de.... Que yo no mavia olvidao de V.... usía: y asina fué que lo conocí en cuanto entró esta mañana po el lugá..... Usía siempre tan famoso, ¿eh?

—¿Y tu, perillan?



—Vamos pasando, asina á sina; á trompezones.

—Buen alhaja; tu cara está diciendo que no has tenido enmienda.... Siempre pendenciero, ¿no es verdad? y amigo de las muchachas y del vino....

—Usía está diquivocao; eso ya hace tiempo que se acabó.

—Cómo! has sentado la cabeza?

—Si señor, siempre en mi trabajo y cuidiando de mi hacienda.

—Pues tu cara está en contradicion con tus palabras; has estado enfermo?

—No señor, usía.... sino que tiene uno enemigos que le quitan el sueño, y no le aprovecha á uno la comia que come.

—Nada, lo dicho; la navaja, el porron y el guardapies, han de acabar contigo.... Vamos, ¿quieres volver al servicio?

—No señor, mi coronel, bien se está el Pare Santo en Roma....

—Luego ¿qué me quieres? Te hace falta algo? dímelo que tendré gusto en socorrerte.

—Na, señor; muchísimas gracias.... sino que con la alegría de ver á usía se ma olviao lo que venia á decirle.

—Ea, pues; refresca la memoria y dímelo.

—Averá usía de saber, que anoche mataron á un hombre en el lugá....

—Y te echan á tí la culpa, ¿nó es verdad bribon? Pues mira, como hayas sido tú, te fusilo sin misericordia; (esclamó el coronel con gesto severo).

—No señor...! dijo Tajo retrocediendo ante la colérica mirada del gefe.

—Pues, ¿quién ha sido?

—A decírselo á usía venia.

—Dilo pronto; y cuenta con decir verdad....!

—Mire usía por esa vontana.... ¿No vé usía allí enfrente, pintado de negro en la pared un ringlon que dice, *Despacho de bino y licores?*

—Si veo.

—Pues por la vírgen del Pilar, que allí está el que hizo la muerte.

—Y ¿sábe el alcalde del pueblo quien es el asesino?

—No señor, usía mi coronel.

—¿Y cómo lo sabes tú?

COSME TAJO.



—Porque el muerto era conocio mio; y el alcalde nó supo ná hasta que le ijeron esta madrugá, que detrás de la tapia del estercolero de la tia Casilda, la viuda del tio Calamocha, se habia visto un hombre que lo habian matado.

—Pero, y tú ¿cómo lo sabes? (preguntó de nuevo y con vehemencia el coronel).

—Verá V., señor usía, mi coronel.... Pus como iba diciendo, el muerto era conocio mio, y ayer á las doce entró en esa taberna á beber vino, yo, como me ha mandao el alcalde que no entre, estuve por allí dando vuelta hasta que saliera; y no salió. Yo estuve toitica la tarde esperando, y maliciándome algo malo viendo que no salia, esperé toda la noche, hasta las doce en que ví al gitano que tiene la taberna, que sacó á mi amigo muerto á cuestas y lo llevó al estercolero onde lo dejó!

—Cobarde! (esclamó el coronel irritado) ¿y porqué no le detuviste con el cuerpo del delito.

—Señor, mi coronel; porque tuve miedo que me echara la culpa á mi.

—Que te echara la culpa....? Veamos, esplícate mas claro.

—Si señor usía, mi coronel.... Ya lo ha hecho otra vez.... Sabrá usía, que hace algunos años, ese demonio de gitano, ladron y asesino, mató un amigo suyo; lo cual casi puedo jurar, porque vide que los dos salieron de su casa, que es un matadero de cristianos, á las doce de la noche y luego volvió el gitano solo y el otro se le encontró aluego muerto en el rio. ¡Pues, señor, mi coronel, porque dije esto, me armó el alcalde una sanfrancia tal que en poco si no me ahorcan á mí.... Yo tuve que dirme del lugá, y él se quedó riendo.

—Muy grave es eso que me estás diciendo, muchacho, (esclamó el coronel con manifiestas señales en su rostro de tomar la cosa por lo sério).

—Ah, pues si yo ijera á usía otras cosasas..........

—Síentate ahí, (interrumpió el gefe indicando con un dedo una silla al Tajo) siéntate y cuéntame despacio cuanto sepas.

—Señor, sentarme yo delante de usía...?

—Si, y pronto, (esclamó el coronel en tono que no admitia réplica.

Tajo se sentó en el borde de la silla, y el coronel lo efectuó en otra que estaba á su lado.

El pegujalero contó á su manera, es decir, cargando el cuadro con los negros colores que el ódio profundo que profesaba al Grajito le sujeria, la historia del panillero de Barbuñales; cuando hubo concluido, el coronel se levantó de su asiento, y dando un golpe con el puño cerrado sobre una mesa que tenia inmediata, esclamó:

—Juro por mi nombre, que he de hacer una justicia ejemplar en este pueblo, en nombre del Rey nuestro señor...! He aquí lo que son las autoridades de las aldeas; encubridoras de los malhechores, por miedo ó por cohecho; y tiránicas con los hombres de bien de quienes no recelan la venganza...! Mira, muchacho, tú que sabrás dar con el alcalde, vé inmediatamente á buscarle y dile que se presente á mí sin pérdida de momento que le vá en ello la vara.... Y cuenta con no decirle nada del motivo de mi llamada; tú ven con él.

—Señor ¿usía fusilará á ese ladron en cuadrilla y asesino á traicion? (preguntó Tajo, trémulo de alegria).

—Si; y á toda su raza si toda ella tiene parte en el cúmulo de atrocidades que me has referido,... Vete y vuelve pronto con el alcalde.

El pegujalero no se hizo repetir la órden y se puso de un salto en medio de la plaza.

Fuera de sí de gozo con el próximo cumplimiento de su venganza, y temblando á la par que un accidente imprevisto se la arrebatase de las manos, se dirijió á dos cazadores de Africa con quienes tropezó á la salida de la puerta del alojamiento del coronel, y le dijo:

—Chiquios, pijorros ¿quereis vos beber un porroncete de Cariñena?

—Con mil amores, prenda... (respondieron los militares atusándose el bigote con aire marcial.)

—Pues venirse conmigo, que yo tambien é servío al rey, allí á esa taberna de enfrente.

Los soldados se pusieron mas hácia la oreja derecha las gorrillas de cuartel; echáronse sobre el muslo izquierdo el sable, dejaron caer la mano sobre la empuñadura y siguieron á paso

redoblado al pegujalero que los precedia.

Cosme Tajo seguido de los soldados entró en la panilla de Urdiales, y esclamó con voz y ademan insolente.

—Hola, gitano de reniego, daca acá tres porroncetes de cariñena pa estos tres nobles soldaos del Rey de España.

Sorprendido Urdiales de ver en su taberna á Cosme Tajo, esclamó haciéndose violencia por aparecer tranquilo.

—Para estos amigos, tengo yo todo lo que se guarda en esta casa; para tí no tengo mas que la puerta de la calle. que puedes tomar cuando gustes.

—Y si no me dá gana...!

—Te estrellaré este porron en la cabeza (dijo Urdiales tomando con un movimiento de rabia la vasija) y luego llamaré al señor alcalde para que te ponga donde debes estar, y él te tiene prometido...

Al oir esta amenaza que le recordaba la herida que en otro tiempo recibiera en la cara por mano de ese hombre que le era tan odioso, Cosme Tajo perdió pié, y fuera de sí esclamó:

—Lo que tú has de llamar, cara de ahorcao muy luego, es al padre que te ha de confesar y te ha de decir el credo, subío á donde hace muchos años que te debian de haber bajao.

—Vete...! (gritó con rabia Urdiales) vete, porque si hablas una palabra mas te...

—No me dá gana, ladron y asesino consentio...

—Señores, (dijo Urdiales haciendo esfuerzos inauditos por contenerse, y dirijiéndose á los vecinos del lugar que estaban en la taberna) ustedes serán testigos de las palabras que me ha dicho este hombre, cuando los llame delante del alcalde.

—Pa que testigos? (esclamó Tajo con cínica insolencia) cuando yo no lo niego? y mas que lo negara, ¿que tengo yo contigo ni con el alcalde, ni con una carretá de demonios que te lleven? Ya sacabó ese tiempo; ya no tengo miedo al alcalde, porque *ay* ahora en el lugar quien pué y manda mas que él, ¿estás, cara de Judas?... ¿Quien sabe mucho, muchísimo los contrabandos que traes de noche, y quien está mas que enterao de lo que sacastes aneche á las doce de tu casa, que es una madriguera, pa llevarlo al muladar?

Urdiales perdió el color y el cabello se le puso derecho

sobre la frente; Tajo, sin parar la antencion en el terror que se retrató súbitamente en el rostro de su enemigo, continuó en el mismo tono;

—Y ese, pa que lo sepas, es mi amo, el coronel que está *ay* enfrente, D. Cárlos Espinosa, conde de Torre-milano, que te vá á fusilar, y que me ha mandao que vaya á procurar al alcalde, pa que no le falte na á la funcion.

Y vosotros, camarás, (dijo volviéndose hácia los dos cazadores) tened cuenta con ese mal hombre en mientras yo voy á cumplir la consigna que ma dao usía el señor coronel; hasta que vengan cuatro granaeros y un cabo á llevarlo amarrao codo con codo.

Dicho esto, Tajo salió de la panilla con aire de triunfador, dejando atónitos y con tanta boca abierta á todos los concurrentes.

Desde que el pegujalero nombrara al conde de Torre-milano, el rostro de Urdiales que súbitamente habia cambiado de espresion fué tiñéndose de un lijero carmin y manifestando las señales de una secreta alegria. Asi que, cuando Cosme hubo abandonado la panilla, recobrado ya de su pasado terror, esclamó dirijiéndose á los soldados.

—¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre de que el conde de Torre-milano es el coronel que los manda á ustedes?

—Pa servir á usted, patron (respondió uno de los cazadores irguiendo la cabeza) y hombre muy capaz de abrirle á usted cuatro bujeros nuevos con cuatro balas viejas...

—En ese caso, espero que me lleven ustedes á su presencia, pues tengo cosas de importancia que comunicarle (dijo el Grajito con aire que revelaba su deseo de ser obedecido).

—No hay peligro en ello (respondió un cazador). Con que, *flanco erecho*, á la erecha; paso redoblao marchen...!

Urdiales abrió la puerta de la escalera que comunicaba con el piso superior, y llamó con voz imperativa á Aurora. Poco acostumbrada la niña á verse tratada con severidad por su tio, bajó apresuradamente.

—Que hay, tiito de mi alma (esclamó toda trémula y asustada al verse entre tantos hombres desconocidos para ella).

—Nada, hija mia, (respondió Urdiales suavizando el tono)

sino que vas á venir conmigo á ver á un caballero. Esto diciendo, la tomó de una mano y se dirijió con ella hácia la puerta de la calle. Antes de salir, esclamó, señalando á uno de los concurrentes:

—Tio Jaime, hágame usted el favor de tener cuenta con la tienda.

—Que si lo haré con mil amores (contestó el aludido.)

Urdiales le dió las gracias, y seguido de los dos cazadores fuese al alojamiento del coronel.

Cuando entró en la sala, prévia licencia del conde de Torremilano, este se estaba paseando á grandes pasos, con las manos cruzadas á la espalda, con dos capitanes; el Grajito tuvo que esperar un minuto, á que el coronel se dignase parar la atencion en él. Llegado este momento, el conde le preguntó con aire altanero:

—Que quiere usted?

—Hablar con usía.

—Pues bien; hable usted y pronto.

—Lo que tengo que decir á usía, es reservado.

El coronel hizo seña á los dos capitanes para que se retirasen. Estos lo efectuaron y cuando se vió solo con Urdiales y la niña, á quien este no soltaba de la mano, se paró en frente de él, le midió con una mirada de los piés á la cabeza y esclamó con acento imperioso:

—Quien es usted, y que me quiere? Vamos despache usted pronto.

—Señor, (respondió el Grajito con calma) soy el panillero que tiene su despacho frente al alojamiento de usía.

—Como miserable...! (esclamó el coronel interrumpiéndole y dando un paso hácia adelante) ¿tiene usted valor para presentarse á mi vista...? Un ladron en cuadrilla y asesino...

—Y me llamo José Gomez; natural del barrio de Triana en Sevilla (prosiguió el panillero sin titubear, y como si no hubiera oido las palabras con que acababa de apostrafarle el coronel).

Este se quedó parado y sorprendido de un proceder que le parecia el colmo de la audacia; empero dijo, ahondando mas y mas el profundo surco que se dibujaba habitualmente entre sus negras cejas.

—Y ¿que me quiere usted decir con eso?

—Que soy José Gomez (contestó Urdiales sonriendo con dolorosa espresion) el gitano que fué condenado á presidio en 1809 por no haber querido descubrir á los que mataron al conde de Torre-milano.

El coronel se quedó como un hombre herido por un rayo; lívido, con la boca entre abierta y los ojos inmóviles y que parecia iban á saltársele de las órbitas. Urdiales continuó con la misma imperturbable calma:

—Y vengo á suplicar á usía no me condene sin oirme.

—Pero yo no conozco á usted! (respondio el coronel tartamudeando y estremeciéndose por intérvalos). No sé otra cosa, sino... que usted ha matado á un hombre.... y que es preciso..... que quien tal hace... pague... su delito...

—Eso mismo decia el señor conde, padre de usía poco antes de la muerte del señor de Torre-milano. Despues... despues se compadeció del delincuente; y no solo me socorrió generosamente durante el tiempo que estuve en presidio, sino que tomó toda mi desgraciada familia bajo su amparo, la llevó á su casa, y me escribió una carta, que conservo entre otras, jurándome por lo mas sagrado, que nunca la abandonaria.

Al llegar aquí, los papeles estaban completamente trocados; el orgulloso conde temblaba presa de un sentimiento de indignacion y vergüenza; y el asesino alevoso parecia un juez en cuya mano está la vida de un criminal.

—En suma (esclamó el coronel haciendo un esfuerzo por salir á cualquier costa de la embarazosa situacion en que se encontraba), ¿que quiere usted de mí?.. Dígalo pronto que por mi parte estoy dispuesto á cumplir la promesa que le hizo mi señor padre.

Quiero, señor, que usía obligue á ese mal hombre que ha venido á acusarme, á desmentirse delante de testigos; esto bastará para mi tranquilidad; y estaremos pagados.

Pero ese hombre ha propalado la noticia por el pueblo, y ha ido de mi parte á buscar al alcalde para prender á usted.... El es un hombre de bien y usted goza de mala opinion, y habrá creido el pueblo su primera declaracion; de manera que

su retractacion aparecerá como forzada ó hija del temor, si es que acaso quiere retractarse.

—Ese hombre es malo, y aun mas criminal que yo.... Porque si yo maté, fué... por mi desgracia; por que la necesidad me puso el cuchillo en la mano... Mientras que él... él, señor coronel, ha matado por malas entrañas por el gusto de matar...

—¿Que dice usted? será posible...!

—Sí, señor coronel; si se niega á volverse atrás de lo dicho, dígale usía que le enseñe su mano derecha, y recuérdele usía la navaja que se dejó en la cueva del monte.

El coronel no pudiendo conservar por mas tiempo la mal disimulada enerjía con que habia cubierto la terrible y dolorosa emocion que destrozaba su pecho, y le producia un vértigo que le atolondraba, retrocedió hasta tropezar con una silla sobre la que se dejó caer, con los brazos cruzados y la cabeza caida para ocultar la vergüenza que coloreaba su frente.

Conmovido Urdiales. se llegó á él y le dijo tomando una actitud suplicante.

—Perdonéme usía; el miedo de la suerte que me esperaba, me ha hecho agarrarme, como un cobarde, á la única tabla de salvacion que hay en el mundo para mí... Yo sé que usía es todo un caballero, y por lo mismo se avergüenza de lo que otros hicieron... Si usía no me puede salvar... muera yo, creo que Dios me perdonará!... Pero si puede hacerlo, hágalo usía, como lo hubiera hecho su señor padre, y por esta desgraciada niña que no tiene mas amparo que yo en el mundo.

Al decir esto, Urdiales atrajo hacia sí á Aurora, que pálida y llorosa habia asistido inmóvil y acongojada á esta escena, para ella especie de pesadilla angustiosa, y ambos se arrodillaron á los pies del coronel.

Este levantó los ojos y los fijó en la jóven cuya belleza le dejó suspenso, haciéndole olvidar por un instante sus dolores. Desde este momento quedó otorgado definitivamente el perdon de Urdiales en el corazon del conde, y le preguntó:

—Es hija de V. esta niña?

—No señor (respondió Urdiales clavando su mirada en los ojos del conde; y luego continuó pronunciando lentamente las siguientes palabras). Esta niña es hija de mi pobrecita herma-

na Rosa, por otro nombre la *Cugiñí* y nació en casa del señor conde de Torre-milano. Pocos dias despues de nacida, mi desgraciada hermana fué arrojada vergonzosamente de la casa, y salió con su hija en los brazos para dar testimonio de la ingratitud de los ricos con los pobres... Un año despues, su padre murió de resultas de una caida de caballo.

—Mi hermano... basta! (gritó el conde levantandose de su asiento con furor; y temiendo volverse loco en esta repeticion de golpes que amagaban trastornar su razon, se sujetó con fuerza la cabeza entre ambas manos y comenzó á recorrer á grandes pasos la sala.

Urdiales y Aurora se pusieron en pie; ella atónita y sin comprender nada de lo que estaba pasando, y el conmovido á un tiempo que gozoso, creyendo haber apartado de su cabeza la espada de la ley que por un momento vió fulgurar sobre su frente.

Pocos momentos despues, un ordenanza anunció que el alcalde y unos cuantos individuos, estaban esperando órdenes del señor coronel.

—Dí al alcalde de mi parte (esclamó el conde) que las espere donde está, y manda subir al mozo que le fué á buscar.

Cuando Urdiales y Cosme Tajo se encontraron frente á frente en presencia del coronel, ambos, cual movidos por un mismo resorte, dieron un paso hácia adelante, y quedáronse inmóviles lanzándose miradas de hiena sedienta de sangre. Aurora asustada se escondió detrás de su tio, y el conde se cruzó de brazos y procurando revestir su fisonomía de calma y dignidad, esclamó señalando con el brazo estendido hacia el Grajito:

—Tajo, ¿conoces á ese hombre?

—Vaya, pues! usía mi coronel, sì lo conozco... No que no...! Pues, si es ese perro de gitano que mató al Gato, y lo enterró en un estercolero...!

—Mientes! (dijo el conde con gesto amenazador).

—Que miento...? Vaya, usía mi coronel, se chancea, pues si lo vide por mis ojos!

—Tú no has visto nada... ¿Lo oyes? Y si acontece decir al alcalde ó á cualquier nacido que este hombre ha hecho una muerte, te mando dar diez carreras de baquetas y lo que me reservo. ¿Está usted señor Tajo?

—Señor! (esclamó Tajo en el colmo de la estupefaccion) míreme usia mi señor coronel, si yo lo he visto... lo juro por la vírgen del Pilar de Zaragoza, por la salud de mis difuntos, por san Cosme y S. Damian...

—Y por el infierno que te lleve (esclamó impaciente el coronel). Tú no has visto nada, absolutamente nada, ¿me entiendes? ó te....

—Pus, mas que me fusile, mi usía señor coronel, lo he visto sí mucho muchísmo...;

—Terco como un aragonés... ¡Pues bien, concedido, lo has visto; pero líbrete Dios de decirlo!

—Pus, si ya lo he dicho...!

—Pues en castigo, cuando yo te interrogue delante del alcalde, dirás que no has visto nada.

—Eso es; y luego que usía se va con la tropa y lo avrigüe el alcalde me sucederá como la otra vez.

—Sienta plaza y no tendrás que temer del alcalde.

Mi coronel... Una se le coje al galgo pero á la segunda esconde el rabo.

—Entonces confia en mí, que yo lo dejaré todo arreglado con el alcalde antes de la marcha, para que no te pare perjuicio.....

—Eso es; y antes que usía *saiga* andando tres leguas mas allá del lugar, el alcalde me echará mano y me arreglará á su manera.

—En ese caso, márchate del pueblo; yo te daré el dinero que te haga falta.

—¿Y mi casa y mi hacienda?

—Déjala encargada á un amigo.

—Si, pa que cuando yo güerva, se lo haya comido tóo la justicia.

—En fin, basta ya de replicar, señor Tajo... Obedezca usted y guarde respeto y silencio.

—Obedeceré ahora (esclamó Tajo despechado) pero luego hablaré.

—Y, ¿que dirás miserable? (dijo colérico el conde).

—La verdad, ná mas que la verdad... Que ese hombre es un asesino, y que no debe estar en Barbuñales, donde ha hecho ya dos muertes.

La entereza, el acento resuelto con que Cosme Tajo pronunció estas últimas palabras, heló la sangre en las venas de Urdiales, é inspiró sérios temores al conde, por cuya imaginacion cruzó el pensamiento de mandar al Tajo á la prevencion, con una mordaza y fusilarlo luego durante la marcha, usando ó abusando de las facultades que se le habian concedido para pasar por las armas á todos los rebeldes que cojiera con ellas en la mano, y aun á todos aquellos en quienes sospechara complicidad con los revoltosos de Cataluña. Empero antes de apelar á tan terrible espediente, quiso agotar todos los medios prudentes para conseguir su propósito; é iluminado repentinamente por una feliz idea, esclamó, llegándose al pegujalero hasta cojerlo por el cuello de la camisa:

—Señor Tajo, ó señor demonio... Usted acusará á este hombre, y yo le abonaré... Ademas, yo diré que el cuchillo conque fué hecha la muerte, se parecia á cierta navaja que se encontró en la cueva del monte; de lo cual puede dar testimonio cierta señal que tiene usted en la mano derecha.

Esta amenaza produjo un efecto mágico en el ánimo del pegujalero, quien aterrado con ella, juntó las manos en actitud suplicante y se dejó caer arrodillado á los pies del coronel, murmurando con voz temblorosa.

—Mi amo, usía, señor coronel de mi alma, yo pido á usía perdon, de toda contricion, y diré cuantas veces usía mande que no he visto na, na del tóo...

—Hola, señor Tajo (dijo el coronel desarrugando la frente) aprenda que quien tiene de vidrio el tejado no debe tirar piedras al ajeno.

El coronel tomó una campanilla á cuyo ruido se presentó un ordenanza, que recibió la órden de introducir al alcalde en su presencia.

La autoridad de Barbuñales seguida del Fiel de fechos y de dos alguaciles, que quedaron á la puerta de la sala, se presentó ante el gefe militar.

—Señor alcalde (dijo este despues de recibir y devolver los correspondientes saludos). Anoche ha sido muerto un hombre en este pueblo, y esta mañana levantado su cadáver por la justicia? Ahora solo falta encontrar al reo: ¿tiene usted alguna noticia de él

—Ya está encontrado (respondió el alcalde haciendo un saludo con la cabeza y mirando de reojo al Grajito).

—En este caso, tenga usted entendido, señor alcalde, que en vista del estado de rebelion que se encuentran algunos distritos de las provincias de Cataluña, Aragon y Álava, S. M. ha facultado á los comandantes de las columnas que han de operar en ellas para que establezcan comisiones militares allí donde lo reclame el buen servicio de S. M. para juzgar á todos los reos de rebelion armada, y entender en todos los delitos sean cualquiera su naturaleza y orígen. En tal virtud he dado órdenes para que se reuna la comision, á quien se ha de entregar el reo acusado de homicidio, y solo espera ya que usted lo entrege para empezar á funcionar.

El alcalde se inclinó reverentemente, y aturdido al verse en presencia de un delegado de S. M. revestido de tan ámplias facultades, olvidó su vara y los alguaciles que habia dejado á la puerta de la sala, y fué en persona á tomar por un brazo al Grajito; á quien condujo hasta dejarlo en frente del coronel, diciendo:

—He aquí al reo.

—¿Qué pruebas tiene usted de su criminalidad?

—La voz pública y la declaracion de este mozo, (dijo el alcalde señalando á Cosme Tajo).

—Y ¿no tiene usted otras?

—No señor.

—Pues estas no bastan; digo mal, no existen.

—Como! (dijo el alcalde sorprendido) cuando el testigo afirma haberlo visto.

—Y, ¿lo ha afirmado por escrito y con testigos?

—No señor.

—Entonces, repito, que no existen esas pruebas.

Pues yo tambien, dejándome guiar por la voz pública y por el dicho de este hombre, creí en la culpabilidad del acusado; mas habiéndolos careado, (como usted vé, señor alcalde) el Tajo se ha retractado, y está pronto á retractarse de todo cuanto ha dicho.

—Como así...! (esclamó el alcalde que manifestó su sorpresa por el juego de su fisonomía, y por la capa que se le cayó de los

hombros y que él no se cuidó de levantar).

—Como que el Tajo ha reconocido que, habiéndose embriagado anoche y permanecido hasta muy tarde en la calle acostado junto al umbral de una puerta, no puede absolutamente haber visto otra cosa mas que los sueños de la embriaguez. ¿No es verdad señor Tajo? (dijo el coronel interrogando al pegujalero con el gesto y la palabra) que usted no ha visto nada, y que se retracta en un todo de cuanto ha dicho que pueda ser en perjuicio de este hombre?

—Si señor, usía mi coronel (respondió el interpelado á quien el despecho, el furor y el miedo hacian dar diente con diente.

—Como es esto, Cosme Tajo...! (esclamó el alcalde dando contra el suelo con el cuento de su vara) ¿otra vez has tenido atrevimiento para acusar en falso á este hombre...? Tú no quieres escarmentar, y yo...

—Señor alcalde yo....

—Basta! (interrumpió con vehemencia el coronel temeroso de que el miedo hiciera cometer una imprudencia al Tajo, que desbaratase su plan). Señor alcalde, tenga usted entendido que aquí nadie mas que yo tiene derecho á preguntar ni á amonestar á los acusados...! Y, usted, Cosme Tajo, limítese á responder si ó nó, cuando fuere preguntado.... Ahora, pues, (continuó el coronel al cabo de un corto intérvalo de silencio y señalando hácia el Fiel de fechos) el señor, que supongo será el secretario y escribano del ayuntamiento, que se siente en esta mesa, y escriba la formal retractacion de Cosme Tajo, la cual yo dictaré y firmaremos todos como testigos; y de la que se me dará una copia y otra al acusado; y como quiero que cada uno quede en su lugar, haremos constar en ella, que al Cosme Tajo, visto su estado de embriaguez durante la noche anterior, no debe pararle perjuicio por causa de este breve sumario, y que por el contrario es la voluntad de S. M. que se le den las gracias por la generosidad con que, á costa de sí mismo, se ha prestado á salvar á un inocente.

El Fiel de fechos tomó asiento, y escribió con pausa lo que el coronel tuvo á bien dictarle. Terminado el escrito y firmado por todos los presentes escepto Urdiales, el conde, despidió á las autoridades de Barbuñales, mandando al escribano que en el im-

prorrogable término de una hora, le trajese las dos copias firmadas

Así que aquellos hubieron dejado la sala, el coronel sacó de su faldriquera un bolsillo de redecilla de seda verde, tomó seis onzas de oro en él, y poniéndoselas en la mano á Cosme Tajo, le dijo:

—Haz por olvidar todo cuanto ha pasado aquí, y tambien que has conocido ni conoces á este hombre, como él, estoy seguro, hará por olvidarse de tí. Si no obrais de esta manera, os vaticino que os acarreareis mútuamente la perdicion; y puesto que os veis obligados á vivir los dos en el mismo pueblo, vivid como si nunca os hubierais conocido. Vete, y sé hombre de bien.

Cosme Tajo, aun no repuesto del todo de su sorpresa salió de la sala sin proferir una palabra, ni separar sus ojos del cielo. Cuando se hubo retirado, el coronel se llegó á Urdiales, y le dijo con acento hondamente conmovido.

—¿Está usted contento?

—Señor conde (respondió el panillero con los ojos arrasados de lágrimas) ha sido usia un padre para mi....

—Usted se sacrificó por el mio; justo era que yo sacrificase mi conciencia y los deberes de mi cargo por usted... Estamos pagados... Dios que lée en los corazones, dará á cada uno su merecido. Retírese usted y solo le ruego, que pasadas algunas horas venga usted á visitarme, pues tenemos mucho que hablar.

Urdiales saludó al conde y salió de la habitacion; mas antes de que lo efectuase este tomó una mano á Aurora y la estrechó entre las suyas murmurando:

—Pobre niña!

CAPITULO VIII.

EL conde de Torre-milano.

La columna que mandaba el conde de Torre-mílano, y que saliera de Zaragoza con destino á operar en la provincia de Huesca, hubo de detenerse por órden superior en Barbuñales, cuando solo se habia alojado por término de cuarenta y ocho horas en el pueblo. Empero, cuando comenzaba á acostumbrarse á las penalidades de tan incómoda guarnicion, recibió la órden de ponerse en marcha para Huesca donde recibiria instrucciones que no debian hacerse esperar mucho.

El motivo de este movimiento de tropas, era el estado grave en que se iban poniendo los asuntos de Cataluña, donde ardía la hoguera de la insurreccion, atizada por el *bando apostólico*. Manresa, Vich y Gerona estaban en completa rebelion, y la facciosa *Junta suprema de Cataluña*, instalada en la primera ciudad, estaba á punto de declarar el destronamiento de Fernan-





EL CONDE DE TORRE MILANO.

do VII para proclamar en su lugar al infante D. Carlos. Esta descabellada intentona obligó al Rey á salir de Madrid en el mes de Setiembre, para dirijirse en persona contra la insurreccion, dando con esto orígen á las contínuas marchas y contramarchas de la columna del conde de Torre-milano, que en union con otras debia caer sobre los rebeldes.

Quince dias han trascurrido desde aquel en que una casualidad providencial salvó al Grajito de saldar sus cuentas con la justicia, y pagar con su vida la série de crímenes que un primer y fatal delito, le habian impulsado á cometer.

Son las cuatro de la tarde; las cajas recorren las calles del lugar tocando llamada y tropa, y los soldados se reunen en la plaza para emprender la marcha. Las mozas del pueblo, menos bien peinadas en este dia que lo estubieran aquel en que llegaron los hijos de Marte para hacerlas saborear una esperanza que ahora se llevaban para siempre en sus mochilas, suspiran, lloran ó gimen al despedirse de los que les han prometido casarse con ellas así que tomen la licencia absoluta. Los mozos, por el contrario, se alegran interior y esteriormente, y los ancianos de ambos sexos lloran lágrimas de verdadero dolor, recordando á sus hijos que acaso se hallan tambien en otro pueblo con el fusil al hombro dispuesto á marchar contra el enemigo, para no volver jamás.

La columna está ya formada, y dispuesta para salir de Barbuñales. Solo falta la presencia del gefe para emprender la marcha y este, sin embargo, se hace esperar. Todas las miradas se dirijen á la panilla de Ramon Urdiales, en cuya puerta se halla formada en ala la guardia de prevencion, cuyo oficial ha recibido la consigna de no dejar penetrar en ella á nadié, sea paisano ó militar.

En la habitacion superior de la tasca se encuentran en esta hora, el conde de Torre-milano, Aurora y el Grajito.

Los tres manifiestan en el semblante señales inequívocas de la mas viva agitacion. El conde, en trage de camino, se pasea por la estancia haciendo resonar las espuelas sobre el piso que retiembla bajo sus fuertes pisadas. Aurora inundada en lágrimas se estrecha contra su tio: y este, pálido y convulso la sujeta con el brazo izquierdo cual si se la quisieran arrebatar.

El conde se para en frente de Urdiales, y le dice, con acento que revela su decidida voluntad de ser obedecido.

—Acabemos de una vez, Gomez, estoy resuelto á no retroceder ante ninguna dificultad para llevarme esa niña.

—Señor conde, ya vé usted que es imposible...

—¿Como imposible?

—Porque ni yo puedo separarla de mi lado, ni ella quiere irse con usted.

—Pues yo haré que tú te separes de buen ó de mal grado; y que ella me siga de la misma manera.

—Señor conde; querrá V. conseguirlo á la fuerza?

—Estoy decidido á todo...!

—Señor...! no me quite usted el único bien que tengo en el mundo...! Qué falta puede hacerle á usted esta pobre criatura? Usted que tiene cuanto puede necesitar para ser felíz...! Además, tendrá V. valor para verla llorar siempre y llamarme á su lado á cada momento, por muy léjos que esté de mi...?

—Si, porque quiero hacerla feliz á despecho tuyo.

—Señor, si ella no quiere mas felicidad que mi cariño.

—Buen cariño, ira de Dios, cuando intentas arrebatarla tanto bien como quiero hacerla, y dejarla sumida en la miseria y la abyeccion en que se encuentra. Cuando prefieres, por bastardo egoismo guardarla encerrada en la taberna de una miserable aldea, en lugar de dejarla que venga á brillar en las grandes ciudades entre las mas hermosas mujeres cuya envidia y celos debe escitar.

—Señor, señor; esas grandezas no se han hecho para ella, déjela V., aquí á mi lado viviendo honrada con su pobreza que aquí de nada habrá de tener vergüenza, ni nadie vendrá á recordarle de donde ha salido... Vale mas que sea la mujer de un honrado labrador, que no se tendrá en mas que ella, que no una señora de prestado, á quien todos los grandes señores se creerán con derecho á engañar, para despues despedirla con el pié, como á su pobreçita madre, que tambien era tan hermosa como ninguna, y que luego, por haber querido dejar de ser pobre, vino á morir como un perro sarnoso en medio de un monte sin que nadie la dijera. Dios te haya perdonado.

—Y, ¿quien te ha dicho que yo la abandonaré ni aun despues,

de mi muerte; si Dios es servido tomarme la vida antes que á ella?

—Yo no sé lo que sucederá... Pero repito á usté, señor conde, que mientras pueda no me separaré de ella.

—Yo sabré obligarte á ello...!

—Señor conde...! Esa porfia me hará sospechar...!

—Que sospecharás...!

—Si querrá usted hacer con ella lo que su señor hermano hizo cón mi pobrecita hermana.

—Miserable...! Con qué derecho intentas penetrar en el sagrado de mis intenciones? y oponerte á mi voluntad?

—Con el que me dá la sangre...! Olvida, usted, señor conde que soy su tio, y que no teniendo ella padres vivos, lo soy yo con mas razon que otro ninguno?

—Tambien yo lo soy, ira de Dios! y con ese título la reclamo.

—Pues vamos al alcalde y que el se la dé á quien de razon y de justicia pertenezca.

—Insensato! ¿olvidas que esa necia porfia te puede costar cara.... Y que soy el conde de Torre-milano, á quien tú ni ninguno de tu raza despreciable puede desafiar impugnemente.

—No, señor conde, no olvido nada... Y menos que hay un Dios en el cielo y justicia en la tierra.

—Hola, me amenazas!

—No, señor conde, me defiendo, y me defenderé.

—Ira de Dios!; miserable gitano, ¿me desafias?

—No, señor conde; pero tampoco le tengo miedo.

—Ahora lo veremos...! (esclamó el conde adelantandose en ademan de asir á Aurora por un brazo).

Aurora lanzó un grito tan agudo y penetrante, y fué tal la espresion de odio y de terror que se pintó súbitamente en su fisonomía, que el conde se detuvo y aun hizo ademan de retroceder.

Urdiales trémulo de furor oprimió con desesperacion á la niña contra su pecho, y ciego de indignacion, llevó involuntariamente la mano derecha entre los pliegues de su faja, donde guardaba el cuchillo. Mas repuesto muy luego de este impremelitado movimiento de cólera, esclamó retirándola:

—Señor conde; lo que usted hace, no es de caballero..... Re-

cuerde usted que su padre me puso en el camino de mi perdicion; su hermano mayor llevó á mi hermana al de la prostitucion;.... y que ya no quedan de nuestras familias mas que dos personas honradas; la una es usted, la otra es esta pobre niña....

Estas sencillas palabras dichas en tono de humilde reconvencion por quien habia adquirido lejítimamente el derecho de escupirle á la faz, dieron de lleno en el corazon del conde; y como eran una elocuente protesta contra la mas negra ingratitud, y encerraban al mismo tiempo toda una larga historia de crímenes, en la cual figuraba el nombre de Torre-milano desde el prefacio, el conde sintió que el rubor de la vergüenza invadia su frente, y que un punzante remordimiento se apoderaba de su corazon. Vencido y humillado, inclinó la cabeza sobre el pecho, y salió de la casa de Urdiales como el reo de la presencia del juez.

Pocos momentos despues, la columna, en son de guerra, abandonaba el pueblo de Barbuñales.

El extracto de tres diálogos, que durante este dia, y á diferentes horas, tuvieron lugar en el pueblo entre personas que nos son conocidas, nos dará la clave de la escena que acabamos de bosquejar.

Por la mañana Urdiales habia dicho á su sobrina:

—Pero *chiquía* ¿será posible que ni aun hoy, que debe marcharse nuestro amigo el señor conde, quieras ir á verlo para despedirte de él?

—No, tiito; y hoy menos que nunca.

—No sé por qué eres así con él ¿no te quiere y procura tenerte siempre contenta?

—Si; pero no lo consigue.

—¿Cómo es eso caprichosilla?

—Porque en lugar de cariño, me inspira miedo.

—Mira *chiquía*, hace muchos dias que estoy procurando averiguar, y no lo puedo conseguir, por qué de poco tiempo á esta parte, tú que al principio estabas siempre tan contenta con el señor coronel, y me decias que te llevára á verle, y hablabas con él á todas horas por la ventana; te muestras tan desconfiada y no quieres ir á verlo ni á tres tirones...... Cuando él es un señor tan bueno para tí, que puede hacerte tanto

bien, como, puede que tenga obligacion,..... que nos ha ofrecido labrarnos en el pueblo una casa, para que pongamos un establecimiento como los de Sevilla, y que, en fin, te quiere como si fuera tu padre.....

—Pues bien, tiito de mi alma; con todo eso, yo no lo quiero ni miaja.

—Pero *chiquía*; ¿por qué es eso?

—Porque tengo miedo cuando estoy sola con él.

—Muger: ¿y por qué no te dá miedo cuando estás sola conmigo?

—Oh, tiito; porque usted, es otra cosa: usted me quiere, y me sabe querer sin darme miedo.

—Niña....! ¿es algun bú ó algun coco que te vaya á comer?

—No señor; pero verá usted tiito. Cuando yo iba á verle, siempre me tenia preparadas algunas golosinas para comer; al principio me hablaba, así, naturalmente, tanto que yo me reia y estaba muy contenta á su lado con las cosas graciosas y bonitas que me contaba..... Luego me decia que era muy bonita, muy hermosa, que mis ojos, que mi boca, que mis pies, mis manos, mi talle, y qué se yo, eran los mejores del lugar y tambien de España..... Entonces, tiito de mi alma, me miraba y me echaba unos ojos..... así tan abiertos que me daba miedo..... Luego se sentaba á mi lado y me cojia una mano; si vieras tú tiito, como temblaban y quemaban las suyas..... Entonces me asustaba yo y me venia corriendo á casa; y por eso no quiero ir mas á verle.

—Ah¡ (murmuró por lo bajo Urdiales) bien me lo maliciaba yo....! ¡Qué infamia!

—¿Qué dices tiito? ¿Estás enojado conmigo?

—No, medrosilla; y puesto que no quieres ir; no vayas.

. . . .

. . . .

—Para siempre sea alabado, padre (contestó la esposa del boticario al cura que entró saludando á los tertulianes del farmacéutico) ¿Llega usted de despedir á la tropa?

—Si señora mia.

—Vaya ¿fué usted muy lejos? ¿Qué tal iban?

—Señora, mi mula, como es tan andadora, me llevó cerca de

una legua mas allá del pueblo. En cuanto á la tropa iba muy bien..... Es cosa que contrista el ánimo, el ver que tan buenos soldados caminen con tanta indiferencia á la muerte.

—¿Por qué (esclamó el médico) tan malo se pone aquello?

—Mucho que sí. Y si el Todo Poderoso, no nos mira con ojos de misericordia, creo que muy en breve habremos de sentir los estragos de una guerra entre los buenos, encendida por las maquinaciones de Luzbel y sus sicarios los francmasones y herejes que rodean á S. M. el Rey, que Dios guarde.

—Y todo, porque S. M. se niega á reducir el elemento deletéreo que satura el aire que respiramos á la impotencia por medio de la presion de su robusta mano. (Interrumpió el boticario).

—No parecia sino (continuó el cura) que el señor coronel conde de Torre-milano, presentia las desgracias próximas á caer sobre nuestras cabezas; tal era el aire contrito y pesaroso que llevaba, al frente de la columna y montado sobre su caballo negro.

—Ah! (hizo la esposa del farmacéutico acompañando su esclamacion con un jesto de disgusto). Vaya un señor conde.....

—Todo un caballero, señora; si viera usted con que finura se despidió de mí (interrumpió el cura).

—Quite usted allá, padre: un conde de esa estofa, se halla en Madrid arrimado á cada guarda-canton. Vaya un conde....! nado, le llamaria yo;.... que en quince dias que ha estado en la villa solo se ha tratado y rozado con lo mas soez y plebeyo del pueblo; sin permitir poner los pies en nuestras casas; apesar de haberle invidado repetidas veces, y de que asistian á nuestras tertulias los oficiales mas lechuguinos de su columna, tales como el subteniente D. Felipe Haceatodas que estuvo siempre tan fino y galan conmigo.

—Señora usted, olvida, que para que los señores oficiales se solazáran honestamente y sin riesgo, era necesario que el señor coronel velase y trabajase sin cesar; y que en tiempos como el que atravesamos un gefe que sabe serlo no tiene mucho tiempo de que disponer para distracciones.

—Si, eh, padre?.... Vaya ¿quiere usted decirme si los grandes quehaceres del tal coronel eran los que le obligaban á es-

tarse todo el dia, ó en las ventanas de su alojamiento mirando con un catalejo hácia la taberna del gitano, ó paseando por la plaza sin apartar la vista del mismo sitio?

—Señora, señora; caridad....!

—Vaya un señor conde que no tiene tiempo para visitar á una señora, y pasa las horas muertas hablando con una gitana mocosuela; que no acierta á pisar los umbrales de una casa distinguida, y se despepita por entrar en una taberna....! Eso es conde ni quien tal piense; eso es un pelagatos metido á conde; y que asoma la oreja á la primera ocasion.

—Señora doña Rita; usted no piensa ni cree en lo que dice (esclamó el cura con cierta severidad).

—¡Cómo que no lo creo....! Pues qué ¿soy ciega y lo son todas las personas decentes de la villa, á quienes tenia escandalizada la conducta de ese conde supuesto? ¡Cómo que no lo pienso....! Pues ¿que puede pensarse de un gitano que recoje una haraposa pordiosera de su misma despreciable casta, la cria, y en cuanto es mujer, con mediano palmito la deja tratar á su libre albedrio con el primer hombre que se le presenta dándose aires de gran señor....! De esto no se ha visto otro ejemplo en Barbuñales, y bueno fuera que el señor alcalde dictase una providencia que pusiese coto á la inmoralidad que por desgracia va cundiendo desde que los pícaros negros quitaron la moral como quitaron tantas otras cosas.

. . . .

—*Chiquío* ¿cómo ta ido por el camino?

Esto preguntaron en un corro de mozos que despues de oraciones se habia formado en la plaza, á uno de ellos, que habiendo salido aquella tarde de bagajero con la columna, habia regresado á las pocas horas al pueblo por habérsele lastimado un borrico, de resultas de una caida, en término de no poder continuar andando.

—Mal *chiquío*; que perdío un burro que mas quisiera haber perdío un brazo..... ¿Sabeis á quién vide con los baajes del coronel?

—A quién?

—A Cosme Tajo que iba con una gorra de paño con bolrra encarná, echándola de mayordomo.

—Mia que noticia....!

—Pus qué; ¿se vá del lugar?

—Quia, chiquío, ni cosa..... como tres y tres son cinco.

—Pus; ¿y su casa y hacienda?

—La ha vendio á tio Geromo Teruel.

—Luego, se vá pa no golver.

—Asina es, chiquío.

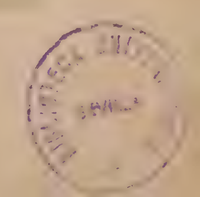
. . . .

Siendo como las dos de la madrugada del cuarto dia trascurrido desde la salida. de Barbuñales, de la columna mandada por el conde de Torre-milano, oyóse en la plaza del pueblo un disparo de arma de fuego; y luego un ruido confuso de gritos y lamentos que sonaban dentro de la panilla de Ramon Urdiales; de allí á poco, tres hombres salieron de ella conduciendo en brazos un bulto bastante voluminoso.

Pocos pasos habian andado en direccion de una salida del pueblo, cuando el alcalde, que con cuatro vecinos honrados rondaba aquella noche las calles del lugar, y dos rondallas de mozos que con guitarras, bandurias y flaixolet desvelaban á las mozas y hacian renegar á los viejos, alarmados todos por el ruido llegaron á todo correr á la plaza con bastante oportunidad para impedir la huida á los hombres que salian de la taberna. Estos, al verse detenidos, depositaron con sumo cuidado el bulto en el suelo, y desenvainaron los sables con los que arremetieron contra los barbuñalenses con intento de dispersarlos. Pero una docena de garrotes diestramente manejados por otros tantos brazos robustos, obligaron á los desconocidos á abandonar el campo mas que de prisa y molidos á palos, dejando allí por trofeo de la victoria, el objeto de su codicia.

Despues de haberlos seguido un buen trecho, con deseo, aunque inutil de hacer preso alguno, el alcalde y su ronda regresaron al lugar de la pelea, y reconoció el bulto que alguno mozos habian estado custodiando désde cierta distancia; y todos vieron con indecible sorpresa, á Aurora, la sobrina del panillero, envuelta en una manta y desmayada. Lleváronla con todo miramiento á su casa, cuya puerta dejaron abierta los desconocidos, y habiendo llamado en vano á Ramon Urdiales, la autoridad se decidió, á practicar un reconocimiento en las habitaciones.

RAPTO DE AURORA



En la del piso superior encontraron tendido en el suelo al panillero, fuertemente amarrado de pies y manos con un pañuelo metido en la boca que le imposibilitaba de gritar y le tenia casi sofocado, y un trabuco recien descargado á su lado; finalmente el desórden de los muebles de la estancia atestiguaban la lucha que debió haberse empeñado pocos momentos antes.

Vuelto en sí, á beneficio de los socorros que se le prodigaron, é interrogado por el alcalde, el panillero dió la siguiente declaracion;

«Que habia sido despertado durante su sueño por un ruido que se hacia en la ventana de su habitacion, como de querer forzarla. Que alarmado creyendo que fueran ladrones, habia hechado mano al trabuco, en el momento mismo en que las maderas de la ventana cedian á los esfuerzos que desde fuera hacian por abrirla, apareciendo inmediatamente, dos cabezas por encima del alfeizar; lo cual visto por él habia hecho fuego al aire para amedrentar á los que suponia ladrones. Pero que, sin manifestar temor saltaron en número de tres y enmascarados, dentro de la habitacion se arrojaron sobre él, y apesar de su desesperada resistencia y de los gritos que dió pidiendo socorro, le sujetaron y taparon la boca con un pañuelo. Acto contínuo, se fueron á la alcoba donde estaba su sobrina, y se la llevaron envuelta en las ropas de la cama.»

Preguntado si conocia, ó sospechaba quienes pudieran ser los agresores, contestó que nó.

. . . .

. . . .

Pocos dias despues, Ramon Urdiales habia vendido su establecimiento, y abandonaba para siempre, con su sobrina, el pueblo de Barbuñales.

CAPÍTULO IX.

Renuévanse las hostilidades.

La primera campanada de las onçe de la noche acababa de sonar en el reloj de la Catedral de Sevilla, cuando un hombre jinete en un gallardo macho bien aparejado y que llevaba un retaco colgado del albardon, penetraba por la puerta de la Carne. Despues de cambiar una señal de inteligencia con los guardas torció á la derecha y se metió entre el muro y la manzana de casas, siguiendo hasta la plaza de los Curtidores, luego por la calle de S. Gerónimo, por la plaza de los Zurradores hasta la calle də los Tintes, deteniéndose finalmente á la entrada de esta, junto á un retablo que existe debajo de un arco de medio punto próximo á la calle Almenta. Aquí el hombre se descu-

brió devotamente, y contemplando una imágen de la vírgen de los Dolores que iluminaba débilmente la escasa luz de un farolillo, oró por espacio de algunos minutos. Acabada su corta oracion, volvió á emprender el camino andando hácia el ángulo de la plaza de los Zurradores que mira al muro en direccion de la puerta de la Carne. Cuando llegó, dió un agudo y prolongado silvido, al cual no tardó mucho en contestar otro en igual tono. Entonces el macho dió un sordo relincho, y sin que su ginete le aguijonease echó á trote largo hasta detenerse delante de la puerta entornada de una casa situada á la mediacion del frente de la manzana comprendida entre las plazas de Curtidores y Zurradores. Un mozo tomó la caballeria por el ramal y el hombre que la montaba se apeó diciendo:

—Dios te guarde, Romo.

—Y á usted por muchos años, señó Joselito.

—¿Como está la niña?

—Sin noveá; como una mosqueta.

—¿Y la tia Geltrudis?

—Como siempre; gruñendo que no hay cristiano que pare junto della.

—Llévate el macho á la cuadra, y no le quites el aparejo, que viene sudado. Luego saca la escalera, y la soga con los ganchos chicos, y arrímalo todo al muro.

—¿Sa menester llamar á Cipriano y al Montañuco pa que mos ayuden?

—No; que no vienen mas que dos fardos; y son chicos.

—Pues, buen viaje hemos echao!

—No tan malo; que mañana á la noche entrarán en el barrio de S. Bernardo, siete machos con catorce fardos, y pasado mañana otros tantos ó mas.

—Como dicia usté, señó Joselito, que no venian mas que dos.

—Esos son dos fardos, uno de blondas de Bruselas, y otro de sederias y terciopelos de Lion; con unos paquetitos de piedras preciosas que compré yo mismo en Gibraltar y los traje sobre el macho, y he dejado en San Bernardo para tomarlos del lado allá del muro.

—¿Que dice usted de Pruchela y Liron? esas son cosas de estrangis.

—Bruselas y Lion, donde hay grandes fábricas de encajes y de tejidos de seda, y no Pruchelas y tando disparate como dices.

—Ya...! como usté tiene un jablar tan repulio, lo sabe pronunciá y yo no.

El mozo metió la bestia en la cuadra de la casa, y el hombre del macho penetró en ella; atravesó con paso ligero dos ó tres habitaciones bajas y un corredor, que estaban completamente á oscuras, y subió por una estrecha escalera que conducia á las habitaciones altas cuyas ventanas daban á la calle; aplicó el oido á la cerradura de una puerta, y permaneció algunos momentos inmóvil y conteniendo la respiracion, sin duda para no perder el menor rumor que pudiera hacerse dentro; luego volvió á bajar; pero con paso algo mas mesurado del que empleó para subir.

Cuando llegó á la puerta de la calle, ya el mozo habia arrimado una escalera de mano á la muralla; subió por ella, seguido del criado que llevaba una larga soga enroscada al brazo, y cuando ambos estuvieron sobre el adarve se asomó al campo por éntre dos almenas; silvó con fuerza y esperó. De allí á poco le contestaron con otro silvido parecido al suyo, pero cuyo sonido revelaba la larga distancia á que se hallaba el que habia respondido á su señal de inteligencia. Despues, se volvió al mozo, y entablaron el siguiente dialogo:

—Vamos, Romo; ¿cuéntame sin que te se olvide nada, todo lo que ha pasado en casa durante mi ausencia?

El Romo comenzó á rascarse una oreja, y estuvo un buen rato sin responder; impaciente el interlocutor, esclamó con acento que revelaba inquietud.

—Qué es ello muchacho; ¿ha sucedido algo que tú no me puedes decir?

—No señor! es que... no sé por donde emprencipiar.

—Tanto es lo que tienes que contarme!

—No señor, sino que... vamos, uno no es un saco para vaciarse de gorpe.

—Ea, pues empieza por donde quieras... Si te parece por la niña... ¿Ha estado mala? ¿Ha tenido algun disgusto? ¿Ha venido alguien á casa...

—No señor... que ha estao muy contenta al emprensipiar.... Salia muchos dias á misa á S. Bartolomé y aluego por la tarde

se iba á dar un paseo por fuera la puerta é la Carne; siempre con la tia Geltruis pegá á ella como un emplasto. Aluego, ya no salió y estaba siempre triste y se asomaba muchas de las veces á la ventana y...

—Y ¿qué diantres se asomaba á ver, el muro?

—No seño, señó Joselito; que se asomaba á ver un mozo como un palmito que le rondaba la calle pa peirle la conversacion.

—Cómo! ¿un hombre, dices, han rondado á mi sobrina, y sin saberlo yo...? ¡Voto á tal!

—Pues si señó, señó Selito... Y aun hay mas... Verá V. Hace tres noches que pela la pava con ella desde el balcon.

—Como así? *jindamon* y *blancote*...! y tú no has sabido espantar esa mosca?

—Vaya si he sabio...! Pero verá usté, señó Joselito... La primer noche yo ije, vaya, eso no será ná, y no jeché cuenta; pero á la segunda me dió el viento en la nariz, y me agarré..... Pues señó; me acerqué al mocito, así, coscándome... con las de cain, pues... Pero él no echó cuenta y siguió platicando con la niña... Entonces me acerqué mas y me cosqué mas é recio.... Pues señó, el mocito al verme tan enfaao, se desembozó, y con mucho *aquel*, y mucha gracia, sacó una *serdañí* y dos cigarros y se paso á picarlos mirandome á la cara y riendose como quien dice, *entra por uvas*... Yo, pues, ya se vé;... como ca uno es cá uno, y uno no sabe con quien se mete, me desvié... Y á luego, como ese hombre no jacia ná é malo..... pórque á la fin y postre, los hombres se han jecho pá platicá con las mugeres.....

—Lo dicho; eres un *blancote* y será la última vez que te dejo solo encargado del cuidado de mi casa.

—Pero señó....! ¿que le habia de jasé....? Queria usté que jiciera una perdicion pá su casa y á luego, mire usté, señó Selito, ese mozo no jacia na é malo; que si lo hubiera jecho..... bonito soy yo pá aguantar ancas de naidie.... No señó, la verdad se ha de dicí, el mozo le hablaba á la niña con todo el aqué y la jinuflesion debia,.... vaya si la hablaba! como si juera una señá marquesa con mas usía que la muger del señó Asistente de la ciudá.

—¿Pero que hombre es ese? dame sus señas.

—Pues señó, ayá van; como si yo fuera un pasaporte que reza las señas del endividuo. De su cuerpo de uste, seño Joselito; garbozo y bien plantao; la color blanca, y como de veinticuatro años; bien vestio, como un usia cuando vá los toros; el sombrero puesto á lo macareno, y la capa tercia, que hasta allí; cuando jabla paese que canta..... Vaya una voz! Miste, señó Selito, cuando él jablaba con la niña, yo me queaba así, embebecio escuchándolo..... y cuando mira, paese que toas las alegrias del mundo las tiene en los ojos..... E veras, es el mozo mas completo que pisa las calles de Sevilla, y miste que los hay güenos......

—Basta; sé mas de lo que quisiera saber.

—Es que entoavía hay mas.....

Tres palmadas que sonaron en aquel momento al pié de la muralla pusieron término á la conversacion. El señor Joselito y el Romo arriaron la soga; y un momento despues la tiraron hácia si, trayendo un fardo de pequeño volúmen; repitieron otra vez la misma operacion, y luego trasladaron dentro de la ciudad dos bultos que el Romo condujo sobre sus espaldas á la casa donde metiera el macho, del señor Joselito, y este le siguió llevando las sogas y la escalera.

La puerta se cerró con una gruesa tranca, y una hora despues pasó la ronda de los guardas por el muro de la puerta de la Carne.

A la mañana siguiente, y siendo como las nueve de ella, el señor Joselito, vestido á la manera de un trajinero acomodado, estaba sentado en un ancho sillon de pino todo pintado de negro y muy rameado con flores doradas ó de amarillo cromo, junto á una mesita de pino tambien, pero sin pintar, cuya altura escasamente le pasaba de las rodillas; sobre esta mesa habian estendido una servilleta perfectamente limpia y blanca, y luego puesto en medio un plato de loza de Triana, y á los lados una talla grande de barro de Andújar; media hogaza de pan de Alcalá, una navaja de Albacete, de regulares dimensiones, y dos cucharas de madera, que completaban el tosco servicio de la mesa.

Esta se ostentaba en medio de una habitacion muy blanqueada y argofifada; de mediana capacidad que tenia dos ventanas



AURORA.

rasgadas y enrejadas que daban sobre el muro, y cuyo sencillo pero bien colocado mueblaje, compuesto de una docena de sillas de palos torneados; un sofá de tres asientos de nea; una mesa de nogal; cuatro pequeños cuadros con marcos de caoba; dos lienzos de vara y media de alto por vara de ancho que representaban, el uno al patriarca San José, con una vara en la mano, tan llena de azucenas blancas que mas parecía el tal lienzo un florero que un asunto sagrado, y el otro una santa Rosa de Lima pintada con almazarron y negro hueso, obras debidas al hábil pincel de un pintorero afamado por su manera de pintar en horas, una puerta cochera; y una luna encerrada en un marco dorado y tallado segun el estilo del renacimiento, indicaban claramente que los dueños del ajuar, estaban tan lejos de la opulencia como de la miseria.

Sentada frente al señor Joselito, estaba su sobrina Aurora, en cuya fisonomía comenzaban ya á marcarse los rasgos característicos de la adolescencia, y esa lijera nube de dulce melancolía que vaga por los labios envuelta en una triste sonrisa, ó empaña la frente de la muger, cuando su alma comienza á darse cuenta de la existencia de un amor que reconoce un orígen menos sublime pero mas exijente é instintivo que el de sus padres.

El desórden de los objetos aglomerados sobre la mesa, manifestaban claramente que tio y sobrina habian concluido el almuerzo; y como sin duda era este el momento que esperaba el antiguo panillero de Barbuñales para dar cuenta á su sobrina, hasta donde él estimára conveniente, del resultado de su espedicion, y al mismo tiempo oir de su boca la relacion de lo que hubiere acaecido durante su ausencia, encendió un cigarro con la mas estudiada calma y aparentando una tranquilidad que no existia en su pecho desde que su criado le habia referido las conversaciones de Aurora con un jóven desconocido, despues de enumerar aunque muy por encima el buen éxito de su espedicion á Gibraltar y las considerables ganancias que este último viaje le habia proporcionado, pidió con instancias á la jóven que le diese cuenta exacta y detallada del modo como habia pasado el tiempo durante el mes que habian estado separados.

Por la primera vez en su vida Aurora se sonrojó, manifestando cierta timidéz y embarazo para satisfacer un deseo tan natural en su tio; quien creyó ver en la irresolucion de la jóven la confirmacion de los temores que abrigaba su corazon. Temores que le asaltaban siempre que se ofrecía á su mente la idea de tener que revelar algun dia el orijen de su hija adoptiva, el cual debería ser necesariamente un obstáculo para enlazarla con un hombre digno de ella, segun su manera de ver las cosas; empero demasiado superior si se le medía con la medida de las preocupaciones sociales, que él veia alzarse entre su sobrina y cualquier marido que no fuese de su misma raza. Así que insistió con dulce severidad en oir de su boca lo que ella manifestaba repugnancia en decir.

—¡*Chiquia!* (esclamó deponiendo su aparente calma y mostrando en su semblante el verdadero estado de su corazon) ¿és posible que en un mes hayas olvidado á tu tio hasta dejar de tener confianza en él? ¿Te ha faltado alguna cosa.... tiénes al gun pesar? cuéntamelo sin empacho, y segura de que yo, no teniendo otro deseo en el mundo sino el de verte feliz, haré cuanto pueda por conseguirlo.

—Tiito, nada me ha faltado, ni podía faltarme teniendo tú tanto cuidado de mí.

—Entonces, (cómo me esplicas esa tristeza que veo en tu cara, y ese como miedo con que me miras y te acercas á mí..... Tú que en otras ocasiones te manifestabas tan contenta y alegre cuando volvía á casa despues de mis viages, ahora me has recibido como una niña que ha hecho alguna cosa mala y teme ser reprendida.... Tú que siempre me pedias cuenta de cuanto habia hecho, de todas las cosas que traía, y muy particularmente si me había acordado mucho de tí, y si te traía algun regalo con que ponerte bonita para agradarme, ahora ni aun de eso has tenido cuidado.

—Es que, tiito, como tengo tantas cosas que ya no me hace falta ninguna, no he querido aparecer codiciosa.

José Gomez sacó de una faltriquera una cajita cuadrada forrada de tafilete carmesí, la abrió, y ofreciéndosela á su sobrina la dijo:

—El que tú no quieras nada no es razon para que tu tio de-

je de regalarte; así como el que tú no le quieras ya á él, no es motivo para que él deje de quererte cada vez mas.

Aurora contempló con alegría por espacio de algunos segundos un par de sarsillos cuajados de brillantes primorosa y artísticamente montados; mas esta satisfaccion fué harto pasajera; la jóven cerró la caja y la puso sobre la mesa volviendo luego á caer en su anterior estado de tristeza.

Su tio hizo un imperceptible jesto de enojo y esclamó mirándola fijamente.

—¿Creo que esas alhajas no son de tu agrado?

—Si que lo son (respondió la jóven pugnando por aparecer satisfecha) y ¿cómo no lo habían de ser cuando tú me las dás?

—Acaso te gustarían mas si vinieran por otras manos.

—¿Otras manos que las tuyas? (esclamó la jóven aparentemente sobresaltada) tio ¡tú debes estar muy enojado conmigo cuando me dices eso!

—Sí, y lo estoy; no porque hayas hecho una cosa que tarde ó temprano habias de hacerla, sino porque has debido dejar de quererme cuando ya no tienes confianza en mí.

—Pero tio de mi alma, no comprendo.....

—¿No me comprendes? pues á ver si me comprenderás ahora: ¿quién és ese mocito con quien tú suele hablar por el balcon?

—¡Ay tió! (esclamó Aurora ruborizándose y bajando los ojos toda turbada) ¿quién te ha dicho...

—Nadie: un pajarito pinto que yo tengo que me cuenta todo lo que pasa cuando estoy fuera de casa.

—Sí, un pajarito pinto.... Gertrudis ha sido.

—No, *Chiquia*; porque ni yo le permitiría que me refiriese nada respecto á ese particular, ni menos se lo preguntaría yo: porque esto sería dar á entender que tenía mas confianza en ella que en tí, y que, por consiguiente, colocaba á una criada en mejor lugar que á mi niña.... Y aunque usted no me tiene ya todo el cariño, yo no dejo de tenérselo á usted señorita.

—Pues entonces, no sé.... (respondió la jóvea sonriendo agradecida á la benevolencia con que la trataba su tio; y mirándole luego con una espresion tan filial y afectuosa, que éste se sintió completamente desenojado, continuó) yo nunca traté de ocultarte lo que deseas saber pero....

—Pero.... que si no te lo pregunto no me lo dices por verguenza; y así, pasando el tiempo eso hubiera ido echando raices en tu corazon, y cuando hubiéramos querido acudir con el remedio, si es que remedio necesitaba, ya no sería tiempo.

—Nó, tiito mio; no por vergüenza; porque no he hecho nada de que tenga que avergonzarme; sino por miedo (y al decir esto la jóven palideció lijeramente.)

—¡Miedo, niña! pues qué ¿soy yo un loco que se coma los mozos que se mueren por mi *Chiquia*?... Pues si eso fuera, necesitaría tener la boca como la puerta de la Macarena y abierta todo el año de dia y de noche.

—No te chancees tiito.

—¡Qué! ¿el mocito es un temeron de esos que al acostarse apagan el belon de un trabucazo?

—No lo creo así; pero no es eso lo que me dá miedo.

—Entonces, será un usía tan vano como rico, que creerá hacerte un favor con darte los buenos dias.

—O, eso sí, usía és, aunque no sé si muy rico; pero...

—Comprendo....Y tú, ya se vé, tienes miedo de tomarle cariño; porque á pesar de tus ojos, de tu talle de tu gracia y de ser la rosa de Sevilla, temes que en llegando al sacramento te deje por una amarillosa flaca y escuchumisá, pero muy encopetada señorita. Pues mira *Chiquia*, si él tiene el Don, tú tienes el Din; y no será la primera vez que el Don y el Din se casan cambiando ejecutorias por doblones.

—Pero tio, si no es eso....

—Ya; él es rico, y noble, y mayorasgo y cuanto quiera; y tú eres jitana y sobrina de un contrabandista.... Pues bien; aunque todo eso sea así, y por muy alto que él esté y por muy baja que tú te encuentres, te aseguro que todo el camino se andará como él te quiera bien y de veras..: ¡Pero no me has dicho su nombre!

—Se llama D. José de la Puente.

—Calla, pues ¿no és el hijo de un mayorasgo que vive en la Plaza de las Mercenarias descalzas; que tiene tres hermanas, y una madre enferma siempre y siempre luchando con la muerte?

—El mismo.

—Por cierto que el padre del tal señorito es el hombre mas estirado y quijote de los cuatro reinos. Ahora, pues, comprendo tus temores; pero tambien debo decirte lo mismo que antes; que no será la primera vez que el Don y el Din han cambiado títulos de nobleza por doblones. Sábete, que ese señor, está poco menos que arruinado con tantos pleitos como tiene, y que le traen y llevan como pandereta de bruja: mientras que yo tengo con que comprar su mayorazgo.... Es decir que si él es mas noble, yo tengo mas dinero, y que antes de mucho, nadie reconocerá al contrabandísta bajo la capa del rico propietario que se paseará tan soplado como el que mas por las calles de la ciudad. Y entonces.... quién sabe; puede que los que mas gallean en el dia, vengan luego á pedirme como una merced el nombre de amigo; y los finchados mayorasgos que ahora te hacen fú, porque tu sangre es colorada como la del padre Adam y no azul como la que ellos suponen tener, le alarguen una mano por bajo de los harapos de su capa para pedirle una limosna.

—Pero tio estás hablando sin ton ni son, y pareces una devanadera.... Si no es eso; no es eso lo que me causa miedo.

—¡Que no es eso! pues ¿qué es ello?

—¿Qué? (esclamó la jóven deteniéndose un momento indecisa y clavando su mirada en los ojos de su tio para leer la impresion que le iba á producir lo que tenía que comunicarle.) Que está en Sevilla el conde de Torre-milano.

Gomez se estremeció; mas repuesto luego esclamó aparentando calma:

—Noticia fresca, *Chiquia* cuando desde hace mas de año y medio lo estoy encontrando algunas aunque pocas veces en la calle.... Pero ¿quién te ha dado la nueva?

—Quién, nadie; yo que lo he visto.

—Y él, ¿te ha visto á tí? (dijo Gomez con rapidéz.)

—Si que me ha visto.... Y ¡ojalá que nunca me viera, que me dió un susto como nunca pienso llevar!...

—¡Voto no á brios! (esclamó Gomez poniéndose en pié arrebatado por un impresendible movimiento de cólera; y luego continuó sentándose otra vez y procurando dominar su despecho). He aquí, por lo que yo te tenía escondida para todo el mun-

do, y viviendo en una aparente miseria, á fin de burlar las pesquizas que me constaba estar haciendo el señor conde por acercarse á tí..... Ahora tendremos que marcharnos de Sevilla como salimos de Barbuñales para huir de él, si es que no ha de causar tu perdicion ó la mia.

—Pero tio; si no sabe donde yo vivo, gracias á D. José Puente-Cuéllar.

—Siendo así aun no se ha perdido todo..... Pero, dime; ¿que tiene que ver ese caballero en este asunto?

—Mucho; que si no fuera por él ¿quien sabe, si acaso no hubiera vuelto á verte?

—Veamos, como ha sucedido eso.

—Una tarde, tio, de esto hará tres ó cuatro dias (respondió la jóven arrastrando su silla para sentarse junto á Gomez á fin de referirle á media voz el suceso), yo me sentía triste é indispuesta; Gertrudis, atribuyéndolo á la soledad en que viviamos desde tu salida, me invitó para que saliéramos á dar un paseo fuera de puertas. Yo la recordé tu encargo de no salir á la calle, mas ella me dijo que en vista de la hora y del dia, que no era de fiesta, era casi seguro que no encontrariamos á nadie en nuestro paseo, y que lo dariamos como si dijéramos, á la puerta de casa. Yo cedí, porque no tenia la cabeza para reflecsionar. Salimos, pues, por la puerta de la Carne y nos dirigimos despacito hácia la de Carmona. Anduvimos dos veces el mismo camino, sin haber encontrado á nadie, y ya nos disponíamos á volver á casa, cuando vimos salir á espaldas del matadero un señor montado sobre un caballo castaño; el hombre estaba vestido como un caballero y el caballo era como vosotros decís, buen mozo y de buena estampa. Esto nada tenia de particular, pero lo que nos llamó la atencion, tanto que nos detuvimos para mirarlo, fué que el hombre venia con la cabeza tan baja, y el caballo con la suya tan caida hácia tierra y andando tan despacio que parecia que uno y otro venian durmiendo. Por una casualidad, sin duda dispuesta por Dios, el animal venia derecho hácia nosotros, que distraidas en su contemplacion, no nos cuidamos, como debiéramos, de retirarnos hasta que el caballo tropezó con un monton de piedras que estaban á po-

cos pasos de donde nos hallábamos. Asustada por el peligro en que vi al ginete, que estuvo á punto de caer, dí un grito involuntario, y el hombre levantó la cabeza y nos miró, sin duda con la intencion de agradecerme el cuidado que habia manifestado por él. En el mismo momento no se bajó, sino se tiró del caballo, y vino á ponerse enfrente de nosotros...... Ay tiito de mi alma, figúrate que susto me llevaria al reconocer en él al conde de Torre-milano, que me miraba con unos ojos espantados y tartamudeaba palabras que no pude comprender..... Así hablando él y temblando yo, trascurrió algun tiempo; y ya la noche comenzaba á venir, aumentando mi sobresalto, pues ni podia permanecer en aquel sitio, ni me atrevia á volver á casa por temor de que él nos siguiese y la conociera, cuando ví llégarse á nosotras otro hombre á quien el conde dijo algunas palabras al oido. En tanto que los dos hablaban, levanté los ojos para mirar á hurtadillas al recien venido, y aquí fué cuando creí morirme de miedo...... ¿Sabes quien era? pero que has de saber, si ni imaginártelo puedes; Era..... aquel hombre malo de Barbuñales que mató á *Aliuchorrí* y te acusó de haber matado á un hombre.......

La jóven permaneció un momento silenciosa y pensativa, procurando recobrarse del sobresalto que el recuerdo de aquel suceso habia producido en su corazon. Empero, Gomez, no menos afectado que ella, esclamó con vivacidad:

—Y ¿que sucedió?

—Sucedió, que de allí á poco, como la noche habia cerrado yá, el conde y aquel hombre malo nos cogieron por un brazo á Gertrudis y á mí, con intencion de llevarnos no sé adonde.... Yo, sin fuerzas para resistirme ni para gritar iba ya á ceder á pesar mio, cuando de improviso, otro hombre, embozado en su capa y cubierto hasta los ojos se puso en medio de nosotros; arrojó al suelo de un empellon al hombre malo de Barbuñales y cogiendo al conde por la solapa de su casaca, le dijo enseñándole una navaja muy grande. (Señor conde, es usted un miserable á quien yo pudiera y debiera matar...... Pero estimo demasiado á estas señoras y á mi mismo para comprometernos en esta ocasion...... Váyase V. y esté seguro que no tardará en tener noticias mias.) El conde y el hombre malo

se retiraron sin responder una sola palabra, y nuestro defensor nos dijo, cuando los vió ya lejos. —Señoras, sosiéguense ustedes, y vuélvanse sin temor á su casa, que yo las seguiré de cerca.—Harto comprenderás que no nos hicimos repetir el consejo, y que volvimos corriendo á casa, donde entramos mas muertas que vivas.

—Y ¿supisteis quien fué el hombre que acudió en vuestro socorro?

—Si tiito; fué D. José de la Puente.

—Como! ¿el caballero que habla contigo desde el balcon?

—El mismo.

—Pero...... ¿como se hallaba allí; que motivo le llevó á comprometerse por unas personas que eran desconocidas para él?

=El como se encontraba allí, no lo sé, aunque lo presumo. En cuanto á serle nosotras desconocidas, no has acertado.

—Pues de qué y como os conocía?

—Todas las mañanas le veia en misa en la parroquia de San Bartolomé.

—Ibas á misa todas las mañanas?

—Si tiito; á pedirle á la virgen del Cármen por tí.

Unos golpes dados en la puerta de la sala y una voz femenil pero bronca que decia con entonacion gitana. —Se pué entrar? pusieron término á la conversacion del tio y de la sobrina.

—Adelante (contestó esta con un gesto que denotaba no ser para ella desconocida la visita.

—Dios guarde á sumé, señó Joselito, y toos los ángeles del cielo á la *cugiñí* que prefuma esta casa y es la alegria de toitica la sudiá.

Así esclamó al entrar, una gitana, tipo el mas acabado de la parte vagabunda y semi-salvage de esta raza. Era jóven, enjuta de carnes, pero de constitucion robusta; de estatura mediana, la cabeza, manos y pies abultados, color cetrino y súcio como el de un mendigo de carretera; no vestida, sino cubierta de harapos de diferentes colores, que á estar limpios la hicieran parecer á las jambas de una puerta de ropavejeria. Su cara era una mezcla confusa y estravagante de rasgos genéricos; allí se veian los que distinguen al hombre, á

la muger, al mastin y al mono. Sus ojos eran grandes, negros y rasgados; su frente pequeña y aplastada; su nariz chata y con las ventanillas muy abiertas; sus pómulos muy prominentes, su boca escesivamente grande y sus lábios muy gruesos, que mostraban, cuando se entreabrian unos dientes separados y puntiagudos como los de un animal carnívoro; su cuello, corto, robusto y descansando sobre unos hombros que envidiaria un mozo de cordel y finalmente un pelo espeso pero corto, áspero como cerdas y del color pardo súcio de la oveja burdalla, lo traia recogido y atado con tomisa en tres mechones, dos que le caian lácios hasta un poco mas abajo de las orejas, y el tercero colgando como una tercia de largo por su espalda. Una sola cosa hacía tolerable á la vista tan repugnante criatura, y era el amor con que oprimia contra su seno á un niño de poco mas de dos años, que traia medio desnudo ahorcajado sobre su rolliza cadera.

—Que quiere la *pindorra*? (esclamó Gomez despues de haberla estado contemplando durante algunos segundos con gesto de desagrado.)

La gitana puso á su niño en el suelo, el cual fué á cobijarse bajo la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, y luego contestó poniendo la mano izquiezda sobre la cadera y gesticulando con la derecha.

—Ver á esta jermosísima criatura, y á sumé que es un moso güeno; pa que me den unos jarapitos pa vestí á mi churumbé.

—¡Sabias tú que yo estaba aquí?

—Sí, señó; que esta mañana se ijo en la jereria del tio Trujan. que sumé habia venio de juera.

—Pero ¿quien te dijo que yo estaba en esta casa?

La gitana se estremeció inperceptiblemente; pero no tanto que Gomez no advirtiera su turbacion y como tardaría en contestar dando cada vez señales mas claras de su embarazo, el tio de Aurora suceptible y desconfiado en estremo, repitió con dureza:

—Vamos contesta pronto ¿quien te dijo que yo estaba en esta casa

—Ay! seño Selito! respondió la jitana (procurando recobrarse) no ponga esa ca ra de renegao, que no hay paque.... Deme su-

mé jalgo pa el churumbé, y nos iremos, que aunque probe no soy porfiá.

Alarmado Gomez con la intencion que manifestaba la jitana de eludir una repuesta categórica; y sobre todo, al ver su turbacion, se propuso no dejarla salir hasta averiguar si su venida era puramente casual, ó traia un objeto determinado, lo cual le parecia lo mas probable. Al efecto se puso en pié, y encarandose con ella la dijo miréndola sañudamente;

—En conclusion! ¿quieres ó no desirme quien te ha dicho que yo estaba en esta casa?

La jitana retrocedió dos pasos con visible muestra de temor, y respodió:

Ay! sumé sa enfaao...... Ya le ije que esta mañana temprano, fí á la jerreria, donde me dijo que sumé habia venio de juera y que habia jecho negocio; y como sumé es dadivozo con los probes, ije; Vamos á vé al seño Selito que mosdará algo pá come. Entonces fí á la casa é la calle é san José y me ijeron que sumé no estaba allí; y aluego vine aqui donde esperaba encontrarlo.

—Voto á tal (esclamó perdida ya la paciencia) lo que te pregunto es, ¡como sabias que me habias de encontrar en esta casa?...... Responde sin mas rodeos, ó te tiro por el balcon?

La jitana dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció silenciosa.

Gomez se volvió hacia su sobrina, y le preguntó si conocia á aquella mujer.

—No, tiito (respondió Aurora con injenuidad) solo se de ella, que antes de ayer tarde hallándome en la ventana, la vi pasar dos ó tres veces por el muro mirando las casas una por una como quien busca alguna cosa, compadecida de ella viéndola tan pobrecita y mal vestida la llame para darle una limosna y razon de lo que ella buscaba, si es que estaba en mi mano. Lo mismo fué llamarla que se llegó á la ventana, me miró durante un buen espacio de tiempo, y me preguntó mi nombre y si yo era sobrina tuya. Yo le dije uno y otro, y fué tal la alegria que le causó que yo no acertaré á decirtelo. Tomó la limosna que le dí y fuese corriendo. Ayer por la mañana volvió pidiéndome un pedazo de pan para su niño; yo la

hise entrar y mandé á Getrudis que les diera que comer á los dos. Marchose y no la he vuelto á ver hasta este momento.

Durante esta relacion, la frente de Gomez se habia oscurecido, y su mirada clavándose con tenasidad en el semblante de la jitana, que temblaba como un criminal cojido infragante. Era evidente á sus ojos, despues de lo referido por Aurora, que esa mujer obraba por cuenta de otra persona dentro de un plan siniestro, en el cual era un ajente subalterno; y ablaba así, sin duda obligada por la miseria y la casualidad que le habia puesto como un instrumento en mano de sus enemigos; pues desconociéndola él completamente, y además siendo de su misma raza no podia atribuir su conducta á resentimientos personales. Pero ¿que plan se podria haber fraguado para perderle, y quienes serian esos enemigos interesado, en su perdicion? Con respecto al plan nada podia deducir racionalmente hasta tanto que conociera los favores de él; y con respecto á estos, solo dos se ofrecian á su imaginacion: los tribunales de justicia, y el conde de Torre-milano.

En los primeros, es verdad que tenia largas y estrechas cuentas que ajustar. Primero su desercion del presidio; pero esta cuenta creia él, que debia haberse olvidado, atendido el mucho tiempo trascurrido; los trastornos acaecidos durante él, que podian haber dispersado las personas que mas ó menos directamente intervinieran en su causa, y su cambio completo de fisonomia y ocupacion. Segundo, las fechurias en el camino de Huesca y la muerte cometida por él en las personas de Castañon y el Gato; pero como de estos delitos de los cuales ni aun breve sumaria se habia instruido, habian desaparecido todas las pruebas, tampoco tenia mucho que temer. Tercero, su vida presente de contrabandista, con la cual hacia cuatro años estaba escarneciendo las leyes, defraudando á la hacienda y burlándose impunemente de la administracion con el ejersicio del contrabando de primer y segundo grado. Esta última cuenta era demasiado reciente para que dejara de inquietar su ánimo; empero, como para los anteriores, tambien encontraba salida para salvar esta con diez á doce mil duros que tenia disponibles: las grandes existencias que habia almacenado, y

el crédito que en la plaza de Gibraltar y en las primeras casas de comercio de Sevilla habia logrado hacerse, merced á la buena suerte que presidiera á todas sus espediciones y al órden y economía con que llevaba sus negocios.

Quedábale, pues, examinar el segundo.

Por una funesta casualidad, ó mas bien por uno de esos impenetrables arcanos de la Providencia que conducen al hombre á pesar suyo y por caminos estraviados á su fin, el conde de Torre-milano se habia enamorado en Barbuñales de su sobrina Aurora de una manera loca y desatentada; se habia enamorado de ella como Claudio Frollo de la Esmeralda, ó si se quiere como Satanás del alma de una criatura, á quien Dios tiene encomendada la mision de conducir ángeles al cielo. El tiempo, la ausencia y los obstáculos que se amontonaban para contrariar su pasion, en vez de aminorarla la habian exaserbado... Si el conde de Torre-milano hubiera podido conducir á Aurora sobre una alta montaña, le hubiese dicho, enseñándole todos los pueblos de la tierra. Amame é iré á la conquista de todos los que ves para ponerlo á tus pies ó morir en la demanda.

Esto lo sabia José Gomez; y de ello era buen testimonio no solo lo que habia acontecido en Barbuñales, sino lo que estaba pasando entre los dos en Sevilla, donde con alguna frecuencia veia al conde y hablaba con él sobre el particular, y donde habia oido de su boca, despues que el frenético amante hubo apurado todos los medios humanos para lograr su fin la solemne promesa de hacer de Aurora su esposa legítima; promesa que Gomez aceptaba solamente con la condicion de que el conde no viera á su sobrina, hasta el momento en que sus manos se enlazaran delante de un sacerdote.

Ahora bien; ¿seria descabellado el pensar, despues de oida la sucinta narracion de Aurora, y vista la turbacion de la gitana y su tenacidad en no querer decir de dónde ó como sabia la estancia de José Gomez en la casa del muro de la Puerta de la Carne, en la cuál tenia reclusa á su sobrina, no yendo á verla; sino usando todas las precauciones imaginables, que la haraposa mendiga fuera uno de tantos instrumentos puestos en juego por el conde para llegar al logro de sus esperanzas? La coincidencia del encuentro del conde y de

la estancia de aquella muger con un intérvalo de pocas horas en las inmediaciones de la casa; el ser la mendiga gitana, título con el cuál se franqueaba las puertas de la morada de todos los de su raza, y esas cien pequeñeces que el interesado advierte en el gesto y en las palabras de una persona que nos és sospechosa, con las cuales llega á robustecer ó modificar en un sentido opuesto su opinion, hirieron de lleno la cavilosa imaginacion de Gomez, que acabó por persuadirse que la muger que tenia delante, era una espia pagada por el conde.

Esta série de reflecsiones se hizo el antiguo panillero en tanto que Aurora referia su conocimiento con la gitana, y durante los tres ó cuatro minutos que permaneció silencioso comtemplando á la mendiga. Asi que, cuando hubo resuelto la cuestion segun su manera de ver las cosas, suplicó á su sobrina que se retirase; y cuando se vió solo con la gitana la mandó sentar; lo efectuó á su lado, y despues, con la calma y mesura de quien llega á convencerse que solo por medios blandos puede llegar á alcanzar lo que está resuelto á obtener la interrogó usando alternativamente de las promesas y de las amenazas para saber la verdad.

Empero todo fué en vano; la gitana se encerró en un obstinado silencio con respecto á unas preguntas, ó en su constante negativa con respecto á otras. Dos cosas, sin embargo, confirmaron á Gomez en su sospecha; ó por mejor decir, le dieron pruebas incontestables de que aquella mujer era un agente del conde de Torre-milano. Fué la una. que cada vez que pronunciaba el nombre del conde, la fisonomía de aquella mujer, tomaba una espresion tal, que manifestaba no serle desconocido; y hay mas, de que contaba con él para salir bien de cualquier quebranto que la pudiera sobrevenir. La otra que viéndose envuelta en una red de preguntas, que él la hiciera caprichosamente, contestó aturdida: Que, sabedora de que Gomez daba géneros á bajo precio á las *diteras* para que se ganasen un pedazo de pan, habia venido á pedirle el mismo favor; y habiéndole respondido Gomez que no tenia inconveniente en hacerlo siempre que le presentase un fiador abonado, ella sacó del seno un trapo súcio en que venian envueltas dos monedas de á cuatro duros y se las enseñó diciéndole:

—Este es mi fiador; pues quiero mejor pagá al contao, que así se tienen los géneros mas baratos.

—¿De cuando acá tan bien enterada en el trapicheo? la preguntó el contrabandista.

Pero la gitana eludió la contestacion, y Gomez convencido de la imposibilidad de hacerla hablar en aquella ocasion á medida de su deseo, la despidió, encargándole cuidase de no volver á poner los pies en su casa.

La *calli* tomo aceleradamente su hijo en brazos, y sin despedirse salió poco menos que huyendo de la casa. Cuando estuvo en la calle, Gomez se asomó á una ventana, y viendo á su criado, el Romo, en la puerta del zaguan, le llamó y le hizo una seña con la cabeza y estirándose el párpado inferior del ojo izquierdo con el dedo índice de la mano del mismo lado.

—Comprendo (respondió el mozo: y fuese siguiendo los pasos de la gitana.

CAPITULO X.

Un religioso y un frailuco.

En la tarde de este dia, una hora antes de la puesta del sol, estaban en la hermosa huerta del convento de San Francisco, próximos á la tapia que daba á la Pajeria hácia el lado de la calle de Tintores, y á la sombra de unos árboles frutales, el padre guardian y dos religiosos de la órden, entregados á una animada conversacion.

Era cada uno de los interlocutores un tipo especial y característico de los hombres que se entregan á las prácticas y ejercicios de la vida contemplativa. La fisonomía del padre guardian revelaba toda una existencia de lucha gloriosa entre las virtudes ascéticas y las pasiones humanas. En su frente espaciosa y ligeramente plegadas hácia el entrecejo se veia retratada la meditacion, en su mirada incierta y velada, que brillaba con un fuego estraño cuando se fijaba en el firmamento, la Fé y la Esperanza, y en sus lábios finos y descoloridos un poco entreabiertos. la costumbres de la oracion, Aquella y aquellos ojos revelaban que una sola idea ocupaba su imaginacion; la idea de Dios: y aquella boca parecia que solo podia entreabirse para pronunciar un santo nombre y predi-

car su doctrina. Sin embargo, notábase en su semblante, una manera de un cristal que tiempla sin destruir la fuerza ignea de los rayos del sol, una espresion tal de austeridad y rigidéz que la hacia aparecer por momentos dura hasta inspirar mas bien temor que respeto, mas bien admiracion que amor; la espresion, en fin, del rostro de aquellos primeros cristianos que arrastrados por una fé creyente y sincera, pero sobrescitada hasta el delirio, buscaban, provocaban el martirio en vez de esperarlo resignados con la voluntad de Dios.

El religioso que estaba á su izquierda, era el tipo diametralmente opuesto; era el fraile mundanal, fanático, ignorante y gloton, escrupuloso solo en mantener incólumes los fueros, primero de la órden y luego de la religion, no por lo que ambas tienen de divino, sino por lo que tenia de comodidad y bienandanza para los que por egoismo hacian voto de vivir en ella. Era, en una palabra, el tipo del *frailuco* despreciable y de poco respeto, de estómago insaciable, de mirada torpe y de manga escesivamente ancha para todo lo que no fuera el cumplimiento de las prácticas esteriores de a religion. Bastaba ver su cuerpo pequeño y rechoncho, su rostro mofletudo y colorado como una remolacha cocida, boca descomunal, nariz chata y remangada, ojos pequeños, lagrimosos y ribeteados de encarnado, frente estrecha y aplastada grueso y abultado cerviguillo, y finalmente la espresion entre estúpida y maliciosa de su fisonomía, para reconocer que se habia hecho fraile, menos por servir á Dios y al prógimo que por servirse á sí mismo; menos por trabajar en la viña del Señor, que por trabajar en todos los viñedos de la provincia. Empero este fraile de aspecto tan vulgar como poco edificante, mirado siempre con prevencion por el guardian y con despego por la comunidad toda, poseia en tan alto grado el arte del disimulo é hipocresia, que á pesar de la activa vigilancia de sus superiores, no habia podido ser nunca cogido en una de esas faltas graves que esponen á un religioso á un castigo severo; y aunque todos tenian la conciencia de que era un mal apóstol de la pura doctrina del hijo de Dios, ninguno habia logrado adquirir pruebas de su indignidad. Hay mas; mirábasele en el convento con una especie de aparente

consideracion, atendido que en circunstancias difíciles; habia prestado importantes servicios á la comunidad, ya con su audacia y descaro para pedir y obtener limosnas y donativos, ya con su grosero fanatismo é inflecsible intolerancia que le hacian, en todos tiempos un predicador de barrio bajo, dispuesto, lo mismo á predicar una cruzada contra todo el que se atrajera las iras del clero, como á capitanear las turbas para esterminar una faccion política. Por todo esto, pues, el *fraïluco* era tolerado en el convento, y respetado fuera de él; no porque sus virtudes le hicieran ser amado, sino porque sus vicios y la clase de gente que le obedecia y seguia por doquier, le hacian ser temido.

Llamábase el padre Paco, en el convento, y en la ciudad el padre Pacomio, apodo que por irrision un chusco le habia dado, tomándolo de una tan inmoral como detestable novela, obra de un, por tan pocos envidiables títulos, célebre novelista francés. (1)

El tercer religioso era un hombre como de treinta y tres años; hermoso de rostro, hermoso de cuerpo, y hermosa su alma á juzgar por la dulce espresion de sus negros ojos, y la ingenuidad y franqueza de su mirada. Respirábase á su lado y á través del tosco sayal que le cubria, una atmósfera de santidad evangélica y caridad cristiana tal, que no podia vérsele sin amarle y sin envidiar la paz y pureza de su corazon, que se retrataba en la sonrisa de sus lábios y en la tersa limpidéz de su frente. Era su belleza el tipo ideal de un soldado de las milicias de la Iglesia. Llamábase el padre Angel, y difícilmente se pudiera encontrar un aspecto que estuviese mas en armonia con semejante nombre.

=Padre guardian, padre guardian! (decia con vehemencia fray Paco, para dar mas fuerza á la conclusion que pretendia de sus anteriores razonamientos) no hay que andarse en comtemplaciones; duro en ellos....! virga férrea que sí el Señor es el Dios de la misericordia, esto solo reza con los buenos; que para los malos que son enemigos suyos siéndolo nuestros, es

(1) Pigault-Lebrun.—*La locura española.*

el Dios de las justicias, el Dios fuerte que castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la séptima generacion,.... y de estos pícaros herejes, apenas han pasado tres..... No, si no dejarlos hacer, que ellos darán buena cuenta de nosotros. ¿No vé su paternidad como se van subiendo á las barbas desde que S. M. la Reina salió de su cuidado y desde que se dió entrada en el redil á tanto pícaro lobo como ahullaba mas allá de la frontera? Lo repito, padre guardian, no bastan ni aun alcanzan á medias los sermones; para cortar el mal es necesari- un rigor saludable que limpie por medio del fuego la gangrena que carcome la sociedad.

=Hermano, (interrumpió el guardian) temple esos arranques y tenga mas caridad con el prógimo.

=Prógimo, eh! (exclamó fray Paco, haciendo una mueca despreciativa) acaso son prógimos los que mañana, si la ocasion se les presenta, volverán á vender en pública almoneda los vasos sagrados de las iglesias, y los bienes nuestros, yá hacer cuadras y casas de vecindad de nuestros conventos.....? Esos no son prógimos padre guardian, son impios, herejes descomulgados que están haciendo falta en los profundos infiernos. No, sino, dejadlos barajar á su manera, y ya verá su paternidad, dónde van á parar nuestros conventos, la religion y la Iglesia de Jesucristo.

=Calle, hermano, calle le ruego; y mire que ha cometido pecado en decir que la Iglesia de Jesucristo puede ser destruida.

=Si el echar abajo iglesias y conventos, vender hasta los clavos de las sacristías y ponernos de patitas en la calle, no permitir que se confieran órdenes y dejar que cada uno se confiese y comulgue si es de su agrado, y si no que hagan lo que les parezca, no es destruir la iglesia, no sé á lo que su paternidad llamará destruccion.

=La iglesia de Jesucristo es universal; y el que en un rincon de la tierra haya desgraciados pecadores que la combatan y persigan á sus ministros, no es razon para creer que pueda ser destruida. Además, no veo que haya motivo para espantarse en los términos que lo hace, pues no veo hoy en dia mas enemigos de Dios que los que veiamos tiempos atrás.

=Que nó, padre guardian? ¿pues qué quieren decir esas contínuas intentonas que por la frontera de Francia y por Gibraltar verifican cada dia los pícaros negros capitaneados por los Minas, Chapalangarras, Torrijos y Manzanares?

=Significan que por bien gobernada que esté una república nunca faltan díscolos y descontentos, pero tambien significa, que el número de los buenos cristianos temerosos de Dios y leales al rey, van cada dia en aumento, toda vez que los malos españoles no han podido poner el pié en España, sin ser inmediatamente esterminados.

=De estos no hablo yó, padre guardian; Que de estos nada temo. Los que me quitan el sueño son los que viven entre nosotros, los que han seducido al rey nuestro señor, para que publique como ley del reino la pragmática-sancion del Sr. Don Carlos IV, por la que se anula la ley sábia del Sr. D. Felipe V, con intento de alejar para siempre del trono á su Alteza serenísima el muy cristiano Sr. infante D. Cárlos de Borbon; los que con el nombre de *cristinos* disimulando los de negros y fransmasones, siembran la mala semilla del protestantismo, y comienzan á ponernos en jaque; en tanto llega el dia que ellos preparan para acabar con todos los cristianos viejos; los que....

=Basta hermano, y sepa, que si ellos predican la mala doctrina nosotros estamos en la obligacion de predicar la buena, con la palabra y con el ejemplo. Cumpliendo así la santa mision para la cual, aunque indignos pecadores, hemos sido escogidos por Dios, pondremos un freno á la herejía é impiedad y ganaremos el cielo para nuestros hermanos y para nosotros.

=Predicar, solo predicar..... ¿Pues no está viendo su paternidad que en tanto que las iglesias están desiertas se llenan los cafés; y que toda nuestra doctrina, las verdades del Evangelio y las palabras del mismo Dios se estrellan contra el espíritu mal llamado filosófico del siglo.

=Oremos con fé y prediquemos con teson: no hay sistema filosófico que resista á las verdades de la escritura.

=Dale con paños calientes para curar el mal...... Ah! si en el siglo pasado se hubieran verificado en Francia algunos Chamusconcitos, la revolucion que llevó un rey al cadalso, no

hubiera tenido lugar; porque no se hubieran encontrado demonios salidos de caso pensado del infierno para que la preparasen es decir; encicopledistas y furias infernales llamados Voltaire, Rousseau, Diderot y D'Alembert, que Dios tiene y tenga por los siglos de los siglos amen, ardiendo entre azufre y carbon.

=Caridad, hermano, caridad!

=Padre guardian..... esto ya pasa de castaño oscuro; ?cómo puede su paternidad pedir compasion para semejantes mónstruos de impiedad y de heregia.....? Para hombres, que, si no hubiera infierno sería necesario que Dios lo crease esprofeso para ellos?

=Hermano, por grande que sea un pecador, aun mas grande es la misericordia de Dios. ¿Quién sabe si esos pecadores, pidieron y alcanzaron su perdon un instante antes de morir?

=Que si quieres! todos ellos murieron impenitentes como réprobos que fueron. Nada, padre guardian, no hay que pensar en el perdon; los tiempos son calamitosos, la impiedad cunde, y si no aprovechamos el dia de hoy quizás mañana será tarde.... Si nó dígame su paternidad, ¿cuántas conversiones vemos. cuantas ovejas contamos que quieran volver al redil? Ninguna; al paso que el mal egemplo cunde y vemos por todas partes al mónstruo de la filosofía y de la impiedad levantar orgulloso la frente y alargar las uñas para hacer presa de nosotros y de nuestros bienes.

=Pesimista está, hermano; y muestra poca fé en la Providencia. Recuerde, para templar su escesivo celo, lo acontecido con el conde de Torre-milano, y verá que la gracia de Dios alcanza á todos los hombres, en todos los tiempos y en todo lugar.

El padre Angel que durante el diálogo anterior habia permanecido silencioso é indiferente, en la apariencia, á lo que se decia, al oir pronunciar el nombre del conde de Torre-milano hizo un gesto que indicaba un deseo de terciar en la conversacion.

Fray Paco, respondió al padre guardian templando la vehemencia con que hasta este momento se habia espresado.

—Ya; pero tenga en cuenta, padre guardian, que el conde de Torre-milano ha sido siempre buen católico, y no se ha manchado nunca con ningun género de impiedad: El señor

fuer de buen cristiano viejo tenia que desengañarse de las pompas y vanidades del mundo, y venir á buscar á este santo retiro la paz que no se encuentra en el siglo. El señor conde no se ha parado nunca en medio de un camino de perdicion; lo que ha hecho es continuar el de la gloria hasta llegar á su término en esta vida.

—Precisamente en eso está equivocado, hermano. El señor conde ha dejado recientemente el camino que le llevaba á su perdicion eterna, por tomar el estrecho y espinoso sendero de la virtud; es decir, es una de tantas ovejas escarriadas á quien alcanzó la divina gracia para volver al redil conducido por el hermano Angel á quien Dios hizo tan señalada merced.

Al decir estas palabras, los ojos del guardian se fijaron con cariñosa espresion en el rostro del aludido, quien bajó humildemente los suyos hácia el suelo, é inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Padre guardian (replicó fray Paco haciendo con los hombros y cabeza un movimiento que denotaba conformidad) yo sabia que el señor conde estaba dispuesto á entrar en nuestra órden y ha dejar todos sus bienes á la comunidad; pero no estaba muy enterado de los motivos que tuviera para hacerlo.

—Pues yo se lo diré. con el fin de que aprenda á tener mas fé en los efectos de la divina gracia y mas esperanza en la bondad del cielo. Sabed, que un dia, pasando fray Angel por una de las calles de un barrio apartado de la ciudad, el conde de Torre-milano, que á la sazon vivia encenagado en todo lináje de torpes vicios, salia en compañia de otros pecadores de una casa de mala vida en un estado no sé si de embriaguez ó de sobrescitacion. La divina Providencia que nos conduce por caminos desconocidos al fin que nos tiene destinado, quiso que el conde y fray Angel se diesen involuntariamente un fuerte encontron: Perdonad herm no, dijo el religioso: Toma fraile soez! contestó el conde descargando una fuerte puñada en el rostro de fray Angel....

—Que hizo fray Angel (preguntó con vivacidad fray Paco, cuyos ojos se inyectaron de sangre y cuya nariz se puso coloroda como un pimiento chirle).

—El ofensor desatentado, era un hombre de cincuenta años;

pequeño, débil; aparentemente enfermizo, y no tenia razon ni pretesto que atenuase la enormidad de su falta. El ofendido era un hombre de treinta y tres años, robusto, vigoroso, lleno de vida y de razon, que pudiera tomar entre sus manos al conde, y deshacerlo con la facilidad que un niño rompe un juguete.

—Y qué hizo fray Angel? (interrumpió de nuevo y con ansiedad fray Paco.)

—Fray Angel dobló la cabeza, y pidió al conde su mano derecha, que besó y se llevó sobre la mejilla opuesta. El conde estupefacto, se retiró avergonzado. Sus desgraciados compañeros celebraron con risotada la ocurrencia y le siguieron, denostando á voces la cobardía del fraile...... ¡Cobarde cuando acababa de dar una prueba de ese inconmensurable valor que solo la religion cristiana puede infundir en el corazon de la criatura! ¡Cobarde fray Angel..... el hombre que pocos dias antes, en el incendio ocurrido en el barrio de San Roque, donde se hallaba por casualidad, habia salvado á riesgo de su vida, tres criaturas, entrando á buscarlas una despues de otra por medio de la llamas, pisando brasas, y sufriendo una lluvia de vigas inflamadas, que le quemaron los hábitos sobre las carnes y le achicharraron diferentes partes del cuerpo...

—Padre guardian (esclamó fray Angel ruborizándose) no fuí yo, sino Dios; á él solo debemos tributar alabanzas....

—Y despues, á vos; que tan digna y santamente sabeis llevar vuestra cruz y cumplir vuestra mision (respondió el guardian con entusiasmo; y luego continuó dirigiéndose á fray Paco.) Aquella bofetada fué el medio de que se valió el Señor, para tocar el corazon del pecador. Retirado á su casa y recobrada la razon, el conde hubo de sentir el punzante remordimiento de su crímen, y llorar lleno de contricion su estravío. Queriendo purgarle en el tribunal de la penitencia, vino á mí y refirióme el hecho, suplicándome tambien que le ayudase á indagar el paradero del religioso, para pedirle humildente perdon de su atentado. Por las señas que dió, me fué fácil encontrarle, y proporcionar al conde la entrevista que solicitaba. El conde y el religioso se abrazaron como hermanos, llorando él lágrimas de júbilo y el otro lágrimas de arrepentimiento. Desde aquel dia, sé que ambos se visitaban con frecuencia, mas no

he sabido lo que pasára entre ellos, hasta que hará cosa de dos meses, el conde vino por segunda vez á verme y me manifestó deseos de entrar en la órden y dejar todos sus bienes á la comunidad. Si ese dia, que ha de ser de júbilo para todo buen cristiano, está próximo ó nó, eso nos lo dirá fray Angel, si no tiene impedimento.

—Padre guardian (respondió humildemente el aludido) espero que así será; pero no debo ocultar á su paternidad que desconfio suceda en el término prudente que habíamos señalado. Un acontecimiento inesperado ha venido á turbar la paz, y á hacerle titubear en su resolucion. Es verdad que ha sido de una manera pasajera; empero ha sido lo bastante para que yo no creyendo que el conde se vea desprendido completamente de los lazos que le unen al siglo, haya prorogado el término de las pruebas. Para orar y meditar se necesita un corazon tranquilo; y temo que en el del señor conde sueñe todavía el eco de la desecha borrasca que ha atravesado.

—Pero, y esa proroga (esclamó el guardian con secreta inquietud,) será tan lata que dé lugar á que el demonio destruya con diabólica astucia cuanto habeis hecho para traer al conde al camino de salvacion?

—Confio en que Dios me ayudará para llegar pronto al fin.

—Yo tambien confio en el Señor; y en que vuestro celo y firme perseverancia den pronto cima á la obra meritoria que habeis comenzado.... Cuidad que los tiempos se anuncian malos, y que debemos prepararnos en la paz para lidiar en la guerra santa.... Tened siempre presente que el espíritu de las tinieblas acecha las ocasiones; y, quien sabe, si despechado por la derrota que segun decis, acabais de hacerle sufrir, teje nuevas redes para cojer desprevenidos á vos y al conde.

—Padre guardian (respendió suspirando tristemente fray Angel) esa red está tejida de luengo tiempo; y todos mis trabajos, todas mis oraciones se encaminan solo á rasgarla á fin de dar salida por ella al alma aprisionada del señor conde.

—Estraño es cuanto dice, hermano, (respondió el guardian manifestando sorpresa) y mas estraño el que no haya puesto en mi conocimiento este suceso hasta ahora.

—Como ese secreto no era mio, no creí deber revelarlo; sin

embargo, si su paternidad lo exije bajo precepto de obediencia, lo haré en el secreto de la confesion.

—No, hermano; tenemos demasiada confianza en vos para exijiros mas de lo que nos querais dar.

A medida que la conversacion del guardian y fray Angel, iba tomando este caráctor misterioso, la fisonomía de fray Paco se iba animando con una espresion de malicia y curiosidad, que se manifestaba por la sonrisa que plegaba sus lábios, y las contínuas miradas que fijaba ora en uno, ora en otro interlocutor. Habia adivinado á través de la oscuridad de las palabras de estos, que el síncero arrepentimiento y la toma de hábito en la órden del conde de Torre-milano, no era cosa tan hacedera como en un principio se habia supuesto por la comunidad; ya porque su vocacion no fuese verdadera, ya por que el catequista careciera de elocuencia y persuasiva para desvanecer todos los escrúpulos del catacúmeno. Esta idea le sujirió un pensamiento atrevido que le hizo sonreir con orgullo porque halagaba su amor propio; y fué el de ofrecerse para ayudar á fray Angel en la obra que se habia impuesto. Resolvióse pues á ello, aguijoneado por dos poderosos estímulos; el de la vanidad, creyendo ganar en importancia á los ojos de la comunidad, si lograba el fin, y el de gozar durante algunos dias y á su sabor, de la mesa, la despensa y la bodega del conde de Torre-milano. Así que esclamó, aprovechándose del silencio en que habian quedado el guardian y fray Angel:

—La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad pues al Señor de la mies, que envie trabajadores á su mies.

Esta cita tan oportuna del Evangelio de S. Mateo, fué instantáneamente comprendida por el guardian y fray Angel: el primero dejó vagar por sus lábios una imperceptible sonrisa, y el segundo hizo un movimiento de repulsion como si hubiera sentido las alas de un insecto venenoso rozarse por su frente, y respondió repitiendo la nota puesta por el padre Scio, al último versículo, con voz lijeramente conmovida:

—Los obreros del Evangelio no deben introducirse por si mismos en la mies del Señor sín especial vocacion suya. (Empero repuesto instantáneamente de este impremeditado

arranque de mal humor, continuo, con acento humilde.) *Mas los que son llamados, deben atender al gravísimo cargo que se les impone, y mostrar el mayor celo y prontitud en desempeñarlo.*

—Hermano (contestó fray Paco sin haber comprendido el verdadero espíritu que dictára las palabras de fray Angel) mire que yo no me entrometo; lo que hago es ofrecer mi buena voluntad; por si puedo, aunque indigno, ayudarle á trabajar en la mies del señor.

—Dóile gracias, hermano, (dijo fray Angel) pero sepa que no es tan pesada la cruz que no puedan llevarla mis hombros sin auxilio de Cirineo..... No obstante, si su paternidad el guardian, opina de otra conformidad, espero su descision.

El guardian ignorando los motivos que fray Angel tuviera para negarse á admitir la oficiosa cooperacion de fray Paco, y obedeciendo solamente al impulso de su celo religioso, que le hacia mirar como mas fácil la victoria en tanto cuanto mayor fuera el número de los soldados que combatieran al enemigo del alma, respondió siguiendo la conversacion en el terreno en que fray Paco la habia colocado:

—*Por tanto, si tu hermano pecare contra tí, vé, y corrígele entre tí, y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano.—Y si no te oyera, toma aun contigo uno ó dos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra.*

—Así pues, su paternidad quiere ¿que fray Paco me auxilie en la obra? (preguntó el religioso con desaliento).

—Lo que yo quiero, es la mayor honra y servicio de Dios; Así que, si es conveniente que á vuestras luces y caridad evangelica se asocien la de un hermano, para alcanzar pronto y cumplidamente el santo fin que nos hemos propuesto, no veo inconveniente en que ambos caminen de acuerdo.

Fray Angel inclinó la cabeza en señal de obediencia; y fray Paco levantó la suya sin ser dueño de ocultar la satisfaccion que rebosaba en su pecho.

Los tres religiosos iban á retirarse, no teniendo por entonces cosa alguna de importancia que tratar, cuando vieron venir hácia ellos, precedido de un donado, á un sujeto vestido de negro y que traia un legajo de papeles debajo del brazo.

=Si no me engaño, ese que viene es don Deogracias, el procurador del convento, (dijo el guardian).

=El mismo (respondió fray Paco) y si le parece, con permiso de su paternidad nos retiraremos.

=No es necesario; pueden quedarse si quieren.

En esto se llegó cerca de ellos, don Deogracias, quien despues de besar las manos á los tres religiosos, con la misma ansiedad que un párvulo besa el seno de su madre, esclamó con voz un tanto gangoza y acento de abogado que pronuncia una defensa.

=Con licencia de su paternidad, vengo en debida forma á poner en su conocimiento, como en el dia de hoy, á las doce de su mañana, la sala del crímen ha citado para estrados, á la persona de Francisco Alfonsigo, para que comparezca ante el tribunal en el imporogable término de diez dias, para alagar de su derecho en la causa que se le sigue en rebeldía por cortas hechas en el brimbal del cortijo de san Vicente, de la propiedad de la comunidad, y golpes dados al guarda que se opuso á sus depredaciones.

=Dios tenga misericordia del culpable (esclamó el guardian.)

=Otro si; para notificar á su paternidad, como en el dia lúnes de la semana próxima venidera, se verá en plenario el pleito seguido por esta santa casa contra los detentadores de las dos capellanías colativas que posee la comunidad en el pueblo de Brenes.

=Ya era tiempo; despues de diez y ocho meses de término, dilaciones y escepciones.

=Qué importa; si al cabo el tribunal reconoce el buen derecho que tiene el convento á la propiedad. Otro sí; para informar á su paternidad de como el tribunal superior ha dictado auto inhibitorio contra el juez eclesiástico que entendia en la causa seguida contra los 'promovedores del escándalo que tuvo lugar en la iglesia de este convento durante los ejercicios espirituales del viérnes de la semana próxima anterior.

=Eso, eso...! (murmuró fray Paco con despecho) duro en los conventos, quitarle la fuerza moral... Como le ha quedado tanta... Ciegos, que no ven el precipicio....!

=Y por último (continuó don Deogracias sin cambiar de

actitud, gesto ni entonacion) para hacer saber á su paternidad, como el juez á condenado al pago de reales vellon 49 con 5 maravedises, al colono Gerónimo Mulas, por débito justificado al convento; é iten mas á las costas que montan á 147 reales vellon con 11 maravedises.

=Pobre hombre, (dijo el guardian) señor Deogracias, hágale Vd. saber, que la comunidad le perdona la deuda; pues se dá por satisfecha con haber probado su derecho.

=Dios se lo premie á su paternidad (respondió el procurador haciendo un jesto con los ojos y la boca que podia traducirse por: Ni la comunidad verá el dinero, ni el deudor se quedará con él: y luego continuó) con el permiso de su paternidad, me retiro si no tiene algo que mandarme.

=Si, (dijo el guardian) quisiera me dijese Vd. antes de irse en qué estado se halla el pleito del conde de Torre-milano con don Antonio de la Puente.

=Apropósito; hoy mismo se han ultimado todos los alegatos escritos y diligencias para elevarlo á plenario en el mas breve término posible. Y no debo ocultar á su paternidad que el señor de la Puente tiene mal pleito; mas claro, que lo tiene perdido, que esta es la opinion de todo el mundo despues de haberse tenido conocimiento de los términos en que está concebido el alegato de bien probado presentado por el abogado del señor conde.

=Dícese que se juegan grandes intereses en el litigio y que es asunto de gran cuantía.

=Bastante, padre guardian; se trata de bienes por valor de mas de medio millon de reales.

=Y ¿dice usted que lo perderá D. Antonio de la Puente.

=Si señor, y con las costas.. Al menos esta es la opinion de toda la plaza de San Francisco.

=Pobre señor! va á quedar arruinado.

Ya lo está, aunque ganase el pleito; pues debe mas de lo que tiene. Es señor que ha mal baratado su caudal.

=Yo lo tenia por hombre de juicio y amante de su familia.

=Así es, en efecto; pero es senor para se quien ha inventado exprofeso el dicho de: Arderse *en pleitos*; y tanto se ha

ardido que se han reducido á cenizas todos sus bienes.

=Cúmplase la voluntad de Dios.

=Amen. Padre guardian la mano.

=Dios le haga un santo.

El procurador se retiró con paso menudo y ligero, y los tres religiosos se separaron marchando cada uno en distinta direccion.

CAPITULO XI

La herreria.

Vamos á trasladar nuestros lectores á la Cava nueva, en Triana, barrio que desde tiempo inmemorial goza del fuero de ser la patria privilegiada de la raza gitana nacida en las orillas del Guadalquivir. En ella, pues, é inmediata al muladar de la Encarnacion, existía, en la época en que pasó la presente historia, y existe todavia, aunque bastante mejorada solo bajo el punto de vista de la hijiene pública y de la seguridad para el transeunte, una callejuela tan lóbrega, súcia y aparentemente deshavitada, sobre todo á ciertas horas del dia, qué bastaba por sí sola para dar una idea esacta de la raza de hombres que habian fijado su morada, á manera de aduar en esta parte de la en otro tiempo opulenta y populosa capital de Andalucía.

A pesar de ser todo aquel barrio teatro donde se representaban con harta frecuencia escenas que pertenecian á la edad ignorante y semi-bárbara durante la cual el crímen y la fuerza triunfaban contra el derecho y la ley, y cuyos habitantes, por lo tanto, estaban familiarizados con todo género de violencias y depredaciones, era tal el respeto y supersticioso temor con que era mirada por todo el mundo la susodicha callejuela, que hasta los mas desalmados valentones de allende el puente de barcas, huian de sus inmediaciones, y se guardaban muy bien de ir á buscar pendencia en su vecindad. Verdad es, que se contaban tantos y

tan trájicos sucesos acaecidos en ella; habíanse encontrado tantos cadáveres, segun dicho del vulgo, en el muladar de la Encarnacion, que dejáran un rastro de sangre que iba á perderse en el hediondo lodazal que la servia de pavimento; habian salido tan pocas veces con las manos vacias los delegados de la autoridad que fueran á buscar á ella el presunto reo de un crímen, y finalmente, referíanse hasta prodijios de májia, brujería, fantasmas y alma en pena aparecidas á deshora de la noche, que estaba plenamente justificado el horror con que era mirada.

Y, sin embargo, tan temible lugar, no era mas que una de tantas calles de la Cava nueva, habitado por familias gitanas, y en el cual se representaban, como en todas las demás del barrio escenas mas ó menos repugnantes hijas de la miseria y la ignorancia de esa especie de *parias* de la sociedad moderna. Empero el vulgo que necesita un *dios miedo* lo mismo que necesita otro sin número de cosas indispensables para la vida, se habia empeñado en erijirle un templo en la tal callejuela y hubiera sido vano todo el empeño del mundo para disuadirle de su grosera supersticion.

La acera de la derecha se componia de tres ó cuatro puertas de calle; en cuanto al número de casas, hubiera sido imposible señalarlo, tal era el desórden arquitectónico de aquellas construcciones. La de la derecha la formaban una continuacion de tápias agrietadas, frentes de casas destruidas, montones de escombros y puertas y ventanas tapiadas con adoves todo tan vetusto, sucio y destartalado que parecia todo menos edificios habitables.

Empero, hácia un estremo de estas ruinas veiase una gran puerta, cuya caja de umbral vencida por un lado y jambas que habian perdido su perpendicularidad tenian erméticamente cerrado el carcomido portón, del cual solo quedaba abierto un pequeño postigo por el que se veia un espacioso zaguan y á su estremidad un oscuro y tortuoso pasadizo que daba en un patio terrizo, cerrado por cuatro arruinadas paredes. En ella veíanse abiertos tres huecos ó puertas; una en la pared de primer término, paralela á la callejuela; otra en la de la derechas y la tercera, mas pequeña que las demás, y casi obstruida por montones de cascote, en el fondo del patio.

Como tenemos necesidad de girar una visita en cada uno de los locales que cierran estas puertas, comenzaremos siguiendo el órden en que hemos colocado la situacion de cada una de ellas á fin de proceder con método, y por consiguiente con claridad.

La primera se abre sobre una habitacion baja, cuya solería de ladrillos ha desaparecido desde muchos años, y cuyo techo, que debió ser el piso de una sala superior, que tampoco existe ya-se mira lleno de rendijas, vencido fatalmente por un lado, ama, gando ruina y dando paso por mil y mil aberturas, al sol en tiempo sereno y á la lluvia cuando las nubes la descargan sobre la tierra. Las paredes de esta habitacion sucias y ennegrecidas muestran de soga ó asta, los ladrillos de que están formadas descarnados, por su puesto, sus intérvalos, en términos que cualquier mediano gimnasta pudiera sin mucho trabajo trepar por ellos hasta dar con la mano en el techo. En el fondo de esta sala vése una alcoba, cuya puerta tapa una cortina de lienzo rayado azul y gris, levantada por un estremo y sujeto este con un clavo en la jamba izquierda. En toda la sala no se vé cosa que con propiedad pueda llamarse mueble; y sin embargo, tan lejos está de hallarse vacia como de encontrarse amueblada: pues en ella míranse hacinados en el mas confuso desórden, tantos y tan varios objetos que semeja una prendería donde desde muchos años se vienen depositando objetos de todas clases, usos y destinos; sillas viejas jerezanas, albardones y albardas, tiradas por el suelo; bridas y cabezadas con muchos flecos y moños, colgadas de las paredes; trozos de garrochas de fresno, y pedazos de remos arrimados á los ángulos de la abitacion, anclotes y trozos de cadenas de hierro; arcones de nogal asentados sobre banquillos cojos; lios de ropa y algunos fardos de pequeño volúmen; vestidos viejos de percal y basquiñas de seda de color de ala de mosca suspendidos de alcayatas; zapatos, botas y sombreros viejos rotos y llenos de suciedad; ropas, andrajos y trapos de todos colores, y del uso de todos los sexos, edades y condiciones; en fin, multitud de enseres y baratijas que parecian recojidas en los muladares.

Y entre tantos objetos diversos y en lo general despreciables, se movian á manera de asquerosos reptiles en el barro, media docena de mugeres vestidas y peinadas con mas ó menos estra-

vagancia y una docena de chiquillos de ambos sexos unos enteramente desnudos y otros poco menos que gritaban, reian y lloraban alternativamente lo cual obligaba á las mugeres allí reunidas á alzar el grito para sostener sus variadas conversaciones produciendo estas voces una batahola infernal.

Las disputas, pues entre gitanos la mas trivial cuestion parece que toma este carácter, á juzgar por las voces descompasadas que dan, y las jesticulaciones con que acompañan sus palabras, versaba entre los niños sobre un pedazo de pan ó un tiro de pelos dado y recibido con frecuencia; y entre las mugeres sobre compra y venta de trapos; préstamos sobre objetos y cuentas corrientes entre ellas, ó con sus *marchantas* de la ciudad.

La que mas alzaba el gallo en la reunion, era una gitana desgreñada, haraposa y ya entrada en años, llamada la tia *Machá* que á juzgar por el tono y las maneras con que apostrofaba á todos sus oyentes debia ser la dueña de aquel *boliche*, y la *señá* del cotarro. Y así era en efecto, pues la tal, era nada menos que la prendera y prestamista mas acaudalada de todo el barrio; item mas, mujer lejítima del tio *Trujan*, herrero muy acreditado por lo bien que forjaba tenazas, parrillas, cerrojos y clavos con un hierro, que ni sacaba de las minas ni compraba en los almacenes, y por último, y esto acaso aumentaba el respeto con que era mirada por la vecindad, *encubriora* de todo lo que se encontraban los gitanos y gitanas vagabundos, en los bolsillos y casas de los particulares de Sevilla.

Despues de la tia *Machá*, seguian en importancia la *señá* Carmen y la *señá* Justa. Ambas vestian con mas desencia y pretension que sus compañeras, y hasta su peinado se resentia de cierta pulcritud que revelaba mejor trato de jentes; sus medias eran blancas, zapatos encintados, sus ademanes menos bruscos, y sus palabras algo redichas. Estas dos gitanas, eran *diteras* lo cual esplica su mayor compostura y civilizacion.

Las tres gitanas restantes, manifestaban ser, por su traje y ocupaciones, la hez de la reunion; una de ellas recojia, sin el menor escrúpulo con la mano, con un pedazo de papel, ó con un trapo del tamaño de una cuarta en cuadro, las suciedades que los chiquelos depositaban en el suelo ó en cualquiera otro

lugar, donde les cojia la gana; y las dos restantes de aspecto idiota y semi-bravío hacian toscas canastas de mimbres.

La tia *Machá* cuestionaba con las *señás* Cármen y Justa sobre el cobro de los últimos reales que les prestára, con el módico interés de peseta por duro, exigiéndoles el pago incontinente fundándose en que habian trascurrido quince dias desde el del préstamo y que debian por lo tanto darle *sus dineros* ó volver á contar de nuevo el interés de peseta por duro. Las *señás* Cármen y Justa, ni negaban la deuda ni se mostraban escandalizadas por tan irritante usura; y jestionaban unicamente por obtener un plazo de cuatro dias con objeto de recojer algunas *ditas* y reunir el dinero para pagar á la tia Machá y tomar unos pocos de géneros al *señó Joselito*; pues era fama que los habia traido muy *güenos de Giblartá.*

Estando en lo mas acalorado de la cuestion, quiso la Providencia que se apareciera impensadamente en medio de la reunion, el tio de Aurora, quien vivamente preocupado por el suceso del dia anterior estaba haciendo las mas activas diligencias por averiguar el verdadero motivo de la ida de la gitana vagabunda á la casa donde tenia oculta á su sobrina; y como la gitana le dijera que en la herrería del tio Trujan habia tenido noticia de su llegada á Sevilla, creyó conducente al logro de su propósito hacer una visita al viejo zíngaro para ver de encontrar un cabo del ovillo que con tanto empeño buscaba.

La entrada del señor Joselito puso término á todas las contestaciones: los chicuelos se rodearon á él pidiéndole cuartos y restregando sus manecitas llenas de mocos y suciedad contra sus pantalones; la tia Machá fuése hácia un rincon gruñendo como un perro, y las dos diteras se le acercaron diciéndole con acento insinuante.

—Dios le guarde, señó Joselito ¿cómo le ha dio á su merced por ay?

—Bien, á Dios gracias, respondió el gitano.

—Ay, señó! (dijo la mas palanchina de las dos mugeres) mucha farta nos hacia sumé; que los marchantes, dicen por ay que no tenemos ná é nuevo, y se iban en cá los mercadeles á comprá ¿Por supuesto que sumé traerá géneros güenos y baratos que los marchantes eso es lo que quieren?

—Ahí traigo unas catorce cargas entre géneros de seda y algodon que es lo mas nuevo y bonito que se fabrica en toda la Inglaterra.

Malegro que sumé haya venio sin noveá. Ahora nos dirá cuando hemos *dir* á su casa *pá tomá* alguna cosa.... Hace dias que el negocio anda por *ay*, y *sá menesté trabajá* mucho *pá ganá pá* un bollo.

—Esta misma tarde, si ustedes quieren; en mi casa estaré entre tres y cuatro, y haré por servirlas de *misló.* Y á propósito, (continuó Gomez despues de un breve instante de silencio) ¿me podrán ustedes noticias de una *callí* cuyas señas son como sigue?

Gomez dió las de la gitana que tan preocupado le tenia, y cuando hubo concluido las dos mujeres se miraron interrogándose con la vista la una á la otra, hasta que la señá Justa esclamó haciendo una seña de inteligencia á su compañera.

—Hay *mujé*, la jembra que el gachó precura, paéseme á mí que es Petra la *Goné* la *mujé* de *Cascalé.*

—Calla, mujé, verdad; dices bien que es *andova* (replicó la *señá* Cármen; y dirigiéndose á Gomez, continuó, despues de haber registrado con la vista toda la habitacion). Ay señó, que *ay* estaba esa *patosa* y *sá* dio cuando *sumé* entró aquí.

—Qué, (esclamó Gomez visiblemente contrariado) ¿se ha marchado cuando me vió entrar.....? y saben ustedes donde podré dar con ella.

—No se apresure *sumé* (replicó con calma la *señá* Justa) que no *sá perdio*: *ay* estará en la fragua con su *mario* que es oficial del tio Trujan.

Gomez volvió la espalda precipitadamente é iba á encaminarse hácia la puerta, cuando le detuvo agarrándole por la faja la señá *Cármen* que le dijo.

—Párese osté, *señó* Selit de mi alma, y no sea tan *súpito*, que la tierra no sá de *comé* á esa *arratosa*, y le queda *toilo* el dia pá hablarla..... Oiga *sumé* lo que tenemos que decirle *pá* no ir en valde á su casa á *jasé* el trato.

Qué me quiere (dijo Gomez haciendo un jesto de impaciencia.

—Ea, garboso, no se enoje, y escuche con calma.

Sea, (replicó Gomez) pero diga pronto lo que tiene que decir.

Pues *señó*: *sumé* sabe, lo mesmo que nosotras, que los tiempos están de remate, y que suda una sangre pá ganá el parné... Pues, como iba diciendo, *sá menester* que *sumé* nos dé al *fiao* algunos géneros..... Pues ya se vé, como nosotros los damos al *fiao* no siempre nos pagan las *ditas* como Dios manda; y asi andamos algunas veces sin dinero pá pagá lo que habemos de tomá.... Misté, señó, ¿querrá usted creer que en una sola casa de Sevilla nos deben por cima de dos mil reales hace mas de seis meses, y van ya cuatro semanas que no nos dan ni un cuarto de *dita*.

—Y quién les manda fiar tanto dinero sin informarse primero si podrán luego cobrarlo?

—Qué, señó; si es una casa principal que hace mas de cuatro años son *marchantas* de nosotros las señoritas?

—Siendo así, todo será cuestion de dia mas ó menos, pero al fin les pagará á ustedes.

—¡Qué, *señó*! si nos está diciendo eso mismo todo los dias; pero á la fin y á la postre pué que perdemos esos dineros.

—Y ¿por qué ese temor?

—Porque el amo de la casa es un caballero que tó se lo deja en la plaza de San Francisco.

—Quién es sepamos; y veré si es cosa que yo pueda haceros cobrar ese dinero.

—Es un *señó* que vive en la plaza de las Mercenarias, que tiene un hijo que es pintor, y tres hijas mositas como tres mosquetas.

—¿El señor de la Puente Cuellar?

—Eso le dicen.

—Siendo ese caballero, yo os pagaré cuanto os debe, y, cuidado con volverle á incomodar.

—¡Señó! Dios le dé la gloria..... nosotras no queremos dinero, queremos géneros, y á la tarde iremos á su casa.

Gomez salió de la habitacion con paso tan acelerado, que dejó caer dos ó tres chicuelos de los que le rodeaban; y fué en direccion de la herrería, guiado por el ruido que hacian los martillos hiriendo sobre la bigornia y una columna de humo que salia con intermitencia lamiendo el umbral de la segunda puerta de las tres del patio que hemos mencionado anteriormente.

La herrería del tio *Trujan* era una herrería modelo. Hubiérale sido imposible al mas consumado artífice de este gremio forjar ni labrar en ella, la mas insignificante pieza de hierro. Hay mas; hubiérase podido apostar ciento contra uno, que ni el hombre mas lego en la profesion de herrero, ni el mas hábil oficial de ella, despues de dar una vuelta por el local se atreviera á afirmar que aquello era un taller de lo que llevaba el nombre. Y sin embargo, era una herrería modelo;..... pero modelo de herrería de gitanos.

Figúrense mis lectores una sala baja, cuadrada, cuyos lados medirían veinte pies aproximadamente cada uno; negra como carbonera de conventos, y alumbrada solo por la luz que penetraba, á través del humo, por una puerta que servia de tal, de ventana y de chimenea. En medio de la sala, se levantaba á tres pies del suelo, un macizo circular hecho con pedazos de ladrillos sujetos entre sí por su propio peso y colocacion, sin ningun género de mezcla; este macizo tendría cinco pies de diámetro, y estaba ligeramente cóncavo por la parte superior, á fin de mantener reunidos los pocos carbones destinados á enrojecer el hierro. A un lado veíase un armatoste de poco volúmen, que debia ser un fuelle, puesto que echaba viento; y junto á este objeto raso, un fondo de tinaja pequeña que encerraba un par de asumbres de agua y un escobillon de palma. Al opuesto, diametralmente, estaban dos pequeños tás de madera de encina, tan en contínuo movimiento que parecian azogados ó dolientes del mal de San Víctor: cada uno de ellos recibia en su centro la espiga, mas pequeña que el hueco donde encajaba, de una bigornia cuadrada, del tamaño de la palma de la mano, y finalmente, arrimado á estas bigornias, tres ó cuatro martillos de los cuales el que mas, pesaría dos libras castellanas. Aquí paz y despues gloria.

Tal era la herrería del tio Trujan.

Empero si bien por la carencia de útiles y herramientas del oficio era imposible reconocer en aquello una herrería, no sucedia lo mismo con respecto á los séres que se movian dentro de aquel recinto, que negros con el carbon, súcios con las cenizas, lustrosas las caras con el sudor y el hollin; los unos literalmente encueros, pero con el sombrero puesto, y los otros lo

mismo salvo con un pequeño mandil ó unos calzoncillos de hechura de zaragüelles, revelaban á no quedar duda que aquello era un taller donde se trabajaba el hierro á golpe de martillo.

Como es consiguiente, el número de brazos suplia la falta de útiles; y en defecto de una máquina sencilla con la cual un hombre pudiera hacer cien clavos en una hora, habia veinte brazos para producir cincuenta de aquellos en un dia. Siete obreros entre oficiales y aprendices se contaban en derredor de la fragua, estorbándose los unos á los otros, y martilleando sin concierto; pero con toda la calma de un relojero que ajusta las delicadas piezas de una muestra. Siete, sin contar una gitana sexagenaria que movia el fuelle y á la par los labios para vomitar maldiciones sin cuento, y al tio Trujan, gitano tipo de su raza, de mediana estatura, quendo y enjuto de carnes; derrengado y andando como la hiena; brazos largos, manos y pies diformes; color cetrino; mirada torba, patillas lácias y larga melena: que habia hecho la guerra en la de la Independencia por cuenta propia, con otros compañeros de su calaña, en caminos y encrucijadas; que gustaba del aguardiente mas que los mosquitos del vino, y del tabaco ajeno mas que del propio; que hablaba sentenciosamente, y queria que sus bellaquerías fuesen tomadas por oráculos infalibles.

Dábale la vieja al fuelle; los aprendices caldeaban; los oficiales machacaban, y el tio Trujan remachaba el pasador á unas tenazas, cuando entró como trasquilado por iglesia José Gomez en la herrería. Todos los ojos se fijaron en él con curiosidad y las manos dejaron de moverse para dar la bien venida al *pairino* como le llamaba toda aquella gente entre la cual no habia ninguno que no le debiera algun favor.

El tio Trujan soltó las tenazas y el martillo, estiró la gaita cuanto pudo para reconocer al recien-venido, y despues de haberse limpiado las narices con la palma de la mano derecha dando á la par un sendo sorbeton, esclamó con voz ligeramente cascada y pronunciadamente aguardientosa:

—Dios té guarde chavó.

Mas arrepentido en el mismo instante de haberse dejado llevar de un arrebato de confianza con un hombre, que aunque de la misma raza tenia bastante dinero para comprar,

al decir de la gente, las Cavas nueva y vieja con todo cuanto encerraban, continuó con inequívocas señales de respeto; que tambien entre gitanos el dinero crea una especie de aristocracia con fueros y privilegios:

—Celebro verlo güeno, señó Selito; mangui sin noveá en compañía de la parienta que toos los dias le está pidiendo á Dios por sumé y su familia.

—Tantas gracias, tio Trujan; (respondió Gomez) ¿que tal va el negocio?

—Malo, seño Selito, de mi alma; mu malo; no se jase na, ni se gana un solo bruje mas que se lleve dando uno dán lole al dengue toitico el dia é Dios..... Paese que el parné á *enmigrao* de Sevilla y sá dío otra vez á América.

—Siempre llorando por lo que queda, tio Trujan..... Pues yo veo aquí media docena de chavositos que trabajan á destajo.

—Cá, no señó..... Son guatos que como no sirven pa otra cosa se vienen aquí á meté ruio, y na mas.

—Ello será así; mas yo veo en aquel rincon algunas arrobas de hierro viejo y á ustedes todos forjando á mas y mejor; y esto no es indicio de falta de trabajo.

—Pues si *señó*; verá osté... To ese jierro no sá pagao entoavía, ni sé cuando se pagará.

—¿Tan *arriado* está usted?

—Mas que la chula, sin un calé..... Verá osté, señó Selito. Una vez allá cuando la guerra de la pendencia íbamos mas é cinco, toa gente de mistó, con un fraire é San Francisco, por el camino de Brenes y llevábamos las de Cain, pidiéndole á Dios que nos saliera aunque juera un regimiento de dargoones pá matarlos á tos por herejes y intursos; cuando, verá osted; al regolver, así po este lao, el camino, *tun* suena un escopetazo..... ¡Mairesita mia! jui que coraje me dió.... Échole mano, asina de esta manera, á la chupa de un camará que estaba á mi vera, y.....

—¡Tio Trujan! (esclamó Gomez interrumpiendo al gitano y separándole de si con fuerza) saque usted la mano del bolsillo de la mia, que nada tiene que ver con la de su camarada del camino de Brenes.

—Qué no *señó* (dijo el tio Trujan, haciendo con la fisonomía y todo su cuerpo un jesto que manifestaba el temor de haber sido demasiadamente bien comprendido por su interlocutor, y continuó). Si esto no era na mas de que pá que osté viera como lo hice!.... Pero verá osté.

—Basta, tio Trujan (respondió Gomez interrumpiéndole con presteza) no quiero enterarme mas sobre el particular..... Lo que quiero saber es.

Un «Dios guarde á usted, caballero» pronunciado con vóz gutural y acento gitano, hizo volver la cara al seño Joselito, que se encontró á sus espaldas con un zíngaro, alto y delgado como un pino; embozado en una capa de indefinible color, y tan llena de harapos como el sombrero de alcuza que cubria á su cabeza (el que parecia haber servido de entretenimiento á media docena de cachorros hambrientos) y finalmente encorbado tanto por los años como por un bulto que traia ciudadosamente oculto bajo los jirones de su *plastañi*, (capa.)

Gomez se apartó á un lado para dejar paso al recienvenido, quien despues de cambiar una seña de inteligencia con el tio Trujan penetró en la herrería arrastrando los pies y saludando con el jesto á todos aquellos *caballeros*.

—¿Qué se ofrece, tio *Quidico*? (Casimiro) preguntóle el tio Trujan encarándose con él.

—El interpelado se desembozó con mucha pausa, y puso en el suelo, á sus pies, una espuerta que traia colgada del brazo y llena de objetos de hierro y respondió guiñando un ojo y sorbiendo á la par.

—Quiere osté comprá este poco de hierro.

El tio Trujan metió la mano en la espuerta y removió con pausa la venta que se le proponia. Despues de haberse hecho cargo, que entre muchos pedazos de hierro venian no pocas piezas, ó nuevas ó en buen uso, tales como pestillos, tiradillos fallibas, clavos y en fin, un sin número de piezas del herraje de una casa, contestó con aparente desaliento.

—Tio Quidico, no se lo quisiera decir; pero todo esto no me sirve..... y aluego no tengo un calé.

—Que no quede por eso, camará; si osté no lo pué pagá hoy lo pagará mañana; que á mi no me hace falta un peso... Quiere

decir que ustedes se queden con Dios.

—Camará, párese osté, (dijo el tio Trujan deteniendo con la voz al gitano que ya habia recogido la espuerta y se disponía para salir) ¿cuanto jierro viene ahí?

—Vienen mas de dos arrobas; y si á osté le jase avio, aluego traeré mas.

—¡Tio Quidico! (esclamó el tio Trujan mostrándose maravillado) ¿onde ha encontrao osté esa veta?

—Camará (respondió el gitano encogiéndose de hombros) cada uno se la busca como puede sin jaser mal á naide.

—Pero ¿habrá noveá?

—No señó, tio Trujan; que mis chorrés tienen buenas *baes* y mucho sentio pa el oficio y no hay cudiao.

—¿Cuanto quiere osté por ese jierro viejo?

—Un peso.

—Tio Quidico ¿osté se piensa que yo robo el dinero?

—Pues deme osté catorce brujes y no sable mas..... conque sonsi y al avio.

—Tio Quidico, si eso no vale na.

—Que no; si la mayor parte no sa estrenao; que lo tomó mi chává de la espuerta conforme vino de la herrería!

—Vamos, pues; póngase osté en razon y nos entenderemos.

—Ná lo dicho, y la jaca á la puerta.

El tio Trujan hizo una seña al vendedor para darle á entender que se recelaba de Gomez; este hubo de advertirlo y esclamó dirigiéndose hácia la puerta con intencion de salir.

—Tio Trujan, el *sesto no ser molesto*; con que queden ustedes con Dios, que me voi á dar una vuelta por los solares para vér el viento que corre.

Esto diciendo, se dirijió hácia la tercera puerta del patio; aquella que se miraba casi obstruida por los escombros; dispuesto á no preguntar lo que buscaba, pues sabia que este sería el peor medio para satisfacer su curiosidad y fiado en que la casualidad, mejor que nada, habia de servir sus intereses.

Esta puerta derruida, conducia á un basto solar, ó mejor dicho á una série de solares de otras tantas casas que habian caido en ruina desde tiempo antiguo, y que su propietario no

se habia cuidado de reedificar, menos por indolencia que por propia utilidad.

En efecto; aquellas casas para ser reconstruidas necesitaban de un capital cuyos intereses no habian de percibirse nunca, atendido que los inquilinos que podian habitarla no habian de encontrarse nunca en disposicion de pagar unos alquileres, que por modestos que fueran, estarían siempre fuera del alcance de sus bolsillos ó de su voluntad de pagar mientras que permaneciendo en aquel estado ruinoso, cualquiera cantidad por exigua que fuera, era una ganancia segura, sin peligro de quiebras ni gasto alguno de contribucion, entretenimiento, repasos y tantas gabelas como han acosado, acosan y acosarán la propiedad inmueble. La cuestion, pues, para el propietario se reducia á hallar un inquilino, ó casero, que por una módica cantidad, se hiciese cargo de aquellos montones de escombros; dejando á su voluntad el darles la aplicacion que mas conveniente estimase á sus intereses. A la sazon lo era el tio Trujan y su muger la prendera, quienes en calidad de tales gobernaban soberanamente dentro del ámbito de aquellos ruinosos muros, poblado por algunas familias pobres de gitanos.

Lo que allí dentro se encerraba, era mas bien para visto que para descrito; empero nosotros á fuer de historiadores que desean satisfacer la curiosidad de quien los lea, trataremos de dar una idea, aunque débil de ello, siquiera por lo que pueda ilustrar ó interesar este relato.

Franqueada la entrada desarrollábase ante los ojos un espectáculo tan pintoresco como triste y miserable en lo general. Allí entre lienzos de muros medio destruidos, negros unos y otros pintados de un verde sucio por efecto de la humedad; entre montones de ladrillos, cascotes y tierra; debajo de cobertizos improvisados con lona los unos, con paja y pedazos de tela los otros, ó completamente á la intemperie pero rodeados á los tizos ahumados de una pequeña hoguera, veíanse una porcion de gitanos de todas edades y sexos, entregados con mas ó menos ardor á sus tareas ordinarias. Aquí unas cuantas gitanas desgreñadas y sucias sentadas en el suelo al sol, tejen groseras canastas de mimbres, en tanto que otras asean á su manera los niños, los crian á su descarnado pecho ó los azotan

de lo lindo para darles buena crianza.... Allí otras se peinan se espulgan con un cinismo repugnante, ó se hacen la ilucion que cosen las ropas de sus maridos. Mas allá un grupo de gitanas viejas y haraposas gesticulan, blasfeman y vomitan torrentes de maldiciones sobre todo el que las oye y sobre el que tiene la fortuna de no escucharlas; en tanto que en otros grupos de gitanas mas jóvenes se habla bajo, se acciona recio y se trata de encontrar medios para comprar una peineta, un pañuelo de talle ó un vestido con muchos colorines y ramos de flores estampados.

Y entre estos grupos de bello sexo (gitano, por supuesto) míranse otros de hombres entretenidos en varias ocupaciones propias del modo de vivir de la casta. Quiénes se entregan con todo el ardor y entusiasmo de verdaderos artistas al difícil trabajo de metamorfosear un burro contemporáneo de la burra de Balaam, en un pollino de tres años, alegre, robusto y de buena pinta. Quiénes de una pollina platera están haciendo una pollina rucia. Quiénes pintan las crines á una jaca ruana en tanto que otros añaden la cola á un caballo morcillo. Quiénes liman los dientes á una caballería para ocultar su edad, en tanto que otros pegan parches sobre el lomo de una mula, que se las apostaría en estantigua con la de Gil Blas de Santillana, para disimular sus mataduras.

Estas y otras lindezas del mismo jaez hacen los unos, mientras que otros remiendan albardas y albardones cosen cabezadas y cabezones y pintan y transforman estos objetos, como lo hacen sus compañeros con las caballerías, con tanto arte y primor, que ni sus verdaderos dueños conocerían unas ú otras aunque se las pusiesen delante de los ojos.

Si á esto se agrega las idas y venidas de los desocupados, los diálogos chistosos, los dichos ocurrentes, las blasfemias é interjecciones; las promesas y las amenazas; las voces recorriendo todos los tonos de la escala; el llanto de los chiquillos y los gritos de las madres; el ladrido de tal cual chusquel y el rebuzno de tal cual borrico que echa de menos la cuadra y el pienso de su verdadera casa; la multitud de colorines de las ropas; el insufrible hedor que de allí se exhala, y un sol espléndido y brillante que ilumina aquel cuadro estraordinario, se tendrá una

idea, aunque débil, lo repetimos, de lo que encerraban aquellas cuatro paredes, que por fuera parecian las de un cementerio y por dentro las de un pandemonium.

En medio de aquella confusion haciánse notar por condiciones especiales y por su aparente aire de misterio, un gitano mozo y una gitana jóven que semi-ocultos en el ángulo que formaban dos lienzos de pared, hablaban en voz baja y dirijian en derredor suyo miradas que espresaban temor de ser interrumpidos en su conversacion. La gitana era Petra *Goné*, la que conocimos por vez primera en casa del señor Joselito, y el gitano era su marido, *Cascalé*, oficial de herrero, segun lo indicaba el color de su cara y vestidos. Si Petra la *Goné*, era el tipo de la gitana vagabunda y pordiosera, su marido lo era el del gitano pobre, nacido y criado en una gran poblacion; vestido pobremente pero con cierta pretension barberil de majito; jesticulando con cierta prosopopella; hablando un *chapurrao* de caló corrompido y castellano que estaba fuera de las reglas del análisis, y finalmente, espresando en su fisonomía la astucia, la cobardía y la fria crueldad, conjunto con las huellas indelebles que dejan en el rostro del hombre la precocidad y el esceso de los vicios y las malas pasiones.

El asunto de su conversacion es por demás interesante para nosotros, para que dejemos de tratar de informarnos de su secreto; aproximémonos, pues, y sigamos.

¿Qué tienes mujé?.... parece que has visto al *bú* tan asustada vienes!

—Ay chavó! que he visto al mesmo demonio!

—Jasú! y no las hecho la cruz?

—Con las piernas que se me enrreaban por correr, que pensé que me caia.

—Pero á la fin ¿qué ba pasao?

—Que he visto al señó Selito el de Sevilla.

—Chavala! tu estás ida del pesqui; pues qué, ¿el señó Selito se come á los niños cruos?

—Ay chavó de mi alma! que el señó Selito tiene malas tripas y me viene á buscar con las de Cain.

—Vamos mujé, tu estás charlá ¿de cuándo acá ni pá qué, el señó Selito que nunca jamás tá conocio te ha de jacer daño?

—Pregúntaselo al Romo, que el otro dia me quiso sumé tirá por el balcon á la calle, y aluego me echó juera de su casa.

—¿A qué Romo?

—Al Romo, al que mató el año pasao, por féria de Mairena, á un español en la tienda de bebia de Bartolo el montañés.

—Ese es mi primo.....

Al oir esta palabra, la gitana depuso como por encanto la espresion de temor que se pintaba en su rostro, y esclamó, dominando á duras penas el júbilo que rebozaba en su corazon.

—Dices que el Romo es tu primo? Vaya por Dios, que si lo hubiera sabido antes, tendría mas adelantao el negocio y me hubiera quitao de encima mucha pena.

—Chavala..... tu lo has bebio esta mañana.....

Que no lo he probao ¿quieres que te haga ja....?

—Pues entonces ¿qué demonio estás diciendo ahí de mi primo el Romo; el señó Selito; el balcon por donde te iban á tirar, y mala centella que me parta si te entiendo?

—Digo que lo que digo es muy verdad.

—Vamos claros; tu fuiste á *chorar* (robar) en casa del señó Selito, y te dicaron, eh?

—Tas dequivocao, que no fí á eso, que fí mandá por un señó.

—Aguarda..... ¿y tu trabajas pá otro que no soy yo?

—Si te digo que no fí á eso.

—Pus acaba de una vez y dime clarito que lios traes tu, con seño Selito, que ya emprincipio á entrar en cuidao.

—No te lo quise decí antes, poique..... poique no habia apandao entoavía las dos jaras que ma vian prometio.

—Dos jaras....! (esclamó Cascalé abriendo cuanto pudo los ojos, y acercándose tanto á su muger, que esta tuvo que dar dos pasos atras, creyendo que su hombre se iba á echar encima de ella.

—Dos jaras, sí; y como dos luceros... . Pero aguarda y te lo contaré.

Cascalé se hizo todo ojos y oidos, y la Petra continuó en voz baja, y despues de haberse asegurado con la vista que nadie podia escucharla mas que su pariente:

Saberás que un dia iba yo con mi churumbé por la Alamea vieja, buscándome la via, cuando vi un señó mu tapao con la

capa sentao en un poyete y que parecia dormido, tan quieto se estaba. Fí á él y le dije: «señó, hay una limosnita pá esta probecita gitana y pá su churrumbelito, que no tiene ni una camisa que ponerse? El señó levantó la cabeza, y si vieras me dió mieo; paesia un escapao del cimenterio; señó le ije, osté es mu garboso y generoso con las damas; pero en ese corazon se encierran muchas peniyas por causa de una moza rubia y mu jechá palante; tambien hay una mala lengua que le quiere poné mal con sus parientes; ¿quiere osté que le iga la güena ventura?=No, me contestó mu enfaao, vete y éjame en paz.=Señó, le ije siquiera dos cuartitos pá un bollo.=El señó me miró un rato y aluego me ijo.=¿Eres gitana?=Sí le ije.=Conoces al señó José Gomez, ó como vosotras le llamais el señó Selito, que es contrabandista y mu mirao entre los suyos, me pregunto. Yo le ije que si, y que vivia en la calle de San José é Sevilla.=Güeno, me ijo, y sabes tú, donde tiene epositaa una mosita sobrina suya que tiene estas señas (y me dijo las de la Cugiñí) Yo le ije que no; poique á pesar de que toos en el barrio la conocíamos por haberla visto alguna ve, ninguno sabia donde vivia por tenerla mu guardá su tio el señó Selito. Entonces el señó me ijo muchas cosas pá veni á ecirme á la fin y a la postre que si yo avriguaba donde vivia la Cugiñi y se lo ecia que me daría dos jaras pá mi. Yo le ije que eso no era cosa tan fácil, Sevilla es muy grande y tiene mucha gente; y él me dijo que me pondría en camino; que la Cugiñi debia vivir en los alreeores de la puerta de la Carne; que así se lo habian dicho los guardas, aunque no sabia en qué calle; y que yo me juera metiendo en toas las casas de aquel barrio jasta que diera con ella; y que toos los dias me esperaba en el mismo sitio y á la misma hora pá que le llevase la razon. Y pá que yo no descuidara su encargo, me dió en señá, dos doblones de á cuatro á buena cuenta de las dos jaras que me habia de dar cuando encontrara á Cugiñi.

¿Donde tienes esos dineros? (preguntó Cascalé con viveza asiendo á su muger por el guiñapo que le servia de pañuelo de talle).

—Aquí; míralo (respondió ella sacando del seno el papel donde tenia envueltas las dos monedas).

—¡Dámelo por tu via.....! que con esos dineros voy á jasé un trato de un caballo con el tio Playí, pá ganame mas é diez doblones de una mano á otra.

—Que no te lo doy,..... que tu lo quieres pá dirte á emborracha con las chubascas, *pirandon* mardecío.....!

Petra, (respondió Cascalé mirándola con jesto sañudo) no me tientes la paciencia..,.., de esas monedas y soniche..... Miá que si no te corto la fila y aluego te arrastro cojia por el pelo por too el corral, y al proferir esta cruel amenaza, el gitano metia con fuerza la mano en la faja.

Petra que sabia que entre el dich y la ejecucion su marido era capáz de no dejar transcurrir un minuto, le alargó temblando el dinero haciendo propósito de ser mas cauta otra vez y consolándose con la idea de disponer á su voluntad del resto de la suma que le tenian ofrecida.

Trascurido un corto intérvalo de silencio, y ya casi olvidado por ambos este breve y repugnante episodio, reanudaron el hilo de su interrumpida conversacion, eslamando Cascalé:

Too eso que mas contao está muy en su lugar; pero todavía no mas dicho, qué tiene que ver eso con tu canguelo de que el señó Selito te sarandee el bulto.

—Como tú no mas dao lugar no té acabao de contar la historia.

—Pues acaba luego.

La gitana refirió á su marido como el señor que la habia dado la comision de averiguar el paradero de la sobrina de Gomez era el conde de Torre-milano, y él como ella con deseo de tomar la propina ofrecida habia hecho todas las diligencias imaginables, por las calles inmediatas á la puerta de la Carne, hasta que por fin tuvo la fortuna de encontrarla (segun ya hemos tenido ocasion de enterarnos del suceso por la relacion que Aurora hizo á su tio) no descuidando en el entretanto, de acudir todos los dias á la cita que el conde le habia dado en la Alameda Vieja, donde le referia casi hora por hora el resultado de sus pasos; hasta el dia en que se encontró cara á cara con el señor Joselito en la casa que habitaba Aurora: las amenazas que con tal ocasion aquel la habia hecho, y el miedo que se apoderó de ella hasta el estremo de no darle cuenta al conde del

éxito de sus diligencias, y estar casi dispuesta á renunciar al premio que este la tenia ofrecido por temor á las fatales consecuencias que esta podia traerle.

Cascalé le estaba escuchando en silencio en tanto referia los detalles del suceso; pero cuando la vió manifiestamente dispuesta á abandonar el campo, ocurriósele que de verificarlo, tenia que dar por perdidas las dos onzas que el conde la ofreciera; y como el peligro que pudiera correr su muger era para él de todo punto insignificante, ante la perspectiva de treinta y dos duros de utilidad, sintió excitadas en su corazon á un tiempo la cólera y la codicia, y dominando ambos sentimientos, renovó con mas furia sus amenazas para obligar á su muger á cumplir sin vacilacion el compromiso contraido con el conde, y como ella, todavía bajo la impresion de terror que la presencia de Gomez en la habitacion de la muger del tio Trujan la habia producido, se negára tenazmente á ello, á riesgo de su vida, Cascalé se ofreció á tomar el empeño sobre sus hombros, y á dar feliz cima á la empresa, ofreciendo á su muger una parte de las utilidades del negocio. Esta se convino, y en su consecuencia le dió las señas de la casa de Aurora y las de la del conde de Torre-milano, que ella habia sabido encontrar para sus fines particulares.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando Gomez que ya habia registrado todo el corral se dirigió hácia ellos habiéndolos descubierto apesar del cuidado que pusieran para ocultarse. Petra, así que le vió llegar, arrojó un grito y corrió á ocultarse detrás de su marido; quien como hombre tan cobarde como feroz sintió deslizarse un vago temor en su corazon y hubiera de buena gana huido dejando á su muger á la merced de quien suponia venia para castigarla, si la proximidad del señor Joselito no le cerrára todos los caminos de la fuga.

—Dios te guarde chorré (dijo el contrabandista al zíngaro que de buena gana hubiera dado los dos doblones de á cuatro que tomára á su muger, por hallarse una legua distante de aquel parage) hace rato que te estoy buscando y á tu parienta para platicar sobre un negocio.

—Pá serví á sumé (replicó el gitano, tomando un aire sumiso) ¿en qué le poemos complacé, que lo jaremos con mucho gusto.

—Llégate aquí, chavala (prosiguió Gomez dirigiéndose á Petra, que no se atrevió á eludir el mandato, y toda trémula se colocó al lado de su marido) y no tengas cuidado, que no te quiero hacer mal.

Cuando los vió en su presencia, y pudo conocer, en las visibles señales de turbacion que se manifestaban en sus semblantes, que no les debia ser desconocido el objeto de su visita se resolvió á atacar la cuestion de frente y sin rodeos tanto para no perder un tiempo precioso cuanto por aprovechar el estado de turbacion en que ambos se encontraban, del cual creia poder sacar el mejor partido para sus fines. Así qué esclamó, despues de haberlos contemplado durante algunos segundos, con un jesto que les diera á entender lo resuelto que estaba á saber la verdad de lo que les preguntara:

—Vamos claro y pronto; ¿quien te mandó, á tí, ir á mi casa del muro de la puerta de la Carne?

Petra, á quien iba dirigida la pregunta, guardó el mas completo silencio; su marido movió los labios cual si fuera á decir alguna cosa; mas tambien permaneció callado.

—Escucha; (prosiguió Gomez pronunciando lentamente las palabras) de nada te ha de servir el ocultarme la verdad, porque yo la sé, mas cierta de lo que tu te puedes imajinar; pero necesito oirla de tu boca para que no me quede el mas pequeño asomo de duda. Si callas nada habrás adelantado, ni tampoco el que te ha pagado para que sigas mis pasos; pues me bastará llevar á mi sobrina á otra parte para que los dos quedeis burlados; pero si hablas, mira (dijo sacando una onza de oro de su faldriquera) esto será para ti.

Petra continuó con los ojos bajos, y balbuceó algunas palabras que ninguno oyó; pero su marido, á quien la amenaza de Gomez de cambiar el domicilio de su sobrina, habia asustado, pues veia que con esta sencilla y natural evolucion quedaba completamente desorientado el conde, y él perdida la esperanza de tomar las dos onzas que este le tenia ofrecidas á su mujer; y escitada al mismo tiempo su codicia con la vista de la moneda de oro que el señor Joselito tenia de manifiesto ante sus ojos, se resolvió á cantar de plano, tanto por las razones espuestas, como porque se creia muy capáz de esplotar

contando tanto con su astucia cuanto con la cooperacion de su primo el Romo, criado de Gomez, á este y al conde que tan generosos se mostraban en un as nto en el cual, él por su parte no hubiera gastado un real de plata.

=Vamos, pronto (esclamó Gomez impaciente de ver la vacilacion de los dos gitanos) ó cantar de corrido, ó me guardo el dinero y hasta otra vez.

=Párece osté, señó Selito de mi alma (esclamó Cascalé alargando la mano para tomar la onza de oro) démosté esa monea y yo le diré á sumé lo que hay de verdad.

=Toma, pues, y habla.

=Pues señó, (continuó el gitano sonriendo con júbilo, en tanto que ponia la onza de oro en su bolsillo, junto á las dos doblas de á cuatro que le diera Pétra); saverá osté, que quien le ijo á esta mojé de avriguá donde vivia su sobrina de osted, fué un señó que le dicen el conde de Torre-Milano.

Gomez ahogó en su garganta un grito de rabia que estuvo á punto de exhalarse de su pecho, y disimulando su enojo, respondió con estudiada calma.

—Eso ya lo sabia yo..... Adios chorré; y tú chavala cuando otra vez te haga falta una peseta para comer, ven á buscarla á mi casa y no recibas dineros de los *busnís* para hacer mal á un gitano.

Esto diciendo, Gomez le volvió la espalda, y salió precipitadamente del corral y de la h..reria del tio Trujan.

Cuando se hubo perdido de vista, Petra esclamó mirando á su marido con desconsuelo:

—Qué has jecho, mardecío: por tu codicia de gana una onza hemos perdio las dos que me tenia ofrecidas el señó conde.

=Calla, patosa (respondió Cascalé sonriendo con cínica ironía) lo que he jecho ha sio g..á po la mañana estos veinticuatro duros que están aqui (dijo dándose un golpecito con la mano en el bolsillo.) Aluego á la tarde, me ganaré treinta y dos diciendole al señó conde donde está la sobrina de ese gachó barba.

=Pero ¿no has dío que lo vas á quitá de enmedio?

=Mejó; onde la lleve; me lo dirá mi primo el Romo; y yo

se lo diré al señó conde pa que me dé otras dos jaras. Y cuando el conde la vayaj á buscar, se lo diré al señó Selito pa que la guelva á esconder, y me dé otra jara.... Y asi ellos jugarán al escondite, y yo cobraré el barato, estás chavala?

CAPITULO XII.

Tormentas del corazon.

En la collacion de........ y en una de las calles que desembocan en la plaza de la iglesia de este nombre se allaba la casa solariega de el conde de Torre-milano. Este antiguo edificio, como todos los de alguna importancia construidos á principios del siglo pasado, tenia un aspecto mas sombrio que imponente y menos magestuoso y rico que vasio y destartalado. Su fachada de ladrillo labrada en obra limpia, mostraba un solo piso alto; en ella una fila de catorce balcones de hierro, pesados y macisos, cuyas repisas estaban sostenidas por gruesos barrotes del mismo metal. retorcidos y cuajados de adornos del peor gusto. Los huecos de las ventanas eran demasiadamente grandes; estaban cerrados por grandes puertas de cristales, en los cuales la madera estaba en razon de dos á uno con los vidrios, que eran pocos, pequeños, verdes y sucios, y, para completar el caracter singular de aquella arquitectura, cada una tenia sobre la caja de umbral un enorme guarda polvo de pizarra, que á manera de pantalla interceptaba la luz y dejaba las habitaciones en una mediana oscuridad. En el centro de la fachada, y á la altura de la

repisa de los balcones se abria una disforme puerta cuajada de adornos y esculturas semi-barbaras y rematadas por un escudo de armas exento que mostraba las de la familia á quien pertenecia.

Si triste aparecia el aspecto esterior de este antiguo caseon, mucho mas lo era su interior. Pasada la puerta se hallaba un gran patio apeadero cerrado por altas paredes en las cuales se contaban pocas y pequeñas ventanas, algunas puertas entre ellas tres que abrian paso á las cuadras y cocheras y á la derecha una espaciosa escalera de piedra de Tarifa que conducia á las habitaciones superiores. El silencio reinaba en todas partes, y salvo el lijero murmullo de una pila que arrojaba un exiguo caño de agua, hubiérase creido mas bien estar en un yermo que en la casa solar de una de las mas y mas ricas familias de Andalucia.

En una de las habitaciones mas apartadas de esta triste morada, cuyas ventanas daban sobre un jardin que mostraba señales evidentes de no haber sido cultivado desde mucho tiempo, encontrabase una tarde á la hora de la puesta del sol, el conde de Torre-milano, sentado al lado de una mesa cubierta de libros y papeles, en un antiguo sillon de baqueta, tallado segun el gusto gótico: á un lado mirábase tambien sentado á fray Angel, que tenia el brazo derecho apoyado sobre el del sillon del conde, en tanto que con la mano izquierda separaba una por una las cuentas de un rosario, ó acariciaba los gruesos nudos del cordon de su habito y órden.

El conde vestia un traje de campo, y todo en él revelaba que acababa de llegar á su casa de regreso de un viaje.

Fray Angel con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía estar esperando una señal ó una palabra para dar principio á la conversacion. Esta no se hizo esperar, esclamando el conde despues de haber exalado un suspiro:

=Padre, me han dicho los criados, que durante los tres dias que he estado fuera, habeis venido con frecuencia á preguntar por mí; ¿Ocurre algo de nuevo?

Fray Angel reconociendo cuan inconveniente era decirle que el objeto de su visita era anticiparse á la de fray Paco, y

prevenirle en contra de ella, verdadero motivo de su afan por verle, buscó una contestacion á la pregunta del conde que lejitimase su deseo de hablarle, y al mismo tiempo disimula por el pronto la verdad; y habiendola encontrado replicole con calma.

—Hermano; mi venida, prescindiendo de la satisfaccion que tengo en verles tenia por objéto darle la enhorabuena......

—¿De qué? (preguntó con vivácidad el conde).

—Del buen estado en que se encuentra vuestro pleito con el señor de la Puente-cuellár.

=Estraño como sepais esto, cuando yo todavia lo ignoro; y desearia saber como ha llegado á sus oidos.

—De una manera bien natural. Dias pasados llegó el procurador del convento á dár cuenta al padre guardian del estado de algunos litigios que tiene la comunidad; y refirió, casualmente el asunto que os atañe... yo estaba delante, y oí...

—Comprendo ¿y que dijo el procurador?

—Que el señor de la Puente-cuellar tenia perdido el pleito.

El conde oyó esta noticia con tanta indiferencia como si se tratase del negocio mas trivial. Fray Angel, continuó, despues de haberse asegurado con una rápida mirada de la perfecta calma del conde:

—Además mi visita tenia otro objeto mas altámente moral, que el de felicitarle por el buen exito de este pleito, y el aumento de sus bienes precederos.... Tiene por objeto, señor, pediros en nombre de Jesucristo y por su santa caridad, una mirada de compasion sobre la desgraciada familia que el resultado de ese pleito vá á dejar sumida en la indíjencia.... Recordar á vuestro generoso corazon, que D. Antonio de la Puente-cuellar és un noble anciano en quien libran su subsistencia una buena madre enferma y con un pié en la sepultura, y cuatro hijos; familia toda que es modelo de cristiandad, honrada y noble.

—Y ¿que quereis que haga por ella? (replicó el conde sin salir de su estado de indiferencia).

—Lo que os dicte vuestro corazon; lo que manda la caridad cristiana.

—Quereis, pues, que renuncie á mi derecho (esclamó el

conde saliendo de su apatía)

—Quiero en nombre de Dios, que perdoneis á vuestros deudores así como quereis ser perdonados por Jesucristo en el cielo.

—Pero, padre, despues del ruido que há metido este negocio, renunciar á su beneficio cuando la justicia acaba de darme la razon seria una campanada en Sevilla.... Si siquiera estubiera en duda el fallo...; pero cuando acabais de de oirme que lo tengo ganado...

—Ganadlo, si quereis á los ojos de los hombres; pero perdedlo á los de Dios... El os dará un premio que vale mas que el medio millon con que el fallo del tribunal va aumentar vuestra fortuna.

—Yo, padre (dijo el conde titubeando) estaba resuelto, caso de ganar el pleito, á no dejar á mi contrario en la miseria y á pasarle durante su vida unos alimentos decentes para que pudieran vivir él y su familia con el decoro propio de su clase. Esto me lo mandaba mi conciencia y ademas los lazos de consanguinidad que nos unen...

—Hijo! (esclamó fray Angel tomando una mano del conde que estrechó afectuosamente entre las suyas) estais en el buen camino; perseverad, que en el cielo y en vuestra conciencia hallareis el verdadero premio... Acabad vuestra obra, renunciar generosamente, y comprad á tan poco precio vuestra parte de gloria... ¡que importa un puñado de oro ante la eternidad! ¡Que las acciones de un mezquino orgullo satisfecho ante la tranquilidad de la conciencia hija de la satisfaccion de haber hecho bien á sus semejantes! ¡Y si, lo que no creo tan poderosas razones no bastáran para decidiros, recordad que ese pequeño caudal, que para nada necesitais, pues es á vuestra inmensa fortuna como un grano de arena es á una montaña, sostiene con decencia una familia que tambien es vuestra, y que el dia en que se vea privada de él, tendrá que mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan; y que acaso llegue un dia en que la veais en vuestra casa pidiendoos las migas que caigan de vuestra mesa!

—Padre (esclamó el conde conmovido al oir las palabras á el acento del religioso) lo que me pedis no es imposible...

pero es un sacrificio.

—Que os abre las puertas del Cielo (replicó con ecsaltacion fray Angel) y un buen cristiano no debe titubear ni menos retroceder cuando se trata de una buena accion.

—Padre, lo pensaré (respondió el conde bajando la vista.)

—Todavía lucha la materia (murmuró el religioso cruzando las manos y levantando los ojos al cielo).

—Pero podrá vencer el espiritu (respondió el conde)

—Por qué dejas para mañana lo que podeis y debeis hacer hoy! ¿Quien sabe si veremos ese mañana.....!

—¿Porqué? dijo el conde levantando la cabeza y mirando fijamente al monje) porque no es dado al comun de los hombres tener buestro heroismo.

Fray Angel inclinó ruborizado la frente: y despues de un breve intérvalo de silencio, esclamó!:

—Dejaos llevar por los impulsos generosos de vuestro corazon, y resolveos á perdonar hoy.

Padre (balbuceó el conde) os lo repito es un sacrificio.

—Y ¿que otra cosa verán las acciones que debeis acometer para entrar en la seráfica órden de nuestro padre S. Francisco? Empezad, pues, por ese, que es el menos costoso, y así os hallareis mas dispuesto á hacer el último que os ha de abrir las puertas de nuestra Santa Casa.

—Todavia no, padre; todavia no....! (esclamó el conde con una espresion tal de sobresalto, que alarmó al religioso) y luego despues de una corta pausa, continuó, compriméndose la frente con la mano derecha) Padre, haré cuanto querais con respecto al pleito: pero en nombre de Dios os suplico que no me hagais fuerza para que pronuncie con harta precipitacion un voto solemne.... cada vez que sondeo mi alma sobre mi vocacion, siento un terror que tiene mas de mundano que de religioso.... Padre, me cuesta mucho renunciar al mundo, y me espanta la idea de prestar un juramento solemne que me separe para siempre de él.

—Hermano (replicó fray Angel con acento solemne) no permita Dios que jamas me dé medio alguno de violencia para volver al redil la obeja descaminada...... lo que mi poco autorizada voz y mis leales consejos no puedan conseguir, no lo inten-

tasen lograr ni á mí por coaccion moral.... Yo no intento compeleros, solo os quiero aconsejar.... Cuando en medio de la deshecha borrasca de las pasiones de nuestra fragil humanidad veiase vuestra alma proxima á perecer, llegasteis á mí para que os señalase puesto de salvacion, y os indique el único á la entrada del cual se detiene el viento de la desgracia, y donde no penetran las olas del infortunio y de la desesperacion: pero tambiem os dije que para entrar en él, cuando el alma habia perdido su inmaculada pureza, cuando, no la vocacion, sino los desengaños del mundo nos llevaban á él, era necesario consultar sus fuerzas y haber adquirido la perfecta seguridad que yá el mundo, sus pompas y sus vanidades habian concluido para el corazon que llamaba á las puertas de la patria celestial..... ¿Pensábais entonces que yo os hacia fuerza.

No padre; que escuché vuestra voz como una voz del Cielo (replicó el conde con apagado acento.)

—¿Porqué, pues, dudais de ella en esta hora?

—No lo sé; pero creo que el infierno todo se ha conjurado en mi daño, cnando ha vuelto á daspertar en mi corazon un átomo de la esperanza que yo encontraba muerta.

—Hermano, (esclamó el religioso con acento de desconsuelo) veo que todavia no habeis apurado el cáliz de los desengaños, que no habeis sufrido bastante y que Dios quiere someteros á nuevas pruebas.....

El conde que hasta entonces, salvo pequeños intérvalos de agitacion, aparentaba estar distraido durante la conversacion con el religioso, al oir estas últimas razones hizo un brusco movimiento con todo su cuerpo sobre el asiento, levantó la cabeza, y con la mirada fija en el rostro de Fray Angel y brillante como la de un calenturiento, esclamó con voz trémula'....

—¿Que no he sufrido bastante.....? ¿Pues qué? caben mayores tormentos en el mundo que los que vienen destrozando mi pecho desde largos años? Tormentos incomprensibles que ni puedo esplicar ni definirme á mi mismo..... Tormentos que hacen de mi vida un prolongado martirio siempre igual, siempre intenso, sin tregua y sin esperanza de verlo cesar; que han trastornado mi razon, me han hecho criminal y me han arrastrado va-

rias veces al borde del suicidio..... ¡Padre! ¿y decís que Dios me quiere someter á nuevas pruebas.....? Dios se ha olvidado pues de su misericordia para mi, y me ha desamparado.....

—Hijo, (esclamó el religioso con dulce severidad) ¡no blasfeméis!

—No quisiera blasfemar, padre; pero la desesperacion reboza en mi pecho al ver la desgracia que pesa sobre mi, y que no creo haber merecido.

Muy grande debe ser cuando asi os ciega y dispone para enojar á Dios, rebelándose contra sus inescrutables decretos... Hijo, cuando su brazo se levanta sobre nosotros, está seguro que lo habremos merecido; porque es Señor de toda misericordia, y tambien de toda justicia.

—Padre, soy inocente; ó no merecen mis culpas tamaño castigo.

—Hijo, ¡Dios és justo.....!

—¡Ah (esclamó el conde con desesperado acento) Dios castiga en los hijos los pecados de los padres, y yo soy la víctima espiatoria de crímenes que no cometí.

=¡Que decís! (interrumpió el religioso con sobresalto, al oir estas palabras que le revelaban la existencia de un secreto que venia á complicar las apreciaciones que él tenia formadas de la situacion estraordinaria del conde de Torre-Milano, y como este respondiera con el mas absoluto silencio á su pregunta, creyó hallar en ella una confirmacion de la sospecha que abrigaban desde algun tiempo, de hallarse el conde sujeto á una insonomanía ó alusinacion mental, que le hacía creerse el mas desgraciado de los hombres y devorado por un tormento secreto que minaba su existencia. Y como en las frecuentes conferencias que con él habia tenido, el conde se habia limitado á lamentar su secreto infortunio sin revelar la verdadera causa de él, aunque el religioso creia haberla adivinado; y menos dicho cosa alguna que ni aun remotamente se rozase con el misterio cuya existencia acababa de mencionar, fray Angel sintió un profundo desconsuelo al considerar que acaso el que creia pecador arrepentido no era mas que un maniático enfermo de cuerpo y de espíritu. En este concepto, creyó oportu

no empezar á trabajar para poner término de una vez á l situacion escepcional en que se hallaba colocado con respecto al conde y á la comunidad. Este nuevo sesgo que tomaba el asunto, por mas que debiera mortificar su amor propio, toda vez que daba por tierra con sus esperanzas de volver al redil una obeja descarriada y le arrebataba el mérito que á los ojos de Dios y de la comunidad, creia haber contraido, no le afectó mas que bajo el punto de vista moral; y ni su propia derrota ni la pérdida que la órden pudiera sufrir al tener que renunciar á la cuantiosa fortuna que la toma de hábito del conde debiera proporcionarla, entraron por nada en su desconsuelo. Sin embargo, no por eso se enfrió su ardiente caridad evangélica; lo que únicamente hizo fué proponerse variar de sistema, puesto que creia que habia cambiado el objeto, pero siempre con el firme propósito de trabajar en mayor honra y gloria de Dios. Cuando esta série de reflexiones que cruzaron por su imaginacion con la violencia del relámpago, hubieron hecho punto esclamó con una calma que contrastaba visiblemente con la alteracion que se notaba en el rostro del conde.

—Hermano, desechad esas tristes imaginaciones; tened siempre presente que Dios es justo, y que dijo á su pueblo por boca del profeta Ecsequiel: *Como el alma del padre, así el alma del hijo es mia: el alma que pecare esa morirá.*

—Pues qué (interrumpió el conde en cuyo semblante se pintó un rayo de esperanza) ¿Dios no castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la cuarta generacion.....?

—No, que dijo su palabra, que en tierra de Israel ya no se diría mas: *Los padres han comido uvas en agras, y los hijos sufren la dentera.*

Ambos Interlocutores permanecieron callados durante algunos minutos, al cabo de los cuales, el conde esclamó con vivacidad, manifestando en su semblante que acababa de tomar una resolucion definitiva:

—Padre; las cosas han llegado á un estremo tal, que se hace indispensable que yo os manifieste sin rodeos, no yá el estado de perturbacion en que se halla mi alma, pues de él teneis sin duda hartas pruebas, sino la causa de mis acerbos padecimientos, solo asi podeis aconsejarme con fruto, y tal vez hallareis los

medios de vencer mi rebeldía. Habré de hablaros un lenguaje á que no están acostumbrados vuestros oidos; pintaros pasiones que dosconoceis; quizás os parezca indigno de vuestro amor de hermano; pero tened presente vuestra caridad y mi flaqueza y olvidad el pecado por atender solo al pecador que tiene necesidad de vuestro ministerio.

—Hablad hijo sin temor ni vergüenza; en este supremo instante, no es el hombre quien os escucha, sino el mismo Dios' para quien nada está oculto, y que gusta sin embargo que el pecador se humille á contar sus propias flaquezas porque este es el primer síntoma de verdadero arrepentimiento.

Al pronunciar estas palabras la hermosa fisonomía del religioso, tomó una espresion tan inspirada y sublime, que el conde, que le estaba mirando, bajó los ojos cual si reconociese su pequeñéz ante el santo varon; y luego prosiguió con acento apagado en un principio, mas que luego se fué haciendo progresivamente sonoro y vibrante.

—Padre, quiero referiros de nuevo lo que tantas veces os tengo dicho..... y aunque esta relacion axacerba mis dolores no quiero omitirla, pues encuentro un triste placer en torturar mi corazon.... Hace cuatro..... ó seis años; no recuerdo el número, mirábame yo rodeado de cuantas satisfacciones pueden alhagar la existencia del hombre....... Dueño de una fortuna cuantiosa; y mirado con el respeto y consideracion á que un hombre ilustre y una vida sin tacha hacen acreedor á todo noble; gozando de la confianza de mi Rey y del aprecio público; ocupando, en fin un puesto importante en el ejército, miraba correr mis dias en medio de la calma de una conciencia tranquila, mecido por las mas alagüeñas esperanzas de un riente porvenir.... En medio de esta dichosa calma, un acontecimiento político me llevó á un pequeño pueblo de Aragon; y apenas hube puesto el pié en sus calles, lució el relámpago precursor de la tormenta que desde entonces viene combatiendo con incesante furia mi vida..... Debo pasar por alto mil pequeños incidentes, para llegar mas en breve al termino de mi confesion.

—Aquí el conde se detuvo un breve instante como si quisiera poner en órden su estraviada imaginacion, y luego continuó con aparente calma: . . . .

—En este pequeño pueblo, padre, mis ojos vieron por vez primera á una jóven que á la sazon contaría catorce años, y desde aquel momento, una pasion violenta rindió mi voluntad y habrió una profunda herida en mi corazon..... Una y mil veçes desde entonces he querido borrar su imágen de mi mente, hé apelado á cuantos medios humanos se hallaban á mi disposicion para vencer este sentimiento que en un principio llamé una liviana debilidad y que el tiempo y una costosa esperiencia me han demostrado era una pasion violenta, tenáz é inestinguible..... Y ved (continuó el conde, despues de una breve pausa y sonriendo con amargura), si he exagerado cuanto os digo..... Vos que conoceis cuántos tormentos vienen maltratando mi existencia, ahora que os hé revelado la causa, y que habeis podido estudiar sus efectos, ved, repito si tengo razon en llamar pasion acendrada lo que para muchos solo apareciera como un devaneo.

—Hermano, (interrumpió el religioso mirando con profunda conmiseracion al conde) en verdad os digo que no me parece tan desesperada vuestra situacion ahora que conozco vuestro secreto en sus mas íntimos detalles como en un principio creí... Una pasion decis, y pasion de la que ningun corazon honrado puede avergonzarse, os condujo á este trance; pues bien, no intenteis luchar con ella, que ella no ofende á Dios; las pasiones no son pecados, sino en cuanto nos dejamos arrastrar ciegamente por ellas; cuando las sublimamos, cuando las dirigimos á fines que santifica nuestra Madre la Iglesia, en vez de ser orígen de remordimientos, y de la eterna condenacion del hombre; son sus abogados ante el tribunal del Supremo Juez. Dios que hizo la muger para el hombre, no os hará un crímen de que ameis á esa jóven; unios á ella, que lo mismo se gana la bienaventuranza eterna rezando por nuestros hermanos desde el rincon de un cláustro que cumpliendo con los preceptos de la religion cristiana en el hogar doméstico al lado de la esposa que Dios da al hombre, y rodeado de unos hijos que este debe encaminar por la florida senda de las virtudes cristianas.

—Dulce y consolador es cuanto decis, padre, (esclamó el conde exhalando un profundo suspiro) y ved cuan desgraciado soy, que en vez de ser vuestras palabras un bálsamo para mi

corazon, son un tósigo que abraza mi pecho.

—No os comprendo.....

—Comprendedme de una vez, padre, (interrumpió el conde, prorrumpiendo en un grito inarticulado) esa muger que amo mas que á mi mismo, por la posesion de la cual he comprometido mi salvacion, mi honra, todo lo bueno que puede encerrarse en mi alma; esa muger, repito, no puede ser mi esposa.... y sin embargo, he jurado hacerla mia á despecho del mundo entero.

Fray Angel fingió no prestar atencion en este vano arranque de su interlocutor, y esclamó con la calma propia de su santo ministerio.

—¿Quién se opone á que sea vuestra esposa? ¿Su pobreza? vos sois bastante rico para los dos. ¿La humildad de su cuna? vos podeis ennoblecerla. ¿Su negativa? mostraos á ella con todas las virtudes de ese corazon cristiano y la obligareis á que enjugue vuestras lágrimas.

—Oro, padre, nó, (esclamó el conde con vehemencia) no és mi pobreza ni su humildad, que si eso fuera, sacrificaría gustoso todas las preocupaciones sociales á trueque de recobrar la tranquilidad de mi espíritu y la paz de mi corazon.....

—Qué, és, pues? (dijo el religioso tomando cariñosamente entre las suyas una mano del conde) abridme vuestro corazon..... quién sabe si yo hallaré un medio de cicatrizar su herida?

—Es, (dijo el conde con rabia, reconcentrada, y elevando los ojos al cielo), Dios que me ha abandonado y el infierno que se ha apoderado de mí: es que ese angel, esa muger, ó ese demonio.....

—Serenaos, serenaos, señor conde.

—Trae consigo, añadió este en el colmo de la desesperacion, trae consigo la infamia, la deshonra, el crimen, el in...... Dotada de la diabólica hermosura con que se revestia Satanás para tentar á vuestro seráfico padre, yó que no tengo su santidad, he caido frenético y delirante de amor, ¿sabeis á los pies de quién? ¿lo sabeis padre? Pues bien, el objeto de mis ansias, la causa de este delirio, impropio de mi dignidad y de mi clase es...., una gitana.... sobr na pai

un facineroso, hoy dia contrabandista, en cuya compañia vive desde la niñez:

Ah! comprendeis ahora la causa de mi desesperacion? ¿comprendeis que no es ni la pobresa. ni la humildad de su cuna ni ningun otro efímero motivo lo que me hace padecer espantosos tormentos que voz no habreis sufrido nunca, padre, y que por lo tanto no podeis apreciar en todo su valor? ¿Comprendeis que se puede sufrir todo el tormento de Satanás, á pesar de las riquezas, á pesar de los buenos deseos, á pesar de cuanto podais objetarme, que hay distancias que nada basta á repararlas en la sociedad y que solo el crimen puede salvarlas? Pues bien; aun no lo sabeis todo, aun no habeis visto sino un estremo del espantoso cuadro en que os vais á recrear....

Fray Angel miró al conde, haciendo un movimiento como para tomar la palabra.

—Ah! no padre mio, no; habeis querido que hable, habeis deseado que las palabras, al salir de mi boca, coloreen mi rostro, y os suplico que me escucheis con la santa tolerancia de un confesor. Aun no lo sabeis todo: esa muger á quien niña aun, puso en mi camino el ángel del mal para turbar el reposo de mi vida, esa muger és tambien; la hija de mi hermano! la hija del deshonor y de la infamia!

Convenceos, padre, convenceos: entre su familia y la mia existe un lazo terrible y misterioso, que el crímen empezára, que continuó el crímen y que el crímen ha de desatar. Escuchadme: bella como el rosado albor de la aurora criábanse, en esta casa una muger á quien la caridad ó el deber quizás, habia amparado con toda su familia, y esa muger distante por su orígen del nuestro. como por su humildad de nuestra grandeza, encendió la hoguera de amor mas voráz en el corazon de mi difunto hermano, que Dios haya. No sin fruto hubo de rodearla de seducciones: no sin fruto hubo de colmarla de dádivas y agazajos; no sin fruto, en fin, pasaron los dias unidos, pues llegó al fin uno en que el estado de aquella pobre gitana no era un arcano para nadie en la casa del conde de Torre-milano, de la que á poco tiempo salió ignominiosamente arrojada por mi difunto padre.

sin que volviéramos á recordar en ella el nombre de Olinda' que así se llamaba entre los suyos.

Los años trascurrieron despues, sin que ningun acontecimiento funesto viniera á turbar la tranquilidad de nuestro hogar. si se se exeptúa la desastrosa muerte de mi hermano.

—Del padre.....

—Del padre de Aurora, si, que falleció á consecuencias de la caida de un caballo: entretanto yo, habia hecho notables adelantos en la carrera de las armas. y en 1827 veíame honrado con el nombramiento de coronel, cuando los acontecimientos de Cataluña me hicieron marchar con fuerzas de mi mando hácia el alto Aragon. Entonces fué cuando, como os llevo dicho, y por un accidente deparado por la fatalidad, conocí en el pueblo de Barbuñales á esa muger, que es la hija de mi hermano. Desde entonces, presa de la pasion mas desenfrenada, pugno con mi estrella por la posesion de esa funesta hermosura, á quien parece proteger un poder oculto, del poder del conde de Torre-milano.

—El poder de Dios, hijo; el poder del que puede reducir á polvo las mas duras rocas de las mas altas montañas, con solo su voluntad. Y bien ¿no veis el dedo de ese mismo Dios en todo este suceso? No conoceis que con tan crudo desengaño, con tan notoria contrariedad, donde sin duda menos la esperábais, quiere demostraros el Señor la instabilidad de las cosas humanas, y reduciros al gremio de sus hijos predilectos.

Volved en vos, señor conde, y no querais aumentar, con la satisfaccion de livianos devaneos, que sin duda se trocarían para vos en crueles remordimientos, la desgracia de esa muchacha, harto digna de compasion con el estigma que sella su frente.

Calmad esa fiebre que os devora; contemplad el abismo de males donde podeis sumergiros, y con vos á esa infeliz, que por abyecta que sea, tiene al fin sangre vuestra en sus venas; haced un supremo esfuerzo, puesta la mente y los ojos en Dios y no dudo que el señor os escuchará; y entonces, aprovechando el primer momento de calma os decidireis, no lo dudo, á renunciar á esa funesta pasion, recobrando asi la paz del alma, que so abrirá las puertas del Cielo, yá en las dulzuras de la vida doméstica, yá en la soledad del claustro. donde mejor, que en

parte alguna hallareis el puerto de refugio de vuestro atormentado corazon.

Padre, (murmuró el conde), cuánto bien me hacen vuestras palabras..... Siento con ellas tal consuelo, que al escucharos renace en mi pecho la confianza en la misericordia de Dios. ¡Ah! porque es tan flaca la carne, que aun temo verme perseguido en la casa del Señor por el fantasma de mi liviana pasion! ¡Porque temo no hallar, ni aun allí, ese reposo con que me brindais!

—Lo hallareis, hijo mio, lo hallareis, (replicó fray Angel con cariñoso acento) porque allí aprendereis á luchar y vencer las pasiones con la oracion y la mortificacion de la carne, con el ejemplo y los consejos de vuestros hermanos, que os enseñarán cómo triunfa el espíritu de la materia, y cómo insensiblemente se deja uno llevar hácia los brazos del Redentor, para tomar su cruz con alegria, y morir en su santa gracia.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se hubieran podido contar los latidos del corazon del conde, en tanto que el religioso murmuraba una plegaria. El conde lo interrumpió, esclamando con acento en que se traslucia una súbita resolucion:

—Padre, ¿quereis concederme un plazo? Dentro de él procuraré que se resuelva la horrible crisis que estoy atravesando..... Al cumplirse confio que se habrán cerrado sobre mí, ó las puertas del cláustro, ó las de mi sepulcro..... Mi resolucion es irrevocable..... Ocho dias, durante ellos, venid siempre que podais á verme, pero prometerme no hablarme de mi entrada en el convento......

Fray Angel tomó la mano del conde, se la estrechó afectuosamente, y respondió:

—Hágase como quereis. Solo os pido, en pago de mi condescendencia, que me autorizeis para llevar un consuelo, un átomo de esperanza á la familia del señor de la Puente Cuellar.

—Con todo mi corazon, padre, llevadle si quereis la solemne promesa que hago, de renunciar á todos mis derechos.

—Hijo, (esclamó el monje besando la mano del conde), Dios ha empezado á tocar vuestro corazon..... Perseverad, estais en eb luen camino...... Adios, pues, os dejo solo para que saboreeis

el placer de una buena accion.

El conde acompañó á fray Angel hasta la antesala, y se despidió de él besando su mano respetuosamente. Luego penetró en su gabinete, dejóse caer sobre un sitial y con la cara oculta entre las manos permaneció algunos momentos reflexionando. Al cabo de ellos levantó la cabeza y esclamó á media voz.

Sí, dentro de ocho dias, ó Aurora será mia ó yo seré del Señor.... Haré el último, el supremo y mas desesperado esfuerzo.... Nada me detiene ya.... Dios tenga misericordia de mi!.

Esto diciendo, ajitó el cordon de una campanilla, á cuyo sonido acudió un criado.

—¿Ha venido alguien á preguntar por mi durante mi ausencia?

—El procurador de V. dos ó tres veces.

—¿Quien mas?

—Un fraile.

—¿El padre Angel?

—No señor, otro, que vino hoy al medio dia, y quedó en volver; y además el gitano que estuvo aquí la mañana de la partida de VS., vino hoy y quedó en volver esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí, señor; así se lo dijo á Tajo, con quien estuvo hablando largo rato.

—Esta bien; dí á Cosme que venga.

El criado hizo un saludo y se marchó. El conde comenzó á pasear á largos pasos por la habitacion, deteniéndose en medio de ella, cuando oyó la voz del antiguo pegujalero, que entró diciendo: ¿Que me manda VS. señor coronel?

Al oirlo, el conde se estremeció; dirijióse á un sillon que estaba junto á la mesa y se dejó caer en él haciendo seña á Tajo para que se aproximase.

Este lo verificó así, con paso lento y llevando la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Que hay de nuevo? preguntó el conde.

—Hay de nuevo, señor, que VS. se acerca, y que yo cada vez me alejo mas.

=No te comprendo...

—VS. me comprenderá... He hablado mucho y despacio con el gitano Cascalé y me ha dicho todo cuanto convenia saber. Ya sabemos á punto fijo donde vive la sobrina de aquel mal hombre; mas todavia, las entradas y salidas de la casa por que el gitano es pariente del criado que cuida de ella, quien se ha ofrecido á hacer cuanto se le mande, siempre que se le asegure la vida y bastante dinero para quitarse de pasar penas en el mundo...

—Y que mas.

—Nada mas, señor coronel; sino que VS. mande lo que se ha de hacer.

=Lo primero, es saber si el gitano ha dicho verdad, y en este caso, darle las dos onzas que tengo ofrecidas: y lo segundo que te entiendas directamente con el criado de Gomez, y le des mil reales, sin que el gitano se entere, á fin de que nos sirva bien. Y cuando estés seguro que está dispuesto á hacerlo, dímelo, y veremos lo que se ha de hacer... A propósito, dime que fraile es ese que ha venido con frecuencia á buscarme, ¿lo conoces tu?

=Si señor, mi coronel; y en verdad que todo sale á pedir de boca...

—Como así?

—Yo se lo contaré á VS. Ese fraile, siempre que ha venido ha hablado con migo y muy á sus anchas, porque me parece que es fraile de manga ancha; Saberá VS. mi coronel, que ese fraile lo sabe todo....

—Que lo sabe todo!... esclamó el conde con jesto y voz que denotaban cólera y sorpresa.

—Si señor; ya verá VS. como ese fraile, que le llaman el padre Paco, es el que confiesa á la tia Geltrudis, la criada que el asesino de Barbuñales tiene puesta á su sobrina. Como es consiguiente la vieja le ha contado todo lo que sabe del gitano y de su sobrina; y como la muchacha le contó á ella que VS. la queria cortejá, y que VS. y yó mos la quisimos llevar aquella tarde fuera de la puerta de Carmona, el padre Paco se vino á buscar á VS. para servirle en lo que pudiera.

—Pero tu, por donde has sabido todo eso?

Verá VS. la primera vez que vino á casa, dió con migo el primero; y como es paisano mio, hablamos, y yo le dije que era el criado de mas confianza de VS. entonces dijo algunas cosas que me pusieron en cuidado, y yo lo llevé á mi cuarto, donde le dí de comer y beber á su satisfaccion..- Ya se ve, el vinito le hizo decidir, y poco escrupuloso, y tanto que me parece que despues de yo, es la persona mas dispuesta en el mundo á servir á VS.

—No comprendo esclamó el conde en el colmo de la sorpresa, que interés puede tener ese fraile en obrar de la manera que lo hace...

—Yo se lo diré á VS. yo barrunto de sus dichos, que como VS. quiere meterse á fraile, segun él me aseguró, pretende conquistar á VS. para ser él quien selo lleve al convento.

El conde se cubrió la cara con las manos, y murmuró por lo bajo: ¡Que medios tan torpes é indignos para conseguir un fin tan santo! Y luego continuó en el mismo tono, y como contestando al grito de su propia conciencia: No, tampoco son muy nobles los que yo pretendo poner en juego para el logro de mi propósito!... Pero existe una diferencia entre los dos, y es que el obra por vanidad monacal, y yo arrastrado por un amor de fiera, y bajo el peso de una maldicion que me hace victima expiatoria de un crimen que no cometí.

Despues de este breve monólogo alzó la cabeza, y esclamó aparentando la mas perfecta calma, y aun haciendo un esfuerzo por sonreir.

—Vamos, dime, y tu que piensas de mi preposito de hacerme fraile?

—Señor, respondió Tajo, balbuceando en un principio, y luego hablando con la mayor volubilidad; Si he de decir mi sentir con franqueza diré á VS. que casi me alegraría de ello..... porque así, separado de VS. que ya no se acordaría de mi ni del mundo, podría hacer lo que me diere la gana y vengarme de aquel mal hombre que tanto daño me ha hecho desde que lo encontré en Barbuñales.

—Señor Tajo (esclamó el conde con severidad) se olvida V.

de lo que le tengo mandado y V. me tiene prometido?

—No señor, mi coronel esté seguro que mientras VS. viva, no le tocaré á un pelo de la ropa; pero si un dia llega VS. á faltar, juro por Ntra. Sra. del Pilar, que lo coseré á puñaladas, mas que me hubieran de ahorcar á la media hora.

El conde guardó silencio, por que ¿qué derecho le asistia á él para reprochar un crímen á su criado, cuando él mismo lo habia tomado por cómplice del que premeditaba?

Estos dos hombres entre quienes la educacion, el nombre y la posicion social tenia establecida tan larga distancia, empero que el crímen habia acertado hasta igualarlos, se contemplaron sin pestañear durante algunos segundos, dándose á entender recíprocamente con la mirada que se habian comprendido perfectamente, que se necesitaban y que habian perdido el derecho de echarse en cara el propósito de una mala accion.

El conde, como el mas culpable, bajó el primero los ojos, y alzando la voz esclamó:

—Es preciso que sin perdida de momento, hagas por ponerte de acuerdo con el gitano, con el criado de Gomez, con el fraile, y con el infierno si es preciso, á fin de acabar de una vez con la horrible situacion que estoy atravesando; esta noche ha de venir alguno de ellos á esta casa, reúnelos donde quieras, asegúrate de ellos; dales dinero, ofréceles cuanto quieran, no perdones, en suma, medio alguno á fin de que no nos falten en el supremo momento; y cuando estes pérsuadido de que se puede contar con toda seguridad con ellos ven á decirmelo para que te dé mis instrucciones... No pierdas tiempo, vete á buscarlos.

CAPITULO IX.

El estudio.

En uno de los salones mejor conservados, en la antigua casa solariega de los señores de Puente-Cuellar, salon con dos rasgados y anchos balcones que daban á un espacioso jardin, tenia establecido su estudio de pintor, el jóven heredero del nombre y mayorazgo de la casa de D. Fernando de la Puente que en la época á que se refiere esta historia, frisaba en los 24 años. El gusto y la aficion hácia las bellas artes, le hicieron en un principio cultivar la pintura, con la cual mas tarde, cuando á impulsos de repetidos golpes de mala fortuna, pleitos y litigios que habian menguado considerablemente el caudal de su familia, se vió esta al borde de una completa ruina, consiguió ya que no resarcirla de sus pérdidas, al menos proporcionarla algun desahogo, y los recursos indispensables para atender á sus primeras y mas urgentes necesidades.

D. José de la Puente-Cuellar dotado de una imaginacion viva é impresionable, de gran fuerza de voluntad é infatigable aplicacion hizo tales y tan rápidos progresos en el arte del inmortal Murillo, que á la edad en que algunos jóvenes cursan todavía en las academias el colorido y la composicion, él pintaba ya con

tal correccion y buen estilo, que sus cuadros eran apreciados al tenor de las obras de aquellos maestros mas acreditados, que en aquella sazon mantenian el auje y prestigio de la escuela Sevillana.

Asi que, cuando vio el efecto de su trabajo coronado con un éxito satisfactorio, cuando pudo enjugar con el producto de su inteligencia algunas lágrimas sobre el rostro de su anciana y doliente madre, y disipar por momentos la sombria tristeza, que desde luengos años anublaba la frente del autor de sus dias, sintió nacer en su corazon un sentimiento de gratitud por el arte hácia el cual su inteligencia se inclinaba instintivamente, que no tardó en convertirse en infatigable pasion por la cual sacrificaba todas las distracciones, todos los goces y hasta las ilusiones que constituyen el encanto y embelesos de los jóvenes de su edad. Para él, el mundo todo estaba encerrado entre las cuatro paredes de su estudio; su amor lo constituian sus lienzos, colores. paletas y pinceles; siempre que tenia que frecuentarse la sociedad, permanecia en ella con la inquietud de una madre que ha tenido que separarse forzosamente del lado de su hijo, suspirando sin cesar por el instante en que le fuera dado volver á dirigir su mirada cariñosa sobre el pintoresco desórden de su estudio.

Empero, llegó un dia en que su mirada comenzó á fijarse distraida sobre los objetos de su apasionado culto; sus salidas del estudio se hicieron mas frecuentes; su regreso menos pronto, y cuando este se verificaba, en vez de dejarse caer sobre el asiento delante del caballete, con la satisfaccion del viajero que tras larga jornada ocupa su lugar al amor de la lumbre del hogar doméstico, se paseaba á largos pasos por el ámbito de su estudio, absorto en un pensamiento que le hacia olvidar todo cuanto le rodeaba.

Desde ese dia, comenzó á pintar con fé, pero sin entusiasmo; sus obras desde entonces tuvieron el sello de la inteligencia pero no el de la inspiracion; copiaba á Murillo, á Valdez ó Zurbarán; pero los copiaba sin hacer un esfuerzo por comprenderlos, y al tratar de imitar el colorido de aquellos grandes maestros, fijaba en la belleza de sus tintas la misma atencion que cuando seguia con la vista, en la cuadrícula los contor-

nos de sus figuras para trasladarla á su lienzo.

Muchos dias iban trascurridos desde que el cambio en el carácter y costumbre del jóven se habian hecho notorios á su familia, quien se perdia en un mar de conjeturas, sin poderse dar razon de la causa, concluyendo al fin, en fijarse en la idea de que tan repentida metamorfosis solo podia ser originada por algun devaneo natural en su edad; sospecha que vino á ser robustecida con la frecuente permanencia del jóven fuera de la casa hasta altas horas de la noche, lo cual produjo cierta alarma é inquietud entre su madre y sus hermanas, que al fin hubieron de tranquilizarse en vista de las seguridades que le daba el gefe de la familia, de que aquella novedad solo podia ser á manera de una tormenta de verano, que asusta mucho y pasa pronto; idea que no tardó en verse confirmada en vista de que volvió últimamente á permanecer largas horas encerrado en su estudio, cuya llave dió en guardar cuando salia de él.

La mañana del dia siguiente á aquel en que frai Angel tuvo la entrevista con el conde. El jóven, vuelto, al parecer á sus antiguos habitos, estaba sentado delante de su caballete, pintando con impaciencia febril, y levantándose á intérvalos para contemplar desde cierta distancia la obra que estaba ejecutando. Mucho debia interesarle, y mucho debia ser su empeño por llevarla á feliz término, cuando su semblante, de ordinario tranquilo y risueño, manifestaba en aquella ocasion señales evidentes de estremada agitacion, y cuando á pesar del ruido que hizo la puerta del salon al abrirse y de que la persona que entró, permaneció algunos instantes con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando una señal suya para acercarse, ni le llamaron la atencion, ni le permitieron fijarse en ella, hasta que ésta ya por poner término á tan embarazosa situacion, ó por temor de ser tenido por inpertinente, se resolvió á llamarle por su nombre.

Al oir la voz del recienvenido, el jóven se estremeció visiblemente; sin ser dueño de contener su emocion soltó precipitadamente el tiento, la paleta y los pinceles, y poniéndose en pié con un brusco movimiento vino á colocarse arrebatadamente entre el lienzo que estaba pintando y la persona que con



paso mesurado se dirigia hácia él.

Repuesto en breve de aquel impremeditado movimiento de sobresalto, esclamó procurando dominar su emocion.

—¿Usted aquí, padre Angel? Bien... venido; y esto diciendo se adelantó á tomar entre las suyas una mano del religioso, que besó con cariño filial.

—Creo, dijo el fraile sonriendo dulcemente, que he llegado con poca oportunidad, á distraer á usted en su trabajo; sírvame de castigo el sentimiento que tengo de la falta involuntaria que cometí, y de disculpa el deseo que me condujo aquí de darle una buena noticia.

El jóven se ruborizó, conociendo aunque tarde, lo arrebatadamente que habia obrado: y avergonzado de ello, con el deseo de enmendar su falta, esclamó atrayendo por la mano á fray Angel hácia un sofá que estaba colocado en el testero del salon.

—Padre, tan no ha sido usted inoportuno, sino que con dificultad pudo llegar á mejor ocasion para hacerme un favor.

—¿Cual es hijo mio?

—Acompañarme despues de almorzar á dar un paseo fuera de puertas, para oir una confesion que tengo que haceros, y para darme un consejo, que solo vos podeis darme.

—Con mucho gusto, hijo mio; y pido á Dios que me ilumine á fin de aconsejaros bien.

—Gracias, padre; ahora pues dadme la buena noticia.

—Lo haré asi; mas antes habré de deciros que vine con intencion de comunicársela á su señor padre, que por hallarse ausente no la ha recibido; mas como ella es de sumo interés para todos ustedes, creo no faltar á lo que la prudencia aconseja en semejantes casos, dándosela á usted á fin de anticiparle cuanto me sea posible la alegria que por gracia especial de Dios traigo á esta casa.

—¿Mi madre y mi hermana lo saben?

—Todavía no; he querido reservar á usted la satisfaccion de anunciarles la buena nueva.

—Gracias, padre, esclamó el jóven con los ojos arrasados en lágrimas de agradecimiento.

—Usted deberá tener conocimiento del fallo que ha recaido en

el pleito que su padre sostenia con el conde de...

—Fallo que deja á mi padre y hermano en la indigencia, interrumpió el jóven con un jesto de dolorosa resignacion.

—Así sería, respondió el religioso con una benévola sonrisa, si el Señor no hubiera tocado el corazon del señor conde, y hecho con uno de esos rasgos de su infinita misericordia, que una sentencia dictada para llevar la muerte al corazon de una familia se trocase en el medio de llevar definitivamente la paz á su seno, y lo que es mas estraordinario es el de rehabilitar á sus ojos el alma lacerada de un pobre pecador.

—Ahora no os comprendo, padre esclamó Fernando con visibles muestras de inquietud.

—Ahora me comprendereis, cuando os diga que el señor conde obrando cual cumple á un caballero cristiano, por un rasgo de magnánima generosidad, despues de haber hecho triunfar á los ojos de la sociedad, lo que él llamaba su derecho, renuncia noblemente al beneficio y hace donacion á vuestro padre de los cuantiosos intereses que la justicia de los hombres le adjudicó... y hay mas; me ha autorizado para que así lo ponga en conocimiento de vuestra familia, á quien ruega acepte su desinteresada donacion... ¿Qué es eso (esclamó fray Angel en el colmo de la sorpresa, viendo que el jóven en vez de manifestarse agradecido por tan impensada y señalada merced, habia inclinado la cabeza sobre el pecho y cubiértose la cara con las manos, cual si hubiese recibido una noticia fatal). ¡Qué es eso! es que os ha turbado la alegría, ó que os avergonzais de recibir el beneficio?

El jóven levantó la frente; su rostro estaba pálido, y en sus ojos brillaba una espresion de colérico despecho.

Hijo mio, (dijo el religioso acariciándole con la mirada,) el hombre honrado solo debe avergonzarse de las malas acciones, jamás de ser objeto de un beneficio; mucho mas, si lo que á sus ojos es una limosna, á los de la sociedad puede pasar por una justa restitucion. Volved en vos, reflexionar y hareis justicia á los sentimientos del conde, que en esta ocasion ha dado pruebas señaladas del aprecio en que tiene á vuestra familia, por cuyas venas corre la misma sangre que circula tambien en las tuyas.

=Padre—respondió el jóven con aparente calma—no tengo derecho á oponerme á los beneficios que la caridad del conde de Torre-Milano dispensa á mi pobre familia, y aunque lo tuviera, no lo haría valer; los acepto, pues, para ellos; pero los rehuso por mí.... Dadle las gracias en mi nombre, y decidle que si Dios fuese servido llamar así á mis padres antes que á mí, el dia que yo herede los bienes sobre que se entabló el pleito se los devolveré, pues hasta entonces, los conservaré solo en depósito......

—¡Qué escucho! (esclamó frai Angel,) será posible hijo mio; que el demonio de la vanidad y soberbia se halla apoderado de vuestro corazon en tales términos.....! Hasta tal estremo llevais un mal entendido orgullo, que se truequen en vuestro corazon la idea de lo justo y de lo injusto, que tomeis por criminal una accion laudable y acepta á los ojos de Dios y pagueis con una negra ingratitud el mayor de los beneficios materiales que puede haceros un hombre!

—Padre, (interumpió el joven) no es orgullo la pasion que me inspira en esta circunstancia, es el sentimiento de mi propia dignidad, es el grito de mi conciencia que me dice no debo aceptar por caridad los bienes de que me ha privado la sentencia de un tribunal justo, es, en fin la resolucion que tengo tomada, de labrarme con la inteligencia y la fuerza de voluntad para el trabajo que el cielo me ha dado, una fortuna que no pueda serme contestada por nadie... Mi padre puede, debe aceptar el beneficio sin que el rubor asome á sus mejillas; yo ni debo, ni puedo, ni quiero...

—Híjo mio, son tan duras las palabras que pronunciais, se trasluce tal despechos en ellas, y encierran á no dudarlo un misterio tal, que fuerza me será desistir por el momento del intento de convenceros; á no ser que me abrais con sinceridad vuestro corazon, y me mostreis al desnudo la causa que os obliga á obrar de la manera que lo haceis.

—Ese era mi pensamiento cuando entrasteis; recordad que os dije que tenia que pediros un consejo; ahora me veo obligado á renunciar á mi propósito.

—Habeis recibido algun agravio del conde?

—No, padre... Y, sin embargo, le aborresco.

—Por las lágrimas que ha hecho derramar á vuestra familia?

—No, padre; porque esas ya las ha enjugado; pero por las que temo me haga derramar á mí....

Al pronunciar estas últimas palabras, Fernando se levantó maquinalmente del sofá; y cediendo á un sentimiento en el cual solo su corazon tomó parte, ó arrebatado por un vértigo parecido al que se apodera de un hombre que se inclina sobre el borde de un precipicio, se dirigió hácia un caballete, y dejóse caer sobre el asiento, con los ojos clavados en el lienzo que estaba pintando cuando entró en el estudio el religioso. Este que le habia seguido y fijado tambien en él su mirada, retrocedió esclamando:

—¡Quien es esa mujer de tan maravillosa belleza.....!

Fernando dejó escapar un leve grito como quien se despierta violentamente en medio de un sueño penoso, y respondió poniéndose en pié y tomando entre las suyas una mano del religioso.

—Esa és, padre, el motivo de mi confesion y del consejo que tenia que pediros..... Hace un momento renuncié á ello; empero el cielo sin duda ha venido en mi ayuda, cuando me siento dispuesto á cumplir mi primer propósito. Solo asi, acaso lograré dominar la penosa situacion en que me encuentro, y tomar una resolucion definitiva basada en la santidad de los consejos que vos solo podeis darme.

—Hablad, hijo; os escucho gustoso, confiado en que la honestidad de vuestros sentimientos me evitará el penoso deber de reprenderos.

Ambos interlocutores permanecieron en pié delante del lienzo; el religioso con los ojos bajos, y Fernando dirigiendo los suyos del rostro de frai Angel al retrato que tenia delante alternativamente. Despues de un corto intérvalo de silencio, el jóven esclamó con voz tímida y recelosa.

—Padre, es una historia córta; una historia como hay muchas, y sin embargo, penoso su relato para mi. Hace poco mas de un mes, una casualidad, que no sé si llamar fatal, me hizo encontrar una mañana, en la iglesia de San Bartolomé, á la jóven cuyo retrato teneis delante. Su juventud, su belleza

su aire tímido y candoroso, me llamaron la atencion. Al dia siguiente volví al templo á la misma hora, y la encontré de nuevo; estas visitas y estos encuentros se repitieron con frecuencia, y con tanto gusto para mí que llegó á ser una necesidad de que no podia prescindir el ver á mi bella desconocida.... Asi trascurrieron algunos dias durante los cuales creo que yo obraba mas bien á impulsos de una afectuosa curiosidad que movido por otro sentimiento alguno; hasta que una mañana, y siempre en el templo, sorprendí tres ó cuatro veces su mirada fija en mi, con una espresion tan infantil y cariñosa que me cautivó. Aquella mañana me decidí á seguirla á la salida de la iglesia, con intencion de averiguar su casa y á qué familia pertenecia. Ya en medio de la calle, hubo de apercibirse de mi intento; lanzó un imperceptible grito y apretó el paso, en términos que la criada, mujer anciana, que la acompañaba tenia trabajo en seguirla. Temeroso de haberla enojado, desistí de mi propósito, y lo aplacé para otro dia. En la segunda tentativa fuí mas afortunado, pues habiendo tomado algunas precauciones, pude llegar en pos de ella á su casa, sin que se apercibiera de mi presencia. Era aquella de apariencia tan modesta que podia parecer humilde, situada enfrente al muro, entre la plaza de los Zurradores y la puerta de la Carne, lugar tan estraviado y solitario y poco habitado, que fueron inútiles cuantos pasos dí para saber noticias de la familia de esa jóven por la que ya se interesaba vivamente mi corazon. Desde entonces tuve la dicha de verla dos veces en el dia; la una en la misa de S. Bartolomé, y la otra por la tarde en un balconcito de su casa, ó en el paseo entre las puertas de Carmona y la Carne; debiendo sin embargo darme por satisfecho con el placer de mirarla, pues nunca pude obtener de ella, un jesto una señal cualquiera que me autorizase á dirigirle la palabra..... Una tarde, que como es costumbre, siguiendo á la jóven y á su criada á larga distancia, por el referido paseo, advertí, siendo ya sol puesto que un hombre á caballo y otro á pié, se llegaron á ellas; permanecieron largo rato á su lado, hablando uno de ellos, con mucha vehemencia, en tanto que la jóven permanecia inmóvil, silenciosa apoyándose sobre el hombro de su criada.

Acerquéme cuanto pude ocultándome con los troncos de los árboles, hasta colocarme á distancia conveniente para tratar de enterarme de lo que pasaba en aquel grupo de personas. Frustróse mi deseo, pues hablaba el hombre tan bajo, que solo llegaba á mi oido el murmullo de sus palabras. Entre tanto, comenzaba á cerrar la noche, y el paseo habia quedado completamente desierto. Entonces los dos hombres asieron de las mujeres y con amenazas y á viva fuerza intentaron arrancarlas del sitio en que se encontraban, defendiéndose ellas con súplicas y lágrimas, empero inútilmente. Indignado yo con tan villano y brutal proceder; mucho mas porque uno de los hombres me era conocido y en tal concepto me esplicaba el móvil de su conducta; me arrojé en medio de ellos, les obligué á abandonar su presa, y á retirarse confusos pero no arrepentidos, estoy seguro de ello, de la mala accion que intentaron acometer. Desde este momento fácil os será conocer padre como debieron entablarse entre nosotros relaciones algo mas íntimas, y si bien me estuvo vedada la entrada en la casa, no el hablar con ella por una ventana de su casa, aprovechando las primeras horas de la noche. Padre aquella jóven de rostro angelical, se ofreció á mi vista y mis oidos, en su trato, en sus maneras y en su conversacion mas angelical todavía..... En una palabra, conservaba á los 17 años, toda la pureza, todo el candor y la inocencia de la infancia..... Asi que la amé con una fé y un delirio del cual no acierto á darme cuenta, tan profunda y vehemente es la pasion que ha despertado en mi pecho, nuevo todavía en esta clase de sentimientos.

El jóven se interrumpió un momento, y fijó con ahinco su mirada en el rostro del religioso, procurando leer en él la impresion que le habia causado la confesion que acababa de oir. Fray Angel hubo sin duda de comprender su intencion, y esclamó con acento cariñoso:

—Continuad, hijo mio; y olvidad al sacerdote, para pensar en el hombre que os escucha.

Alentado el jóven, continuó, pero esta vez con acento conmovido, su interrumpida narracion.

—Padre, aquella jóven se abandonó sin reserva al senti-

miento, para ella puramente fraternal que yo la inspiraba; me abrió su corazon y depositó en el mio el secreto de su vida pasada y presente..... Me estremecí al escucharlo; pero ya la amaba con delirio, y no me era dado retroceder..... Y sin embargo, es preciso, es forzoso, si no quiero llenar de amargura los últimos dias de la existencia de mis padres, si no quiero echar sobre mi nombre una mancha que solo el trascurso de los siglos puede borrar.

—Como! esclamó conmovido frai Angel, aquel candor, aquella espresion de inocencia y de recato, ¿serán acaso una máscara conque la desgracia, encubria sus vicios?

—No padre, os lo juro es tan pura é inocente como hermosa y desgraciada.....

—Entonces ¿sera su pobreza y la humildad de su cuna la razon de vuestro desconsuelo.

—Tampoco, porque yo sabria ser rico para los dos, y profeso el principio de que una cuna honrada no envilece á la criatura.

—¿Es hija del pecado?

=Peor padre és, el jóven se detuvo un momento; aproximó sus labios al oido del religioso, y pronunció lentamente las siguientes palabras. Es hija de una gitana vagamunda,.. nació entre los jarales de un monte... se crió en la taberna de un pequeño pueblo de Aragon y fué traida á Sevilla por un hermano de su miserable madre, hombre de vida airada que se ejercita en el tráfico del contrabando....

El jóven separó su rostro del religioso, para leer en su semblante la impresion que en su ánimo habia producido la anterior declaracion, y vió á fray Angel con el rostro contraido, la vista vaja é inquieta, que acabó por preguntarle, uniendo el jesto á la palabra:

—Como se llama esa desgraciada...?

=Aurora.

—Ha!—dijo el religioso, y se cubrió el rostro con las manos.

=La conoceis, padre? preguntó Fernando con sobresalto.

=No, hijo mio; pero al fin comprendo la causa de vuestra aversion, y el motivo de vuestra negativa á recibir los beneficios del conde.

—Pues que sabeis.....?
═Todo lo sé......
—Ved pues si soi digno de compasion.....
—No hijo mio; en tanto conservais vuestra honradez, la nobleza de vuestra sangre é inclinaciones, y la confianza en Dios.
En este momeuto se abrió la puerta del salon, y precedido de un: Con el permiso de Vds., caballeros, penetro en el estudio un hombre vestido con el pintoresco traje andaluz; pero con ese traje rico de seda, oro y plata; con ese traje gracioso por sus colores habilmente combinados y por su corte que hace esbelto, airoso y bien plantado al hijo de la tierra que tiene costumbre en llevarlo, y que revela un estado casi de opulencia en quien lo viste á diario.
El recien venido, sin darse por entendido de las visibles señales de disgusto con que lo recibieran, dió algunos pasos dentro de la habitacion, llevando el calañes en la mano y esclamó en tanto que sus labios se plegaban con una sonrisa de fina urbanidad.
—Señores. Vds. han de perdonar, si me entré, asi como trasquilado por iglesia: pues si lo hise, fué porque los criados no me pusieron impedimento. Si incomodo, diganlo con franqueza, me retiro y punto concluido, otro dia volveré.
Fueron dichas estas palabras con tal naturalidad, con tal donaire y gentil desembarazo, que el jóven sintió disiparse como por encanto el despecho que le causó la inoportuna venida de aquel desconocido, y se propuso alejarle del estudio, pero en términos corteses y galantes en vez de emplear el tono seco que en un principio se propuso usar para despedirle. En su consecuencia respondió.
—Caballero, mi casa y mi estudio de pintor estan siempre á la disposicion de toda persona decente que quiera honrarme con su visita; y mucho mas para aquellas que como V. proceden de una manera tan franca y delicada. Así que le suplico, crea firmemente, que por muchas y mui perentorias que sean mis ocupaciones en este momento, tendré sumo gusto én ponerme á su disposicion por todo el tiempo que me necesite.
—Siendo asi, replicó el recien venido llegándose al jóven

con desembarazo, diré á usted á lo que vengo y procuraré acabar pronto para no ser molesto.

—Como usted guste; estoy á sus órdenes; sírvase tomar asiento.

—Muchas gracias, caballero. Vamos al grano. Sepa Vd. que yo trato de alhajar mi casa en regla, y que para ello necesito una coleccion de cuadros buenos; pero buenos, así como suena. Como yo no entiendo una palotada de pintura, tenia que valerme como es consiguiente de corredores y de personas desconocidas que, como se cae de su peso, habrían de atender en este negocio, al suyo en primer lugar y despues al mio. A fin de no ser engañado en una cosa en que se la dan al que se tiene por mas ladino, traté de averiguar, quién sería la persona que como caballero y como buen pintor, me sirviera á satisfaccion, y supe que nadie mejor que usted podría hacerlo.

El jóven se inclinó en señal de agradecimiento.

—Ahora, pues, que conoce usted mi deseo, le diré que tengo intencion de gastarme algunos miles de reales, que si es necesario podrán cambiarse en pesos, para satisfacer mi gusto; por lo tanto hágame usted el favor de darme los cuadros que usted quiera vender, y decirme su importe para satisfacerlo en el acto.

—Siento, (dijo el jóven, sorprendido de tan estraño modo de proponer un negocio,) no poder complacer á usted cual lo solicita; pues en este momento tengo pocos cuadros en venta y entre ellos ninguno que sea digno de quien como usted se presenta tan franco y desprendido.

—No importa; vengan todos los que tenga, y póngales usted el precio que quiera.

—Repito que ninguno es de mi confianza.

—Pues en este caso, ¿quiere usted pintármelos?

Con mucho gusto.

—Pues mano á la obra.

—Ahora falta que me diga usted qué número de ellos; qué dimensiones han de tener, y qué asunto han de representar.

La que usted quiera.

—Quiere usted, copias de Murillo, de Valdés, ó de cualquiera

otro maestro de la escuela sevillana; asuntos bíblicos; cuadros de historia, de costumbre, ó paisajes...?

—De todos, ¿no le he dicho á usted que lo dejo á su voluntad?

—Estraño modo de hacer un trato de esta naturaleza; dígame usted siquiera,...;.

—Nada tengo que decirle que no le haya dicho ya; y si usted quiere se lo repetiré mas claro: Sr. D. Fernando yo quiero cuadros pintados por usted, y aquí paz y despues gloria... Me ha comprendido usted?

—Perfectamente.

—Y para que usted vea cuan decidido estoi á cubrir las paredes de mi casa con cuadros pintados por usted, (dijo el desconocido sacando de su chaqueta de alamares, un bolsillo de seda verde, con anillos de oro,) aquí dejo á usted en señal 45 onzas á cuenta del primer cuadro que me pinte.

—Gracias, caballero; sepa usted que yo no tomo nunca dinero por obras que están en proyecto.

—Pero si yo se lo he de dar á usted despues, lo mismo tiene que se lo de antes.

—Para usted podrá ser igual; pero para mi no.

—En ese (caso dijo el desconocido, señalando uno de los cuadros que estaban colgados en las paredes del estudio) quédese usted con el dinero y déme esa pintura.

—No, porque vale mucho menos de lo que usted ofrece por ella.

—Pues esa otra.

—Está en bosquejo.

—Esta, entonces.

—Es un boceto.

—Pues entonces, esta ó esa, ó aquella ó la de mas allá, (dijo el resuelto comprador dando una vuelta en derredor del estudio hasta venir á colocarse en frente al lienzo que estaba puesto en el caballete.

Al fijar su vista en él, el rostro del desconocido se iluminó con una espresion tal de gozo, sorpresa y alegria, y admiracion que Fernando se llegó á él para interrogarle sobre la causa de la trasformacion que habia esperimentado su semblante.

Mas antes que el pintor desplegase los lábios, el desconocido esclamó:

—¿Y este?

—Ese (dijo Fernando moviendo tristemente la cabeza), ese no no se puede vender por nada en el mundo.

—Amigo mio, (dijo sonriendo el desconocido,) en el mundo todo se puede vender, menos el honor.... La dificultad estriba solo en pagar la cosa por lo que vale.

—Esa, no se vende, por que no tiene precio.

—Si fuere el original, lo comprendo; ¡pero un retrato! quien hace un cesto hace ciento.

—Es inútil cuanto usted me diga sobre el particular; y le ruego hablemos de otra cosa.

—Difícil es, en tanto tenga esta pintura delante de los ojos.

—¿Y si yo se lo suplico á usted?

—Pues señor, me callaré; pero no será sin decirle á usted que no he visto en mi vida retrato mas parecido... solo le falta la palabra para confundirla con.....

—Cómo, (esclamó Fernando, mirando al desconocido con los ojos desmesuradamente abiertos) ¿la conoce uste?

—Toma, si la conozco; ¿Pues para quién sino para ella son los cuadros que he encargado á usted.

—¿Para ella?

—Para ella, si señor.

—Quién es usted?

¿Qién? su tio, hermano de su madre.

—¡Ha! (dijo Fernando retrocediendo hasta encontrar un asiento sobre el que se dejó caer con la frente apoyada sobre la palma de la mano izquierda.

Fray Angel que durante las peripecias del diálogo anterior habia permanecido silencioso, y al parecer indiferente á la cuestion que se ventilaba, al oir las últimas palabras del desconocido, levantó la cabeza, y fijó la mirada en Fernando. Conociendo por la actitud que el jóven habia tomado la profunda y dolorosa emocion que acababa de esperimentar, se llegó con paso lento á José Gomez y le dijo con un jesto de cariñosa autoridad, á que le daban derecho sus hábitos y su respetable carácter:

—Hijo mio, le ruego desista de su pretension, y tenga á bien acompañarme fuera de esta casa, pues tengo que conferenciar detenidamente con él.

—Padre, (replicó el gitano, pugnando por aparecer sorprendido, cuando ciertamente no era un misterio para él, parte de lo que estaba pasando en el ánimo de Fernando,) lléveme donde quiera, que estoy pronto á hacer lo que me pida.

Fray Angel le dió las gracias con un movimiento de cabeza, se acercó á Fernando cuyas manos estrechó entre las suyas, y luego tornó al lado de Gomez, á quien dijo. Vámonos hijo.

Gomez siguió al religioso fuera del estudio; mas antes de salir volvió repetidas veces la cabeza para mirar cariñosamente al jóven.

CAPITULO XI.

La tasca.

En una de las calles mas escondidas, sucias, estrechas y menos transitadas del barrio de Triana, tenia abierto un despacho de vino y aguardiente con el aditamento de casa de *comía* el tio *Bitijí* ó *Banderílla*, gitano de pura raza, y de los menos puros antecedentes, que daba él solo mas que hacer á la justicia, en un año, que diez *hombres completos* escojidos entre la gente mas desalmada de los cuatro reinos de Andalucía; lo cual no impedia que su afamada casa, se viese dia y noche muy concurrida y que en ella se hiciese un considerable despacho de sublimado ó *soliman* corrosivo, bautizado con el nombre postizo de aguardiente de Cazalla; de vino duro, tan duro que solo podian beberlo los que á fuerza de gastarlo tenian perdida la sensibilidad del paladar, y de vinos blancos de Sanlúcar, y de la tierra, que si no eran buenos no era ciertamente por la falta de aliño, compostura é ingredientes; y por último de sardinas fritas, aceitunas con alcaparrones, y guindas en aguardiente *pa jacer boca*.

No era solo la esquisita abundancia y variedad de los artículos de consumo, lo que principalmente daba el crédito á tan afamada casa, y hacia refluir á ella todos los gastrónomos aficionados al bollo con la tajada de bacallao y su correspondiente *ochito*, que vivian en aquellos alrededores y un po-

quito mas allá; era que el establecimi tenia, además un piso alto al cual se subia con escaleras de mano, y en el cual se *tiraba la oreja á San Jorge* con unas barajas mas ó menos mugrientas, pero de toda confianza, eso sí, y por último una puerta y unas ventanas que daban á un corral de tapias bajas, que se comunicaba con otro corral, y luego con una huerta, y otra y otras fincas entre rústicas y urbanas, que terminaban en la vega de Triana, donde merced á las gavias, cercados y otros accidentes del terreno cualquiera podia salvarse en menos que canta un gallo, de las pesquizas de la mejor jauría de podencos de la policía.

En esta tasca, pues, donde se barajaban contínuamente ladrones, contrabandistas, truhanes, rateros y toda clase de aves de garra y pico corbo, estaban una mañana, Cosme Tajo, Cascalé y el Romo, sentados en derredor de una mesa, y haciendo los honores á un opíparo festin, que consistia en dos platos de bacallao y sardinas fritas, uno de chorizos asados, tan grasientos y colorados que el verlo quitaba las penas; aceitunas partidas y con alcaparrones en cantidad suficiente, y finalmente rico pan de Alcalá y un número tal de cañas de vino, que ocupaban algo mas de la mitad de la mesa.

Esta estaba colocada en medio de una pequeña habitacion separada por un tabique de tablas del despacho, y á distancia conveniente para que lo que en ella se hablaba, no llegase á oidos de los concurrentes.

Mas como nosotros estamos dotados de facultades especiales para ver y oir todo cuanto nos conviene, nos pondremos en situacion de satisfacer nuestra curiosidad, y veremos y diremos lo siguiente:

A Cosme Tajo, fumando un rico cigarro habano y bebiendo un sorbo de vino, ó comiendo una aceituna entre chupada y chupada.

Al Romo, devorando como una fiera hambrienta, mas bien que por apetito, por distraerse del temor y sobresalto que le acongojaban, de lo cual dan señales evidentes los receloso de su mirada, y el laconismo y ambigüedad de sus contestaciones.

Y á Cascalé, el gitano mas degradado de su raza poco

enaltecida, fumando, comiendo, bebiendo y charlando hasta por los codos, con un cinismo repugnante, y unas frases saturadas de los términos mas soeses y de las blasfemias mas impías y asquerosas que pueden salir de boca humana.

—¿No oyes tu Romo? (Decia balanceando su cuerpo, dando recias palmadas sobre la mesa, mui *jechao pa elante*, como un mocito que ni teme ni debe, y se come los niños crudos) no oyes tú? que ta dao dende que está de criao del señó Joselito, que tas güelto mas blanco que las paeres é la casa de Pilatos? ¿Pues qué se la vá á jacé á esa mosa pa que tu te jagas tanto é rogá?

—Yo no sé lo que se le vá á jacé; (respondió el Romo, metiéndose una sardina entera y verdadera en la boca, y contestando en tanto que mascaba á dos carrillos), pero no será cosa güena cuando se la quieren llevar de su casa.... Y á luego, como uno se quea aí solo pa respondé por toos, y uno, ya se vé no tiene ganas é que le jueguen una mala pasá, enmientras los demás se ivierten, sá mesté mirarse mucho en ello, que á la fin y á la postre me pueden da mulé y eso será lo que *mangue* gane.

—Chiquio, to se compondrá, como se compuso lo de Caparota, (esclamó Tajo alargando al Romo un vaso de vino y sobre el vaso atravesado un puro de la Habana) pá ser rico se ha de tener alma, que quien no se arriesga no pasa la mar..... Mia, si tu amo, ese gitano, de reniego, que mala centella lo parta, se hubiera andao con esos repulgos, ya hace tiempo que estaría con un grillete en Ceuta, en lugá de está hecho un caballero con el dinero que ha robao, y que está robando sin concencia......... Tu, pá que lo sepas, no tienes que hacer ná mas que dejar la puerta abierta, ó abrirla cuando lleguemos, que lo mismo da, nosotros haremos lo demás; tú te acuestas, y déjate correr.

—Eso sí, y cuando yo le iga al otro dia al señó Selito lo que ha pasao...., Dios me coja confesao, porque ni el Santo oleo me alcanza.

—No tenga cudiao, te vienes con nosotros si te acomoda.

—Eso é; y á luego tengo que corré mas tierra que corre

una golondrina, poique donde me *diquele el chacó*, no me eja ni pa taco de escopeta.

—Mardecia sea tu *jindama*, *plasnó*, *paloso*, sin *lacha*, ¿que te sá colao en la *chola* (esclamó Cascalé jesticulando como un posei'o, y casi metiendo los cinco dedos de su mano izquierda por los ojos de su primo el Romo). No sabes, *guato* y *jindamon*, que hay de por medio presonas que solo con jacé já! se come al señó Selito, y hasta el mesmo muñeco de la catreal? ¿Vas tu á causá por tu culpa un desavío que mos haga perdé á toos un negocio que ya está tratao, y que no hay mas que icir toma y daca? ¿Que te sá figurao? ¿qué, vas tu á jacé una aratá, y queate, así, riendo? Pues mardito sea el torito que no te coje, si no te endiño una mojá ó te meto el espeton por las tripas, pa que te acuerdes del santo de mi nombre.

—Yo no lo dígo por eso (replicó el Romo inclinando la cabeza hasta unir la barba con el pecho, en cuya actitud permaneció, hasta que oyó sonar cerca de sus oidos los muelles de una mavaja que habria Cascalé, y la voz del antiguo pegujalero, que esclamó poniéndose en pié y enarbolando la silla que le servia de asiento.

—Chiquio, ó guardas esa navaja, ó te rompo estos palos en la cabeza.

—Mal hombre, (dijo el Romo alzando la cabeza sin dar señales de mucho sobresalto), ¿Que iba á jacé?

—Ná; (respondió Cascalé doblando y guardando luego la navaja con la mayor sangre fria y la mas perfecta calma).

—Eso ya es otra cosa, (dijo Cosme Tajo que habia tomado por lo sério aquella estúpida pantomima.) Vamos, pues, chiquios á comer y beber, y á hablar sin reñir, que pa entendernos hemos venido aquí y no pa matarnos como marranos.

Cascalé se inclinó de bruces sobre la mesa y dió en comer aceitunas como si tomara con los dedos uvas de un racimo.

El Romo se echó al cuerpo media docena de cañas en menos tiempo que un reloj dá doce campanadas, y Tajo continuó diciendo

—Conque, señores, pelillos á la má, y vamosal cuento....

Yo te decia, Romo, que tu no tienes que hacer mas que abrir la puerta, que nosotros haremos lo demas. Pero como aquí no se quiere que naide haga ná por ná, sino que á cada uno se le ha de pagá su trabajo, á tí te se dará, por el tuyo doscientos duros...

Cascalé dejó caer una aceituna que ya iba camino de su boca, y se quedó con esta abierta y con el brazo levantado y los dedos encojidos.

Tajo continuó:

—Ciento, cuando entremos en la casa; cincuenta cuando nos des la hora, y los otros cincuenta en este mismo instante, con tal que cerremos el trato ¿te conviene?

Los ojos del Romo brillaron como los de un gato en la oscuridad de la noche, con el ansia de la codicia; sus labios se ajitaron con un movimiento nervioso, mas bien que con una sonrisa; y fué tan grande la sensacion que esperimentó, que se le trabó la lengua y no pudo articular una palabra en contestacion.

Cascalé se puso lívido; su mirada de reptil se clavó en el rostro del Romo, para prorumpir en un torrente de blasfemias en señal de alegria si aquel aceptaba, ó en atroces amenazas si negaba su consentimiento. Viendo que permanecia silencioso, esclamó con voz estridente.

—Mardecia sea la *bata* que te crió á su pecho, mal *gachó* ¿vas á decir que nó?... Si no te endiño dos puñalas á luego en saliendo de aquí, que premita Dios que no encuentre pan que dar á mi mujé y á mis probecitos *chavales*....

—Haya páz (dijo Tajo) tu chiquío deja este hombre que él es muy abonao pa no queda mal con los hombres; y tu vamos en plata, di pronto sí quieres ó no quieres, para emprencipiá á contarte los doblones, ó para dirnos que aquí ya estamos perdiendo el tiempo.

Esta amenaza, despues del pomposo ofrecimiento, acabó de trastornar al codicioso Romo, quien comenzó á jesticular con pies, manos y todas las facciones de su rostro, como un hombre aquejado de una semi-convulsion.

—Acaba, dí sí, ó nó: esclamó Tajo haciendo ademan de incorporarse.

—Pos yá... se... se... vé que sí... que igo que sí. Y como si esta afirmacion hubiese desamarrado una cuerda que le tuviese apretada la garganta dejándole en libertad para hablar, salió de su boca un torrente de palabras, inconexas, desordenadas y atropellándose las unas á las otras, como las aguas comprimidas que se abren de pronto una salida. De todas ellas sus dos interlocutores vinieron á sacar en claro, que se comprometia, á ser cómplice en lo que se proyectaba, solo con la condicion de que le dieran seguridades como á la sobrina de Gomez no le habia de parar perjuicio, y de que no se le habia de denunciar á él, por haber tomado parte en el compló.

Cascalé, callaba y permanecia inmovil sobre un asiento, con las piernas encogidas, el cuerpo todo contraido, ambos codos juntos y apoyados sobre la mesa, los puños cerrados unidos y sirviéndole de puntal á la barba, la mirada inquieta y todas sus facciones en contínuo movimiento; parecia, en fin, un mono metido en una jaula, y esperando el terron de azúcar que le presenta una persona. Lo que preocupaba en aquel momento al gitano, lo que le tenia absorto y ensimismado, no era ciertamente el deseo de encontrar una esplicacion razonable que dar á su primo á fin de tranquilizar su ánimo y hacerle deponer toda clase de escrúpulos; era la idea, de que tenia delante de sus ojos, un *chavó plasnó* y *patoso,* un pobre diablo, en fin, que eso mas que otra cosa era el tal Romo, que iba á ser tranquilo poseedor de doscientos *toralés* ó sean cuatro mil *brujes,* suma casi fabulosa, que él se proponia trasejar del bolsillo del Romo al suyo propio aunque para lograrlo tuviese que coser á puñaladas al hijo de un hermano ó hermana de su propio padre ó de su madre; cosa que él nunca trató de averiguar bastándole saber que el Romo era su primo, sin meterse en mas honduras ni averiguaciones.

Tajo se propuso darle esas seguridades; pero al querer realizar su propósito, se vió perplejo; no encontrando los pretestos y razones que buscaba.

Y tenia que ser así; en este horrible y cobarde compló, Tajo habia entrado mas bien por cuenta suya, mas bien por

satisfacer su sed de venganza que por cuenta ajena ó por servir los intereses de otro. ¡Que le importaba á él la belleza de Aurora, ni que el conde de Torre-milano la amase ó la dejase de amar! Aurora era tan solo un medio de llegar hasta el Grajito para atormentarlo en lo mas sensible de su corazon; para herirlo mortalmente, en tanto que se le presentaba una ocasion de bañarse en aquella sangre aborrecida; por eso nunca habia fijado su consideracion en los móviles que pudieran inducir al conde á obrar de la manera que lo hacia respecto de aquella niña: bastábale saber que todo cuanto intentáse con respecto á ella debia de causar graves males al antiguo panillero de Barbuñales, para que se prestase gustoso á ser dócil instrumento en las manos del conde.

Sin embargo, temia que su silencio, interpretado por lo que realmente significaba, diese lugar á una reaccion en el ánimo tímido é irresoluto del Romo, dando con ello al traste con lo que se llevaba ya adelantado; así que, despues de haber hecho desesperados esfuerzos de imaginacion para salír del conflicto, vino á fijarse en señalar una nueva entrevista con aquellos dos gitanos, contando con venir á ella bien provisto de instrucciones recibidas del conde; y para no perder todo el fruto de la primera se propuso regalar al primo de Cascalé un par de doblones de á cuatro á fin de mantener su codicia en actividad.

Ya iba á poner en ejecucion su propósito, cuando sintió abrirse cautelosamente las maderas de una pequeña ventana enbarrotada, que desde la habitacion daba á la calle, y vió penetrar por la abertura un brazo cubierto con la manga de un hábito, oyendo acto contínuo toser en señal de inteligencia. Tajo contestó en la misma forma, se levantó y salió apresuradamente en direccion de la puerta del establecimiento.

Fué tan acelerada su salida, y tan bruscos sus movimientos al pasar por entre algunos hombres que se encontraban en pié cerca del mostrador bebiendo sendas cañas de vino, que uno de estos esclamó:

—Camará, por ahí ño; que va usté perdio.

Los demás se dividieron en dos grupos; el uno se prepa-

ró para la huida dirijiéndose hácia la puerta del corral, y el otro aparentando menos sobresalto, fuese hácía la puerta de la calle, por la que muy luego apareció Tajo, seguido de un fraile que traia cuidadosamente tapada la cara con la capucha y las manos metidas hasta los codos en las mangas.

Esta imprevista aparicion disipó la alarma entre aquellos hombres, que se separaron dejando paso franco á Cosme y á su acompañante.

—Padre, (dijo el antiguo pegujalero, ofreciendo al fraile una silla junto á la mesa donde permanecian el Romo y Cascalé, que miraron al pareçer, con la mas completa indiferencia al recien venido) ya no lo esperaba á V....

—Pues ya me tienes aquí (respondió el fraile sentándose con el mayor desembarazo) y haste cuenta que no me has esperado.

—Ea, puesto que no hay ná perdio, golvamos al asunto de la quistion.

—Has como gustes hijo: y esto diciendo el padre se arrellanó cómodamente en el asiento, echóse la capucha hácia atras y cruzó las manos sobre su abdómen describiendo círculos con los dedos pulgares en derredor el uno del otro.

No bien el fraile hubo descubierto su rostro, el Romo para quien no era ciertamente desconocido, esclamó quitándose el sombrero y levantándose en pié:

—Padre, el cordon.

—Toma hijo, Dios te haga un santo.

Despues que el gitano lo hubo besado con la mas aparente devocion, y vuéltose á sentar, esclamó el fraile:

—Dime hijo, como está de salud la buena de la señora Gertrudis?

—Tan cabá; para servir á Dios y á su merced.

—Oh! es una mujer muy buena cristiana, muy temerosa de Dios y muy fiel para sus amos.

—E verdá, pare Paco: y si tuviese mejó jenial, sería una vieja que no hay quien la iguale.

—¿Y tu amo?

—Tan famoso pa serví á su merced.

—¡Hum, hum!, hizo fray Paco: y luego continuó, ¿y la niña?

—Tan juncá, pare y mas güena que el pan.

—Pobrecita, dijo el padre, usando del movimiento de sus dedos y tomando un aire compunjido,) Pobrecita y que buena suerte se está perdiendo, por capricho de su tio, que la tiene metida no se sabe donde.

—E verda, pare, (respondió el Romo dando con la palma de la mano sobre la mesa) eso mesmo digo yo.... Misté que es un doló ver una mosa que quita las penas el mirarla, encerrá siempre como una monja, y mas guardá que la custodia é la catreal.

—¡Hum!, hum! (repitio el fraile) su tio se ha empeñado en quitarle la suerte.

—Padre, (esclamó Cosme Tajo, sonriendo de ver con qué astusia el fraile iba tendiendo la red para cojer al Romo). Cuando su merced tocó á las maderas de la ventana, llevábamos el pleito perdio, pus á este hombre no hay medio de hacerle entender, que hay en el mundo un señor muy rico y muy poderoso que quiere hacer feliz á esa muchacha á pesar de su tio que ha dado en la tema de no dejarla vivir. Dígaselo, su merced tambien, á ver si lo podemos convencer.

—Verdad es, hijo mio, verdad es (dijo fray Paco moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de afirmacion.

—¿Pero el qué es verdad? (preguntó el Romo.)

—Que hay un señor muy rico y muy poderoso, replicó el fraile), que quiere hacer la felicidad de esa muchacha, y que su tio se opone á ello.

—Pero, señó ¿qué feliciá es esa, ni que ley de Dios puede permitir que le quiten una hija á un pare; poique se ha é isir verdad, el seño Selito, es mas que un pare pa la niña..... ¿ni quién tiene derecho pa eso en el mundo?

—¿Quién? (esclamó fray Paco) los parientes de la niña, personas muy principales, que no quieren dejarla al lado de su tio, que con la vida de contrabandista que trae, no dá lustre á la muchacha, y la espone á una contingencia desagradable.

—Pare, ¿qué es lo que su mercé dice?

—Te lo volveré á repetir..... Que un señor muy principal de Sevilla, pariente cercano de esa muchacha se la quiere lle-

var á su casa para hacer de ella una muger de provecho, y que su tio Gomez, por razones que él se sabrá, se opone con todas sus fuerzas á que aquel caballero lleve á cabo su buen propósito.... Visto lo cual, como el sacarla de sus manos por la justicia, sería dar lugar á un pleito, y una campanada en Sevilla, se ha resuelto el quitársela con la astusia y hé aquí todo.

—Pare ¿qué me cuenta osté? (esclamó el Romo en el colmo de la sorpresa).

—Lo que estás oyendo, *plasnó* (interrumpió Cascalé que hasta este momento permaneció indiferente, en la apariencia á lo que se decia en su derredor), lo que estás oyendo Cuando *mangue* te dicia que dijeras que sí, yo bien que sabia poiqué te lo dicia, mardecian sean las que te gruñen.....

—Tajo y fray Paco se dirigieron una sonrisa y una mirada de inteligencia, que espresaba la seguridad que desde aquel momento tenian de triunfar de todas las vacilaciones del Romo.

Este sintiendo su conciencia tranquila con la relacion que acababa de hacerle el fraile, depuso todo temor y sobresalto y viendo desaparecerse como por encanto hasta el último escrúpulo que abrigaba su corazon, esclamó rebozando de júbilo con la idea de que iba á tomar doscientos duros, nó como premio de una traicion sino como premio de una buena accion.

—Señores, ostés han de perdonar... no he dicho naita... Creo como el Evangelio lo que dice el pare, y así jagan ostés de mí lo que quieran que yo estoy dispuesto á toó..... Si osté, camará, mos hubiera jablao así, con esa franqueza, ya mos hubiéramos entendio sin menester de entrépete....

—Conque, caballeros, ya no hay mas que habla. (esclamó Cascalé) no quea mas que jace, sino que osté, camaraita, suelte el *parné*, y *sonsí* jasta que mi primo me dé el aviso, yo iga *alza* y se jaga la corria.... Y esto diciendo, se puso en pié é hizo una señal con la mano como dando por disuelta la reunion.

—Párate ahi, *chavó*, (dijo el Romo estendiendo el brazo y señalando á Cascalé su asiento) que jai mucho que *chamullá* entodavía.....

—En toavía te va á jasé é rogá..... escuartizao te vea por los caminos.....!

—Fray Paco miró á Cascalé y se puso un dedo sobre los lábios indicándole que guardase silencio, el gitano obedeció, volvió á ocupar su asiento, y el fraile hizo seña al Romo para que hablase.

—Pues si señor, padre, (continuó el Romo) como iba diciendo, á mí me gusta el pan, pan: y el vino, vino; si oste, tio Tajo, me hubiera jablao con esa franqueza, ya estuviera too jecho, y mos hubiéramos ahorrao las faitigas que ahora vamos á pasar.

—¡Qué es ella! (esclamó Cosme Tajo) no estás ya de criao de ese mal hombre, ó es que no sabes donde tiene á su sobrina.

—No señó ni lo uño ni lo otro.

—¿Pues qué és? preguntó fray Paco, comenzando á inquietarse un poco) dí lo que sepas y pronto, que no debemos perder tiempo.

—Pues es el caso, que jase dos dias, el señó Selito apenas si sale de la casa de la sobrina, ni de dia ni de noche; y es cosa segura, que como vayamos á dispertarlo, mos deja dormios á nosotros de un escopetazo, que ni lo oimos. Y lo peor no es eso, sino que él mismo atranca las puertas, recoge las llaves y sacuesta sobre una manta atravesao elante é la puerta é la sala é la niña, con dos retacos ca uno con dos balas, para servir á osté.

Fray Paco y Tajo se miraban haciendo una mueca que podia traducirse por un ¿qué hacemos? Cascalé inclino la cabeza sobre el pecho en señal de desconsuelo, viendo escapársele de las manos los 200 duros del Romo, y luego fijó en su primo una mirada de reconcentrada cólera, que poco á poco, y como iluminada por una súbita idea, fué tomando una espresion de diabólica significacion.

Entre tanto, el Romo, hombre de carácter suspicáz á un tiempo que cobarde y codicioso, que en este asunto decia la verdad á medias, ó desfiguraba los hechos á fin de sacar mas partido de su villana traicion, conociendo cuanta era su importancia y la necesidad que tenian de su cooperacion para

llevar á felíz término el propósito, callaba, satisfecho interiormente de su astucia, por la cual aumentaba las dificultades como un medio de encarecer el precio de sus servicios.

Viendo la perplejidad del fraile y de Tajo, y maduro ya el pensamiento que habia asaltado su mente, Cascalé, esclamó con desenfado, creyendo haber cortado el nudo de la dificultad:

—Caballeros no hay ná perdio..... Que mi primo el Romo me deje una noche dormir en su cuarto, y por mi salud, que aunque el señó Selito, tenga mas vista que un lince y mas oidos que un ético, lo he de dejar tan cari-parejo, y tan bien dormio, que hemos de pasar toos por cima de él, sin que alevante un deo ni diga esta boca es mia.

—¿Qué pretendes hacer? dijo el fraile mostrando mas curiosidad que sorpresa de saber el horrible proyecto que se traslucia en las palabras del gitano.

—Ná, pare: enfriarle el cielo de la boca: replicó el zíngaro con brutal sonrisa.

—Hijo, esclamó el padre con severidad: no está bien emplear malos medios ni aun para hacer buenas acciones.... Cuidado con que se derrame una sola gota de sangre, en la inteligencia que el de vosotros que tal haga, será entregado, por mí si preciso fuere, á la justicia... Aqui solo se trata de hacer una buena obra, por medios mas ó menos lícitos, pero nunca por medios criminales....

—Pare, (interrumpió Cascalé), si ije lo que ije, no fué pá jacerlo; sino por si se queria: que si nó *soniche*, jágase cargo su merced que no he dicho ná.

Tajo manifestó su conformidad con las palabras del fraile, lo cual hizo no por humanidad y horror al derramamiento de sangre, sino porque queria reservarse á sí mismo el bárbaro placer de verter la de su odiando enemigo.

Fray Paco, esclamó, dirigiéndose al Romo:

—Conque dices que tu amo no se aparta de dia del lado de su sobrina, y que de noche se acuesta á la puerta de su alcoba; lo cual imposibilita el sacarla de la casa á ninguna hora.

—Si padre.

—Bien, pues terminemos aquí esta conferencia, y yo arbitraré un medio de que no se malogre el plan, que habrá de llevarse á cabo, sin ruido y sin escándalo, yo os lo prometo. Entretanto, te encargo digas á la buena de la señora Geltrudis, que mañana sin falta, á eso de las diez del dia vaya al convento.

—Pero pare, esclamó el Romo, mostrándose vívamente alarmado), ¿vá su merced á icirle algo sobre el particulá á la tia Geltrudis? tenga cuenta su merced con esa vieja, y mire que si barrunta algo, mos vá á perdé, que es mu jablaora, y quiere mucho á la niña y el señó Selito... No se fie de ella, pare, no se fie....

No era ciertamente el sobresalto que manifestaba el Romo, el que realmente existia en su ánimó: era el temor de que valiéndose de otra persona habría de disminuir el precio de su traicion.

—No temas, replicó el fraile, la señora Geltrudis nos ha de servir, sin quererlo y sin saberlo.

Poco tranquilizado el gitano con las seguridades que daba el fraile, esclamó, apelando á un nuevo subterfujio, á fin de quedarse como solo y único instrumento.

—Pare, párese osté... sepa osté, que tengo entendio que el señó Selito, se piensa mudá con su sobrina á otra casa mu escondia; si se mua, que creo que será pronto, ya no tendrá tantos cudiaos; y entonces, por mí sabra que se jará la cosa en regla.... ya verá su mercé.....

—Mejór, replicó el fraile; pero eso no obsta para que tu cumplas mi encargo con Geltrudis.

—Lo jaré, pare, lo jaré como su mercé manda.

Fray Paco se despidió encargando á Tajo que se avistase con él en la tarde del dia siguiente, y salió de la tasca ocultando sus manos y rostro.

El antiguo pegujalero, y los dos gitanos, se separaron de allí á pocos momentos, prometiendo recíprocamente avisarse cualquiera novedad.

CAPITULO XII.

El secreto.

Sentados en dos toscos aunque aseados taburetes, estaban en la celda del padre Angel, el religioso y José Gomez, que desde la casa de D. Fernando se habian trasladado silenciosos y caminando con celeridad al convento.

La hermosa fisonomía del primero, espresaba un sentimiento de profunda tristeza, y en sus ojos se retrataban las inquietudes que ajitaban su corazon. En cuanto al segundo, difícil hubiera sido leer en la suya lo que pasaba en su corazon, tan serena y tranquila se manifestaba, si bien la lijera contraccion de sus lábios y la fijeza de su mirada, daban claro indicio de que esa calma era mas bien hija de una resolucion definitiva, tomada en vista de una circunstancia imprevista, que fruto del completo sosiego del ánimo.

—Hijo, (decia el padre Angel), una casualidad providencial, me ha hecho sabedor de un secreto que os interesa á vos, y á dos personas que tengo en mucha estimacion y aprecio... Secreto terrible, que encierra un cúmulo de males, que yo quisiera conjurar, y que haré cuanto pueda para conseguirlo, contando con el auxilio de Dios, y con el llamamiento que hago á todos vuestros sentimientos de cristiano y de hombre... No sé quien sois, no os conozco, acaso rechaceis mis consejos y exortaciones....; no importa, veo en vos un her-

mano y eso me basta para dirijirme lleno de confianza á vuestro corazon en nombre de nuestro Señor y por la paz de tres familias que veo amagadas de una gran desgracia.

—Padre, (respondió José Gomez, aparentando la mas perfecta calma), puede usted hablar con toda confianza, que yo lo escucho como á mi confesor, y haré cuanto me diga, seguro de que solo por buen camino puede V. llevarme..... Hábleme con franqueza, dígame cuanto sepa y cuanto quiera que yo le contestaré lo mismo.

—Puesto que lo encuentro en tan buena disposicion, (dijo el religioso con cierta solemnidad), debo hablarle como me pide, estando como estoi seguro que no serán perdidos mis consejos... Empezaré por decirle, que me es conocida la historia del conde de Torre-Milano en lo que se refiere á vuestra sobrina desde que la conoció en un pequeño pueblo de Aragon, hasta el dia....

Gomez frunció lijeramente las cejas, y permaneció silencioso, con los ojos fijos en el rostro del padre Angel. Este continuó:

—Sé tambien el parentesco que une á esa jóven con aquel caballero...

Gomez hizo un movimiento que denotaba sorpresa y admiracion; y esclamó: ¡Como sabe V. todo eso!

—Porque poseo la amistad y confianza del señor Conde, quien me ha manifestado sin rebozo todos los particulares de este suceso...

—Continuad, padre, continuad, (dijo el gitano inclinando la cabeza sobre el pecho).

—En este concepto, escuso repetiros lo mismo que sabeis, pintaros la pasion que en mal hora el enemigo encendió en su corazon; poneros ante los ojos los peligros que ella entraña, cosas todas que conoceis, y por cuyo remedio debeis clamar si estimais vuestra tranquilidad, y la paz y el honor de vuestra sobrina.

—Así es, padre, así es; y para conseguirlo estoy dispuesto á hacer todo lo que dispongais....

—Pues bien; un solo medio hallo, y es, que saqueis de Sevilla á vuestra sobrina, y la lleveis lejos, á fin de que el con

de, perdida toda esperanza, tenga por último que renunciar á su desordenado afecto: y eso pronto, tan pronto, que os aconsejo no dejeis pasar cuarenta y ocho horas sin verificarlo.

—Lo haré así, padre; aunque estoy seguro que no conseguiré otra cosa, sino pasar tiempo; porque el conde, no lo dudo, la perseguirá donde quiera que se oculte... Conozco mucho al señor conde, conocí á su abuelo, á su padre, á su hermano; y sé que como ellos, no es hombre que renuncie á su propósito.

—¿Que conocísteis á sus padres? (esclamó el religioso fijando en su interlocutor una mirada que parecia querer leer en el fondo de su corazon).

—Sí, padre por mi desgracia y la de mi familia...

—Cómo! ¿esclamó el religioso incorporándose á medias sobre el taburete, seriais...? Mas nó, no puede ser..., continuó, dejándose caer de nuevo sobre su asiento y pasándose una mano por la frente.

Hubo un momento de silencio, pasado el cual fray Angel esclamó:

—Si tan poca fé teneis en el remedio que he propuesto, y á la par sentis la necesidad de propinar uno que sea eficaz, decidme si habeis pensado en él, y cual es.

—Lo espero solo de la providencia ó de la casualidad.

—En este caso, haced lo que os dije, ocultad fuera de Sevilla á vuestra sobrina.

=Pero no le dije, padre, que él hará por encontrarla, y temo que lo consiga...

—Acaso nó; porque esa casualidad en que fiais, esta mas cerca de lo que podeis imaginaros; la dificultad solo estriba ya en ayudar á que se presente, y en aprovecharse de ella.

—Hábleme con claridad, padre, (dijo Gomez con visibles muestras de ansiedad).

—Fuerza será hacerlo así, (replicó el religioso aproximando su asiento al del gitano), oidme, pues..., Sabed que el conde de Torre-Milano está resuelto á tomar el hábito en esta santa casa; para verificarlo, ha pedido un plazo de ocho dias, y como discurro, que sea con el objeto de hacer un úl-

timo y desesperado esfuerzo que le acerque al término de sus deseos, debemos procurar el frustrar su propósito, por medio de un viage que le quite toda esperanza... Haced lo que os digo; Dios hará lo demás..., Una vez cerradas sobre el señor conde las puertas de este convento, podreis vivir tranquilo... ¿Me habeis comprendido?

—Sí padre; pero no me ha convencido. Se lo repito á usted conozco mucho la sangre que circula por sus venas; y estoy seguro, que el conde de Torre-Milano con el traje de paisano, de militar ó el de fraile, mientras aliente, no renunciará á Aurora, en tanto que esa desgraciada niña no tenga mas protector ni defensor que yo.

—Sin embargo, yo no hallo otro medio mejor que el propuesto, y confio en Dios que de llevarlo á cabo, será el mas eficáz. Si se os ocurre algun otro, decidlo sin rebozo....

—Se me han ocurrido dos desde hace pocos dias. Uno de ellos imposible, el otro hacedero.

—Dígalos, pues, hijo...

—O meterla en un convento por toda su vida, ó casarla.

—Casarla dijísteis?

—Si casarla; por que sea quien quiera que la tome por muger, podrá defenderla de mil maneras; mientras que yo no puedo hacerlo de ninguna.

—Y, ha pensado hijo, en el marido que le ha de dar?

Gomez se encogió de hombros, é hizo con la fisonomía un jesto que lo mismo podia traducirse por una negativa que por una afirmacion.

Fray Angel, continuó:

—Pues yo voy á ser mas franco, que él; voy á responder que sí; y á decir, que el marido que el señor Gomez tiene escojido para su sobrina, es.., D. Fernando de la Puente-Cuellar.

Gomez se enderezó sobre su asiento, y esclamó mirando con fijeza al religioso: Padre, mucho sabe su merced!

—No le dije, hijo, que poseia un secreto que interesaba á tres familias? Hasta ahora solo habíamos mentado á dos; faltaba la tercera.

—Hablemos de ella, padre, y dígame que piensa....

—Pienso, que si existen motivos poderosísimos, con res-

pecto al conde, para alejar á esa jóven de Sevilla, existen otros no menos razonables para obrar de la misma manera con relacion á D. Fernando.

—¿Y cuales son padre?

—Olvida, hijo, que la familia de los Puente-Cuellar es una familia noble y esclarecida?

—No padre; y menos que mi sobrina es una desgraciada gitana; tan desgraciada, que ni aun es hija de matrimonio.

—Entonces ¿cómo ha podido entrar en su cabeza una idea tan irrealizable?

—Porque D. Fernando quiere á mi sobrina, y ella le quiere bien.... Y cuando los muchachos que se quieren, se empeñan en casarse, se salen con ella á pesar de los pesares.

—Y tu...?

—Y yo me alegraría.... figúrese su merced si yo me alegraría.... De esa manera todos mis cuidados se acabarían; porque D. Fernando es hombre que sabrá defender su muger.

—Pero eso es imposible!, (esclamó el religioso con visibles señales de inquietud).

—Imposible, nó, (dijo el gitano meneando la cabeza), difícil si,.. Pero cuando Dios quiere, con todos aires llueve...... Verdad es, que él es un señor muy noble y que mi sobrina es una pobre gitana.... pero á falta de *don* tiene el *din*; y el *din* hace muchos milagros.

—Ahora comprendo, dijo el religioso sonriendo con amarga ironía, el móvil que le llevó esta mañana en casa de D. Fernando, y la razon de sus generosos ofrecimientos...

—Pues, claro está.... Yo sé que la casa de D. Fernando está muy atrasada, y pasa muchas fatigas por la falta de dineros... Y como yo, á Dios gracias lo tengo, quise hacerle un corto obsequio de una manera que no le causara vergüenza....

—Eso le honra mucho, hijo; pero no allana las dificultades que existen. ¿Cómo es posible imajinarse que el señor de Puente-Cuellar consintiera por nada en el mundo que el heredero de su nombre se casára con una gitana, por mas rica y por mas hermosa que fuera? ¿No considera que las costumbres, las preocupaciones y la sociedad, que en desprecio

de las leyes de la naturaleza que nos hacen iguales á todos al nacer, tienen establecidas diferencias de clases y condiciones, que no es dado á ningun hombre sensato atropellar, y creencias sobre este particular, tan hondamente arraigadas en las entrañas sociales, que no es posible burlarse de ellas sin caer, quien lo intente, bajo el anatema de los hombres? Y si en desprecio de estas inveteradas ideas, consagradas por una larga série de siglos, y de las leyes del reino que les dan fuerza y autoridad legal, D. Fernando atropellando por todo, cegado por la pasion, renegando de su cuna, de su nombre y del puesto que ocupa en la sociedad, llevase á cabo tan desigual matrimonio ¿no considera, hijo, la pena y el dolor de unos ancianos y virtuosos padres, á quienes sin duda este golpe abriría las puertas del sepulcro, introduciendo en el corazon del hijo desobediente, un remordimiento que le acompañaria hasta su última hora, y probablemente un arrepentimiento, del cual sería víctima, á no dudarlo esa misma muger que hoy supone, ama con tanto estremo? Mírelo bien, hijo; no quiera, por un mal entendido amor á su sobrina, contribuir á la desgracia de una familia tan respetable; á la de los dos jóvenes, que algun dia habrían de llorar amargamente sobre las consecuencias de su ceguedad, y cargar su conciencia con una responsabilidad de la cual el Supremo Hacedor le habría de pedir estrecha cuenta á la hora de la muerte.... Hijo! no quiera para otro, lo que no quiera para él.

—Tiene su merced razon; (esclamó el gitano inclinando la cabeza con desconsuelo.

El religioso continuó

—Además, existe otra razon poderosa; y es, que sospecho que D. Fernando sabe la historia de la pasion que el conde de Torre-Milano tiene por su sobrina, y por ello le aborrece en términos de haberse negado á admitir sus beneficios, cuando mas falta le hacian..... El conde, por su parte, habia de sentir iguales afectos de ódio hácia D. Fernando, si desgraciadamente viese que este caballero le arrebataba hasta la esperanza de hacerse amar de Aurora..... Ahora bien, ¿sería estraño, que en dos hombres de su temple, este acontecimiento produjera un encono tal que se resolviese, por un crímen?

—Pero, ¡¡padre! (esclamó el gitano con la angustia del que se agarra á su última tabla de salvacion), ¿por qué pone su merced las cosas en lo peor! ¿No estamos viendo todos los dias señores muy nobles y muy ricos casarse con mugeres pobres? ¡qué digo pobres..... con cómicas, con muchachas perdidas!.... ¿Y ha de ser tan desgraciada mi pobrecita sobrina, que ella que no es nada de eso, que además tiene sangre noble en las venas como hija de un conde, que no pueda hacer lo que hacen tantas y tantas que valen mucho menos que ella.

—Hijo (esclamó el religioso dando á su fisonomía un aspecto grave y solemne, que contrastaba con el de cariñosa solicitud que hasta este momedto habia tenido). Las cosas han llegado á tal altura, que será fuerza hablarte sin rodeos á fin de que caiga la venda que tenia puesta sobre los ojos..... Sí cierto es, que ha habido hombres de alta alcurnia y aun de regia prosapia que olvidándose de cuanto deben á la sociedad y al hombre, han contraido vínculos que empañaron su nombre y arrastraron sus timbres por el lodo; pero no hay uno, no lo recuerdo al menos, que haya descendido tan bajo, como descendería el que se uniese á esa criatura colocada en la situacion fatal en que se encuentra su sobrina.

—¡Padre! (esclamó el gitano, dejando escapar un rápido movimiento de cólera del cual se repuso instantáneamente).

—Moderacion, hijo, moderacion, (interrumpió el religioso con dulce severidad) óigame hasta el fin, y luego podrá manifestar la espresion de sus verdaderos afectos.

Gomez hizo un movimiento de cabeza que espresaba resignacion.

—El religioso continuó:

—Si D. Fernando de la Puente-Cuellar contrae matrimonio con su sobrina Aurora, todos preguntarán de qué familia es esa jóven..... y ciertamente que á nadie se le ocurrirá decir que es una hija bastarda del conde de Torre-Milano, sino que no se le conocen padres, y que solo se sabe de ella que es sobrina de un tal José Gomez..... y cuando continuando en esas investigaciones, preguntáren quién es ese tal José Gomez, no faltará quien responda que es un gitano

de cuya vida podrán dar informes en Huesca, Barbastro y Barbuñales.....

Al oir estas últimas palabras, José Gomez se levantó de su asiento como impulsado por un resorte, pálido con las facciones descompuestas, los brazos estendidos con los puños fuertemente apretados y dando paso con dificultad entre los dientes apretados á las palabras siguientes:

—Sí... ¡de un ladron en cuadrilla...! ¡de un asesino alevoso......! ¡Oh! maldita mi fortuna y mi suerte......! Cuando yo creia que Dios me habia perdonado, cuando yo creia sepultados bajo siete estados de tierra mis delitos, y que nadie podría desenterrarlos..... Cuando yo creia que el Señor me habia dado á esa criatura para reconciliarme con el mundo, y hacerme hombre de bien y honrado, veo que esa desgraciada es el instrumento de que se vale Su Magestad para castigarme de todas mis fechurías! Maldita, maldita mi suerte y mi fertuna.... Sí; decís bien; padre, ¿quién se ha de casar con la sobrina de un escapado de presidio..... de un ladron de caminos y matador de hombres.....? ¿ni quién, sabiendo lo que es, puede quererla, si no es el conde de Torre-Milano, hijo de un asesino de su padre...! de un cobarde que deja podrirse en un presidio á un inocente, que acaba por hacerse ladron y asesino, por escapar de un castigo que no mereció.....!

Fueron pronunciados con tal rapidéz estos conceptos y acompañados de movimientos tan bruscos y desordenados, que fray Angel no pudo interrupirles á pesar de haberlo intentado desde el principio con sus ruegos y súplicas y finalmente con su intencion manifiesta de poner una mano sobre la boca del gitano; el cual como si esta terrible declaracion hubiese agotado sus fuerzas y gastado todas las fuerzas enérgicas de que en un principio dió pruebas, se dejó caer sobre su asiento con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos colgados á lo largo de su cuerpo.

El padre Angel se aproximó á él tanto que acabó por enlazarlo entre sus brazos; y en esta actitud poniendo en juego toda la elocuencia de su santa palabra, todo el cariño de un padre, toda la virtud de su inagotable caridad cristiana

logró devolver la calma á aquel atormentado espíritu y arrancar de sus labios las siguientes palabras:

—Padre por la primera vez en mi vida he dicho lo que acaba de oir..... y me moriría de pena si supiese que otro que su merced lo habia entendido..... El coraje me quitó el sentido y no fuí dueño de mi lengua.... bien sabe Dios que me pesa y que le pido perdon al señor conde del mal que le he hecho... Y ahora, padre, puesto que he descubierto un secreto que no era mio, me parece que haré bien en descubrir el que me pertenece á mí solo... Con esto descargaré mi conciencia, pues hace muchos años que no cumplo con la iglesia, por mas que he sido un gran criminal... Oigame si quiere, en confesion, y Dios me perdone como lo necesito, y espero que me perdonará su merced.

Esto diciendo, el gitano se deslizó de su asiento hasta quedar arrodillado á los pies del religioso; quien le asió ambas manos, rodeó el cuello del penitente con su brazo y aproximó su oido á los lábios del pecador.

—Padre (esclamó este) os lo contaré todo desde el principio..... En 1809 hacía ya muchos años que de padres en hijos veníamos sirviendo en la casa de los señores condes de Torre-Milano, de cocheros y picadores procurando cumplir como Dios manda con nuestra obligacion, y pagar en cuanto podiamos pagar el buen trato que nos daban los amos; que mas que amos fueron siempre padres para nosotros y para toda nuestra familia, á la cual hacian las mas señaladas mercedes. El señor conde, abuelo del actual, era un señor muy bueno, pero que sin saber por que, no queria á la señora condesa, y menos á un hijo que de ella tenia. Dábale tan mala vida, que la pobrecita señora murió de pesadumbre. Muerta ella, el hijo que se habia quedado sin el calor de nadie, espuesto á los malos tratos de su padre, se casó siendo muy jóven, con una señora muy hermosa, pero que era todo lo contrario de la difunta, es decir, era una señora de muy mal génio, mucha vanidad, y que no sabia darse á querer de nadie. Este casamiento que el hijo del señor conde, creyó le haría feliz, fué causa de su desgracia y de la de toda mi familia..... Los primeros años se pasaron, asi, regularmente: el señorito tuvo

en ella dos hijos. Andando el tiempo, vimos todos los criados de la casa, que la guerra y mala voluntad que siempre habia existido entre el padre y el hijo, tomó de pronto un carácter de mayor violencia, y lo que mas novedad causaba á todos era que la señora se ponia de parte de su suegro contra su marido, llegando á tal estremo las cosas, que el señorito acabó por separarse de su muger, con lo cual, si bien vivia en la misma casa, ni hacia vida, ni comia con ella en la mesa..... Y cosa estraña, cuando el señorito comenzó á separarse de su muger, el señor conde su padre comenzó á mostrarse mas obsequioso con ella, acompañándola á todas partes, regalándola y cuidándola mas que si fuese su propio marido. Algunas veces, la señora y el señor conde salian á la caida de la tarde, y volvian á pié á las altas horas de la noche y cuando esto acontecia, entraban por la puerta de la cochera, la que yo tenia encargo de abrirles, y órden de no decir á nadie como, cuando ni á qué hora se recojian los señores.... Una noche..... las carnes me tiemblan solo en pensarlo.....! serían como las tres de la madrugada, los señores que venian de un baile de máscaras, cubiertos cada uno con un dominó, llamaron á la puerta, que yo me apresuré á abrir habiendo conocido la señal..... Mas apenas lo habia verificado y entrado la señora y el señor conde, siento que me empujan con tal fuerza, que casi me derribaron en tierra, y al mismo tiempo oigo un grito espantoso y la voz del señor conde que decia, ¡socorro, que me han muerto.....! Aturdido y fuera de mí, acudo á la cuadra, descuelgo el farolillo, vuelvo á la cochera, y veo tendido en el suelo al señor conde arrojando un caño de sangre por la boca y revolcándose con las fatigas de la muerte..... Fuera de juicio con lo que acababa de suceder, comienzo á dar gritos y á buscar por todas partes, sin encontrar á nadie ni aun á la señora, contra quien estoy seguro iba dirigido el golpe. A mis voces acudió una ronda que pasaba por aquellos alrededores; levantó el cuerpo del señor conde, que ya era cadáver, y á mí viéndome cubierto de sangre, y junto á él me ataron codo con codo y entre bayonetas me condujeron á la cárcel.... En ella, y en un calabozo permanecí unos cuantos dias, sin poder darme cuenta de lo

que por mí pasaba. Formóseme causa criminal; tomáronseme muchas declaraciones, y como yo en todas ellas negaba ser el autor de la muerte, sin dar mas razones que mis negativas, y sin decir cosa alguna que pusiera á la justicia en la pista del verdadero criminal, no obrando en contra de mí mas que sospechas y fuertes presunciones, y en vista de los informes que tomaron de mí en la casa del difunto señor conde, y gracias á lo mucho que por salvarme gastaron é hicieron el señorito y su señora fuí condenado á presidio por toda mi vida, siendo trasladado al de Sanlúcar de Barrameda; allí me socorrió generosamente el señor conde, quien se hizo cargo de socorrer á la pobre vieja de mi madre y dos hermanas mias, á quienes llevó á su misma casa, para que nada les faltase..... Este buen proceder del señor conde me hizo llorar de agradecimiento, y me crei muy bien pagado con él de la pena que voluntariamente me habia echado sobre los hombros..... Poco menos de dos años despues de haber yo sido metido en el presidio, supe que el hijo mayor del señor conde habia engañado á una de mis pobrecitas hermanas, en la cual tuvo la niña á quien hoy dia sirvo de único amparo, y que de sus resultas la señora condesa abandonó á mi familia, que desde aquel dia tuvo que mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan..... Un año despues el padre de mi Aurora murió de resultas de la caida de un caballo, y algun tiempo despues, su madre mi pobrecita hermana Aurora, moria en medio de un monte comida por lo miseria y las enfermedades, sin socorro divino ni humano...,. ¡como un perro sobre un muladar.....! En aquel entónces, yo me habia escapado del presidio.....

Gomez se detuvo para enjugarse las mejillas por las cuales corrian sus lágrimas mezcladas con las gotas de sudor que se desprendian de su pálida frente.

Fray Angel oyó conmovido y con los ojos arrasados en lágrimas, aquel espantoso drama, narrado con un laconismo mas espantoso todavaí; suceso inaudito, en el que no sabia que admirar mas, si lo horrible de las catástrofes, ó la grandiosidad del sacrificio, la santidad de la resignaucion de un criado, que se sacrifica voluntariamente por salvar el honor

de sus amos; y que apesar de verse pagado con la mas negra ingratitud no olvida en ninguna circunstancia el cariño que les tiene.

La emocion que esperimentaba el religioso era de tal naturaleza; que le tenia embargado el uso de la palabra; empero si sus lábios no acertaban á pronunciarlos, su corazon latia con tal violencia que levantaba y dejaba caer á intérvalos iguales la cabeza de Gomez que tenia apoyada sobre su pecho.

Trascurridos algunos instantes de elocuente silencio, durante los cuales las lágrimas del varon justo y las del pecador arrepentido corrieron abundantemente, cayendo mezcladas sobre las manos que tenian cariñosamente estrechadas, el gitano reanudó el hilo de su interrumpida confesion y refirió al religioso, con el mismo laconismo todos los episodios de su vida desde que se escapó del presidio de Sanlúcar de Barrameda, hasta el momento en que ambos se encontraron por la primera vez en el estudio de D. Fernando.

Cuando Gomez hubo concluido la narracion de aquella espantosa série de crímenes que constituian la historia de su vida, despues que el sacerdote hubo puesto sus manos sobre la cabeza del pecador arrepentido, é implorado para él la misericordia de un Dios siempre dispuesto á perdonar; cuando el confesor hubo terminado su santo ministerio y el penitente descargado su conciencia y comenzado á respirar con mas libertad, los dos hombres, cual movidos por el mismo sentimiento se levantaron simultáneamente, y arrojándose en los brazos el uno del otro se estrecharon pecho con pecho dejando latir su corazon el uno á impulsos de un religioso agradecimiento y el otro cediendo á los trasportes de su ardiente caridad cristiana.

Fray Angel rompió por fin el silencio, y esclamó separándose dulcemente de los brazos del gitano:

—Hijo mio, Dios te perdone si tu arrepentimiento es sincero, como te perdono yo y te perdonarían todos los hombres si pudiesen oir tu confesion y ver correr tus lágrimas..... Por una inconcebible fatalidad, un acto inaudito de caridad cristiana, un arranque generoso de sublime virtud, en vez de habrirte las puertas de la felicidad, de grangearte el amor de tus

semejantes y la pública admiracion y aprecio, te precipitó en la carrera del crímen..... Los altos juicios de Dios son inescrutables; ¡ay! del insensato que pretenda penetrar el misterio: al hombre solo le toca resignarse con sus divinos decretos, acatar sus arcanos y llevar con la sonrisa en los lábios y la fé en el corazon la cruz que el Señor pone sobre sus hombros... Despues de haberte oido me afirmo mas y mas sobre la conveniencia del consejo que te dí..... Huye de Sevilla hijo mio... Sal de España; vete al estranjero; á América, á cualquiera parte en fin, donde puedas vivir completamente desconocido..... Huye hijo mio que el Señor te acompañará..... Mira que en España estás rodeado de peligros, que la espada de la ley levantada sobre tu cabeza, solo espera una ocasion para caer cruel é inexorablemente..... Do quier se alzan fantasmas prontos á acusarte, y cerca de tí viven hombres que solo esperan una ocasion favorable para entregar tu cabeza al verdugo..... Hazlo hijo mio, sino por tí por esa desgraciada criatura á quien sirves de padre; contempla que el dia que tu le faltes será el primero de su total infortunio..... Sálvala, salvándote tu; y acuérdate que al salvaros ambos, tambien salvas al último vástago de la familia por cuyo honor perdistes el tuyo, y disipa la tormenta que se cierne sobre la del señor de la Puente-Cuellar.

—Padre, (respondió José Gomez con resolucion) os obedezco; partiré.

—Bien, hijo mio; y si és posible, antes hoy que mañana.

—Tan pronto, padre, no puede ser..... Resuelto como estoy á irme á Cádiz á fin de embarcarme para el estranjero ó para América, necesito algunos dias para poner en órden mis negocios.

—¿Cuantos serán?

—Lo ignoro; pero le juro que así que haya cobrado mis créditos, vendido cuanto tengo, y reunido mi capital, emprenderé inmediatamente el viaje.

—¿Y entre tanto permanecerás en Sevilla.,.?

—¡Qué remedio padre....!

—Donde existe el verdadero peligro para tí y para tu hija adoptiva.....

—¿Qué haré padre, que haré?

—Escucha, (esclamó fray Angel, iluminado súbitamente por una feliz idea) en un pueblo próximo viven mis padres ancianos y honrados labradores, á cuyo lado puede permanecer tu sobrina durante el tiempo que tu necesitas para poner en órden tus negocios. Si aceptas el ofrecimiento que te hago, hoy mismo les pondré un propio anunciándoles para mañana la llegada de esa huéspeda; tu la conducirás allá, y cuando lo tengas arreglado todo, irás á recojerla para emprender tu viaje.

—Acepto, (respondió Gomoz dando señales del mas vivo agradecimiento).

—Adios, hijo mio; ven mañana á recojer la carta de que serás portador para que mi familia te reciba como á su hijo.

CAPITULO XIII.

Preparativos de viaje.

Gomez llegó á su casa en un estado de agitacion difícil de describir. Hasta el momento en que por vez primera hizo la confesion de sus crímenes al padre Angel, no habia comprendido toda la enormidad de ellos, ni dádose cuenta de una manera clara y definida de la verdadera situacion en que se encontraba en medio de la sociedad que tan cruelmente habia ultrajado y escarnecido. ¿Era esto sentimiento de sus pasadas culpas, remordimientos, ó temor de una justa espiacion, afecto que ocupa en algunas almas el lugar del arrepentimiento? de todas estas pasiones habia un poco en aquella alma atormentada y turbulenta, si bien el sentimiento del temor ocupaba la mayor parte: temor nacido mas bien que de la propia conservacion, de el dejar abandonada á Aurora en la soledad de los mares en medio de la borrasca que pusiera fin á su existencia. Así que cada momento que trascurría desde que hizo la promesa de salir de España, al padre Angel, veia aumentar su desasosiego é inquietud; y era tal, que el mismo hombre que poco antes entrára en el convento atravesando las calles de Sevilla con la cabeza alta, la mirada serena y tranquila

como siempre, desafiando la justicia de Dios y de los hombres salió de la santa casa con los ojos bajos, recatándose de todo el mundo y llegó á la suya siguiendo las calles menos frecuentadas y mas estraviadas.

El sosiego del hogar, y la vista de Aurora calmaron su inquietud y le dieron fuerzas para dar comienzo á los preparativos del próximo viaje. con cierta calma y aparente alegria de que la jóven no tardó en participar, ignorante como estaba de lo trascendental de la resolucion que su tio habia tomado momentos antes.

Para Aurora, segun él la hizo entender, el viage iba á quedar reducido á poco mas de una jira de campo, toda vez que debia limitarse á permanecer tres ó cuatro dias en un pueblecito de las inmediaciones de Sevilla. Así que, la jóven que en un principio se alarmó con el temor de dejar de ver á Fernando no tardó en tranquilizarse, considerando lo breve del término de la separacion, y que la proximidad á la capital facilitaría al jóven caballero los medios de continuar visitándola todos los dias.

La tarde de este dia se pasó toda entera alegre y divertida para la reducida familia, entretenida en hacer los preparativos del viaje. La tia Gertrudis. á pesar del sentimiento que le causaba el tener que separarse de su *niña*, parecía haber recobrado todo el vigor y agilidad de los años de su juventud, tan ligera y dispuesta se mostraba en doblar la ropa blanca, hacer los baules y preparar con solicitud maternal todas esas mil pequeñeces que no debian encontrarse en un pueblecito de corto vecindario, sobre todo habiendo dispuesto el amo que ella permaneciera en Sevilla al cuidado de la casa.

El Romo recibió órden de pasar á la casa de la calle de San José á dar aviso á los mejores sirvientes de Gomez de que se avistasen con este para recibir instrucciones, y despues á limpiar las caballerías y llevar á casa del herrador aquellas que necesitasen clavos ó herraduras.

Antes de salir, llamó aparte á la tia Gertrudis para darle aviso del encargo que le hiciera fray Paco, recomendando con mucha instancia á la vieja, que acudiera puntual y diligente á la cita que aquel le habia dado por su conducto;

lo cual ella se ofreció religiosamente cumplir.

Despues, el infiel criado partió aceleradamente á cumplimentar las órdenes de su amo; y cuando hubo concluido con el encargo, fuese poco menos que á la carrera, á la casa del conde de Torre-Milano á poner en conocimiento de Tajo la imprevista ocurrencia.

Camará, (esclamó al entrar, jadeante y cubierto de sudor), vengo como un chusquel con una arcuza amarrá al jopo....

—¿Qué ocurrencia ha ocurrio? chiquio, (dijo el aragonés alargándole la petaca para que hiciese un cigarro).

—Déjeme osté de jumá, tio Tajo que bastante jumo traigo yo en el cuerpo.

—Pues si no fumas, habla pronto; veamos.

—Pues señó; saberá osté, tio Tajo, que too se lo ha llevao el *bengorré.*

—Y ¿quién es ese tio?.

—El demonio, tio Tajo, el demonio.

—Pero ¿qué se ha llevao el demonio?

—Too lo que habiamos pensao de jasé con *andova*?

—¿Otra? chiquio y ¿quién es andova.

—La mocita del señó Selito.

Cosme Tajó frunció el entrecejo, y esclamó haciendo con la cabeza un movimiento que denotaba mas cólera que impaciencia:

—Tio Romo ó tio demonio, vamos al grano y déjese de circunloquios... el pan pan y el vino vino ¿qué es lo que está V. diciendo ahí?

—Párese osté, camará, que no soy saco pá vaciarme asina é golpe .. Sepa osté, que vengo á dicirle, que el señó Selito se lleva mañana á la chavala juera é Sevilla.

Tajo miró al Romo de hito en hito como quien duda en dar crédito á una noticia que le interesa mucho, y acabó por esclamar con reconcentrado despecho:

—Bien lo decia yo; que ese gitano de reniego acabaría por jugarnos en Sevilla la misma partida que nos jugó en Barbuñales... Por la vírgen del Pilar! que si me lo dejáran por mi cuenta, ya hace mucho tiempo que hubiera dejado de correr tierras...!

Despues de una breve pausa, continuó:

—Pero vamos á cuentas, tio Romo, ¿será este algun belen, como dicen ustedes en esta tierra?

—Qué belen, señó? que se va juera de Sevilla como lo está osté oyendo... por este puñaó de cruces.

—Pero que há acontecido, tio Romo, para haber pensao en ese viaje tan súpito...? cuentamelo que no lo perderás...

—Osté verá tio Tajo. Despues del medio dia llegó á casa el señó Selito mu sofocao y con mucha prisa, y dijo á la niña y á la señá Geltrudis que se aviaran pá dirse mañana á un pueblo aquí cerca; ellas encomenzaron á liá el petate, y cuando too estuvo listo me mandó á mí que juera á avisá á la jente y á prepará las bestias... Yo lo jice asina y á luego me vine á contarselo á osté.

—Tio Romo ¿es verdá lo que está diciendo?

—Por mi salú... así Dios me mate si no es verdá.

—Y ¿dónde la lleva?

—Eso es lo que no he podio averiguá.

—Tio Romo, no se venda V. tan caro... mire V. que se le pagará bien.

—Mas que me diera osté mas moneas de cuatro duros que clavos tiene la puerta del Perdon de la catreal, no se lo sabria dicir.

—Pues estamos adelantaos...!

—Ahí verá osté...

Tajo permaneció algunos momentos silencioso y pensativo atormentando su imaginacion en busca de una idea para salir del apuro; hasta que convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para hallar la solucion, se resolvió á ir á dar cuenta al conde de la impensada ocurrencia con objeto de que aquel encontrase lo que á el estaba vedado hallar. En su consecuencia despidió al Romo, encargándole hiciese todo lo posible porque la noticia llegase á conocimiento de fray Paco, y para citar á Cascalé para la taberna del tio Bitigí donde se reunirán los tres una hora despues del toque de oraciones.

Acto contínuo, pasó al gabinete del conde de Torre-Milano á quien dió cuenta en pocas palabras de la ocurrencia.

El conde se encontraba sentado al lado de una mesa cubierta de libros y papeles, con la frente apoyada entre sus dos manos, y tan profundamente distraido que Tajo creyó no haber sido comprendido y se dispuso á comenzar de nuevo su relacion; mas á las primeras palabras el conde levantó la cabeza y dió á entender con el jesto que habia comprendido desde la primera vez.

Tajo quedó con la boca abierta y aun retrocedió un paso sorprendido de ver la espresion de horrible sufrimiento que se manifestaba en el rostro del conde. Aquella frente en otro tiempo despejada, altiva y serena; aquella mirada que un dia espresaba la entereza, la dignidad y la costumbre del mando se habian trasformado completamente... Aquella frente ahora parecia que buscaba el polvo para sumerjirse en él, y aquellos ojos, hartos de llorar, secos ya, ó parecian los ojos apagados de un cadáver, ó brillaban con el fuego de la calentura.

La maldicion del Cielo habia caido sobre aquel hombre. Un destino fatal é inexorable lo habia elejido para víctima espiatoria de los crímenes de su familia... El hijo pagaba las culpas del padre; el hermano sufria las consecuencias de las faltas del hermano. Con los títulos y el nombre que habia heredado contrajo la obligacion de pagar en lágrimas y sufrimientos las deudas de sangre que dejaron su padre y hermano al morir... Aurora puesta en su camino, era el grito de la conciencia de su hermano, era el testimonio vivo de la mas negra ingratitud... José Gomez, colocado entre Aurora y él, era la sombra de su abuelo muerto involuntariamente, pues el golpe no iba dirijido á él, pero muerto al fin por la misma mano de su hijo... Era el remordimiento del mas espantoso de los crímenes, y era á la par el testimonio del mas noble y mas sublime sacrificio que puede cometer un hombre... Gomez y Aurora eran para él, la Providencia que castiga en los hijos las iniquidades de los padres.

Como dijimos anteriormente, Tajo retrocedió sorprendido al ver retratadas en el semblante de su amo las señales del estrago que en pocos dias habia causado en su alma una pasion que á los ojos del rudo aragonés no pasaba de ser un ca-

pricho por poseer una muger; así que esclamó despues de un momento de muda contemplacion:

—Parece mentira... ¡Cómo ponen las mugeres á los hombres...!

Y viendo que el conde no parecia prestar atencion á sus palabras, continuó acercándose á él con moderada familaridad.

—Mi coronel, señor sepa V. S. ser hombre...! Que demonio; no parece sino que se ha acabado el mundo...? Y todo por qué? por una muchacha, cuando hay mugeres á porrillos y á patás... Mire V. S. que se está quitando la vida, y que V. S. que antaño era uno de los capitanes mas mejores mozos de todo el ejército del rey, ahora parece un desenterrao que dá muchísma lástima de verle...

El conde miró fijamente á Tajo y en tanto que en sus lábios se dibujaba una triste sonrisa, respondió con acento en que se traslucia la ironía.

—Parece que el señor Tajo hace mucho tiempo que no se mira en un espejo....

—¿Por qué dice V. S. eso, mi coronel?

—Porque el señor Tajo; que se mete á consejero debiera empezar por dejar esa cara flaca, ojerosa, siempre triste, siempre espresando la enconada cólera y el violento despecho, y tomar de nuevo aquella otra tan carrilluda, colorada, alegre y retozona que usaba cuando estaba en el batallon, y que usó tambien en Barbuñales, hasta la época en que nos volvimos á encontrar.

La flecha habia dado en el hito; así que Cosme Tajo bajó la cabeza avergonzado y balbuceó á media voz, pero no tan bajo que no lo oyera el conde lo siguiente:

—Si yo no tuviese mas tropiezo en mi camino que el que tiene V. S. ya hace tiempo que otro gallo me cantaría.

—Aprende mozo que en esta vida, (replicó el conde), á cada uno se le hace su cruz la mas pesada....

—Señor, hablemos de otra cosa....

—Hablemos.

—Usia se ha enterao de lo que yo le he dicho.

—Sí; me he enterado.....

—Y ¿qué dice V. S. que se haga?

—El conde se cruzó de brazos, inclinó la cabeza, y permaneció algunos segundos en una actitud de profunda reflexion buscando un concierto á la multitud de ideas que bullian en su cerebro; por fin, esclamó, levantándose de su asiento, y llegándose hasta colocar una mano en un hombro de Tajo.

—Sabes tu, á qué pueblo se dirije?

—No señor, mi coronel; ni yo ni el Romo que es quien ha venido á darme la noticia.

—Pues es preciso seberlo; sin ese dato es imposible combinar un plan.

—Razon tiene V. S. pero es el caso que ahí está la dificultad, porque ese maldito gitano estoy seguro que no se lo dirá á naide.

—Averígualo sea como sea y cueste lo que cueste; en último caso, busca una persona de confianza que los siga hasta al fin del mundo si es preciso, y que venga luego á darme cuenta.

—Dice bien V. S. mi cororel. Y si V. S. me da permiso no solamente los he de hacer seguir, sino que es muy posible que mañana mismo vuelvan á dormir á Sevilla...

—¡Cómo! esclamó el conde en el colmo de la sorpresa.

—Eso corre de mi cuenta..... Usía déme su permiso y fíe en mí

—Sea, dijo el coronel dejándose caer sobre su asiento entregado á la mas viva agitacion. Estoy resuelto á todo .... Es preciso que acabe de una vez esta horrible situacion á la cual es preferible la muerte..... Te autorizo para todo.... toma cuanto necesites, dinero, alhajas, caballos..... nada te arredre ningun obstáculo te detenga; y si es preciso déjate matar á trueque de que esa muger llegue á ser mia.

—Descuide V. S. replicó Tajo con resolucion, cumpliré cuanto me manda aunque me cueste la vida..... Solo le pido que no lleve á mal que me lleve por delante á ese gitano maldito cuando yo me vea en las últimas.

—¡Eso no! (esclamó el conde enderezando el cuerpo sobre su asiento), te lo prohibo..... ¡Ay! de tí si le tocas á un pelo de la ropa.

—Tajo meneó la cabeza y apretó los dientes en señal de an e-

naza ó despecho de verse contrariado y obedeciendo á una señal del conde, salió á paso lento del gabinete, formando mil proyectos descabellados en su imaginacion.

—En la tarde de este dia, y pocos minutos despues del toque de oraciones, Cosme Tajo entraba cautelosamente en la taberna del tio Bitigí ó Banderilla y despues de saludar al uso del pais, con un, *güenas noches caballeros*, á la escojida reunion que se encontraba paladeando los esquisitos caldos que en ella se espendian se dirigió al cuartucho donde estuviera por la mañana en compañía de fray Paco, el Romo y Cascalé, donde encontraron á estos dos últimos sentados ála mesa, pellizcando cada uno una rosca, comiendo aceitunas y bebiendo cañas de Sanlúcar.

Tajo acercó una silla, tomó asiento, y sin preámbulos le dijo al Romo:

—Vamos, chiquio, ¿qué hay de nuevo?

—Na.

—¡Cómo na! ¿pues qué has hecho en toda la tarde?

—Dar mas vueltas que una peonza por alrededor del señó Selito sin poder avriguá naita..... Pairino já de saber osté, que el señó Selito paese que sá comio la partia, y no *chamulla* del viaje con naide.

—Pues entonces, (dijo Tajo que traia bien estudiado y preparado su papel, hemos concluido, señores usted tio Romo, se queda con su amo, y el mio se queda con su dinero y tan amigo.

—Párese osté, señó, (esclamó Cascalé dirigiendo una mirada furiosa á su primo) que si este patoso y blancote, no sirve pa ná, aqui está *mangue* que soy tan güeno pa un fregao como pa un barrío.

—Bien, y tu qué harás? (esclamó Tajo haciendo un jesto que demostraba duda).

—*Mangue* se pondrá aonde *diquele* pa onde tira el señó Selito cuando sarga de su casa, y aluego se irá detrás hasta la fin del mundo y golverá con la razon.

—¿Pero y si se va tan léjos, tan léjos que te canses de andar?

—Quia, no señó; yo no me canso sino cuando no me pagan.

—Y no sería mejó dijo Tajo bajando la voz, pararlos en el ca-

mino, no sea que pongan tanta tierra de por medio que se queden por allá.

—Mejor sería, (replicaron á la vez Cascalé y el Romo).

—Y ¿dónde encontraremos gente que nos ayude? porque á la verdad, vosotros me parece no sereis mas que para corre como liebres.

—Camará (esclamó Cascalé tomando un aire de taco con la mano en la cintura y balanceando el cuerpo) osté tiene *parné*.

—¿Qué es *parné* chiquio?

—Muchos *calé*.

—¡Otra! y qué son *calé*?

—¡Monea, señó monea.......! ¿Digo son cerraos estos aragoneses?

—¡Yaa! que si tengo monea, chiquió tanta como pa tapar te un pié con doblones de á cuatro duros estás?

—Pues si osté abiyela tanta *sorna* y *lumi* como ice, yo tengo gente pa eso y pa mucho mas, ¿está osté?

—Pues al avio; búscala, que no hay tiempo que perder; y bueno será tenerlo todo listo por lo que pueda suceder.....

Cascalé no se hizo repetir la órden; salió con paso lijero del cuartucho, diciendo, asperarse ahí caballeros, que güervo pronto; cosa que verificó como lo habia dicho á los pocos minutos, seguido de un hombre de mediana estatura, de edad mas próxima á los cuarenta que á los treinta, moreno, ojinegro, cejijunto, algo chato, patilludo con el pelo sobre la frente; vestido al uso de contrabandista, con buen botin, calzonas y faja moruna, chaleco de terciopelo y chupa de paño con alamares, y por botones, en las calzonas, chaleco y cuello de la camisa, monedas de oro de cuatro duros, pareadas y con alambres y muletillas del mismo metal.

—Este mozo *cruo* entró en el cuartucho con gentil desembarazo, y despues de apurar de un sorbo un bolito de vino que le presentó Cascalé, diciendo vaya por la de ustees cabayeros, esclamó, puesto en jarra y mirando á Cosme Tajo.

Yo soy Currito Retamoza conocío por el Chato de Benalaurin tengo la jaca mas pernera de los cuatro reinos, y la escopeta

que mejor balea en toa Andalucía.... Soy mas ladron que Jeta: mas valiente que el Cid, y le pego una puñalá al lucero del alba..... Conque caballeros en qué se le puee servir?

—Tajo al oir aquella retajila se quedó estupefacto y con la boca abierta sin saber como tomar aquel estraño modo de presentarse entre personas desconocidas; pero repuesto muy en breve de su sorpresa, recordando la tierra en que se hallaba, esclamó haciendo una mueca por una sonrisa.

—Ahora no se trata de reñir, mañana podrá ser; ahora lo que se quiere saber, es si se puede contar con media docena de hombres pa sea lo que sea.

—Si señó, y con tantos cuántos sea menesté.

—Y donde están?

—Eso no es de su cuenta de osté, amigo.... osté pida gente y diga donde se ha de hallar, y á qué hora, que primero faltará la luz del sol que falte Currito ó lo prometío.

—Lo malo es, que no sabemos cuantos hombres se necesitarán, ni donde han de ir.....

—No oye osté, amigo, interrumpió el *Chato* con aire maton, va á ser esto cosa de juego?

—Eso tampoco es de su cuenta de osté, respondió Tajo mirando frente á frente al terne, en pagando lo que sea estamos cumplíos.

—Pues al avio, despachemos.

Cosme Tajo refirió al valenton el proyecto que tenia concebido, de sorprender en medio del camino á unos viajeros, robar una jóven que iría en su compañía, y trasladarla inmediatamente despues á Sevilla; pero que habia tropezado con la dificultad de ignorar la ruta que debia emprender y el punto á que se dirigian.

—Pues si no es mas que eso ya está too arreglao..... solo farta sabé cuando sale esa gente.

—Mañana á la tarde, amigo, (respondió el Romo).

—Güeno, con eso hay tiempo sobrao pá arreglarlo too. Ahora solo farta (continuó el terne despues de haber hecho una señal de inteligencia á Cascalé), cuánto va ganando la jente y cómo han de tomar el jornal.

—Que no haya atajo por eso, (replicó Cosme), diga usted

cuanto se le ha de dar, y punto concluido.

—Pos ya que es osté tan franco camará yo no quiero ser tirano con osté ó con quien lo manda..... Osté dice que el gorpe se ha de dar á las puertas de Sevilla y que hemos de gorver mañana mismo á casa?

—Si señor.

—Y tendremos broma, dijo Currito meneando la mano como quien amenaza.

—Eso tu lo has de decir (replicó Tajo dirigiéndose al Romo).

—Podrá ser, si señó; la verdad se ha de dicí (respondió el Romo), poique el señó Selito, es un mozo templao, y yevará consigo un par de muchachos de los que le sirven para el tráfico... gente de mistó.

Currito el valiente, puso un gesto de vinagre y esclamó despues de un momento de reflexion:

Pues señó; dará Vd. cincuenta pesos pa ca muchacho, cincuenta pa Cascalé que ha de andar toos los pasos jasta que sepamos donde hemos de dir á esperar esa gente; y pa mí lo que sea rigulá.... Si hay pelea, ciento cincuenta pa ca jerío, y si hay muerto, doscientos pa la familia.... Si hay alguno preso se me ha de dar palabra que se jará too lo que se puea por sacarlo de manos de la justicia.

—Convenido, (dijo Cosme Tajo) y sacando un bolsillo de anillas de la faldriquera, tomó en él cuatro onzas de oro que puso sobre la mesa diciéndole ahí va eso en señal..... Mañana yo me juntaré con ustedes, y cuando estemos apostaos, donde sea debio, y veamos llegar á la muchacha y á los que la acompañen, entregaré el dinero hasta la última cuaerna... Y si se da el golpe y llevamos á la muchacha á donde yo diga, habrá ademas una regalía que á ninguno le ha de pesar.

—¡Bien por la gente güena! Camará toque osté esos cinco. dijo Currito alargando la mano á Tajo, y cuente osté con un servicio de mistó.

—¿Quedamos corrientes? (respondió Tajo tomando la mano del valenton) y luego volviéndose hácia sus dos sócios, continuó: Tú Romo quedas en avisarme la hora de la salida de tu amo; tú Cascalé, vendrás á buscarme pa saberla y pa decirme donde me he de reunir con estos señores..... Y usted, señor

Currito, me dá pálabra de cumplir como es debido?

—Por mi salú; palabra de cabayero, respondió el terne revis- tiéndose de un aire de cómica solemnidad, y dándose con la mano derécha un golpe en el pecho.

—Pus entonces, no hay mas que hablar, (dijo Cosme Tajo). Conque chiquios hasta mañana.

—Y esto diciendo, abandonó la reunion.

—Cuando el aragonés hubo vuelto las espaldas, Curri- to el Chato de *Benalaurin*, esclamó sonriendo con satisfac- cion:

—De esta vez, tio Romo, se jecha osté á arriero... Tú Cascalé, eres un *chavosito* de los nones..... Vente conmigo que te voy á convidar.

. . . .

—En las primeras horas de la mañana del dia siguiente, Go- mez se dirigió al convento de San Francisco á la celda del pa- dre Angel, de cuyas manos recibió la carta que debia darle á conocer en la familia del religioso. Al entrar en la portería creyó ver, sentada en un banco; á su ama de gobierno la señá Geltrudis empero preocupado como estaba con la multitud de pensamientos que bullian en su cerebro, ni fijó mucho la atencion para salir de la duda, y pasó adelante, prévia li- cencia del portero. Media hora despues, cuando pasó por el mismo sitio. se dió de codo con fray Paco que salia acele- radamente dél convento, y tomó la direccion de la casa del conde de Torre-Milano.

—Llegado á ella y en tanto un criado anunciaba la visita del fraile, este entabló el siguiente diálogo con Tajo que salia á recibirle.

—¿Qué tenemos de nuevo padre? se sabe adonde se dirije la muchacha?

—No; pero sé el camino que han de llevar.

—¿Qué camino?

—El de los Puertos.

Pero ¿y el pueblo donde han de parar?

—Hijo, nada, Gertrudis, apesar del cuidado que puso, solo oyó á Gomez dar órdenes á dos de sus mozos para que á

caballo y con sus escopetas, vayan por la trocha á la venta del barranco.

—De manera que.....

—De manera que irán á Dos-Hermanas, Utrera, las Cabezas, Jeréz, Cádiz ó qué sé yo.

—Y su merced, padre ¿qué piensa hacer?

—Yo por mi parte, montar una mula y seguirlos hasta el fin del mundo..... Al efecto los esperaré donde yo me sé, me haré el encontradizo con ellos, y los acompañaré hasta saber donde paran.

—Bueno, padre: pues cuando haya usted acabado con el señor conde, haga que me llamen, que tenemos mucho que hablar.

—Un criado anunció que el conde esperaba á fray Paco.

CAPITULO XIV.

El rapto.

Serían como las tres de la tarde de un hermoso dia de primavera, cuando el antiguo panillero de Barbuñales, ginete en una preciosa jaca recana lujosamente aparejada, y llevando á la derecha á su sobrina Aurora sentada en jamugas sobre una arrogante mula de paso, salia por la puerta de la Carne, seguido del Romo y de otro mozo montados ambos y llevando las escopetas colgadas de los aparejos.

La pequeña caravana atravesó el prado de San Sebastian siguiendo el sentado paso de la mula, hasta llegar á la venta de Eritaña desde donde comenzó á espolear en terminos que en menos de un cuarto de hora, llegó á las de Guadaira, donde Gomez mandó hacer alto, para ofrecer un vaso de agua con un azucarillo, á su sobrina, y un *buchito* de vino á los criados que lo bebieran con agradecida satisfaccion.

El viaje habia empezado con toda felicidad; Aurora contenta y satisfecha gozaba con la alegría de un niño de las insignificantes peripecias del camino, y encontrando en cada accidente, ya fuese originado por el paso levantado de su mon-

tura, ya por el asombro de algun caballo al pasar cerca de un carro, ó en la magnificencia del campo cuyos sembrados verdes á la sazon se desarrollaban como inmensas alfombras de color de esmeralda hasta perderse de vista al pié de los cerros que se destacaban sobre el horizonte, ó ya finalmente en la azulada diafanidad del cielo, motivos para sostener inocentes y animados diálogos con su tio, que radiante de felicidad en esta ocasion, tenia olvidado completamente los contínuos sobresaltos de su azarosa existencia.

Entretenidos en sabrosas pláticas, llegaron, como llevamos dicho á las ventas de Guadaira, y en tanto el ventero preparaba las bebidas pedidas, apareció un fraile en la puerta del establecimiento.

—Dios guarde á Vds. señores (esclamó acompañando sus palabras con una sonrisa insinuante y paternal).

Y á su merced, tambien, padre (respondió Gomez llevándose la mano al sombrero, movimiento que no le dejó ver una rápida y significativa mirada que el religioso cambió con uno de sus criados.

—Se viene de Sevilla? (preguntó el fraile, aparentando la mayor indiferencia).

—Si señor, padre.

—Vaya, pues corta será la jornada cuando tan tarde se salió de la ciudad.

—Si padre; vamos cerca de aquí á hacer noche.

—Yo voy á Cádiz á negocios de la comunidad, y como tengo diligencias que evacuar en varios pueblos del camino, empezando por el de Dos-Hermanas, tambien salí tardecillo de Sevilla.

El astuto fraile habia supuesto la prolongacion de su viaje hasta la última poblacion de la línea, para no verse precisado á tener que detenerse antes de lo que pudiera convenirle.

Habiendo refrescado ya los viajeros, y pagado Gomez el gasto, iba á dar la señal de ponerse en marcha cuando el fraile le detuvo esclamando:

—Si ustedes llevan el mismo camino, y no hay inconveniente, yo tendría mucho gusto en caminar en su compañía tanto por ir mas distraido, como por viajar mas tranquilo;

pues conduzco algunos intereses de la comunidad, y aunque el hábito me proteje y me sirve de salvo-conducto abrigo cierto temor, que por infundado que sea, no deja de atormentarme.

—Padre, respondió Gomez, no hay inconveniente ninguno al contrario, yo tendré mucha satisfaccion en caminar en su compañía.... quiere decir, que iremos juntos hasta donde yo vaya, y desde allí á mas adelante si su merced quiere le daré un mozo para que le acompañe.

—Gracias hijo (dijo el fraile esforzándose por disimular la alegría que le causára el cortés ofrecimiento de Gomez).

El religioso no dió lugar á que se renovase la invitacion; antes por el contrario desamarró con presteza la mula de paso que tenia atada á una argolla de la pared de la venta y montó en ella con una lijereza mas propia de un yegüerizo que de un fraile.

La pequeña caravana, aumentada con un individuo, se puso de nuevo y con alegría en marcha, caminando al frente el religioso y Gomez que llevaban en medio á Aurora.

A medida que los viajeros se alejaban de la venta de Guadaira el terreno hasta allí, llano y perfectamente cultivado, iba haciéndose accidentado é inculto, ostentando en lugar de verdes y alegres sementeras dehesas donde brotaban por doquier el palmito enano, que á manera de manchas oscuras y mas ó menos estendidas se ostentaba como única vejetacion de reducida altura, entre la yerba fina y matizada de tal cual florecilla que tapizaba aquel terreno, gredoso, ó arenisco de amarillento color.

Lo triste y monótono del terreno; el sol que descendia á su ocaso, la proximidad de los cerros cubiertos de montes ó de sombrios olivares; la falta de viageros que á medida que se aproximaba la noche y que se alejaban de todo lugar habitado iban desapareciendo completamente, causaban en el ánimo de Aurora una vaga impresion de terror, que ni el semblante risueño y tranquilo de sus compañeros de viaje, ni el canto ora melancólico, ora animado de los mozos ni en fin, la ninguna probabilidad que habia de un mal encuentro por efecto de lo bien acompañada que caminaba, y de la proximidad de una gran poblacion, bastaban para disipar del áni-

mo de la jóven, quien mantenia su mula pegada cuanto era posible al estribo derecho de su tio.

El fraile á quien no podia ocultarse la inquietud de Aurora, procuraba distraerla con una atenta y cariñosa conversacion salpicada de chistes y oportunidades, que solian arrancar una sonrisa á sus lábios y algunas esclamaciones de alegria á Gomez, que se manifestaba vivamente agradecido por las atenciones y solicitud del nuevo compañero de viaje.

Este procuraba por todos los medios de la conversacion, con suma cautela y maña informarse del pueblo adonde se dirijian; empero fuese casualidad, fuese que Gomez estuviese resuelto á ocultarlo, fueron perdidas todas las diligencias que hizo por satisfacer su curiosidad.

Así, caminando y departiendo alegremente, la pequeña caravana llegó á un miserable ventorrillo que existia á la sazon en el camino, entre el cortijo de Cuarto y el de Villanueva, donde hizo alto por cortos momentos, no tanto para descansar, cuanto por seguir la costumbre que tenia señalado aquel lugar, como sitio apropósito para tomar un *rasito* y encender un cigarro.

Pocos pasos antes de llegar á él, los viageros notaron sin que les llamase mucho la atencion, escepto á Gomez, que un hombre que estaba en la puerta teniendo un caballo de la brida, al divisarlos, montó aceleradamente, y partió á toda brida camino adelante, hasta llegar á la meceta de un pequeño cerro que existe situado como á doscientos cincuenta pasos del ventorrillo, donde se detuvo en actitud de inspeccionar todo el terreno que se estiende delante de su vista.

Este incidente, que como llevamos dicho, apenas llamo la atencion de los viajeros, debió sin duda de causar alguna impresion á Gomez, puesto que preguntó con semblante adusto al ventero, qué hombre era aquel, si lo conocía; y cuanto tiempo hacia que llegára allí: preguntas que no pudo satisfacer el interrogado de otra manera que afirmando que le era completamente desconocido, y que solo sabia de él que hacia algunos minutos habia llegado pedido un vaso de aguardiente y marchándose á toda prisa despues de haberlo bebido y pagado.

Gomez á quien su pasada vida de ladron en cuadrilla y la actual de contrabandista, habian hecho naturalmente suspicaz y recelozo, no solo no se dió por satisfecho con esta contestacion, sino que por el contrario sintió deslizarse un vago temor en su corazon, por mas que su imaginacion le decia que en aquella ocasion no tenia nada que temer ni de la justicia ni de los hombres; así, que, cambió súbitamente de resolucion, y siguiendo un sistema, híjo de la esperiencia se propuso variar de camino á fin de salvar cualquiera contingencia desagradable, por remota que pudiera ser.

En su consecuencia, conociendo como conocia á palmos el terreno por donde caminaba, hizo la señal de ponerse de nuevo en marcha, y dando el ejemplo, arrimó las espuelas á su caballo y llegó á trote largo al pié del cerro, y aprovechando la ocasion de un pequeño arroyo que corre por su pié, hizo ademan de dar agua á su montura, sin apartar la vista de la atalaya puesta en observacion en la altura.

Su estratagema produjo el efecto que esperaba, puesto que el centinela volvió grupa y desapareció á todo correr por la vertiente opuesta.

Gomez se reunió con sus compañeros que caminaban algo mas despacio que él, y sin darles cuenta de los temores que este incidente habia despertado en su corazon, ni del proyecto que instantáneamente habia formado les rogó que le siguiesen caminando tan deprisa como pudieran hacerlo, arreglando el paso de su caballo al de la mula que montaba Aurora.

La fisonomía del gitano manifestaba tanta calma y un aire tal de superiodidad, que ninguno, y su sobrina menos que nadie se alarmó al ver el cambio repentino de ruta que Gomez habia indicado; y por el contrario le siguieron alegremente hacia el ventorrillo, punto el cual existia una senda que conducia al cortijo de Cuarto, por la cual penetraron los viajeros llevando sus monturas á paso levantado.

Sin embargo, el fraile á quien no se le habia ocultado la significacion de aquella evolucion, esclamó aparentando menos curiosidad que deseo de reanudar la interrumpida conversacion.

—Hijo yo conozco poco esta tierra; pero creo que nos separamos del camino que conduce por Dos-Hermanas y Utrera á los Puertos.

—Así es padre, (replicó convencido el gitano) pero como no tenemos prisa por llegar, y el viaje que hemos emprendido es mas de diversion que de otra cosa, no he tenido inconveniente en dar un pequeño rodeo á trueque de llevar á mi sobrina por una tierra mas despejada y alegre que los olivares y dehesas por donde pasa el camino que acabamos de dejar.

—Pero hijo, no consideras que nos va á sorprender la noche en medio de despoblado?

—No tenga miedo su merced, que llegaremos con sol á Dos-Hermanas.....

—¿Y vais á hacer noche allí?

—Pues es claro, padre.

A la verdad, (dijo el fraile aparentando cierto sobresalto) yo temo que te engañe el deseo, y que nos hagas caminar de noche; cosa que lo digo con franqueza, me causa mucho sobresalto, pues conduzco algunos intereses de la comunidad... y como los caminos están tan malos y la impiedad ha llegado á tal punto que ya no hay nada sagrado para los desalmados temo.....

—Qué teme su merced, padre (interrumpió Gomez tomando sobre su caballo una actitud de valenton) mire su merced que va mas acompañado que si lo fuera por una compañía de escopeteros de Andalucía.

—Es verdad, hijo; pero recuerda que hay un refran que dice que el mejor de los dados es no jugarlos, y otro, que quien busca el peligro en él perece.....

—Pero padre, (esclamó Gomez, soltando su carcajada que tenia mas de forzada que de espontánea) ¿á qué vienen esos refranes y esos temores, cuando el rodeo se reduce á alargar el camino tan solo de una media hora? Vea su merced ya estamos en Cuarto, ahora tomamos por las tierras bajas del cortijo, seguimos por la falda de los cerros, y pasando por la cañada del Barquillo llegamos á la albina de D. Pelayo, donde beberemos la rica agua de su pozo; luego atravesamos los Huertecitos y volvemos á entrar en el camino que

hemos dejado, con menos de una hora de atraso.

—¡Jesus! ¡Jesus! (esclamó el fraile santiguándose,) hijo tú me vas á llevar por donde Cristo dió las tres voces: yo no puedo separarme tanto de mi ruta, y me vuelvo á ella despues de darte las gracias por el ratito que hemos caminado juntos.

El fraile dijo estas palabras con aire resuelto y acompañándolas de un movimiento de brida que hizo volver su montura en opuesta direccion.

Gomez por cuya mente habia cruzado, rápida como un relámpago una terrible sospecha, desde el momento en que adquirió la conviccion de que el fraile queria abandonarle, precisamente en el instante en que le habia indicado el camino que queria seguir, y el pueblo donde pensaba pasar la noche, detuvo su caballo para dejar pasar adelante la mula que montaba su sobrina y emparejándose con él, le dijo á media voz:

—Padre, los temores que su merced ha manifestado, me ofenden de tal manera, que es forzoso, á fin de satisfacer mi honradez, que no nos separemos hasta llegar á Dos-Hermanas.

—Pero hombre cuando digo que no quiero seguir por aquí.

—Por fuerza, padre por fuerza.

—Daré voces, pediré socorro.

—No conoce su merced, que no digo un grito, pero ni el ruido que haria esta escopeta disparándola se oiria en sitio de donde pudiera venirle socorro.

Gomez profirió estas palabras con un tono tan resuelto y las acompañó con jesto tan significativo, que el fraile palideció y replicó trémulo y azorado.

—Pero hijo mio de mi alma, que empeño es el de llevarme por este camino.

—¿Pero padre de la mia, que porfía es la de negarse su merced á acompañarme por él cuando fué su merced quien solicitó el venir conmigo?

—Porque creí que seguiríamos un camino conocido, pero ahora que veo que echamos por andurriales, tengo miedo....

—¿A qué?

—A los ladrones.....

—Y por el otro, no?

—Como es camino mas frecuentado.....

—Bien, bueno consiento, (dijo Gomez enderezándose sobre la silla de su caballo) pero voy á prevenir una cosa á su merced.....

—Y cuál?

—Que en cuanto acontezca una desgracia en el otro camino le meto á su merced en el cuerpo las dos balas que van en esta escopeta.

El fraile fijó sus ojos con espanto en los de Gomez y sin duda hubo de leer en ellos la confirmacion de lo resuelto que estaba á cumplir su terrible amenaza cuando esclamó con tono sumiso y humilde.

—Hijo, cúmplase en mí la voluntad de Dios; anda que te seguiré hasta donde quieras.

Este diálogo habia sido sostenido tan en voz baja y hablado con tal rapidéz, que ni Aurora que caminaba abismada en su reflexion, ni los mozos que marchaban á algunos pasos de distancia cantando á media voz al compas del paso de sus caballos, habian tenido lugar de comprender su significacion.

El fraile y el gitano volvieron á ponerse á los costados de la jóven, aparentando el primero rezar por lo bajo, en tanto que el segundo dirigía en todas direcciones su penetrante mirada, sin olvidarse de entretener á su sobrina con una jovial y amena conversacion.

Un cuarto de hora llevarían de caminar en esta situacion cuando ya próximos á la entrada de la cañada del Barquillo, Gomez vió inmóvil sobre un cerro, un hombre á caballo que al divisar á los viajeros se quitó el sombrero, y luego incontinenti torció riendas y desapareció entre las matas de palmitos que crecian en aquella altura.

Esta segunda aparicion aterró á Gomez, que vió con ella confirmadas sus anteriores sospechas. Dirijió una amenazadora mirada al fraile, en cuyo semblante creyó ver brillar una sonrisa de satisfaccion con lo cual creció su sobresalto de todo punto. En su concecuencia llamó á los criados, y les mandó caminar delante, á pretesto de que, siendo bastante quebrado el terreno por donde iban á andar, y cortado

por charcos y algunos arroyos, era conveniente que ellos lo examinasen á fin de encontrar el mejor paso para su sobrina.

Los mozos obedecieron, y los viajeros continuaron caminando despacio y silenciosos durante algunos minutos.

Al doblar el saliente de uno de los cerros por cuyo pié corre la cañada, vieron aparecer siete hombres á caballo, juntos, en fila y en actitud de cerrar el paso á la caravana.

Los mozos retrocedieron aterrados, y en tanto que el uno vino á colocarse al lado de su amo en actitud de prepararse á la defensa, el otro, el Romo, metió espuelas y huyó desesperadamente por la campiña.

Gomez desenganchó la escopeta, y se disponia á lanzarse hácia adelante, cuando un grito de espanto que lanzó Aurora le detuvo, y le dió ocasion de ver, que el fraile hacia esfuerzos desesperados por aguijonear su montura, y huir de aquel lugar.

—Padre, (gritó echándose la escopeta á la cara) lo ofrecido es deuda; si da usted un paso mas, lo mato; venga usted á mi lado.

El fraile no se hizo repetir el mandato, y acudió presuroso y temblando como un azogado, á colocarse al lado de Gomez.

Entretanto, del grupo de los ginetes salió un hombre á pié, que se dirijió hácia los viajeros.

Este hombre era el gitado Cascalé.

Pocas palabras informarán á mis lectores de la presencia de Cascalé y de los siete hombres á caballo que le acompañaban, en aquel lugar.

Cuando en la mañana de este dia, fray Paco puso en conocimiento del conde de Cercuelo y de Tajo, la probable direccion del viaje de Gomez y su sobrina en aquella tarde, el primero dió sus instrucciones al segundo, el cual puesto inmediatamente de acuerdo con Cascalé y Currito dispuso todo lo conveniente para detener, en lugar oportuno del camino á los viajeros, y robar á la jóven que debia ser conducida á la casa del conde de Torre-Milano.

En su consecuencia, Currito reunió su partida de bandole-



EL GRAGITO AMENAZANDO CON SU ESCOPETA Á FRAY PACO.

ros, cuyos hombres salieron desde temprano por diferentes puertas de Sevilla, y fueron á escalonarse desde el prado de San Sebastian por las ventas de Eritaña, Guadaira, Ventorrillo de Villanueva hasta el primer olivar que se encuentra en la trocha que va á Dos Hermanas, situado como á media milla de este último punto, en el cual se encontraba Currito y uno de sus hombres de mas confianza, y Tajo que estaba allí para satisfacer el precio del criminal proyecto, y recojer y custodiar á la víctima señalada de este atentado.

Ahora, pues, todo queda esplicado, diciendo que Cascalé que rondaba la casa de Gomez, asi que vió salir de ella á los viajeros, avisó al hombre apostado en el prado de San Sebastian: este tomó al gitano á ancas, y despues de haberlos reconocido, partió á galope á la venta de Eritaña, donde dió el aviso á su compañero, continuando luego y al mismo paso á reunirse con su jefe en el citado olivar; el centinela de la venta de Eritaña, hizo lo mismo con el de la de Guadaira, y asi sucesivamete hasta llegar al ventorrillo de Villanueva donde Gomez cambió de camino, sin que su estrategia le sirviera de nada, puesto que los bandidos apostados en un cerro que dominaba aquel terreno, lo habian observado y adivinado todo corriéndose en su consecuencia por los cerros de su izquierda, hasta asegurarse de la nueva ruta que habia emprendido el señor Selito. Cuando tuvieron conocimiento de ella bajaron á ocultarse en la cañada del Barquillo, vista ya la seguridad de que su presa no se les escaparía, teniendo indefectiblemente que pasar por ella.

Volvamos ahora á Gomez y á Cascalé.

Cuando este último estuvo á pocos pasos de distancia del primero, esclamó, con jesto compunjido y voz que parecia pedir misericordia.

—Señores, vaya por Dios, jagan ostés de mí lo que quieran... yo no lo pueo remediá soy mandao... Vaya por Dios, jaga Maria Santísima que no haya ninguna desgracia...

Pero qué es lo que se ofrece, (esclamó Gomez á quien faltaba ya la paciencia en vista de este exordio).

Vaya por Dios.... yo no lo pueo remediá..... soy mandao (continuó Cascalé en el mismo tono) dicen aquella jente, que se apeen

ostés y entreguen las escopetas ó la via.

Estas palabras devolvieron la tranquilidad á Gomez, haciendole creer que el suceso se reducia á que una partida de ladrones habia tropezado casual ó providencialmente con él y trataba de despojarle de cuanto llevaba incluso caballos y armas. En su consecuencia esclamó recobrado del todo del sobresalto.

—No oyes tú, muchacho ¿me conoces?

—Si señó...... señó Selito.

Me alegro; pues, vé y dile á esa gente quien soy, que te digan qué dineros necesitan, y les doy mi palabra de caballero; que si no lo llevo ahora todo conmigo, se lo entregaré en Sevilla peso sobre peso sin faltar un real.

—Es que (replicó Cascalé, rascándose una oreja, y aparentando duda y vacilacion) esa jente no quiere dinero, no sino que se apeen ostés, y me den las escopetas pa llevarlas allá...

Gomez por toda respuesta se echó la suya á la cara, y apuntó á la cabeza del gitano.

—Señó, por Maria Santísima (gritó Cascalé dejándose caer de rodillas) me va osté á matá.....

—Sí replicó Gomez si tardas un minuto en hacer lo que te hé dicho.

Cascalé se levantó trémulo de espanto, y ya se disponia á dar cumplimiento á la órden que recibiera, cuando Gomez vió con indecible sorpresa que el grupo de los hombres de á caballo se desordenaba, corriendo luego unos en diferentes direcciones, en tanto que otros daban voces descompasadas llamando á los fugitivos.

Este inesperado incidente cuya esplicacion nadie acertaba á darse, reanimó el abatido espíritu de los viajeros que creyeron en una milagrosa intervencion en su favor. Gomez y el criado que le habia permanecido fiel, se miraron el uno al otro con marcada espresion de júbilo, desmontaron los escopetas, y rodearon á Aurora, que pálida y acongojada, yacia medio desmayada sobre la mula, sostenida por el fraile que manifestaba tomarse el mayor interés por la jóven.

Hé aquí lo que habia sucedido:

El guarda de uno de los cortijos enclavados en aquel térmi-

no, habia tenido ocasion de observar sin ser visto, todas las idas y venidas de aquella cuadrilla de malhechores, y supuso con fundamento que estaba allí apostada para dar un golpe de mano preparado con antelacion. Como tuviera necesidad de ir en aquella tarde á Dos-Hermanas, púsose en camino antes de la hora que tenía dispuesta con objeto de huir de cualquier contingencia desagradable que pudiera acontecerle y con el de dar cuenta de sus sospechas al alcalde de aquella villa. La Providencia hizo que se encontrase en el camino antes de llegar á la venta del Barranco, tres escopeteros de Andalucía que en cumplimiento de los deberes de su instituto vigilaban aquellos alrededores, célebre desde tiempo inmemorial por los muchos robos y atentados que en ellos se cometían. Dióles cuenta de cuanto habia visto y de las sospechas que abrigaba en su ánimo, en consecuencia de lo cual los escopeteros tomando por guia al guarda se dirigieron al lugar donde se encontraban los hombres sospechosos.

Poco tardaron en descubrirlos; y habiendo despedido á su guia, se pusieron en observacion, ocultándose entre los olivos y los accidentes del terreno, á la espectativa del momento oportuno de lanzarse sobre ellos, si daban ocasion con alguna fechuría al ataque. Así permanecieron algunas horas los celosos escopeteros, acechando aquellos hombres y siguiéndoles en todas sus evoluciones, procurando no ser vistos á cuyo efecto se deslizaban como culebras, digásmolo así, arrastrándose unas veces por el suelo para cubrirse con las matas y otras andando de rodillas, ó en pié segun lo exigian lo despejado ó lo quebrado del terreno, hasta venir á colocarse en la meseta de unos de los cerros que formaban las vertientes norte de las cañadas del Barquillo.

Allí permanecieron perfectamenie ocultos entre los palmitos en años, hasta el momento en que los bandidos se colocaron en posicion de cerrar el paso á José Gomez y sus compañeros de viaje.

Visto por los escopeteros que los viajeros habian hecho alto en presencia del grupo de hombres á caballo, y que de entre estos últimos saliera uno á pié que estando en conferencia con los primeros se habia arrodillado en tanto que uno

de estos le apuntaba con la escopeta, comprendieron de lo que se trataba, y se dispusieron en su consecuencia á obrar con celeridad y enerjía. Al efecto, cuidándose mas de llegar pronto al lugar de la escena, que de ocultarse para verificar la sorpresa, se precipitaron hacia adelante, y cuando estuvieron cerca dé tiro de bala de los bandidos prepararon sus armas y dieron el grito de, *alto á los escopeteros de Andalucía*!

Al oir esta intimacion los bandidos, volvieron los ojos en aquella direccion, y al ver los uniformes azules de los escopeteros, se poseyeron de espanto y terror en tales terminos que se arremolinaron mas bien que para prepararse á la défensa para escitarse mútuamente á la huida..

De todos ellos solo Currito y Cosme Tajo permanecieron serenos en la apariencia: el primero contando con la vista el número de los suyos y el de los contrarios, para calcular las probabilidades de éxito en el caso de empeñar la lucha, y el segundo para buscar en tan supremo momento un medio de no perder en aquel instante y para siempre, la ocasion de satisfacer su venganza.

Empero el jefe de la cuadrilla no tardó en convencerse por la actitud y el espanto que manifestaba su jente que toda resistencia seria imposible; en lo cual se afirmó al ver que algunos de sus hombres, dando de rienda y espuela, fiaban su salvacion á la velocidad de sus caballos. En su consecuencia esclamó dirijiendo á Tajo una angustiosa mirada.

—Camará, esto es jecho, se perdió el salto esta vez... vamonó que otra vez será mejó.

Pero el antiguo pegujalero no era hombre que desmayaba por grande que fuese la contrariedad, y por inminente que se presentara el peligro. Comprendia en su tosco raciocinio que un supremo y desesperado esfuerzo podia todavía realizar su proyecto, y que bastaría un golpe de desesperada audacia para burlar el socorro que la Providencia habia deparado á su aborrecido enemigo. Hay mas, Cosme Tajo se alegró, hasta donde podia alegrarse de aquel inesperado suceso, capaz de hacer abandonar el campo á hombres de gran resolucion, por que halló en él un pretesto de satisfacer su

venganza; es decir, de dar muerte al panillero de Barbuñales, aduciendo mas tarde en su descargo, cerca del Conde, lo estremado de la situacion y la fatal necesidad en que se habia visto de matar á Gomez, como único medio de dar cumplimiento á las órdenes terminantes que recibiera de apoderarse de Aurora á todo trance.

En su consecuencia, respondió á Currito acompañando sus palabras con un torrente de blasfemias y maldiciones:

—Chiquio, otavía no sá perdió la partida... Unirse conmigo.... Doy mil pesos á ca uno que me siga.

Dos hombres solamente contestaron á su ofrecimiento, poniéndose á su lado sin preferir una palabra; estos fueron Currito y su segundo.

Cosme Tajo, despues de contarlos con la vista, esclamó sonriendo con una espresion de anhelante y diabólica ferocidad.

—Semos bastantes.... siguidme!!

Y esto diciendo desenganchó la escopeta; clavó con furia las espuelas en los hijares de su caballo, tendiose sobre su cuello y se lanzó como una flecha disparada hacia José Gomez. Estando á menos de tiro de pistola de su enemigo, levantóse cuanto pudo sobre los estribos, arrojó el sombrero al suelo y mostrándole su fáz lívida por el sobresaltado furor que le embargaba, esclamó con diabólica alegría.

—¡Por fin llegó la mia...! mírame bien, gitano maldito.... soy Cosme Tajo; y ahora ni Dios te libra de mis manos.

Y al pronunciar esta última blasfemia, echóse la escopeta á la cara, apuntando con ahinco hacia el corazon de José Gomez.

Este, dejándose llevar todavía por la idea que anteriormente apuntamos, de que aquellos hombres eran pura y simplemente ladrones que solo trataban de aliviarle el bolsillo. permaneció tranquilo, y aun mas que tranquilo satisfecho al ver la solucion que habia tenido aquel triste acontecimiento con la oportuna intervencion de los escopeteros; así que al ver llegar á toda brida y en su direccion á los tres bandidos, creyó que estos, mas serenos y precavidos que los demás, en vez de huir á campo atraviesa con peligro de una caida del caballo que los dejára á merced de sus perseguidores habian

escojido la senda como camino mas seguro para salvarse con mayor velocidad. Pero cuando vió detenerse al que venia delante, levantarse sobre los estribos, mostrarle su cara, dar su nombre, y prepararse para darle muerte, cayósele súbitamente la venda que tenia puesta delante de los ojos, comprendió todo lo que pasaba, y tuvo miedo; no de morir, sino de la naturaleza del peligro que acababa de correr.

Repuesto instantáneamente del vértigo que se apoderára de él, clavó su mirada en el rostro de Tajo, balbuceó una maldicion, y se echó la escopeta á la cara en el instante en que su enemigo hacia lo mismo.

La fatalidad, ó la sentencia del cielo hizo, que en aquel supremo instante, en aquel segundo dado en que Cosme Tajo tiraba del gatillo, y en que José Gomez metia el dedo índice dentro del guardamonte, el fraile que se encontraba al lado del último, arrastrado por un decreto inexorable, con intento de salvar á Tajo de la muerte que veia suspensa de un hilo sobre su cabeza, se abalanzó sobre Gomez y le rodeó el cuerpo con sus brazos imposibilitándolo de hacer ningun movimiento.

La accion del fraile coincidió con el disparo de la escopeta del aragonés... De las dos balas conque estaba cargada, la una dió en la cabeza del caballo del gitano, y la otra fué á sepultarse en el corazon de fray Paco, entrándole por la espalda....

Gomez, el cadáver del fraile y el del caballo, rodaron por el suelo, mezclados, confundidos y llenándose de sangre.

Tajo prorrumpió en una nerviosa carcajada creyendo satisfecha su venganza y se lanzó á galope seguido de sus dos cómplices sobre Aurora, á quien sacó con hercúleo brazo de las jamugas, donde yacia desmayada, é hizo intencion de colocarla delante de sí, sobre el aparejo de su caballo.

Currito en cuyos oidos zumbaba todavia el ruido de la promesa de los mil pesos, comprendió que necesitaba una prueba para asegurar su cumplimiento, y que ninguna cosa en el mundo podia ser mayor para el efecto que la jóven. En su consecuencia, ayudado de su compañero, á quien hiciera una señal

de inteligencia, luchó con Tajo hasta arrebàtar la presa que queria guardar en rehenes.

El aragonés hubo de ceder mal de su grado visto la premura del tiempo y lo crítico de las circuntancias, y puestos los tres definitivamente de acuerdo, clavaron las espuelas y arrancaron á galope.

Empero los tres escopeteros de Andalucía, á quien los bandidos tuvieron olvidados por un momento, no perdieron el tiempo; y favorecidos por las naturales, aunque cortas dilaciones que aquella série de mozos habian ocasionado, llegaron sin ser vistos á poco mas de un tiro de pistola del lugar de la lucha, en el momento en que los ladrones daban principio á su desesperada huida.

Los escopeteros hicieron una descarga, y Tajo, ileso cayó en tierra con su caballo muerto de dos balazos.

Currito y su compañero, que no habian sufrido lesion alguna, continuaron huyendo, llevándose á Aurora.

En tanto que dos de los escopeteros ayudaban á Gomez á levantarse, y reconocian el cadáver del fraile, el tercero ¡acudió diligente donde se hallaba Cosme Tajo, que pugnaba por salir de debajo del caballo adonde tenia cojida una pierna enredada en el estribo, le dió en la cabeza, con la culata de su escopeta un golpe no tan fuerte que lo atolondrase, pero lo bastante para hacerle imposible la resistencia y la huida; y luego le obligó á ponerse en pié, amenazándole con el cuchillo de monte que blandia en la mano derecha. El aragonés se levantó al fin, dió dos ó tres pasos tambaleándose como un beodo, y se dejó amarrar codo con codo sin oponer la mayor resistencia.

La primera intencion de Gomez, asi que se vió dueño de sus acciones, fué montar á caballo para ir en persecucion de los raptores de Aurora; mas tuvo que desistir de su propósito, considerando cuan ineficáz seria su diligencia, y en vista de la intencion que le hizo el que hacia de jefe en la partida de escopeteros, de dar declaracion verbal de lo que allí habia acontecido. En su consecuencia refirió en pocas palabras su salida en aquella tarde de Sevilla, su encuentro con el fraile en las ventas de Guadaira, y últimamente el choque habido

con la cuadrilla de ladrones, que le habían robado á su sobrina.

Terminada su narracion, ofreciόse á su vista su irreconciliable enemigo Cosme Tajo que amarrado como un criminal, con la cabeza doblada sobre el pecho y los ojos clavados en el suelo, parecia atonadado bajo el peso de su merecida desgracia.

Sin embargo, cuando el aragonés se vió en el centro del círculo que formaban Gomez, su criado y los escopeteros, y cuando sus ojos y pies tropezaron con el cadáver del fraile que acababa de asesinar involuntariamente, su cuerpo todo tembló con un estremecimiento convulsivo, sus ojos se fijaron desmesuradamente abiertos en el rostro del gitano, y de su pecho se exaló un grito ronco é inarticulado, espresion fiel del horror, del espanto y del atolondramiento que le produjo el conocimiento que adquirió en aquel momento de lo terrible de su situacion,

—¿Quién ha muerto á este hombre? (preguntó con voz solemne é imperiosa el jefe de los escopeteros en tanto que con el dedo señalaba el cadáver del fraile y que sus ojos se fijaban iracundos en el rostro de Tajo.

—Nadie contestó á su pregunta.

—Usted caballero, (continuó dirigiéndose á Gomez,) ¿podrá decirme quien fué el de los ladrones que disparó la escopeta?

—No señor, (respondió Gomez aparentando ser sincero en su declaracion) solo podré decir á usted que vi tres de estos hombres que venian á galope hácia donde yo estaba; que este pobre fraile se abrasó á mí, que en aquel momento sonó un tiro y que caimos los dos con mi caballo que fué herido del mismo disparo.

—Está bien, (dijo el escopetero, y luego volviéndose hácia el criado de Gomez, continuó.) Y tú muchacho, ¿vistes quién mató á este hombre?

—Sí señor, (respondió el mozo) fué ese hombre que está ahí amarrao, que lo conocí por la jaca blanca que montaba.

Los otros escopeteros confirmaron la declaracion del criado y á mayor abundamiento uno de ellos fué á recojer la escope-

ta que permanecia colgada del aparejo del caballo que montaba Tajo la cual reconocida presentaba señales inequívocas de haber sido recientemente disparada.

Ultimamente, preguntado Gomez si conocia al preso, ó á alguno de los que le acompañaban, contestó que no.

El noble de corazon y generoso gitano, se acordaba en aquel momento del conde del Cerrecillo, y sacrificaba gustoso su venganza á trueque de no comprometer el nombre del que un dia fué su señor.

Terminada esta primer diligencia judicial y despues de haber dado á los escopeteros su nombre, señas de su casa habitacion en Sevilla, Gomez los gratificó generosamente por el servicio que le habian prestado, y seguido de su criado, tomó á galope el camino en vuelta de la ciudad.

Los escopeteros pusieron sobre la mula del fraile el cadáver de aquel desgraciado, ataron á la cola del animal al asesino, y siguieron á paso lento la misma direccion.

Una sola idea tuvo embargada la imaginacion de Cosme Tajo durante el trayecto, y fué, que en dos ocasiones tuvo en su mano la vida del Grajito, y otras tantas, por una fatalidad, sacrificó á un inocente.

CAPITULO XV.

Los dos rivales.

En las primeras horas de la mañana del dia siguiente, dos hombres que caminaban el uno por la calle de San José y el otro por la de Toqueros, al llegar al punto donde ambas se unen para seguir luego por la de San Nicolás, tropezaron el uno con el otro, tan abstraidos caminaban; alzaron simultáneamente la cabeza y lanzaron un grito que espresaba la sorpresa y admiracion á un tiempo.

—¡Señor Gomez!

—¡D. Fernando!

—Yo le hacia á usted á estas horas á muchas leguas de Sevilla.

—Así debia ser; pero por desgracia me encuentro todavía dentro.

—¡Por desgracia dice usted...! ¿Pues qué ha sucedido? lo encuentro á usted pálido, con el semblante descompuesto....

—Por Dios, Sr. D. Fernando, no me pregunte usted nada mas.

En medio del misterio que envolvian estas palabras, y el tono dolorido con que fueron pronunciadas, el jóven palideció presintiendo algun terrible acontecimiento, tanto mas funesto cuanto mas reserva usaba su interlocutor. Así que, sin poder dominar el sobresalto que tenia embargado su ánimo, y

sin ser dueño de sí mismo, esclamó, tomando entre las suyas una mano de Gomez.

—Que es de Aurora.....

—Ah, señor, respondió el gitano, ¿no le he pedido por favor que no me pregunte nada?

—Una pregunta nada mas, esclamó el joven con resolucion ¿donde se dirije V. ahora?

—Al convento de San Francisco, á ver al padre Angel.

—Allí iba yó cuando le encontré; ¿tiene Vd. inconveniente en que le acompañe?

—No señor... delante del padre Angel no temo hablar con usted.

—Vamos pues.

—Y los dos hombres se dirigieron silenciosos y á paso acelerado en busca del religioso.

Al entrar en la celda, vieron al padre que se paseaba á grandes pasos por ella, tan estraido que ni su presencia, ni el ruido que hicieron al entrar le hizo levantar la cabeza y detener su paseo.

Gomez, sin embargo se dirigió á él y tomándolo por el hábito le detuvo esclamando.

—Padre Angel, ¿no me conoce Vd?

El religioso alzó los ojos, y al encontrarse con los recien entrados, dejó escapar un leve grito que denotaba sorpresa.

D. Fernando y Gomez le cogieron cada uno una mano y se la besaron con cariñoso respeto.

El religioso las retiró, y habriendo los brazos dijo mirando á Gomez con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sobre mi pecho hijo....sobre mi pecho.

Gomez puso su cabeza sobre el corazon del religioso, y lloró, por la primera vez en su vida lágrimas de ternura, dolor y resignacion.

La metamórfosis era completa; el ladron, el asesino de otros tiempos yá buscaba en Dios el consuelo á sus pesares, en vez de fiar á la punta de su cuchillo la satisfaccion de su desgracia.

—Padre, (esclamó pasados los primeros momentos de aquella cristiana resignacion) padre, me ha sucedido una gran desgracia.

—Lo sé todo, (murmuró el religioso moviendo lentamente la cabeza.

—Todo! (dijo Gomez mirando fijamente á su interlocutor).

—Todo.... venid hijos mios (respondió el religioso, dirigiendose á la puerta de su celda, seguido de D. Fernando y Gomez á quienes condujo por un corredor alto y algunas habitaciones; hacia una galería desde la cual se veía en un patio, la iglesia del convento, y adosada á ella, una capilla mortuoria en medio de la que estaba un féretro, que encerraba el cadáver de un religioso de la órden, alumbrado por cuatro cirios.

—He ahí (esclamó el padre Angel estendiendo un brazo y señalando con un dedo el féretro), los restos de fray Francisco de la Stma. Trinidad, asesinado ayer lejos de esta santa casa, lejos de sus hermamos, en la soledad de los campos.

—Lo sé padre, (respondió Gomez apartando la vista de la capilla) y creo que fué castigo de Dios, pues la bala que le quitó la vida venia apuntada á mí, por alguno que debia ser amigo de ese pobre fraile. Gomez permaneció un momento silencioso, durante el cual fray Angel rezaba en voz baja, y D. Fernando miraba á ambos con marcada espresion de sobresalto y asombro. Trascurridos algunos breves instantes, el gitano continuó.

—Pero eso no es todo, padre; ha sucedido mucho mas.

—Lo sé hijo, lo se, (replicó el religioso interrumpiendo su oracion) esta mañana al romper el dia, visité en su calabozo al desgraciado autor de la muerte de fray Francisco, y oí de su boca la confesion de su crímen.

—Luego sabeis ya que....

—Si, hijo, lo sé.

—Y ha procurado su merced informarse de....

—Cuando salí de la carcel, me dirijí allí, pero me dijeron los criados que no estaba en su casa.

—Que debo hacer, padre; solo su merced puede aconsejarme, pues está en el secreto de mi vida y de lo que me está pasando; á él, pues, recurro en esta tribulacion.

—Nada, hijo; permaneced tranquilo, confiando en Dios y en mí.

—Mucha confianza tengo en ambos pero me será imposible hacer lo que su merced me dice.....

Al llegar á este punto de la conversacion, D. Fernando que habia ya adivinado una parte del secreto, puesto que era sabedor del viaje que Gomez y su sobrina habian emprendido en la tarde del dia anterior, no pudiendo dominar su inquietud ni refrenar su impaciencia por conocer todos los detalles del acontecimiento, esclamó mirando con cariñosa solicitud al gitano:

—Señor Gomez, creo estar al cabo de lo que se trata: veo que ha sido V. víctima de una infame alevosía, y conceptuo de mi deber poner á su disposicion cuanto valgo y cuanto tengo para ayudarle en la difícil situacion en que se encuentra.

—Gracias, señor D. Fernando, no esperaba yo menos de V. (respondió Gomez lleno de gratitud).

—¿Acepta V. mi auxilio?

—Con toda mi alma!

Fray Angel inclinó la cabeza sobre el pecho bajo la pesadumbre del dolor que le causaban los atentados cometidos en la tarde anterior, y de la angustia que le asaltaba al ver, que por una reunion de circunstancias fortuitas, el lazo que la casualidad habia anudado entre D. Fernando y Aurora; lazo que llegó á creer disuelto á favor del viaje de Gomez, acababa de estrecharse fatalmente por el doble nudo del amor y del interés que inspiraba al jóven la reciente desgracia de su amada. De buena gana se hubiera opuesto á que el jóven interviniese en este asunto; empero renunció inmediatamente á su deseo, que tantas dificultades y obstáculos como opusiera al propósito de D. Fernando, serían otros tantos aguijones para su imaginacion entusiasta y novelesca que le impulsaría á precipitar el desenlace de aquel intrincado drama, en vez de esperar ó ayudar con calma á su dificil solucion. Así que, el religioso puso su confianza en Dios, y suscribió resignado á que Gomez refiriese delante del jóven, todos, hasta él menor detalle de los sucesos de la tarde anterior.

De la narracion dedujeron, el padre Angel, que el desgraciado fray Paco habia sido cómplice y víctima de aquel alevoso atentado, y D. Fernando, que Aurora estaba en aquella hora en poder del conde de Torre-Milano.

Pocos momentos despues se separaron del religioso Gomez y D. Fernando, dirigiéndose el primero á su casa donde debia permanecer hasta ser visitado en ella por el padre Angel, y el segundo á la del conde, para realizar un pensamiento que habia concebido y reservado de sus dos amigos.

Cuando un criado anunció al conde la visita de D. Fernando quedóse aquel un momento perplejo y sorprendido, pues esta era una de las poquísimas veces que el jóven entrára en su casa empero habiéndole ocurrido la idea de que la visita reconocia por objeto, darle las gracias por la renuncia que habia hecho de sus derechos en el pleito que sostenia con el padre del jóven, no tuvo inconveniente en recibirle, estimulado á la vez por el deseo de pedirle una amistosa esplicacion de su intervencion en el suceso acaecido la tarde en que paseándose á caballo, en las afueras de la puerta de Carmona, tuvo un encuentro con Aurora.

Al penetrar Fernando en el gabinete donde se encontraba el conde, este se levantó presuroso de su asiento y le salió al encuentro ofreciéndole una mano y diciéndole con el tono de la mas cordial y cariñosa amistad:

—Fernando, amigo mio, ¡Vd. por mi casa! ¿á qué debo esta satisfaccion?

—Señor conde, (respondió el jóven negándose á aceptar aquella mano y haciendo esfuerzo por contener la esplosion de la cólera que enardecia su pecho). Seré breve en poner en su conocimiento el objeto de mi visita.

Al ver la manera reservada y altanera con que Fernando acojia las manifiestas señales de amistad con que le recibiera, el conde tomó una actitud digna y erguida, y dijo señalando al jóven un asiento:

—Ruego á Vd. que se siente, y diga en que puedo servirle.

—Gracias, Señor conde; para lo que tengo que decirle, creo estar mejor permaneciendo en pié.

—Como Vd. guste; estoy á sus órdenes.

Fernando, despues de un momento de recojimiento, esclamó con cierta solemnidad y entonacion dramática.

—Señor conde, ayer tarde, á una legua poco mas, de Sevilla una cuadrilla de ladrones detuvo á unos viajeros; ase-

sinó á un religioso de la órden de San Francisco y robó á una jóven.... Entre los facinerosos se encontraba un hombre estraño á esta tierra, que es criado de confianza de Vd. el cual ha sido preso, y es el presunto reo de la muerte del religioso y del robo de una mujer....

A medida que Fernando iba desenvolviendo el cuadro que con sus palabras acababa de trazar, la fisonomía del conde palidecia por grados; los músculos de su rostro se contraian y todas sus facciones sufrian una violenta trasformacion; sin embargo sus ojos permanecian fijos en Fernando, y su mirada orgullosa y altanera parecia protestar contra las señales evidentes de terror que se manifestaban en su semblante sosteniendo sin pestañear la mirada acusadora y preñada de amenazas del jóven.

—Como hay vehementes sospechas de que el señor conde de Torre-Milano (continuó Fernando despues de una corta pausa) no es completamente ajeno al atentado que dejo indicado, y como yo á título de pariente, aunque lejano del señor Conde, tengo derecho á velar por el honor de su nombre, he venido á preguntarle si esta horrible historia que acabo de contar, es nueva para él, ó si por el contrario le es mas conocida que á mí mismo...

—Sr. D. Fernando (replicó el conde, sin mudar de actitud ni de espresion en su mirada) ¿con qué carácter se presenta Vd. en mi casa á exijirme semejante declaracion.

—Con el derecho que asiste á todo hombre honrado para vengar la inocencia ultrajada....

—Es Vd. muy jóven, y en sus pocos años se encuentra la razon y la disculpa de la inconveniencia del paso que acaba de dar... Dejo á Vd. en su casa, y yo me retiro. Cuando esté Vd. mas sereno ya que no menos preocupado, volveremos á vernos y hablaremos amigablemente de este particular. Beso á Vd. las manos.

Al terminar estas palabras, el conde volvió la espalda á Fernando, y echó á andar hácia una puerta de la sala con paso mesurado y altivo continente.

El jóven que en su principio se vió desconcertado con la actitud y entereza del conde, recobró muy luego su enerjía á

impulsos del despecho que le causó el último razonamiento y manifiesta intencion del conde, y arrebatado de nuevo por el vértigo de que estaba poseido desde algunas horas antes, dió unos cuantos pasos precipitados, se puso delante del conde en actitud de impedirle el paso, y esclamó con resolucion:

—Señor conde he venido á la casa de Vd. resuelto á no salir de ella sino muerto ó con noticias esactas de la jóven que fué robada en la tarde de ayer!

—Pues señor mio (respondió el conde) tendrá Vd. que salir vivo de ella, y sin saber lo que desea; porque yo empiezo por rogárselo, y acabaré por obligarle á ello por la fuerza si es preciso.... La conducta que Vd. ha observado en esta ocasion, es imprudente, temeraria y me autoriza para llamar á mis criados á fin de que arrojen á Vd. á la calle. Sin embargo, no lo haré en consideracion á su nombre y á sus pocos años.

Estas contestaciones, el tono, el gesto con que eran pronunciadas, la razon que en la apariencia asistia al conde; su edad, sus títulos, posicion social y el respeto y consideracion pública de que gozaba, y por último, las ningunas pruebas irrecusables de que poder disponer para anonadar á su rival, evidenciándole su complicidad en el crímen, estuvieron á punto de quebrantar la enerjía del jóven, haciéndole entender que su inesperiencia le habian conducido por el peor camino para llegar pronto á la meseta de sus deseos. Empero tambien se dijo mentalmente, que habia adelantado demasiado para retroceder ante el primer obstáculo, y que, pues, estaba echada la suerte, debia sufrir todas las consecuencias de su impremeditacion. Era claro á sus ojos que el conde no estaba dispuesto á revelar su secreto, la cuestion, en este concepto consistia ya en inutilizarle para llevar á cabo sus proyectos con respecto á Aurora. En su consecuencia, tomada ya una resolucion irrebocable, Fernando depuso su aire altanero y amenazador, y procurando revestir su actitud y palabra de formas corteses esclamó, separándose á un lado para dejar el paso franco á su rival:

—Señor conde, cuando dos caballeros se han insultado de la

manera que nosotros lo hemos hecho, solo queda un medio de satisfacerse recíprocamente, si no han de quedar rebajados á sus propios ojos.

—¿Y cual es? (preguntó el conde deponiendo un gesto adusto y sonriendo con fina ironía.

—Mañana, á las seis en punto de la mañana, estaré en la Cruz de los Caballeros con mis testigos y dos espadas.

—Haré por llegar algunos minutos antes, respondió el conde; y saludando al jóven con una inclinacion de cabeza y un movimiento de mano, se alejó aparentando la mas perfecta calma.

Y sin embargo en su corazon reinaba la mas espantosa borrasca.

Fernando salió á pasos precipitados de aquella casa, preso de la ira y del despecho, no tanto por la humillacion que acababa de recibir, cuanto por considerar la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir el paradero de Aurora, Hay mas; temió que su impremeditacion influyese en los pasos que fray Angel se habia comprometido á dar para conseguir este fin, y tuvo un verdadero pesar de lo que habia hecho.

CAPITULO XVI.

La seduccion.

Al separarse de Fernando, el conde se dirigió á su gabinete, por el cual se paseó durante algnnos minutos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Conocíase en su manera reposada de andar, en la frecuencia con que se detenia y en la espresion de su semblante, que hacia esfuerzos inauditos por vencer la violenta agitacion que le dominaba, y recobrando la calma, poner órden y claridad en las ideas que bullian en su cerebro.

Cuando se consideró suficientemente tranquilo, y que el espejo á quien consultó le dijo que de su fisonomía habian desaparecido ya los últimos vestigios de la pasada borrasca, dirijióse con paso mas lento todavía á una pequeña puerta ante la cual se detuvo un momento llevándose ambas manos al pecho como para contener los violentos latidos de su corazon. Por fin, puso una mano temblorosa sobre el picaporte, empujó con suavidad la puerta, y penetró en una espaciosa alcoba sencilla pero elegantemente amueblada.

En ella y sobre un ancho canapé, yacia inmovil y blanca como una estatua de marmol de *Carrara*, Aurora.

Tendremos que interrumpir nuestra narracion, y retroceder algunas horas para esplicar la presencia de la sobrina de Gomez en casa del conde de Torre-Milano.

Cuando á consecuencia de la descarga hecha por los escopeteros de Andalucia, Currito vió caer en tierra á Tajo y su caballo, previno al único compañero que le habia quedado, que á fin de distraer la persecucion de que creyó serían objeto, continuase á todo escape por el camino hácia las ventas de Guadaira, en tanto que él, dejando á la derecha el cortijo de Cuarto, continuaría su ruta á campo atraviesa para entrar en Sevilla por el lado de Tablada, pasando el rio Guadaira por el molino de la Aceña.

Realizado su plan, en los mismos términos que lo habia concebido, llegó poco despues de oraciones al caño del Tamarguillo, habiéndose entretenido prudentemente en el trayecto, para entrar en la ciudad á hora en que la escasez de transeuntes en los paseos, le permitiese dirijirse á su casa sin dispertar sospechas con la jóven, que desmayada, conducia sobre su montura.

Llegado, pues, al Tamarguillo, apeóse, tomó á Aurora en los brazos y pasó la estrecha tabla, que hacia en aquel entonces las veces de puente, con el caballo llevado de la brida.

Una vez en la opuesta orilla, trató de volver á montar para continuar su camino, y se vió grandemente apurado para verificarlo atendido el embarazo que le ocasionaba el estado de la desgraciada Aurora. Ya comenzaba á impacientarse y á manifestar su disgusto con tal cual castiza interjeccion, cuando de entre los árboles que forman un espeso bosque en aquel paraje salió una voz que le dijo:

—No oye usté camará, ¿quiere usté que le ayude á poné esa jembra sobre el caballo?

Currito puso á la jóven en el suelo, y echó mano á la escopeta.

—Pare usté, camará, (continuó la voz) que es amigo el que jabla y aya la....

Y al decir esto, de entre las matas y la hojarasca salió saltando con la ajilidad de un corzo el gitano Cascalé.

—Chavó! (esclamó Currito cuando lo tuvo cerca) di; ¿que jacias tu ahí?

—Naa, tomá....

—Pus como has venio?

—Cuando se armó la é vamonos po ayí arriba, yo ije, chava, tu na tienes que jacer aquí, y jeché tierra á tras jasta que llegué al cortijo é Cuarto, aonde mas condí jasta que pasara el nublao. Desde ayí vide al Chato de Manzanilla que juia con su cabayo pa Seviya por el camino é las pitas, y á usté que juia como pa Torre-Cuellar, y dije pa mi; Er seño Currito es hombre avisao, y va á entrá en la Zudia por Tablá y lo jará á lubricá vamos, ya que tenemos tiempo, al caño del Tamarguillo que por ay ha de pasá, por si jacemos farta, y cojí y me vine.

—Vaya, pos malegro. Y ahora me dirás tu que jacemos con esta chavala que paese que va muerta.

—Que jacemos? camará! po si esa chavala mos ha é da mas oro que pesa!!

—Bueno pos al avio; vamos á ver que jacemos.

—Véngase usté conmigo, que no va usté tené manos pa apará las moneas que le van á dá.

Currito ayudado por Cascalé colocó á Aurora sobre el caballo, montó despues, y guiado por el gitano, llegó en pocos momentos á la casa del conde. Avisado este tomó en sus brazos á la jóven la condujo á la alcoba donde acabamos de encontrarla, y despidió á los malhechores pagándoles generosamente, despues de haber escuchado de sus lábios los detalles del rapto de Aurora, la muerte del fraile, y la prision de Tajo, cosas ambas en las cuales no fijó su imajinacion en aquel momento, preocupado como se hallaba con la placentera idea de tener en su poder á aquella mujer.

Señalados ya estos precedentes, volvamos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Al entrar el conde, se dirijió con paso lento, cual si temiera despertar á la jóven hacia el canapé donde se hallaba recostada, detúvose muy inmediato á ella y se estuvo un gran rato contemplándola con apasionada admiracion.

Aurora desde los sucesos de la tarde anterior yacia en un estado de completa atonia, del cual, solo desde algunos momentos comenzaba á salir, vencido ya el espasmo por la natural enerjia de su joven y poderosa organizacion. Empero si bien recobraba lentamente la vida material que desde al-

gunas horas parecia tener completamente paralizada, su vida intelectual, vida de percepciones y sentimientos, continuaba embotada, esperando solo una sacudida violenta, una sobrescitacion nerviosa para recobrar sus facultades sensitivas.

Entretanto permanecia inmovil tendida sobre el canapé, con la cabeza apoyada sobre mullidos almohadones, con el brazo derecho rodeado sobre su frente, y la mano izquierda apoyada sobre el pecho. En esta actitud, con el vestido ligeramente en desórden, los negros bucles de su sedoso cabello rodeados á su brazo y cuello, con los ojos cerrados cuyas largas y rizadas pestañas proyectaban una dulce sombra sobre sus palidas mejillas con los lábios entreabiertos, y finalmente mostrando los contornos de su cuerpo, que se dibujaban debajo de los pliegues de su vestido, sola, sin amparo, sin defensa se ofrecia por primera vez, tras largos años de furioso y volcánico amor, á los ojos del conde de Torre-Milano.

Allí estaba su tesoro... su dicha y su tormento, el anhelado objeto de su loco frenesí... el ser por cuya posesion diera su vida, su honra que era mas que su vida... la mujer por cuya sonrisa, por cuya apasionada mirada hubiera dado, en los momentos de su amorosa fiebre su parte de gloria en el cielo... Allí, sola, sin auxilio humano, entregada á él de manera, que le bastaba estender la mano para asir su codiciado bien. Y sin embargo, el conde permanecia en pié, inmóvil, percibiendo distintamente en su oido los latidos de su propio corazon, las pulsasiones de la sangre que circulaba ardiente por sus venas con tal violencia, que parecia queria abrirse paso para huir de su estrecha cárcel.

Esta situacion era demasiado violenta para prolongarse mas allá del límite que las fuerzas del hombre tiene señalado sin que produzca una perturbacion tal en su organismo, que le vuelva loco, completamente loco.

El conde salió afortunadamente de aquella crisis suprema, conservando su razon, su libertad y su discernimiento. Pasóse una mano por la frente, dió rienda suelta á su comprimida respiracion, y recobrado al fin, pudo hallar fuerzas para rechazar los arranques de amor de fiera que habian trastornado un momento su razon, y puéstole á punto de come-

ter uno de esos crímenes que sublevan la conciencia, aun la mas estraviada.

Empero si la razon venció al instinto, la benéfica reaccion no fué mas allá; si el conde renunció á posesionarse de aquel cuerpo inerte, no abandonó el proyecto de hacer suyo el sentimiento y el corazon de aquella mugér; habia adelantado mucho para retroceder, por noble y generoso que fuera, en retirada. La suerte estaba echada ya.

El coñde se arrodilló junto á Aurora; tomó una de sus manos que besó y llevó á su corazon repetidas veces, y luego aproximó su semblante al de la jóven, de manera que, valiéndose de una frase vulgar, pero gráfica, parecia estaba bebiendo sus alientos.

El fluido, magnético que con la mirada y el tacto comunicó el conde á la jóven, á virtud de la armonía de relaciones indefinidas y secretas, nacidas entre los dos en aquel momento dado, sobrescita de tal manera el sistema nervioso de Aurora que le produjo una lijera convulsion que le devolvió la facultad de ver y oir cuanto pasaba en su alrededor.

Aurora, pues, abrió los ojos; al principio perezosamente, y luego con toda la fuerza de dilatacion de sus rasgados párpados, como herida de improviso con la súbita aparicion de un fantasma, que creyó ser evocado por el delirio de la calentura; mas convencida en el momento mismo de que no sueño sino realidad era el hombre que estaba arrodillado á sus piés; lanzó un grito, y haciendo un violento esfuerzo se incorporó sobre el canapé, donde permaneció sin movimiento, anhelante, con las manos puestas sobre el pecho y los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el rostro del conde con medrosa inmovilidad.

El conde comprendió, por el manifiesto espanto de la jóven, que lo primero que debia hacer era tranquilizarla, á fin de apoderarse luego y poco á poco de la confianza, cosa que retardaría y acaso indefinidamente, cualquiera inprudencia cometida en aquel momento. En su consecuencia esclamó, sentándose á su lado y dando á su voz acento cariñoso y paternal:

—Aurora, hija mia ¿á qué viene ese temor y sobresalto? Mira que estás en tu casa, rodeada de amigos y al lado de un

hermano de tu padre, que no aspira mas que á la dicha de merecer tu cariño, para poderte llamar hija.

Aurora se cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en un copioso llanto, mezclado de suspiros y gritos leves é inarticulados.

El conde conmovido, sintió deslizarse en su corazon un sentimiento en que la compasion y el remordimiento entraban por partes iguales. Despues de una corta pausa, continuó:

—Muchas veces he creido, al ver el terror con que me miras y la aversion que aparentamente me profesas, si querrás con tu odio hacerme pagar la falta que cometió tu padre; falta, ó crímen si quieres, que yo estoy en el deber, y que quiero subsanar, dándote toda la felicidad de que injustamente te despojó la crueldad de un hermano.

Al oir estas palabras, pronunciadas con un tono de cariñosa reconvencion y las cuales descorrian suavemente el velo, que á los ojos de Aurora, ocultaba el misterio de la conducta del conde hácia ella descubrió su rostro anegado en lágrimas, y le miró con una espresion de anhelante curiosidad.

El conde continuó, aproximándose respetuosamente á la jóven:

—Puesto que una, no sé si llamar triste ó venturosa casualidad, te ha conducido á mi casa, quiero aprovechar los pocos momentos, que si es tu voluntad, has de permanecer en ella, para revelarte un secreto que acaso ignoras, por mas que te interesa mas que á nadie; el cual te dará la clave de mi conducta con respecto á tí y al hermano de tu madre. Si despues de haberlo oido persistes en temerme y aborrecerme, si pretendes todavía huir de mí, dueña serás de hacerlo, no volverás á oir hablar de mí; pero al menos me quedará la consoladora satisfacion de haber cumplido con mi deber y mi conciencia no me acusará de la abyeccion y abandono de la hija desgraciada de mi desgraciado hermano.

En tanto hablaba el conde, las lagrimas se iban secando sobre las mejillas de Aurora y sus ojos le miraban con una indefinible espresion de cariñoso respeto. Parecia que le queria pedir perdon de su pasado temor y aversion.

El conde le tomó una mano, que ella le abandonó sin hacer

menor resistencia, y con voz tranquila á un tiempo que conmovida, unas veces vehemente, otras triste y apagada en fin con todos los recursos de la elocuencia que quiere persuadir, refirió circunstanciada á Aurora la dolorosa historia de su nacimiento.

A medida que el conde narraba con estremada habilidad, todos los accidentes, todos los episodios de aquel triste suceso, la fisonomía de la jóven sufria un cambio radical; sus mejillas se coloreaban, su seno palpitaba, y á sus lábios acudian lanzadas desde lo mas profundo de su corazon palabras de ternura, esclamaciones de admiracion, frases con las cuales queria significar al conde cuanto era su sentimiento por haberle tenido miedo, y por no haber comprendido la naturaleza del cariño que le profesaba. La benda habia caido de sus ojos; la inocente niña confundia en su corazon y en el mismo cariño, al hermano de su madre, y al hermano de su padre.

El conde comprendió cuanto pasaba en el ánimo de Aurora, y estaba radiante de júbilo; ébrio, loco de esperanza.... vencia al fin, su triunfo era ya cuestion de tiempo... El primer paso estaba dado, el último tenia forzosamente que llegar.

Y, sin embargo, en esta ocasion, en que no sentia remordimiento alguno, era mil veces mas criminal, mil y mil veces mas malvado que cuando en Barbuñales en persona, y en la cañada de Barquillo, por medio de una cuadrilla de bandidos intentó y llevó á cabo el rapto de Aurora; mucho mas aleve é infame, que cuando, como pocos momentos antés, prevalido del estado de atonomía é inercia de la jóven, estuvo á punto de consumar el atentado mas repugnante y odioso; porque en aquellas ocasiones se mostró tal cual era, sin máscara, sin engaño y sin hipocresía, cediendo á los arrebatos de un amor de fiera en medio de la soledad de los bosques; mas ahora obraba con el dolo y la mala fé, encubria con un aparato engañoso sus depravados intentos, y como los sacerdotes paganos, vestia de flores la víctima que se disponia á sacrificar á su desordenada y brutal pasion.

Desde aquel momento las relaciones de Aurora con el conde cambiaron completamente de carácter, al temor y la sospecha sucedió la tranquilidad y la confianza, al ódio y la aversion el

cariño mas leal y respetuoso. La inocente jóven se dejó mecer por las mas alhagüeñas esperanzas, sonriendo á la idea de que una sobrina del conde de Torre-Milano no era ser tan abyecto y degradado, que no pudiera levantar sin rubor los ojos hasta D. Fernando de la Puente Cuellar.

Por su parte el conde, se esforzó en moderar los ímpetus de su pasion; y hay mas, desde el momento que vió la posibilidad de satisfacerla, renunció á todo aquello que en sus jestos ó palabras pudiera manifestar su existencia. Solícito cariñoso, comedido, consiguió borrar desde aquel momento hasta el menor vestigio de las sospechas que hasta entonces habian existido en el alma de Aurora, quien se abandonó sin reserva al nuevo sentimiento que el conde habia despertado en su pecho.

Sin embargo, el recuerdo de su tio Gomez y el del terrible drama que habia presenciado en la tarde anterior, no se habian separado un momento de su mente, así que pasados los primeros momentos de tierna efusion, rogó al conde que la informase del paradero de su tio, y que le dijese el cómo se encontraba en su casa.

El conde que habia previsto estas preguntas, tenia dispuesta la contestacion, sabiendo por boca del gitano Cascalé todos los detalles de aquel suceso. En su concecuencia le refirió en pocas palabras, como habiendo llegado á su noticia el viaje que debia verificar, habia enviado á dos criados suyos en union de tres escopeteros de Andalucia, para que sin ser vistos, la custodiasen en aquel camino que desde mucho tiempo atrás estaba infestado de ladrones. Que su prevision habia tenido los mejores resultados puesto que merced á ella se habia evitado el que fuesen víctimas de la rapacidad de los malhechores; que su tio Gomez habia recibido una insignificante herida en la refriega, la cual le tenia postrado en cama, aunque con la esperanza de sanar muy pronto, y por último, que sus criados y los escopeteros, despues de dispersar á los ladrones, habian regresado á Sevilla, conduciéndola á la casa en que en aquel momento se encontraba.

La narracion fué hecha con tanta naturalidad, y por otro lado era tan verosímil, y se ajustaba tan perfectamente á los

recuerdos que Aurora conservaba en su memoria, que le dió entero crédito.

En su virtud, la jóven sintió renacer la tranquilidad en su pecho; y como el cielo, despues de una desdichada borrasca, recibió la calma y todo el encanto de su mágica belleza.

El conde atento y solícito á cuanto ella pudiera necesitar salió de la habitacion y regresó á los pocos momentos trayendo él mismo en un pequeño velador, sobre el cual condujo algunos confortables y delicados alimentos de que juzgó tendría necesidad la jóven.

Aurora aceptó agradecida esa prueba de cariñosa solicitud del conde, y despues de haber restaurado sus fuerzas con el almuerzo, cediendo á las reiteradas instancias de su tio, se acostó en una mullida cama.

El conde se retiró á su gabinete, caminando á pasos desiguales é inciertos como un beodo. La alegria le ahogaba. Su corazon latia con extraordinaria violencia ébrio de amor y de esperanzas. Su imaginacion estraviada le representaba un paraiso de delicias, donde creyó encontrar los tormentos del infierno. Por fin tomó una silla y se sentó con el oido pegado á la puerta que le separaba de la habitacion donde descanzaba Aurora, deseoso de no perder ni aun el sonido de su respiracion.

Aurora se durmió pensando en Fernando, en su *tito* y en la felicidad que le esperaba.

CAPITULO XVII.

La Espiacion.

Fernando, al salir de la casa del conde, anduvo por las calles de Sevilla á la ventura en un principio, atentó solo á distraer su ánimo y á calmar la sobreexcitacion de que física y moralmente se hallaba poseido. Cuando creyó haber conseguido su propósito, se dijo que ya era tiempo de pensar sériamente en la difícil situacion en que estaba colocado por efecto de sus compromisos con Aurora y con el conde. No se arrepintió, ciertamente, de cuanto habia hecho, pero poco amaestrado en la lucha, ó en las peripecias de esos dramas sociales, temió haber echado sobre sus hombros una carga demasiado pesada, que acaban por rendirle, mas bien por falta de arte para llevarla, que por falta de esfuerzo y decision para sostenerla.

Temia la publicidad, temia el escándalo y ese temor le arredraba mas que las consecuencias de su futuro duelo, porque si bien se sentía con sobrado ánimo para resistir á un resultado mas inmediato; no así al que dirán de la gente.

Empero ya no era tiempo de retroceder; y como en su amor á Aurora, y en la nobleza del móvil que á fuer de caballero le impulsó á provocar al conde, hallaba la disculpa de su conducta, acabó por absolverse á si mismo, y deponer todo te-

mor y escrúpulo, atentó solo á resolver de la manera mas pronta y mas digna la situacion en que se encontraba.

Tomada esta resolucion, pensó en la clase de arma que debia elegir para el desafío, y ninguna le pareció mejor que la espada española, arma que estaba mas en armonía con el orígen y naturaleza del reto que iba á sostener; despues trató de elegir entre sus amigos, padrinos que unieran la discrecion á la nobleza, y echóse á burcarlos con la imaginacion.

En estas cavilaciones llegó á la plaza del Pan, donde encontró dos amigos suyos, el uno capitan de caballería y el otro jóven de pocos años, decidor, elegante y presumido de valiente, que tenia aterradas todas las tertulias de Sevilla con los cuentos y narraciones de sus lances, encuentros y desafíos, mas numerosos que los años que contaba, y mas ruidosos que el toque de la campana grande de la catedral, por mas que nadie los habia oido, y que el valiente de salon de estrado, no habia salido nunca del recinto de la ciudad.

Fernando creyó que la Providencia se los habia deparado, y llegóse con resolucion á ellos, proponiéndoles les sirvieran de padrinos, en el duelo que en la mañana del dia siguiente debia sostener con el conde; suplicándoles á la par, que no le interrogasen acerca de los motivos del desafío.

Los dos amigos aceptaron solícitos y presurosos; el capitan por inclinacion natural y por honrar el uniforme que llevaba puesto, y el jóven calavera por atolondramiento, y por asistir por la primera vez de su vida á un desafío real y verdadero, del cual se prometía sacar veinticinco y treinta asuntos para otros tantos desafíos imaginarios, en los que él se prometía ser el protagonista.

Despidiéronse, pues, dándose un apreton de manos, y anunciando el capitan que á la mañana siguiente y á la hora convenida iría con un carruage para recoger á Fernando en su propia casa.

Apenas se hubieron separado, cuando el jóven héroe futuro de futuras novelas melo-mímico-dramáticas, pretestando una ocupacion precisa, se despidió del capitan y corrió desalado á casa de sus amigas y amigos á darles cuenta del desafío en el cual iba á servir de testigo.

Tan buenas trazas se dió; tantas casas anduvo, y tan á grito herido refirió en medio de las calles, el suceso á cuantos conocidos hallaba á su paso, que á las tres horas de haber aceptado el compromiso, Sevilla toda, inclusas sus autoridades civiles y eclesiásticas y militares, sabia ya hasta la saciedad, que en la mañana del dia siguiente, el conde de Torre-Milano debia batirse en duelo á muerte con D. Fernando de la Puente-Cuellar.

En tanto tenian lugar los sucesos que dejamos referidos, Gomez hacia activas diligencias para descubrir el rastro de los ladrones que le habian arrebatado á su sobrina, y dar en consecuencia con el paradero de la pobre niña. Era claro y evidente á sus ojos, que el alma del compló, habia sido el conde; pero era dudoso para él, que estuviese la jóven en casa de este último, atendida la prision de Tajo que era el único, que en su concepto podia conducirla allí.

Gomez desconocia á los malhechores, su procedencia y el punto donde pudiera adquirir noticias suyas, lo cual dificultaba en grado sumo el éxito de sus averiguaciones; pero tenia un dato precioso, dato que por sí solo podia resolver el problema; este era, el gitano Cascalé; en encontrarlo, pues, se fijó toda la actividad de Gomez. Pero Cascalé tenia mas empeño en esconderse que el contrabandista en buscarlo. Así que todas las diligencias de este último fueron vanas durante algunas horas.

Por fin; á fuerza de ruegos con los amigos, de amenazas con los tímidos y del oro que derramó á manos llenas entre estos y los indiferentes, pudo descubrir su paradero en casa de una gitana prendera y encubridora, que tenia su casa próxima á la herrería del tío Trujan.

Cuando Cascalé vió entrar á Gomez se quedó mudo é inmóvil como un hombre herido por el rayo; luego miró en su derredor con ojos de fiera enjaulada, buscando una salida, y viendo que la única le estaba vedada por haberse interpuesto el señor Joselito entre su indivíduo y la puerta, sintió que las fuerzas le abandonaban completamente, y estuvo á punto de caer arrodillado, con la cabeza pegada al suelo para no ver el golpe que iría pronto á descargar sobre él.

El terror de Cascalé reanimó las esperanzas de Gomez, que

comprendió que no necesitaría grandes esfuerzos para saber la verdad de lo que buscaba de los lábios de un hombre tan cobarde y miserable; en su consecuencia esclamó, dando un paso hácia adelante, y tomando por un brazo al gitano á quien zamarreó con desprecio y furia:

—Mal hombre, hijo de mala madre, que has vendio á los tuyos por un puñao de moneas; te voy á diñá tres puñalás que ni el santo óleo te va á alcanzar, si no me dices, mas pronto que el verlo, adonde se llevaron mi sobrina anoche.

—Seño Selito de mi arma, (respondió Cascalé con voz trémula y apagada) por su salucita y la mia, que no lo pueo remediá..... Jaga osté conmigo lo que quiera..... lo que yo jice, lo jice por la fuerza..... miste que se lo juro.....

—Ahora no se trata de eso, (dijo Gomez apretándole el brazo en términos que le hizo exhalar un grito de dolor) de lo que se trata, es de saber llevaron la chavala anoche.

—Señó Selito; miste que yo en ná me metio; que yo juí mandao y que no se ná.

—¿Que nó? (dijo Gomez metiéndose las dos manos en los bolsillos del marsellé, y sacando en la una un puñado de oro, y en la otra un cuchillo de monte cuya aguzada punta apoyó en el pecho del gitano, por la abertura de la camisa, al mismo tiempo con voz y mirada resuelta), pues escoje, ó decir la verdad, ó decir el Credo.

Cascalé no oyó la amenaza, ni vió el cuchillo; solo vió y oyó el ruido y el brillo del oro; sus ojos, su fisonomía, hasta el eco de su voz cambiaron de espresion, manifestando en vez del terror que hasta aquel momento le tuviera embargado la alegría y la codicia; y sin dar lugar á que Gomez repitiese su intimacion, tomó con presteza el dinero, y respondió aproximando sus lábios al oido del tio de Aurora:

—Señó Selito; la chavala está en cá el señó conde....

—Es verda?... por tu salú?

—Por mi salú, señó... habia yo é mentí? pues si yo mismo la llevé con Currito Retamosa.

Gomez le volvió la espalda y salió de aquella casa sin proferir una palabra.

Dirijióse con paso precipitado hacia el convento de S. Fran-

cisco y penetró en la celda del padre Angel, en la cual encontró al religioso departiendo con cierto calor con D. Fernando.

—Viva! (dijo al entrar) señores, ya pareció!

—Aurora! (esclamaron á un tiempo Fernando y fray Angel).

—La misma señores, la misma.

Acto continuo refirió la entrevista que acababa de tener con el gitano Cascalé.

Pasados los primeros momentos de espansion, discutieron los medios de llegar mas pronto y con menos ruido á obtener del conde la devolucion de la jóven. De todos cuantos se les ocurrieron, ninguno les pareció mas á propósito, para conseguir su objeto, que el de ir inmediatamente á presentarse á él; y haciendo valer cada uno su derecho, ó él título que se arrogaba, reclamar á Aurora; y no desistir en la demanda por nadie ni por nada hasta verse satisfechos, ó recibir pruebas incontestables, claras y evidentes, de que la jóven no estaba en poder del conde.

Ciertamente que esta resolucion tenia mucho de temeraria é imprudente, y podia, atendido al carácter y las circunstancias en que estaba colocado el conde, producir resultados diametralmente opuestos á los que se prometian; pero era forzoso obtar por ella, ó por una demanda ante los tribunales, cosa á que desde luego renunciaron por temor al escándalo, y á las interminables dilaciones de un proceso. Además, ninguno habia querido renunciar en los demas los peligros y la gloria de la empresa; porque cada uno confiaba mas en su especial derecho y razon que en el de los otros: así que el padre Angel fiado en la respetabilidad de su carcáter y en la fuerza de su elocuencia; Gomez fiado en lo incontestable de su derecho, y D. Fernando arrastrado por su carácter caballeresco, por su amor, y por el deber que se habia impuesto de arrancar á todo trance á Aurora de las manos de su rival, salieron una hora antes de anochecer del convento, para dirigirse á casa del conde.

El hombre posee con admirable perfeccion el arte de convertir el mal en bien, ó vice-versa, segun que el cambio lisonjea los cálculos de su imaginacion; no hay calabozo por negro que sea en donde el preso no crea percibir un rayo

de luz; ni noche tormentosa, por espantosa que se presente cuyo termino no vea el caminante en la salida del sol. A este consuelo se llama la esperanza, único bien, segun la mitología gentil, que no ha dejado de serlo porque no alcanzó á verlo la curiosidad del marido de Pandora.

En ninguna ocasion, como en la presente, se ofrecieron á aquellos tres hombres mayores dificultades para alcanzar el término de su ardiente anhelo. ¿Cómo podia prometerse el padre Angel, llamar hácia Dios el alma rebelde del conde cuando por una triste fatalidad, su corazon ac baba de ver realizadas sus esperanzas, y su fogosa y desenfrenada pasion logrado el momento propicio de verter la ardiente lava de que estaba formada?

Y Gomez, ¿qué títulos, qué derechos podia alegar, que fuesen mas naturales y valederos que los del conde? Si Aurora era hija de una hermana suya, tambien lo era de un hermano de aquel, los derechos del parentesco de ambos para con la jóven, eran mas fuertes de parte del hermano del padre que del de la madre y aun existia un argumento de mayor y mas indestructible fuerza, cual era, la diferente posicion y representacion social de los dos pretendientes, el uno noble, rico, ilustre y considerado; el otro gitano, ex-ladron en cuadrilla, y al presente, contrabandista... Los tribunales, el vulgo que no pueden leer en el corazon, no hubieran vacilado un segundo, en el caso de ser consultados, en dar la razon al conde contra el facineroso José Gomez. Además, ¿cómo el pastor que no supo guardar la oveja cuando el lobo rondaba una noche y otra el redil, podria recuperarla estando ya entre las garras de la fiera?

Y por último; Fernando, ¿qué razon podia alegar, qué motivo, ni qué pretesto para reclamar la devolucion de Aurora; razon, motivo ó pretesto mejor fundado, mas sólidamente arraigado que los que dan el derecho de la sangre, el derecho que tiene un sacerdote de Cristo para apartar á un hombre del camino de su perdicion en este mundo y en el otro.... Ninguno.

Y sin embargo, los tres se dirijian á casa del conde, con el corazon enchido de esperanzas, la mente despejada, y un

íntimo convencimiento de que no sería perdida é infructuosa su determinacion.

Llegaron, llamaron, saliólès un criado á recibir, y enterado de su deseo de ver al conde le hizo presente que su señoria estaba ausente, y que no volvería hasta altas horas de la noche.

Esta escusa, ó estratagema, estaba ya prevista, y por lo tanto no fue aceptada por los tres amigos, que manifestaron al criado su decidida resolucion de ver al conde, aunque para lograrlo tuviesen que esperar hasta el dia siguiente. Revistióse el doméstico: porfiaron D. Fernando y Gomez; y el primero, cumpliendo con la órden que tenia recibida, acabó por negar clara y terminantemente la entrada á los segundos, que acabaron por perder la paciencia, y penetraron por fuerza dentro de la casa, ya que no les fué posible conseguirlo de grado. Afortunadamente para ellos, la presencia del padre Angel, persona muy conocida de toda la servidumbre de la casa, que acudiera atraida por el ruido de la contienda, quitó á tan imprudente atropello del domicilio del conde el carácter de atentado, que sin esa circunstancia los criados hubieran podido darle, viéndose en este concepto obligados á rechazar la fuerza con la fuerza, cosa que, sin duda alguna, hubiera producido un escándalo bastante á hacer intervenir las autoridades del barrio en la cuestion.

La resistencia y la porfía fueron tenaces por ambas partes acabando al fin por vencer la segunda, pero esto aconteció yá cerca de la puerta del gabinete del conde, merced á las súplicas y á las amenazas de que alternativamente se valió el religioso para hacer comprender á la servidumbre, que era de absoluta imposibilidad, que salieran los tres de la casa sin haber visto al dueño de ella.

Entre tanto tenian lugar los sucesos de aquella tarde, que dejamos referidos, he aquí lo que habia pasado entre el conde y Aurora.

El primero permaneció sentado junto á la puerta de la alcoba donde dormia la jóven, hasta que le asaltó el recuerdo del desafío que tenia empeñado para la mañana siguiente con D. Fernando. Levantóse, en su consecuencia, y se di-

rijió sonriendo con tristeza hacia una mesa donde tenia recado de escribir, y redactó dos cartas para otros tantos amigos, aquienes suplicaba que se encontrasen á la hora y en el lugar que les señaló, para asistirle como padrinos en el duelo que tenia comprometido.

Hecho esto, llamó á un criado para que diese direccion á las cartas, le mandó trasmitiese á los demás criados una órden terminante, para que le negasen á cuantas personas viniesen á verlo, y volvió á ocupar su asiento.

En el permaneció hasta que oyéndo ruido en la alcoba supuso que Aurora se habría levantado; llamó suavemente á la puerta, dió su nombre, y como la jóven le diese su permiso para entrar, lo hizo con gentil desembarazo, y fué á sentarse junto á su sobrina que lo esperaba recostada sobre el canapé.

Las dos ó tres horas que Aurora durmió un sueño tranquilo, y dichoso por las halagüéñas imajenes que revoletearon por su imaginacion antes de cerrar los ojos, la hicieron recobrar completamente sus desmayadas fuerzas, y descubrieron el tinte sonrosado á sus mejillas; el brillo y la infantil dulzura á su mirada; á sus lábios el rojo del coral, y á toda su fisonomía el encanto, la atraccion irresistible con que el cielo la habia dotado.

El conde la contempló con toda la alegría del avaro que recobra su tesoro perdido: con el trasporte con que el angel caido volvería á pisar la celeste morada que su orgullo le arrebató. Era la niña de Barbuñales, con su cándida y gentil sonrisa; con su púdica mirada; con su belleza de vírgen de Murillo, con su inocencia de ángel, y sus formas de mujer; realzadas todas estas dotes, con las perfecciones que tres años mas de edad habian ocasionado en la niña trasformándola en muger.

El conde tuvo que hacer un esfuerzo violento, para contener los impulsos de su pasion, que pugnaba por arrojarse á los pies de aquella celestial criatura, y apelar á toda su razon para no dar en tierra, con un paso imprudente y al emprender la jornada, con el villano pero bien calculado proyecto que habia concebido.

Cuando se hubo serenado y héchose bastante dueño de sí mismo, para no comprometerse con una loca temeridad, comenzó á poner en juego su diabólico plan.

Describió con las mas gráficas y elocuentes frases el dichoso porvenir que desde aquel momento comenzaba á labrar á la jóven. Hízola notar que no tenia hijos, y estando resuelto á permanecer soltero, queria adoptarla por hija aquien dejaria despues de darle el nombre de su padre, todos sus bienes, sus títulos y su fortuna, como justa y debida indemnizacion á las amarguras de sus primeros años. Hablóle del su tio Gomez á quien iba á proporcionar una posicion honrada, independiente y casa opulenta, nombrándole administrador general de todos sus bienes, á fin de que viviera en su compañía. Anuncióle un proximo viaje á Madrid y al estrangero, durante el cu l, y merced al roce que en tertulias, bailes y teatros habia de tener con la buena sociedad, se despojaria poco á poco de la corteza de villana que la cubria, para adquirir el tono y las maneras de una dama del gran mundo, cual convenia á la muger que un dia habia de heredar un título de condesa; por último desenvolvió ante los ojos de la jóven, un panorama tal de lujo, placeres, lisonjas, consideraciones social é incesante felicidad, que la jóven aturdida y embriagada con un lenguaje tan nuevo y seductor para ella y ante una perspectiva tan deliciosa y encantadora dió instantáneamente al olvido su anterior alarma y aversion y se arrojó alegre y confiada en brazos del nuevo sentimiento de amorosa gratitud que su corazon henchido de esperanzas sintió ardientemente por el conde.

Mas cuando este, por premio, por único galardon de tanto como ofrecia, solo pidió á Aurora un cariño filial, y que le llamase siempre padre, así como él le suplicaba le permitiese llamarle constantemente hija, la joven completamente enajenada,no pudiendo contener laespansion de su alma, se dejó resbalar suavemente del asiento, y vino á postrarse de hinojos á los pies del conde cuyas manos cubrió de besos y de lágrimas.

El canto de sirena había producido su efecto; aquella alma cándida y sin esperiencia iba á morir en el éxtasis de la gratitud

El conde la levantó entre sus brazos; la oprimió con salvaje enerjía contra su pecho, y estampó sus impuros lábios, que quemaban como dos carbones encendidos, sobre la pura frente de Aurora, que sintió la quemadura desconociendo la procedencia del fuego.

En aquel momento, el padre Angel, Gomez y D. Fernando, entraban en el gabinete inmediato; el ruido de sus pasos y el murmullo de sus voces llegó á los oidos del conde y de Aurora. La palidez del primero se tornó en lividez cadavérica, y sus nervios y músculos estremecidos adquirieron de pronto la rijidez del acero. Aurora se separó sin esfuerzo de sus brazos, y con el cuerpo inclinado y el oido atento hacia la puerta, parecia una corza sorprendida en medio de la tranquilidad del monte por una lejana detonacion de arma de fuego.

Y sin embargo, no era terror lo que esperimentaba la jóven; era que creia haber oido la voz de su tio Gomez, y tenia miedo de ser demasiado feliz en aquel momento.

Entretanto el murmullo de las voces crecia, y con él la alarma del conde, cuyo sobresalto llegó á adquirir notables proporciones, cuando de la confusion de voces y del tono de la conversacion pudo deducir que muchas personas disputaban acaloradamente dentro de su casa y á las puertas de su propia alcoba.

Una sospecha terrible cruzó por su imaginacion; imajinóse que la justicia habia atropellado su casa, y venia á prenderle á consecuencia de las declaraciones de Cosme Tajo, y que en su virtud se practicaba un reconocimiento en su domicilio á pesar de la resistencia de los criados.

Esta idea exaltó su orgullo de noble y de militar, y encendió su furor, en términos que sin ser dueño de contenerse, tomó apresuradamente un par de pistolas que guardaba á la cabecera de su cama en una mesa de noche, y se lanzó armado con ellas amartilladas hacia su gabinete.

Sus ojos tropezaron atonitos con el padre Angel; luego con Gomez y despues con D. Fernando; lanzó un grito ronco, salvaje, inarticulado, que tenia algo del ahullido de la hiena, y del rujido del leon que se siente de improviso herido

sin ver la mano que lanzó el proyectil que destroza sus entrañas, y retrocedió tambaleándose con propósito de cerrar la puerta de la alcoba, y no permitir su entrada sino por encima de su cadáver.

Mas antes que verificase su intento, otro grito de indecible alegria contestó á su grito de rábia y desesperacion, y vió cruzar por delante de sus ojos, con la celeridad de la dicha cuando nos abandona, á Aurora, quien llorando y sonriendo simultáneamente, se arrojó en los brazos de su tio Gomez, á quien cubrió de caricias filiales, al mismo tiempo que le prodigaba las palabras mas tiernas de esa lengua que hablan los niños con sus padres.

Pasado el primer instante de espansion, Gomez levantó entre sus brazos á la jóven, y se dirijió hacia la puerta de la estancia con propósito de huir: No habia ya recobrado su niña, su tesoro ¿qué le importaba lo demás, ni qué poder humano podia detenerle en aquella casa?

Quién? una espantosa detonacion que retumbó de una manera terrible dentro del gabinete, y una bala que pasó rozando su sien derecha y fué á aplastarse en la hoja de la puerta de la habitacion....

Cuando el humo del pistoletazo se hubo disipado, y con él el irresistible primer momento de espanto que hizo retroceder á todos aquellos hombres, miráronse el conde y Fernando; y como si en aquella mirada hubiesen recobrado el valor que en un principio les abandonára, ó si en ella hubiesen leido la señal de lanzarse uno contra el otro para empeñar una lucha de fieras, se adelantaron simultáneamente hasta casi tocarse sus pechos, y D. Fernando, trémulo de ira, esclamó.

—Señor conde, es Vd. un villano, un asesino y un cobarde... y no lo mato á Vd. ahora mismo, por que quiero dejarlo entregado esta noche á su vergüenza y remordimientos.

El rostro lívido del conde se coloreó lijeramente, herida su altivez, que en ninguna ocasion le abandonaba, por el ultraje, que acababan de escupirle á la fáz y en su propia casa; sus ojos se inyectaron de sangre, y esta vez, mas sereno, mas dueño de sí mismo que en la anterior, levantó la segunda pistola que conservaba amartillada, retrocedió tres ó

cuatro pasos, y apuntó dandoso si sepultar la bala en la frente ó en el corazon del jóven.

Este momento de vacilacion evitó un crímen; pues dió tiempo al padre Angel para precipitarse, con los brazos abiertos entre los dos rivales, obligando así al conde á bajar el arma que tenia apuntada.

La actitud, la autoridad, la justicia y elocuencia de las reconvenciones que el religióso le dirijió, el conocimiento que á influjo de ellas adquirió de la naturaleza villana y cobarde de los atentados que estuvo á punto de cometer, y la verguenza, de los que habia cometido ya le hicieron bajar los ojos, y si no disiparon el huracan, al menos lo trasformaron en una tempestad sorda, cuyos estragos permanecian encerrados en el pecho del conde.

Gomez siempre tranquilo, y dueño en esta ocasion como en todas las dificiles circunstancias de su vida, de su razon, se adelantó hácia el conde llevando de la mano á Aurora, que trémula y acongojadada, no osaba levantar los ojos del suelo, y le dijo, con acento y actitud respetuosa:

Señor, doy á usia las gracias por haber amparado á mi sobrina, sacándola de las manos de los hombres que ayer me la robaron, y le pido que me dé su permiso para llevármela á mi casa.

—Nnnca! (esclamó el conde con salvaje energía).

—Señor (replicó Gomez siempre en el mismo tono, pero esta vez arrodillándose con la jóven á los pies de su perseguidor) señor, por la memoria de vuestro padre, por la de vuestro hermano, por vuestra salvacion y la mia...! Ved, señor, que si nó tendreis que matarnos á los dos...!

El conde retrocedió llevándose ambas manos á la frente; y como no era un malvado avesado al crímen, sino un hombre estraviado por el delirio de una pasion, sintió la primera punzadas de los remordimientos introducirse en su pecho, y con ellas empezó á resbalar su razon. Esta le puso de bulto delante de los ojos toda la enormidad de sus faltas, haciéndole ver al mismo tiempo que en aquella ocasion le era imposible resistir con esperanzas de un triunfo que no habia de conseguir ni por la astucia ni por la fuerza.

La lucha de sentimientos á que estaba entregado era demasiado manifiesta para que se ocultase á las personas que le rodeaban, las cuales, á escepcion de Fernando, que con los brazos cruzados sobre el pecho los miraba á todos alternativamente, reteniendo con mas frecuencia sus ojos en el rostro de Aurora, redoblando sus ruegos, sus lágrimas y sus súplicas en términos que le obligaron á esclamar, dirijiéndose al ministro del Señor, que era quien mas directamente le hablaba al alma, y removia con mas energía todas las fibras de su corazon apelando á todos los sentimientos de hidalguía y generosidad que pueden existir en el corazon del hombre.

—¡Padre, padre! cúmplase la voluntad de Dios,...... Lleváosla.....!

Y esto diciendo, brilló en su rostro el último relámpago de furor; sus músculos se contrajeron bajo el postrer arranque de despecho, y alzando el brazo, arrojó con violencia contra el suelo la pistola que conservaba amartillada en la mano.

El arma botó sobre la alfombra y se disparó con la violencia del golpe. Oyóse una detonacion, un grito de agonía, y vióse al padre Angel llevarse ambas manos al pecho, invocar con angustioso acento el nombre de la Vírgen Maria, y caer luego de espaldas con los ojos desencajados, y la boca entreabierta é inundada en sangre, sobre el suelo del gabinete, donde se agitó durante algunos instantes con la agonia de la muerte, hasta que su alma se elevó serena y magestuosa al cielo.

La bala le habia atravesado el corazon y los pulmones; la muerte fué instantánea.

. . . .

. . . .

En aquel momento apareció en la puerta del gabinete, un oficial que vestia el uniforme de los ayudantes de campo del capitan general de Andalucía.

Dos palabras esplican esta inesperada aparicion.

La noticia del duelo que debia verificarse en la mañana del dia siguiente entre el conde y Fernando, divulgada en toda Sevilla por uno de los padrinos de este último, produjo un

sério disgusto á todas las familias de la poblacion amigos ó parientes de los dos contendientes, que tomaron con ahinco el empeño de evitar á todo trance tan desagradable ocurrencia. Entre los medios que escojitaron, los mas interesados uno fué el dirigirse en súplica al señor capitan general, para que interpusiera su autoridad cerca del coronel; el general se comprometió á ello por deber y por humanidad, y en su consecuencia envió uno de sus ayudantes de campo á la casa del conde, para comunicarle la órden verbal, de presentarse inmediatamente y en compañía del oficial, ante su autoridad.

El ayudante fué allá repetidas veces, siéndole en todas ellas negado el conde, á consecuencia de la órden que diera á los criados de su servidumbre, hasta que la última vez aprovechando el desórden que naturalmente habia de producir en la casa las escenas que dejamos referidas, entró en ella, y guiado últimamente por la reciente esplosion, llegó hasta la puerta del gabinete donde se detuvo horrorizado ante el cuadro que se ofreció á su vista.

Hay situaciones en la vida tan horriblemente dramáticas, que la pluma no puede describirlas, y de las cuales, solo la imaginacion, puede darse cuenta, y aun así, el cuadro aparece tan pálido, que solo tiene del original una parte del total efecto.

De este número es la que representaban en el gabinete del conde del Cerrezuelo, todos los actores que habian tomado parte en la escena que acabamos de bosquejar.

El espanto, el estupor se habian apoderado de todos los corazones, y el horror de todas las almas, testigos de aquel desastre. Mudos, inmóviles como herido por el rayo, Fernando y Gomez permanecian en pié, con la mirada delirante, la boca entreabierta y el pecho oprimido en términos que le faltaba la respiracion; el conde habia retrocedido hasta encontrar la pared mas inmediata, donde se apoyó para no caer y donde permanecia con los brazos colgando, la cabeza caida sobre el pecho, y presa de una violenta convulsion, que agitaba desordenadamente todos los nervios y todos los miembros de su cuerpo. Aurora, privada de conocimiento habia caido

al suelo y rodado hasta los pies del cadáver del religioso; y tan pálida, y tan manchada estaba con la sangre de que se encontraba empapada la alfombra, que parecia otra víctima inanimada de aquella terrible tragedia.

Dios sabe cuanto hubiera durado y cual hubiera sido el desenlace de esta situacion, si la voz del ayudante del general el único que entre los actores de la sangrienta escena podia conservar alguna serenidad, no hubiese deshecho el encanto, esclamando, al mismo tiempo que se situaba en medio de la estancia.

—¡En nombre del rey, dénse Vds. presos!

Esta intimacion, que zumbó á la manera de un estampido lejano del trueno en los oidos del conde y de Fernando, hirió directa é indirectamente la imaginacion de Gomez, á quien hizo recobrar con el sentimiento de la vida, el conocimiento del conjunto de circunstancias adversas que le rodeaban. Levantó la cabeza, miró frente á frente al oficial y despues de un momento de inmovilidad y silencio, durante el cual estubo coordinando sus ideas, esclamó con voz trémula, pero sonora y enérgica:

—Señor oficial, quien tal hizo, ese solo pague la pena de su delito, y (señalando el cadáver del religioso, continuó con acento resuelto) yo fuí quien maté á ese hombre... Vamos donde V. quiera.

Y esto diciendo se llegó al ayudante, dispuesto á seguirlo. Empero se detuvo de improviso como herida su imaginacion por una súbita idea, y dijo, esta vez en tono suplicante:

—Señor oficial, me entrego á V. mas antes de salir de aqui, le pido, por Dios me conceda algunos momentos para hablar sin testigos con estos señores....:

—Accedo (respondió el oficial retirándose á la habitacion inmediata, y diciendo á medida que se alejaba) mas tenga V. presente, que si intenta fugarse le atravieso á V. el corazon de una estocada.

Gomez se llegó con paso lento al conde, y tomándole una mano que estrechó entre las suyas, le dijo con acento solemne.

—Señor conde; yo diré á la fáz del mundo entero que he sido el matador del padre Angel..... Fio en Dios y en mi inocencia, para salvarme de la muerte.....

. Lo que hice una vez, por su señor padre, en pago de lo mucho que le debia, lo hago de nuevo por V. por dejar un protector á mi sobrina Aurora. Porque, si V. se reconoce culpable, todos seremos presos y en este caso ¿quién amparará á la pobre huérfana? Sálvela V., pues, señor conde, y haga cuanto pueda por mí.

Al acabar de pronunciar estas palabras, besó la mano del conde, por cuyas mejillas corrian dos raudales de lágrimas y de cuyo pecho se exhalaban hondos suspiros que le tenian embarazada la voz.

Luego se aproximó á Fernando y le atrajo, cojido por una mano hácia Aurora, arrodillóse junto á la jóven, cuya cabeza levantó entre sus brazos, y dijo con acento tierno y conmovido.

—Señor D. Fernando; ¡no la desampare V...! á su generoso y noble corazon fio la suerte de esta desventurada é inocente criatura. ¡Júreme V. que la servirá de padre!

Fernando tomó una mano á Gomez, púsose la otra sobre el corazon, y alzando los ojos al cielo para tomarle por testigo en su promesa esclamó con voz vehemente y apasionada:

¡Lo juro!

Gomez estrechó contra su pecho el cuerpo inerte de la jóven, besóla repetidas veces sobre la frente, y haciendo seña á Fernando para que la sostuviese, se levantó y salió de la habitacion con paso lento, no sin besar muchas veces la cabeza antes de trasponer la puerta.

. . . .
. . . .
. . . .

EPÍLOGO.

Un año ha trascurrido. En Sevilla son contadas las personas que se acuerdan del terrible acontecimiento que costó la vida á dos religiosos de la órden de San Francisco, acontecimiento cuyos detalles son todavía un misterio para los pocos que aun hacen memoria del suceso. La causa seguida en la Audiencia del territorio, contra los reos José Gomez, y Cosme Tajo, convictos y confesos desde su primera declaracion de haber dado muerte á los dos religiosos, ha sido sentenciada, condenando á los autores de los homicidios á la pena de muerte que debian sufrir á la horca.

Ambos han sido puestos en capilla, y ya los vecinos de la plaza de San Francisco oyen con pavoroso temor por mas que sepultan la cabeza debajo de la almohadas, y por mas que cerráran cuidadosamente todas las puertas, balcones y ventanas de sus respectivas casas, cavar, en la noche que precedió al dia de la ejecucion los oyos donde se han de fijar los palos que han de formar el instrumento del suplicio de los pobres que están en capilla.

Vamos á narrar sumariamente los acontecimientos relativos á este drama, que se sucedieron durante el año de que dejamos hecho mencion.

Como es consiguiente, el asesinato de los padres Angel y Paco, acaecido de una manera tan misteriosa y estraordinaria aunque perpetrados en distintos parages y aparentemente originados por diferentes causas, llamasen mucho la atencion del vulgo, en cuya opinion aparecia como obra de una misma mano ó resultado de un solo complot; fundándose el público, para opinar así, en que el asesino de la cañada del Barquillo, habian confesado, irreflexivamente, en su primera declaracion, que era criado del señor conde de Torre-milano en cuya misma casa y junto al mismo cadáver del padre Angel habia sido preso el matador de este último; en que ambas víctimas eran religiosos de una misma órden, muertos violentamente con un intérvalo de veinticuatro horas precisamente, en los momentos en que cada uno de ellos, segun declaracion del padre guardian del convento, trabajaba con tanto é irreconciliable celo por atraer al conde á la vida del claustro.

Esta fué tambien la opinion de los jueces que entendieron en la causa criminal que se instruyó á pesar de que todos los hechos tanjibles, todas las declaraciones, pruebas é indicios vehementes estaban en abierta oposicion con esta sospecha á pesar de los reos, convictos y confesos, como llevamos dicho desde sus primeras declaraciones, afirmaron y se rectificaron en que no se conocian ni se habian conocido ante de la perpetracion de los crímenes, á pesar en fin, de que no habia ninguna prueba acabada ó plena que viniese á confirmar, á autorizar esta opinion del vulgo y de los jueces.

Sin embargo de esta conviccion moral; y de la justificacion del crímen, de la confesion de los reos, de los clamores de la vindicta pública y de la tenacidad con que la órden pedia el pronto y ejemplar castigo de los sacrílegos criminales, la causa, como llevamos dicho, tardó un año en llegar á su término y en ser declarada en estado de condena.

Muchas razones concurrieron para retardar su conclusion, la primera y principal, fué que si bien los delitos estaban plenamente provados, no así su gravedad consideradas sus circunstancias particulares sus antecedentes y su carácter especial. Desde luego, oidas y justificadas las declaraciones de los testigos, quedaba probado que en ambos asesinatos faltaron las

circunstancias constitutivas de la premeditacion y alevosía. Las relaciones de los escopeteros de Andalucía y las de José Gomez, estuvieron contestes en que la muerte de fray Francisco de la Santísima Trinidad, fué debida á haberse interpuesto el muerto entre el pecho y la escopeta de Tajo, en el momento en que á este último se le escapó el tiro, segun su propia declaracion; circunstancia que obligaba á clasificar la muerte dada al religioso por Tajo, en la categoría de los homicidios involuntarios. Las que prestaron el conde de Torre-Milano, D. Fernando de la Puente, Aurora y los criados de la servidumbre del conde, relativas á la muerte dada al padre Angel, por José Gomez, estuvieron contestes, y probaron hasta la evidencia que la catástrofe fué debida á la funesta casualidad que hizo se disparase la pistola, desde el suelo en que fué violentamente arrojada por el Gomez en un momento de colérico despecho, nacido de causas que no tenian relacion alguna con el delito de que se consideraba involuntario autor.

Por tanto, el tribunal hubo de reconocer, que los reos José Gomez y Cosme Tajo, no obraron con alevosía ó torcidamente, sino por impremeditacion.

Despues de esta primera causa de dilacion, en la sustanciacion del proceso, aparecia otra de distinta índole, y de no menos graves dificultades para resolver en justicia prévio conocimiento de todas las circunstancias que concurrieron para acercar el momento de ambas catástrofes; esta fué, que los dos reos se limitaron en todas sus declaraciones, á decir pura y simplemente; el Gomez, que no conocia al padre Angel, y que no lo mató él, sino la fatalidad que hizo se disparase la pistola desde el suelo donde la habia arrojado; y el Tajo que habiendo apuntado con su escopeta á Gomez, solo con la intencion de intimidarle, el padre Francisco de la Stma. Trinidad, se abrazó con el amenazado, y esto en el momento en que involuntariamente se le escapó el tiro; negándose ambos á dar mas pormenores, ni á suministrar mas noticias que las anteriormente citadas; y habia mas; y era que las declaraciones de los testigos eran tan descarnadas y estaban en un todo conformes con las de los reos.

Finalmente, y como se deja desde luego comprender, durante la instruccion y tramitacion de ambas causas criminales, el

conde habia puesto en juego todas sus relaciones, todas sus influencias y la poderosa palanca de sus inmensas riquezas, las cuales prodigó á manos llenas, por salvar á Gomez y á Tajo, de la horrible catástrofe de que estaban amenazados; cosas todas que unidas á los recursos de apelacion interpuestos, y á las naturales dilaciones de un proceso de esta naturaleza, retardaron un año la declaracion en estado de conclusas de ambas causas.

Al cabo de este tiempo, y apesar de todas las razones espuestas, y de los inauditos esfuerzos hechos por el conde, sin duda por permision de Dios y por uno de esos incomprensibles arcanos de la recta Justicia Divina, José Gomez y Cosme Tajo, fueron condenados á la última pena.

Durante este año, el D. Cárlos, curado de su desordenada pasion, leal y sinceramente arrepentido de los males que su insensatez causó, se consagró todo entero al alivio de las tres víctimas de sus criminales faltas. Gomez y Tajo, atendidos y socorridos espléndidamente por él, en su prision, y sabedores de los sacrificios de todo género que hacia por salvarlos, besaban agradecidos aquella mano fatal que los conducia hácia el cadalso.

Aurora, colocada por su influjo, en calidad de educanda en un convento de monjas, veia correr sus dias tranquilos y serenos agena á los temores y angustias que pasaban en el mundo las tres únicas personas que conocia y amaba; el conde á título de pariente cercano la visitaba frecuentemente en su retiro, y frecuentemente tambien le llevaba cartas, que su tio Gomez escribia en su calabozo, y que el conde le hacia creer procedian del estrangero, en donde la dijo se habia aquel retirado, huyendo de la justicia, hasta que terminada la causa que se le seguia, y declarado inocente, pudiese volver á Sevilla.

Fernando, se reconcilió con el conde, á quien declaró el amor que profesaba á Aurora, y la resolucion que habia tomado de hacerla su esposa. El conde recibió con júbilo esta noticia; y se ofreció á ayudar á la felicidad de ambos jóvenes, prohijando á la huérfana, dándole su nombre y la parte de su fortuna no vinculada de que podia disponer.

Entretanto, el conde de Torre-Milano, acosado por sus pun-



GRAJITO Y COSME TAJO CONDUCIDOS AL PATIBULO.

zantes remordimientos, cansado de una vida que para él fué el camino de un calvario, y deseoso de proporcionar á su alma y á su cuerpo un asilo donde terminar en paz los pocos dias que contaba vivir en el mundo, se preparaba para tomar el hábito en la órden de San Francisco el dia que diese por terminada la obra de reparacion que habia emprendido.

. . . .
. . . .
. . . .

Lució el dia aciago, en que la justicia de los hombres iba á castigar en Gomez y Tajo, la muerte causada á dos religiosos en Sevilla; y la Justicia de Dios, los asesinatos de que se hicieron voluntariamente autores estos dos desgraciados en el pueblo de Barbuñales.

A la hora de costumbre, y rodeados del lúgubre aparato que viste tan aterradora escena, los pobres reos salieron de la capilla y llegaron con paso tardo al pié de la escalera del instrumento de su suplicio, levantado siniestro y amenazador en la plaza de San Francisco, frente á las casas consistoriales.

Al pié del patíbulo, Gomez y Tajo se miraron frente á frente por última vez, y á distancia que podian ver con facilidad el estremecimiento nervioso que á intérvalos desiguales agitaba todos los músculos de sus rostros. Pero esta vez, se miraron sin ódio y sin rencor; una sonrisa convulsiva ajitó sus cárdenos lábios y en sus ojos leyeron el perdon que se otorgaban recíprocamente. Verdad es, que ya venian preparados de antemano, pues el conde habia logrado y esto sin grande esfuerzo, reconciliarlos en tanto permanecieron en su respectivo calabozo. Y aunque esto no fuera ¿no subian ambos al patíbulo, y veian así satisfecha, cada uno, la sed de venganza que le atormentó durante los dias de su vida? Nada se debian, pues; el pegujalero Tajo, veia al fin en la horca, al Grajito, y el tabernero de Barbuñales contemplaba con el dogal al cuello, al asesino de Ali-Uchurri, al dos veces raptor de su sobrina, al verdadero, al único autor de todas sus desgracias.

Empero, no eran estas las ideas que los preocupaba en aquel duro trance; eran mas nobles, mas altos y mas cristianos los pensamientos que llenaban su corazon. Miráronse para seña-

larse el cielo como término de su sufrimiento, despues de haber besado los crucifijos que los sacerdotes les presentaban para fortalecerlos en aquel supremo instante; y miráronse en fin para agradecerse recíprocamente el sacrificio que hacian de su vida, por salvar la honra y el lustre del conde de Torre-Milano.

Pidieron y obtuvieron permiso para abrazarse y despues de reconciliados entre sí y con Dios subieron ambos con paso firme los peldaños la de fatal escalera.

Un momento despues, dos almas volaban á la eternidad, y dos cuerpos se balanceaban en el espacio pendientes de la cuerda que habia puesto fin á su existencia.

. . . .

. . . .

Una hora mas tarde, de uno de los muchos grupos de pernas, que silenciosas y contristadas, se retiraban por el puente de barcas al bario de Triana, salió una mujer encorbada por el peso de los años, y se llegó á un ciego, que sentado á la entrada del puente imploraba con doliente voz la caridad pública.

—Teme hermanito, (le dijo echando en el sombrero del mendigo una pequeña moneda de cobre).

—Dios se lo pague, señá Geltrudis, (respondió el pordiosero; y despues de haber guardado la moneda; continuó con acento en que se traslucia mas sentimiento que curiosidad). ¿Ha visto usté eso?

—No, tio Romo; que yo no tengo corazon para ver esas cosas, (dijo la anciana por cuyas mejillas empezaron á correr gruesas lágrimas).

—Quién mos lo habia de dicir, señá Geltrudis.....! y cuando pienso en quien ha tenio toa la culpa.....! Como ha de sé, bien que lo ha castigao Dios.

—Que el Señor le perdone el mucho mal que á hecho.

—Y diga osté, señá Geltrudis ¿es verdad lo que me han dicho?

—El qué tio Romo?

—Que se casó la niña con D. Fernando.

—Es verdad.

—Y lo es tambien que ese picaro y mal hombre de mi primo Cascalé ha muerto en Ceuta en cuantito llegó?

—Eso dicen por el barrio.

—Si es verdad, que Dios lo perdone, que lo que es yó no lo perdonaré en mientras el cuerpo me jaga sombra.

—Tio Romo, sea usté buen cristiano, que buena falta le hace, que Dios perdona nuestras faltas asi como perdonamos á nuestros enemigos.

—Cómo quiere usté que yó perdone á ese Cain, mala sangre, que me dejó ciego de un tiro, por robarme los pocos de dineros que yó tenia?

—Pero al fin usté vive, y él ya habrá dao cuenta á Dios de sus pecaos..... Conque, tio Romo, quédese usté con Dios.

—Vaya osté con Dios, señá Geltrudis; y no se olvide del probecito ciego.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente D. Cárlos de Espinosa, conde de Torre-Milano, tomaba el hábito en el convento de San Francisco, y trocaba su nombre por el del padre Esperanza de la Santísima Cruz.

Tres dias antes, Aurora y su esposo Fernando se habian embarcado en un buque que hizo rumbo para los Estados-Unidos

FIN.

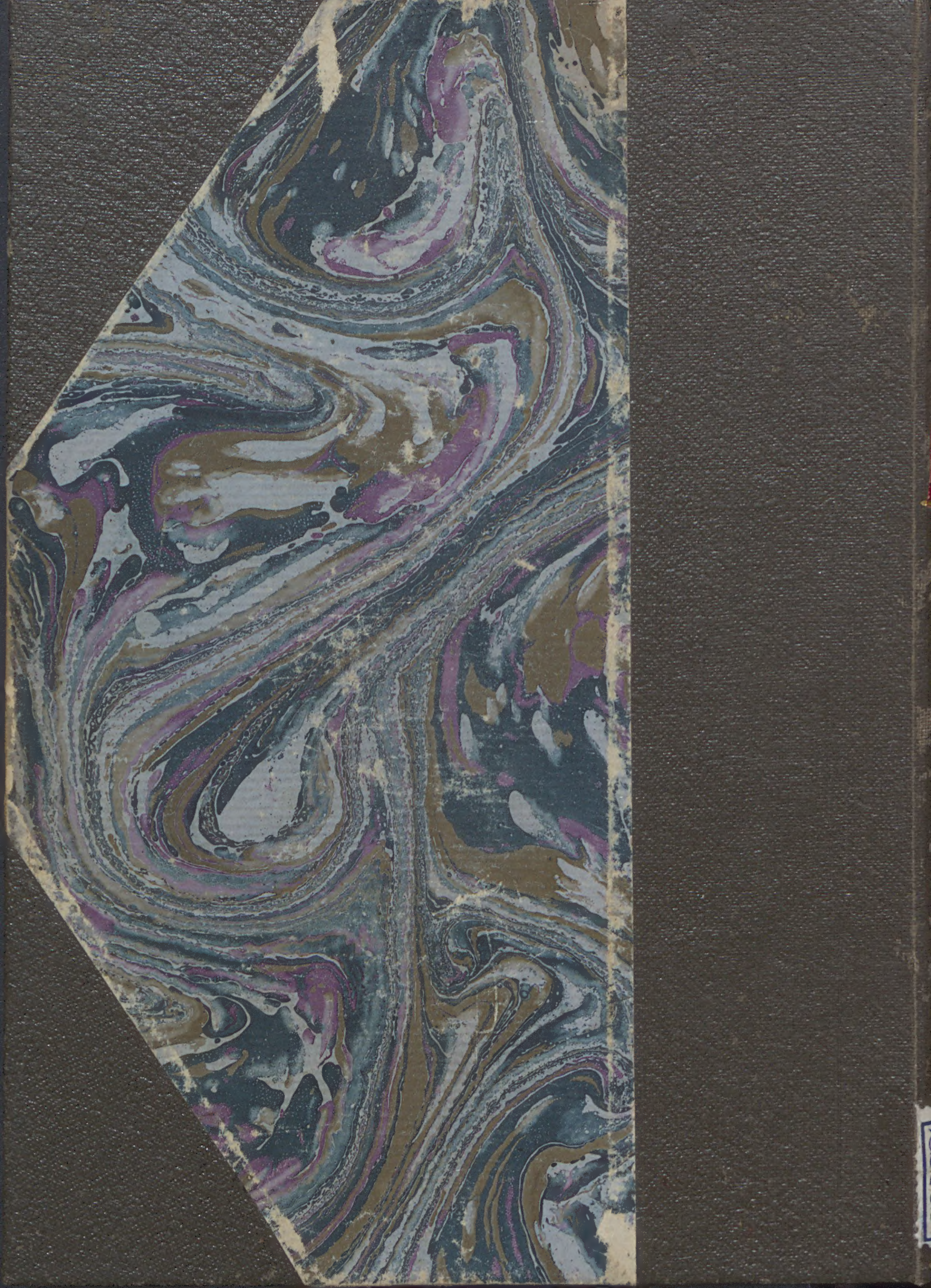
ÍNDICE
de los capítulos contenidos en esta obra.

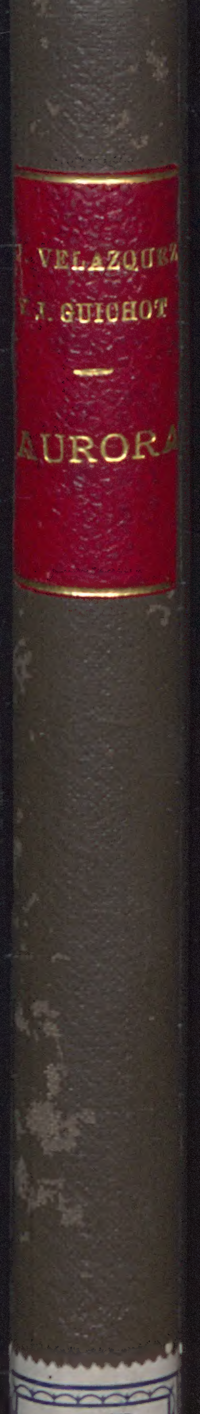
Páginas.

CAPÍTULO I.—Los gitanos. 9
CAP. II.—El Grajito. 26
CAP. III.—Alí-Uchurri. 57
CAP. IV.—El rancho de gitanos. 95
CAP. V.—Aurora. 119
CAP. VI.—Un amigo de otros tiempos. 135
CAP. VII.—Un recuerdo á tiempo.. 152
CAP. VIII.—El conde de Torre-Milano. 170
CAP. IX.—Renuévanse las hostilidades.. 180
CAP. X.—Un religioso y un frailuco. 199
CAP. XI.—La herrería. 213
CAP. XII.—Tormentas del corazon. 235
CAP. XIII.—El estudio. 253
CAP. XIV.—La tasca. 268
CAP. XV.—El secreto. 281
CAP. XVI.—Preparativos de viaje. 295
CAP. XVII.—El rapto. 309
CAP. XVIII.—Los dos rivales. 326
CAP. XIX.—La seduccion. 334
CAP. XX.—La espiacion. 343
EPÍLOGO. 359








VELAZQUEZ
Y J. GUICHOT
AURORA